

La GUARDIANA del ÁMBAR

FREDA LIGHTFOOT

Traducción de
Ángeles Aragón López

amazon crossing 

LA
GUARDIANA
DEL ÁMBAR

FREDA LIGHTFOOT

LA
GUARDIANA
DEL ÁMBAR

Traducción

Ángeles Aragón López

amazoncrossing 

Título original: *The Amber Keeper*
Publicado originalmente por Lake Union
Publishing, Estados Unidos, 2014

Edición en español publicada por:
AmazonCrossing, Amazon Media EU
Sàrl
5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg
Mayo, 2016

Copyright © Edición original 2014 por
Freda Lightfoot

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2016
traducida por Ángeles Aragón López
Adaptación de cubierta por Pepe nymi,
Milano

Primera edición digital 2016

ISBN: 9781503934023

www.apub.com

ACERCA DE LA AUTORA

Freda Lightfoot nació en Lancashire. Ha sido profesora, librera y, en un arrebatado de locura, se hizo cargo de una modesta explotación agrícola en los páramos congelados del Distrito de los Lagos, donde probó la «buena vida», crio ovejas y gallinas, plantó un bosquecillo e incluso aprendió a hacer mermeladas.

Ahora ha renunciado a los forros polares y se ha hecho una casa en un olivar en España, donde produce aceite de oliva y toma el sol en las raras ocasiones en las que no está escribiendo, pero todavía le gusta pasar los veranos lluviosos en el Reino Unido.

Ha publicado cuarenta novelas, entre

ellas muchos superventas de sagas familiares y ficción histórica. Para más información sobre Freda, visite su página web www.fredalightfoot.co.uk.

ÍNDICE

[COMENZAR A LEER](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

Queridos amigos:

Gracias por todos sus amables mensajes diciéndome cuánto les gustan mis libros. Sus comentarios y críticas son muy importantes para mí. Los tengo en cuenta y tomo nota. Muchos de ustedes me han seguido desde que empecé mi carrera con las sagas a principios de los años noventa, y agradezco su fidelidad.

La idea de La guardiana del ámbar se me ocurrió cuando mi esposo y yo hicimos un crucero por el Báltico (sí, hemos llegado a esa edad y nos encanta ir de crucero) y visitamos San Petersburgo. Es una ciudad increíble, hermosa y cosmopolita. Vimos el Palacio de Catalina y la Cámara de

Ámbar, navegamos por el río Neva y visitamos la Fortaleza de San Pedro y San Pablo, donde encerraban a los prisioneros durante la revolución, y que aparece en mi libro. Decidí que tenía que saber más y empecé a leer muchos libros sobre el zar de Rusia y su familia. Mis favoritos fueron Los tres emperadores, de Miranda Carter, y Del esplendor a la Revolución, de Julia P. Gelardi. Después encontré por casualidad Seis años en la corte rusa, de Margaret Eager, sobre una institutriz que fue a Rusia en el cambio de siglo, y mi creatividad se puso en marcha. Por eso, aunque este es un libro de ficción, lo he situado sobre un fondo histórico real, una época de

*grandes cambios en el Imperio ruso.
Mi más sincero agradecimiento a mis
editores, Emilie Marneur y Victoria
Pepe, y a todo el equipo de Amazon.
Gracias en especial también a mi
agente, Amanda Preston, de la Agencia
LBA, por su apoyo y su fe en mí.
Con mucho cariño para todos,
Freda*

PRÓLOGO

1919

Mis botas de nieve estaban tan desgastadas que tenía la sensación de caminar descalza sobre el hielo que cubría el duro sendero de montaña y tenía las plantas de los pies entumecidas por el frío. El aliento se me congelaba formando cristales en las partes de mi nariz y mis mejillas que quedaban al descubierto a pesar de la bufanda y el gorro de piel. Hacía mucho que había perdido a mi pequeño poni, pues el pobre animal había dado media vuelta y había salido corriendo aterrorizado en

dirección a la casa cuando empezaron los disparos, aunque no estoy segura de que lo lograra.

Mi casa, si se podía llamar así al lugar en el que había habitado tantos años, ya no existía. No era más que el cascarón de su antigua gloria. Recordaba cómo me oprimía la oscuridad de la noche casi como si estuviera de nuevo entre las paredes de aquella cárcel. Había cerrado mi mente a los horrores que había dejado atrás, en un intento por desterrar los miedos engendrados por todos los seres queridos que habían desaparecido de mi vida. En lugar de eso, intentaba fijar la mirada en los talones de mi guía, que caminaba fatigosamente delante de mí,

porque sabía que, si quería sobrevivir, debía permanecer concentrada. Era mi última oportunidad de salir de Rusia.

Estuvimos caminando durante días, enfrentándonos al hielo, la nieve y las ventiscas, alimentándonos a base de pedazos de pan rancio no demasiado limpio y sin nada con lo que humedecer el paladar excepto los carámbanos que chupábamos. Cuando al fin llegamos a una cueva, se me doblaron las rodillas y caí al suelo, llena de gratitud. Recuerdo que sentí un gran alivio al saber que podría descansar un rato, y daba gracias por estar protegida de aquel viento cortante. Las dos noches anteriores, ¿o habían sido tres?, habíamos dormido al aire libre, sin siquiera atrevernos a

encender fuego por si lo veían los bolcheviques y venían a buscarnos. Me acurruqué agradecida en un rincón, me froté las manos y los pies para evitar que se congelasen, me subí el cuello del abrigo, coloqué la bolsa junto a mí y me dije con firmeza que no debía quedarme dormida. Tenía miedo de no volver a despertar, tan feroz era el frío.

Pero a pesar de mis esfuerzos, debí de quedarme dormida al instante por puro agotamiento, ya que no recuerdo nada más hasta el momento en que me despertaron un rayo de luz diurna que se filtró en la cueva al amanecer y un sonido extraño. Me incorporé de repente y miré a mi alrededor en busca del guía. No estaba allí. El hombre al que había

pagado una suma desorbitada, hasta el último kopek que poseía, me había abandonado. Estaba sola. Pero cuando el ruido de los cascos de los caballos sobre las rocas penetró en mi aturdido cerebro, comprendí que estaba a punto de tener compañía poco grata.

CAPÍTULO 1

1963

No logró verlo hasta que el andén de la estación empezó a despejarse de gente, una figura demacrada con un traje oscuro que emergía como un fantasma entre el vapor. Ella permaneció paralizada por la pena y el resentimiento mientras el tren de Windermere vomitaba a sus pasajeros. Oyó el largo ulular de su silbato y el lento rechinar de sus engranajes cuando empezaba a abandonar lentamente la estación de nuevo. Tuvo que contener el impulso de saltar a bordo y regresar a París para no

afrontar las inevitables recriminaciones. Abigail tenía la impresión clara de que aquel era el final de la línea no solo para el tren, sino también para ella. Miró a su alrededor, el paisaje familiar donde todavía quedaban rodales de nieve en las cimas de la montaña, con el sol de primavera concediendo una claridad brillante a los picos congelados. El aire frío encajaba muy bien con su estado de ánimo. Inhaló el aire despejado, tan fresco y embriagador como el champán, y se dijo a sí misma que estaba en casa. Que su corazón estaba allí.

Él se acercó a ella, no exactamente con los brazos abiertos, como ella había esperado, sino con una mano alzada en

un gesto de saludo y lo que podía ser un amago de sonrisa en los labios rígidos.

—Abigail, por fin has llegado.

—Papi, qué bien estar en casa —dijo ella.

Un vacío se abrió en su interior, probando que sus palabras eran falsas. Esperaba que él la abrazara como solía hacer cuando era pequeña, pero él no hizo ningún gesto que revelara tal intención. Abbie había soñado durante años con ese encuentro, pero ni por un momento había imaginado que sería en esas circunstancias. Desde que se había marchado de casa, había tenido mucho tiempo para reflexionar sobre cómo podría haber hecho mejor las cosas. ¡Qué inteligentes somos todos al mirar

atrás! Por desgracia, no era posible retroceder en el tiempo y cambiar el pasado. Solo se podía avanzar hacia un futuro nuevo.

Como en un reflejo de ese pensamiento, aferró la mano de su hija y avanzó con paso vacilante. Muy consciente de la incomodidad que había entre ellos, le dio un beso en cada mejilla fría, al estilo francés, pero al no obtener ninguna respuesta, retrocedió con rapidez. Era casi como si fueran desconocidos.

—Te esperábamos ayer. —El tono forzado de él sonaba a reprimenda.

—Lo siento, perdí el tren. —A propósito, pero eso no lo dijo.

—Ya casi habíamos perdido la

esperanza.

—Oh, nunca se debe perder la esperanza, papá. A veces es lo único que nos queda.

La salida pretendía rebajar la tensión entre ellos. No lo consiguió, aunque esa vez no se había arriesgado a llamarlo «papi» como cuando era pequeña.

En un transistor próximo se oía *Please, Please Me* y a su alrededor sonaban grititos de felicidad de encuentros más alegres que el suyo, lo que hacía que Abigail se sintiera aún peor. En otro tiempo habrían gastado bromas, quizá sobre el jersey de rayas al estilo *beatnik* de ella, o sobre el hecho de que todavía no pudiera controlar su pelo largo y revoltoso a pesar de la

boina negra que llevaba. —Córtate el pelo, chica —solía decirle él con su voz de sargento mayor. Y ella se reía y le recordaba que no era una de sus reclutas y que la guerra había terminado hacía tiempo.

Pero ese día no hubo tales bromas.

Abigail respiró hondo y atrajo a la niña hacia sí.

—Esta es Aimée, mi hija. Está deseando conocerte.

—Y yo a ti —dijo Tom Myers con amabilidad.

Se inclinó un poco, tomó la manita de la pequeña en la suya y la estrechó. Pero hasta la niña reconoció la falta de sinceridad de sus palabras y no dijo nada; se limitó a apoyarse con timidez

en su madre. Abbie le acarició los rizos suaves con un gesto reconfortante.

¿Qué esperaba? ¿Perdón, o que pudieran seguir como si no hubiera sucedido nada? Durante todos los años que habían pasado sin verse, la comunicación entre sus padres y ella había sido casi nula desde que había enviado aquella carta al llegar a París en la que anunciaba que no tenía intención de regresar para terminar sus estudios. Las otras cartas que había escrito desde entonces raramente habían recibido contestación. ¿Acaso no había soñado con que Kate se convirtiera un día en la madre tierna y cariñosa que siempre había anhelado? Eso ya no ocurriría nunca. La posibilidad de que

se reconciliaran había desaparecido para siempre.

El viaje hasta Carreckwater duró más de lo que Abbie recordaba, lo cual fue una lástima, pues tanto Aimée como ella deseaban desesperadamente una cama, ya que habían pasado una noche llena de incomodidades en la estación Gare du Nord tras haber perdido el tren, o mejor dicho, haber dejado que se fuera sin ellas. Por suerte, pudieron cerrar los ojos y dormitar un poco en el asiento de atrás del automóvil; la niña apoyaba la cabeza en el pecho cálido y reconfortante de su madre. Aimée olía a flores y al donut que se había comido antes. Aparte de algunos comentarios educados sobre el clima, el viaje

transcurrió casi en silencio, lo cual fue un alivio para Abbie.

Más tarde, una vez la niña se hubo dormido con apenas tumbarse en la pequeña cama junto a la antigua habitación de su madre, debajo del tejado, Abbie no pudo resistirse al lujo de tomar un buen baño. El agua caliente y el aceite de lavanda resultaban deliciosamente reparadores después del largo viaje y de las duchas templadas a las que estaba acostumbrada en el apartamento de París. Sin embargo, quedarse en la bañera durante tanto tiempo resultó ser un error, pues su mente empezó a conjurar las esperanzas y sueños por los que se había dejado llevar la última vez que había estado en

aquel cuarto de baño, la noche antes de que Eduard y ella se fugaran juntos. Y también recordó la pelea con la que se habían despedido, solo unos días atrás, cuando ella creyó que su vida se derrumbaba. Sus ojos se llenaron de lágrimas ante la posibilidad de no volver a verlo nunca más, justo cuando más lo necesitaba.

¿Por qué la había defraudado tanto? ¿Es que ya no la quería? ¿O es que no había conseguido hacerlo feliz? Abbie se secó frotándose enérgicamente la piel con la toalla, y expulsó de su mente aquellos recuerdos dolorosos. La decisión estaba tomada. Ahora tenía que aprender a vivir con ella y seguir adelante, y la primera tarea sería

intentar algún tipo de reconciliación con su padre.

Eligió un vestido modesto de lana hasta la rodilla y de un tono caramelo suave. Su padre era un hombre conservador que todavía se aferraba a las viejas tradiciones y la etiqueta, y probablemente no aprobaría los pantalones negros de cinturilla elástica y la camiseta de piel de leopardo falsa que llevaba. Lo que sí hizo fue pintarse un poco de sombra de ojos verde que se complementaba bien con los ojos marrones que había heredado de su madre, un poco de rímel y carmín rosa pálido en los labios. Hasta se recogió el cabello en un moño francés. Después se pellizó las mejillas para dar algo de

color a su cutis pálido y descendió la ancha escalera para ir al comedor.

La sensación de la barandilla bien pulida bajo la mano, el crujir de los viejos suelos de madera, el olor mismo de las paredes forradas de roble y los muebles antiguos consiguieron ablandarle el corazón. Había olvidado cuánto echaba de menos aquella vieja casa. Por fuera, Carreck Place parecía aburrida e insulsa, con un césped amplio delante. Pero dentro era otra historia. La casa poseía un encanto intemporal que Abbie siempre había adorado. Casi esperaba ver un árbol de Navidad elevándose en el vestíbulo y un gran fuego en la chimenea del salón, y casi podía oír el rumor de las

conversaciones de los muchos invitados que a su madre le gustaba congregar a su alrededor.

La mesa del comedor estaba puesta solo para dos y la cena transcurrió principalmente en silencio. Abbie apenas probó la trucha recién pescada que había preparado la señora Brixton, el ama de llaves. Su apetito parecía haber desaparecido, a pesar de que apenas había comido nada durante el largo viaje. Por fin apartó el postre intacto y acompañó a su padre a la biblioteca a tomar café. Ya no se podía ignorar más la realidad.

Abbie carraspeó.

—Dime cómo ocurrió. ¿Quién la encontró?

Hubo una larga pausa, durante la cual su padre miró la chimenea vacía. Abbie se estremeció. En la biblioteca hacía frío. Un viento fresco de marzo movía las contraventanas, pero a él no se le había ocurrido mandar que encendieran un fuego para su regreso. Aun así, el frío no procedía de la habitación en sí, sino del shock y la ira que todavía reverberaban en él.

Abbie casi había perdido la esperanza de recibir respuesta a su pregunta cuando al fin su padre empezó a hablar, con un tono de voz cuidadosamente controlado, casi escueto.

—Yo había pasado la tarde paseando por Loughrigg, puesto que era sábado, y

de camino a casa, llamé a la tienda. Linda, la ayudante, estaba desempaquetando una entrega de cabujones de los mayoristas y me dijo que Kate no había ido por allí. Últimamente se había tomado algunos días libres, pues el negocio suele ser flojo en esta época del año, así que no me preocupé demasiado. Hasta que llegué aquí casi a las siete y me encontré la casa a oscuras. —Tom Myers hizo una pausa para mirar a su hija—. Ya sabes cómo le gustaba tener todas las luces encendidas.

Abbie asintió. Las lágrimas empezaban a nublar su visión.

—Y a Rajmáninov a todo volumen. ¿Dónde estaba la señora Brixton?

—Al parecer le había dado el día libre, o eso me dijeron después.

Un silencio pesado cayó sobre ellos y esa vez Abbie no hizo nada por alentar a su padre a romperlo. De pronto no quería oír la conclusión de esa historia, aunque sabía el final, que su hermano le había comunicado bruscamente por teléfono. Pero el colofón llegó de todos modos.

—La encontré colgando de la barandilla superior. Debía de llevar algún tiempo allí.

De pronto, el horror de todo aquello fue demasiado y Abbie salió corriendo hacia el baño del vestíbulo para vomitar la poca cena que había conseguido comer. Sentía calor y frío al mismo

tiempo y no podía parar de temblar. Desde que había recibido la noticia del suicidio de su madre, se había sentido invadida por un aturdimiento extraño, como si estuviera de algún modo separada de los sucesos. Había hecho las maletas, reservado asientos en el tren y organizado su marcha como si se observara a sí misma a través de un vidrio opaco. Y ahora, después de aclararse el mal gusto de la boca y lavarse la cara con agua fría, se permitió por fin dejar correr las lágrimas.

¿Qué podría haber impulsado a su madre a quitarse la vida? ¿En qué terrible abismo de desesperación habría caído y, lo más importante, por qué? ¿Tan horrible era vivir allí, en la

hermosa tierra de los lagos? Dirigía un negocio de éxito, tenía un esposo cariñoso y su precioso hijo y sus nietos no vivían lejos. ¿Qué podía, pues, haber hecho tan insoportable su vida?

Cuando volvió a la biblioteca, encontró una copa de brandy esperándola en la mesita del café. Dedicó una mirada de gratitud a su padre y tomó un sorbo, agradecida por el calor que se extendía por su interior.

—Todavía no acabo de creerme que esto haya ocurrido de verdad —dijo después de un momento—. ¿Por qué haría una cosa así?

Él la miró con frialdad.

—¿Necesitas preguntarlo?

Algo empezó a marchitarse dentro de

Abbie. Le había llevado meses recuperar su autoestima después del trauma de huir de casa tantos años atrás y, a las pocas horas de volver, ya la sentía disminuir a toda velocidad. Se esforzó por retenerla, pues ya no era una adolescente rebelde, sino una mujer de veinticinco años con una hija propia.

—¿Insinúas que esto es, de algún modo, culpa mía?

—Tú fuiste obstinada, ignoraste por completo lo que te pedía tu madre.

—Quizá porque pedía demasiado, al esperar que me comportara de un modo que la dejara en buen lugar, sin tener en cuenta lo que pudiera querer yo. No era una mujer fácil de complacer —dijo ella.

El rostro de su padre se tensó con una mezcla de angustia y furia.

—Sabes muy bien que ella solo quería lo mejor para ti. Para ella no fue fácil ser adoptada.

La emoción oprimió la garganta de Abbie y las lágrimas amenazaron de nuevo con caer.

—Lo siento, papá, pero no lo comprendo. ¿Por qué tenía tantos problemas con eso cuando la abuela la adoraba? ¿Y qué hice yo que fuera tan terrible?

—Le rompiste el corazón a tu madre, Abigail, al largarte hacia lo desconocido con ese fracasado.

A Abbie se le encogió el corazón al oír esas palabras. No deseaba comentar

el fracaso de su vida amorosa con su padre en aquel momento. Tal vez hablara con su abuela más tarde. Alzó la barbilla y se aferró a su orgullo.

—En realidad, Eduard era el amor de mi vida.

O eso le había parecido con dieciocho años recién cumplidos. El hecho de que él tuviera ya treinta y tantos entonces y estuviera casado no le había preocupado lo más mínimo.

Se le ocurrió que quizá no se le daban bien las relaciones. Era verdad que no había estado unida a su madre durante sus años de adolescente ni había aceptado el futuro que Kate había planeado para ella. No había habido un entendimiento fácil entre madre e hija y

ya no lo habría nunca. ¿Su estúpida rebeldía la había conducido a eso? ¿A estar marcada por la culpa para siempre?

Aun así, quería desafiar la acusación de su padre preguntando por qué, si era cierto que ella era la causa del supuesto corazón roto de su madre, Kate había tardado siete años en poner fin a su sufrimiento. Pero ¿podía hacer eso sabiendo que su padre estaba tan afligido y conmocionado por la pérdida de su mujer?

—¿Cuándo es el funeral? —preguntó, cambiando de tema con tacto.

—Mañana. Empezaba a pensar que te lo perderías. Robert y Fay vendrán a primera hora con los niños, aunque, por

supuesto, los pequeños no asistirán. No te imaginas cómo ha crecido Carrie. Ya no es una bebé sino una niña vivaz de dieciocho meses, y el joven Jonathon pronto empezará el colegio.

Abbie bajó rápidamente la cabeza para buscar un pañuelo en su bolso porque no quería que su padre viera el dolor que le provocaba oír el orgullo que denotaba su voz y el modo en que sonreía cuando hablaba de sus nietos. Era un sentimiento que nunca había expresado con Aimée, así como tampoco había dedicado una sonrisa a su encantadora hija.

La relación entre ellos había sido cálida y amorosa en otro tiempo, llena de bromas y camaradería, incluso

aunque él hubiera expresado a menudo una desesperación resignada por la determinación de ella de decir lo que pensaba y hacer lo que le parecía. Ellos siempre se habían llevado bien, hasta que sobrevino la ruptura final con su madre.

Por supuesto, en esa ruptura habían intervenido muchos otros factores aparte de la no aprobación de un novio determinado. A Abbie le había dolido mucho que Kate no considerara dejarle entrar en el negocio y mostrara a Robert como ejemplo supremo del éxito, como si ella no fuera capaz de conseguir algo así. ¿Por qué su madre no había confiado en ella lo suficiente para querer trabajar con ella? Por mucho que

Abbie lo hubiera intentado, no había logrado hacer que Kate cambiara de idea. Y perder además el respeto y la consideración de su padre había sido un dolor demasiado grande.

Ahora temía el reencuentro con su hermano. ¡Cómo se había pavoneado él, dejando claro que era el favorito! Y el más listo, pues siempre había sido el primero de la clase. Conocer a su esposa, teniendo en cuenta que Abbie no había sido invitada a la boda ni le habían comunicado el nacimiento de sus hijos, no sería fácil. Peor aún, tendría que mirar a Robert a la cara sabiendo que todas las malas predicciones de su familia habían demostrado ser acertadas. Su vida era un desastre.

Aunque eso no debería preocuparla en aquel momento, pues había cosas más importantes que atender y más personas sufriendo aparte de ella. Y sin embargo, la preocupaba.

Se secó las lágrimas y volvió a guardar el pañuelo.

—¿Cómo está la abuela?

La relación de Kate con su madre adoptiva no siempre había sido fácil. Con setenta y un años, Millie seguía siendo una mujer enérgica y animosa que creía en vivir plenamente la vida. Pero perder a su única hija podía destruir fácilmente su maravilloso espíritu.

—Tan bien como pueda esperarse — repuso Tom con un suspiro resignado—. La verás mañana.

Abbie estaba deseándolo, pues, dadas las circunstancias, su vuelta a casa iba a ser mucho más problemática de lo que había imaginado en sus peores momentos.

CAPÍTULO 2

Las nubes se cernían pesadas sobre los riscos y caían en forma de llovizna en aquel día triste y frío de marzo, como suele ocurrir en los funerales. Habían tardado dos semanas en llegar a aquel punto, pues habían sido necesarias una autopsia y una investigación antes de que el forense pudiera entregar el cuerpo para su entierro. Abbie estaba junto a la tumba, del brazo de su abuela, admirada por lo entera que se mostraba la anciana, pero, por otra parte, esta siempre había sido una mujer fuerte, una persona sensata poco dada a aspavientos. Otra cosa era lo que sin

duda estaría sufriendo por dentro.

El párroco pronunció un sermón largo sobre la gran generosidad que había mostrado Kate Myers con la iglesia y la comunidad como secretaria del Sindicato de Madres y tesorera del Instituto de la Mujer, además de ser miembro del comité del Orfanato Doctor Barnardo de la zona.

Abbie desconocía esa parte de la vida de su madre y quedó impresionada a su pesar. Le admiraba que Kate hubiera podido dedicarse tanto a esas actividades además de dirigir el negocio de joyería familiar. Pero también le parecía triste que hubiera hecho falta que muriera para saber de ese lado más caritativo de su personalidad.

Sin embargo, si tanto le importaban los niños, ¿por qué no había mostrado ningún interés por conocer a su nieta?

La presencia de los niños supuso, de hecho, una ráfaga de aire fresco y risas discretas cuando los asistentes se congregaron en la casa después del entierro. Jonathon, que ignoraba las circunstancias que habían reunido a la familia, charlaba a cien por hora, y contaba a todo el mundo lo mucho que le apetecía empezar el colegio después de Semana Santa. Carrie, de dieciocho meses, no se estaba quieta ni un segundo, recorría los rincones, vaciaba los bolsos de las señoras y abría todos los cajones y armarios que encontraba a su alcance. Cuando su madre la llevó

arriba para acostarla a la hora de la siesta, derramó alegremente todo el talco Johnson por el suelo del cuarto de baño. Abbie lo limpió riendo mientras Fay intentaba ponerle un pañal a la niña, sumida esta en una pataleta entre gritos.

—Oh, se está acercando a los terribles dos años —comentó Abbie—. Los recuerdo muy bien. Aimée era igualita. Por suerte, ahora, a los seis años, es un verdadero tesoro.

Fay dobló y sujetó con un imperdible el pañal de tela.

—Pero imagino que todavía será una vergüenza en cierto sentido.

—¿Por qué iba a serlo? Es la alegría de mi vida.

—Lo digo porque tu hija es, bueno, lo

que es...

Abbie se puso seria al instante.

—¿Quieres decir ilegítima?

Robert eligió aquel momento para aparecer en la puerta del dormitorio.

—No intentes negarlo. No veo ninguna alianza en tu mano. Admítelo, Abbie, metiste la pata a lo grande y mamá ha sufrido las consecuencias.

Abbie, atónita, tardó medio minuto en poder hablar. Se había sobresaltado al ver a su hermano después de tanto tiempo, pues parecía mucho mayor de los veintiocho años que tenía. Ya le habían salido canas, había echado una buena barriga y empezaba a asomarle una doble papada. Sin duda, todas las comidas a las que debía asistir como

contable de éxito empezaban a causar su efecto. Pero su arrogancia era tan evidente como siempre.

Fay se apresuró a ponerle unas bragas de plástico a la niña encima del pañal y echó a los dos hermanos de la habitación para poder dormir a Carrie. Robert y Abbie quedaron frente a frente en el rellano con expresiones sombrías.

—Así que empiezas a meterte conmigo desde el primer momento. Yo también me alegro de verte. Te lo agradezco, querido hermano. ¿No crees que es un poco injusto echarme a mí la culpa cuando llevo siete años viviendo fuera de casa?

—No puedes negar que tú fuiste la causa de su tristeza.

—Oh, cambia el disco, por favor —respondió Abbie, en voz baja para no molestar a Carrie ni dejar ver lo alterada que estaba ella—. ¿Por qué iba a decidir mamá ahora que no podía seguir viviendo con la vergüenza de mi escandaloso comportamiento de adolescente, después de tanto tiempo?

—Mamá estaba bastante deprimida últimamente y vivía mucho en el pasado. Una visita tuya podría haberla animado. Incluso alguna carta que otra la habría ayudado.

—Eso demuestra lo poco que sabes. Yo les escribía mucho, sobre todo al principio, pero al ver que no respondían a mis cartas, dejé de hacerlo. Mamá tenía mi dirección pero no recuerdo que

me escribiera ni una sola vez. —Las lágrimas ahogaban a Abbie, que intentaba desesperadamente contenerlas porque no quería que su hermano viera hasta qué punto le afectaban sus palabras.

Robert se acercó un paso más, con sus ojos oscuros semicerrados y la boca apretada con furia. Se inclinó sobre ella de un modo casi amenazador.

—Tu problema es que nunca has asumido ninguna responsabilidad. Estás demasiado inmersa en tus propios deseos para pensar en el efecto que puedan tener tus decisiones en los demás.

Abbie se sonrojó, aunque fue más por furia que por culpabilidad.

—Eso no es verdad. Sabes que hice lo imposible por complacer a mamá. Simplemente, a ella no le interesaba oír lo que yo quería de la vida, ni siquiera me permitió ayudar en el negocio, aunque se lo pedí durante años. Pero no, que yo trabajara en una tienda no era lo bastante bueno para ella. Tenía que ir a la universidad, y después, supongo que tenía que casarme con el contable de una empresa rica y convertirme en una esposa obediente de clase media con dos coma cuatro hijos.

—Y en lugar de eso, te fugaste con esa escoria y conseguiste romperle el corazón a mamá teniendo una hija bastarda. No me extraña que te rechazara.

Abbie dudaba mucho que a su hermano le doliera el bofetón que le dio en su gorda cara arrogante, pero al menos ella se sintió mucho mejor.



Aquella misma tarde, cuando vio que la tensión del día empezaba a cobrarse su precio, Abbie acompañó a su abuela a la casita situada en la entrada de Carreck Place.

—¿Quieres que me quede un rato? — preguntó. Puso agua a hervir, como si no hubieran tomado ya bastante té en aquel día interminable.

—Me encantaría, pero luego creo que necesito estar a solas, si no te importa.

Abbie la besó en la mejilla.

—No te culpes por nada, abuela. Mi madre nunca fue una mujer fácil.

—Eso lo sé muy bien. —La anciana se sentó en su sillón con un suspiro—. Tampoco te echés tú la culpa, querida.

—Eso es más fácil de decir que de hacer, puesto que todos los demás me la echan. —El agua empezó a hervir, lo cual dio a Abbie ocasión de volverse a preparar el té y colocar las tazas de porcelana favoritas de su abuela en una bandeja de plata. Su abuela siempre había sido una mujer perfeccionista—. Sé que mamá no tuvo un comienzo fácil en la vida, al ser adoptada y todo eso, pero me duele que rechazara tanto a Aimée. ¿Por qué lo hizo?

Millie Nabokov aceptó con una

sonrisa triste la taza de té que le ofrecía Abbie.

—Una vez que Kate tomaba una postura, siempre le resultaba difícil retractarse. Curiosamente, ella estuvo a punto de cometer el mismo error.

—¿De verdad? Eso no lo sabía — Abbie se sentó enfrente de su abuela, deseando saber más.

—Excepto que en su caso fue por lanzarse a un matrimonio precipitado. Debía de ser hacia 1934. Recuerdo bien el olor del ajo de oso y los jacintos silvestres en el aire y a nosotras dos sentadas en un banco viejo en el bosquecillo de abedules del lago, con un rayo de sol de primavera calentándome la cara. Kate me estaba preguntando por

mi época en Rusia cuando de pronto anunció, con voz muy alegre, que Eric le había pedido que se casara con él, y que ella había aceptado. ¡Le parecía tan romántico que él se hubiera arrodillado para declararse! Ella tenía diecisiete años. Yo, por supuesto, me sentí escandalizada, y no estaba de acuerdo en absoluto.

—Oh, vaya. Eso no debió de caer muy bien.

—No, desgraciadamente, no. Eric era un joven estupendo, pero le dije a tu madre que una cosa era la amistad y otra muy distinta el matrimonio. La consideraba demasiado joven para entender el significado del amor, y mucho más para asumir un compromiso

así.

Abbie sonrió con ironía.

—Y sin embargo, nunca me juzgaste cuando yo me fugué casi a la misma edad, embarazada ya de Aimée, ni en ninguna de tus cartas posteriores.

—Lo sé, querida, pero el mundo es diferente ahora. —La anciana frunció los labios—. Aunque el tono de tus últimas cartas me ha hecho pensar. Eres feliz, ¿verdad? —preguntó con gentileza, tomando un sorbo de té.

Abbie respiró hondo y negó con la cabeza.

—Me temo que no —dijo. Había intentado no preocupar a su abuela con la verdad y poner al mal tiempo buena cara, pero aquel le pareció un buen

momento para sincerarse, ya que Millie era la única persona del mundo con la que se sentía cómoda—. Hace un tiempo descubrí que Eduard me había mentado, que nunca se había divorciado de su esposa. Confiaba en que lo haría, porque todavía lo quería y por el bien de Aimée, pero cuando me enteré de que su esposa volvía a estar embarazada, por fin tuve el suficiente sentido común para echarlo de casa.

—Oh, querida, lo siento mucho. Todos cometemos errores, pero lo que demuestra nuestra valía es cómo lidiamos con las consecuencias, y tú eres lo bastante joven para volver a empezar.

Su abuela era muy pragmática y

sensata, y Abbie siempre había podido hablar con ella. Ellas, al menos, sí habían mantenido el contacto, y la joven agradecía profundamente el apoyo de su abuela a lo largo de los años. Millie siguió con su historia, como si estuviera empeñada en echarse la culpa de la muerte de su hija.

—Desgraciadamente, a Kate le costó perdonarme que no aprobara su matrimonio y me temo que entre nosotras se creó una distancia que se prolongó bastante tiempo. Ella era muy terca, como tú sabes muy bien. Decía que había sido como si hubiera perdido de pronto toda la seguridad que había dado por sentada, lo cual me producía una gran tristeza, pues le había costado

mucho conseguir esa seguridad. Sin embargo, recuerdo que yo también era bastante tonta a esa edad. —Sonrió—. Una joven testaruda. Mis decisiones precipitadas me llevaron a un mundo que escapaba a mi comprensión.

—A Rusia —intervino Abbie—. Siempre me ha parecido genial que vivieras allí, aunque nunca hayas hablado mucho de eso. Me gustaría saber más cosas de tu vida en aquella época, abuela. La revolución debió de ser terrorífica. ¿Cómo pudiste lidiar con todo aquello?

La tristeza volvió a nublar los ojos de su abuela y Abbie lamentó de inmediato su pregunta. Se puso de pie al instante.

—Pero esa es una conversación para

otro día, no para hoy. Ahora te dejaré en paz. ¿Quieres que haga algo antes de irme?

Su abuela le aseguró que no, y Abbie se marchó después de prometerle que volvería al día siguiente.



Cuando se fue su nieta, Millie permaneció un tiempo sentada, sumida en la pena, con la mente de nuevo en aquel lejano día de 1934 en el que Kate había empezado a hacerle preguntas delicadas sobre el tiempo que había pasado en Rusia. Su relación se había estropeado mucho después de aquello, a pesar de los esfuerzos de Millie por proteger a su adorada hija y darle todo

el cariño que merecía. Ahora Kate había muerto. ¿Había algo que ella habría podido hacer para salvarla? ¿Le había fallado en algún sentido? La imagen de Kate de niña le resultaba demasiado dolorosa, y la pérdida que sentía Millie iba más allá de las lágrimas.

Pero debía ser fuerte, pues una muerte inesperada podía destruir a una familia. Tom estaba consumido por la rabia, Robert se mostraba tan maniático como siempre con su pragmatismo, y la pobre Abbie estaba asumiendo toda la culpa de la tragedia. Quizá había llegado el momento de hablar del pasado y contarlo todo.

CAPÍTULO 3

A la mañana siguiente, cuando aún no habían retirado los platos del desayuno, Tom preguntó a Abbie cuánto tiempo pensaba quedarse. La joven, consciente de la presencia de su hija junto a ella, con toda la curiosidad atenta de sus seis años, se volvió hacia Aimée sonriendo.

—¿Por qué no vas a explorar el jardín, tesoro? Hay un columpio entre los árboles frutales, si es que sigue allí. Eso te gustará. Pero quédate cerca de la casa, no te acerques al lago.

—Oh, sí, mami. ¿Puedo?

—¿Por qué no vas tú también? — propuso Robert a su hijo.

Los hermanos intercambiaron una mirada rápida, como si ambos recordaran una época en la que también ellos habían jugado juntos alegremente. Abbie se preguntó si alguna vez podrían volver a tener una relación distendida.

El sonido de los pasos de los niños desapareció en cuestión de segundos, al que siguió el del portazo de la puerta principal. Carrie, de dieciocho meses, gritó de frustración por no poder ir con ellos. Fay la sacó de la trona.

—Voy a llevármela a dar un paseo en el cochecito mientras tanto.

Robert asintió, y como la señora Brixton entró en el comedor para recoger el desayuno, acordaron retirarse a la biblioteca. Abbie siguió en silencio

a su padre y su hermano. Observó con curiosidad cómo se dirigía su padre directamente a su escritorio, donde recogió unos documentos y los guardó en un cajón. Cuando al fin la miró con aire interrogante, ella hizo la pregunta que no había dejado de rondarle por la cabeza desde su llegada.

—¿Qué va a pasar con el negocio? No quiero molestarte, papá, pero me pregunto quién lo va a dirigir ahora que mamá ya no está...

Él la miró con severidad desde detrás de las gafas, como si la mera mención de la muerte de su esposa le resultara odiosa. Pero a continuación echó hacia atrás los hombros y se enderezó en la silla.

—Me temo que tenemos que tomar algunas decisiones difíciles.

—¿Mamá no dejó un testamento? — preguntó Robert. La pregunta provocó otra mirada amenazadora de su padre, como si aquello también fuera terreno prohibido.

—Claro que sí, y me lo dejó todo a mí, como era de esperar.

—Por supuesto, solo que una vez me prometió que habría un legado pequeño para mí, incluso si Abbie seguía caída en desgracia.

—Creo que no la entendiste bien — replicó su padre, cortante, dejando muy claro que no estaba dispuesto a hablar de aquel tema.

—Pero se mostró muy específica,

dijo que nunca me desatendería. No puedo creer que mamá no cumpliera su palabra.

Abbie soltó un bufido ante la arrogancia de su hermano.

—Eso es lo único que te importa, el dinero. Siempre ha sido tu obsesión.

—En absoluto, pero tengo una familia a la que mantener.

—Yo también, por si no lo has notado.

Tom Myers ordenó silencio a sus hijos alzando una mano con la palma hacia fuera.

—Te aseguro que no hay ningún tipo de legado, así que espero que este tema se cierre aquí. El problema es que cuesta una pequeña fortuna mantener

este sitio, y las inversiones y los ahorros no son los de antes.

—¿Qué estás diciendo, papá? — preguntó Robert—. ¿Que somos ricos en terreno pero pobres en dinero? No podemos estar tan mal con una casa y una propiedad de este tamaño, además del negocio, por supuesto. ¿Mamá no te ha dejado nada de dinero?

El rostro de su padre se tornó rojo de furia.

—¿Acaso no he hablado claro? No tengo ninguna intención de hablar del testamento de tu madre.

—Es un tema que se suele considerar relevante después de un funeral — insistió Robert—. ¿Podemos verlo, por favor?

—No, ¡ni soñarlo!

La reacción de su padre a aquella petición razonable fue tan fuerte, que Abbie frunció el ceño y miró con preocupación su rostro enrojecido.

—¿Hay algo que no nos hayas dicho, papá? —preguntó.

—¿Por qué iba a haberlo? —bramó él, cosa que la dejó todavía más preocupada—. Lo único que debo decir es que el negocio no ha ido bien últimamente.

Abbie abrió mucho los ojos, sorprendida.

—¿De verdad? Creía que la joyería hecha a mano era más popular que nunca. Sueños Preciosos ha ido bien desde que la abuela empezó el negocio

hace casi cuarenta años. ¿Qué es lo que ha fallado?

—Me temo que tu madre perdió interés en los últimos años, fatigada por... sucesos. Estaba descorazonada, hacía tiempo que no era la misma, como tú muy bien sabes.

Allí estaba otra vez la insinuación de que Abbie era culpable del estado deprimido de su madre.

—La verdad es que no lo sabía, papá —le recordó con gentileza—. ¿Cómo iba a saberlo si nadie me escribió para decírmelo?

—O si tú nunca preguntaste.

—Deberíamos vender la tienda para ayudar a pagar el mantenimiento de Carreck Place —intervino Robert, en el

silencio incómodo que siguió.

—Creo que esa es la respuesta, sí —
dijo su padre.

—Es lo más sensato —declaró
Robert.

—¡No! —exclamó Abbie. Se puso de
pie con brusquedad—. Por favor, no. No
podemos venderla.

Los dos la miraron sorprendidos.

—¿Y por qué no? —preguntó su
padre—. Es la solución más fácil.

Abbie respiró hondo para
tranquilizarse y volvió a sentarse en la
silla.

—La verdad es que Eduard y yo
hemos... bueno, hemos roto, y no hay
ninguna razón para que yo vuelva a
París. Sabes que siempre me ha

fascinado el negocio, más la parte de taller que la de la tienda. La joyería es un arte, tanto como pintar un paisaje, y me gustaría involucrarme más a fondo. Si mamá no se hubiera negado en redondo, habría hecho algún curso relacionado con el negocio cuando dejé de estudiar.

Robert soltó una risita sardónica.

—¿O sea, que lo de fugarte de casa no tuvo nada que ver con que te pusiera caliente un francés ni con quedarte embarazada? Deja de poner excusas o de intentar echarle la culpa a mamá cuando todos sabemos que no fue ese el caso.

Abbie notó que le ardían las mejillas, aunque le resultaba difícil saber si era

de rabia o de vergüenza.

—Yo no digo que sea totalmente inocente. Admito que mi comportamiento pecó de precipitado, pero estaba enamorada. ¿No va siendo hora de perdonarme un error de juventud?

Miró a su padre, parpadeando para reprimir las lágrimas.

—Lo importante es que tengo que criar sola a una niña y necesito ganarme la vida. Estoy dispuesta a trabajar duro y me encantaría tener la posibilidad de darle la vuelta al negocio y conseguir que prospere otra vez. Por favor, dame esa oportunidad, papi.

Se arriesgó a llamarlo como cuando era niña con la esperanza de que su

padre albergara todavía algo de amor por ella en su corazón, aunque no le concediera el perdón que tanto anhelaba. Y quizá sí que la quería después de todo, pues Abbie vio cómo se suavizaba su mirada.

Robert, por su parte, se mostró tan cruel como siempre.

—Eso no se lo cree nadie. Tú eres una inútil, desorganizada e irresponsable. Eres un desastre.

Abbie se puso rígida y sintió una vez más un resentimiento ardiente por el modo en que su hermano la menospreciaba. Eso era algo que siempre había empañado su relación. Robert nunca creía que ninguna opinión importara ni la mitad que la suya, que

nadie fuera tan listo como él ni que valiera la pena escuchar a otra persona que no fuera él mismo.

—Gracias por el elogio —dijo Abbie—. Sin embargo, puede que no te hayas dado cuenta de que ya no soy una adolescente estúpida. En los últimos siete años he aprendido algunas lecciones sobre la vida y los negocios. A decir verdad, he trabajado en una boutique pequeña y elegante de París, que, por si no lo sabes, es la capital mundial de la moda, así que no soy ajena del todo al sector.

Robert la ignoró por completo y se dirigió a su padre con una mueca de desprecio en los labios.

—No le hagas caso, papá. Véndela.

Las propiedades están a un precio muy alto ahora y podemos invertir el dinero en mantener Carreck Place, que es mucho más importante.

—¿Porque tú lo heredarás un día? ¿Eso no tendrá, por casualidad, algo que ver con tu opinión? —lo desafió Abbie—. Quieres un legado además de la casa. Muy bonito.

—Ya he dejado claro que no tengo ningunas ganas de hablar de estos asuntos ahora —les informó su padre con calma. Esa vez alzó ambas manos en un gesto de desesperación—. La tienda es un tema aparte, y agradecería un poco de tiempo para considerar en privado la propuesta de Abigail. Comunicaré mi decisión cuando esté preparado.

—Gracias —musitó Abbie con una sonrisa. Volvía a sentir una semillita de la conexión de que habían disfrutado en otro tiempo—. Estoy de acuerdo en que este no es el momento de repartirse los despojos, con mamá recién enterrada —añadió, mirando a su hermano con fiereza.

Ni siquiera Robert se atrevió a seguir discutiendo, sabiendo el dolor que embargaba a su padre. Pero cuando salió de la biblioteca con Abbie no pudo reprimir un último ataque.

—¿Quién demonios te crees que eres, la hija pródiga? Desapareces durante años y después crees que puedes volver y reclamar un fajo de billetes. Aunque papá sea tan blando como para dejar que

lleves el negocio una temporada, eso no cambia el hecho de que tú eres la razón por la que mamá se suicidó. La culpa de su muerte recae enteramente sobre tu conciencia.

Cuando terminó de hablar, se alejó con furia.



Abbie fue a buscar a su hija con un nudo en el estómago, pero encontró algo de alivio a su pena al ver lo guapa y feliz que parecía Aimée empujando a Jonathon en el columpio, dándole órdenes con un tono amable, y mostrando claramente que era un año mayor que él.

—¿Por qué no preparamos un pícnic

y vamos a Los Lagos? —sugirió Abbie —. O podemos caminar alrededor de Rydal Water y visitar la cueva. Seguro que el abuelo nos prestará el viejo Ford. ¿Qué es mejor?

—La cueva, la cueva —gritó Jonathon.

Entonces apareció Fay, con Carrie moviéndose desesperada por escapar de los confines de su cochecito.

—¿Podemos ir nosotras también? —preguntó la cuñada de Abbie. Su tono revelaba impaciencia por escapar un rato.

—Quizá un paseo alrededor del Rydal sea demasiado para los niños. Nos llevaría al menos un par de horas. Ya sé, ¿qué tal una excursión en barco

de vapor en Coniston Water, como en la historia de *Vencejos y amazonas*?

—¡Sí, sí! —gritaron los niños, incluida la pequeña Carrie, que no sabía por qué gritaba. Y así fue como quedó decidido.



Las dos mujeres disfrutaron del recorrido en automóvil por Little Langdale y Tarn Hows, con sus espectaculares vistas de Wetherland y Coniston Old Man, contentas de tomar un respiro de la pesadumbre de la tragedia y el funeral. El clima también era bueno: un día de primavera radiante que olía a hierba fresca y luz del sol, un día perfecto para navegar.

Resultó ser una aventura encantadora que gustó mucho a los niños. Jonathon y Aimée jugaron a ser el capitán John y la primera oficial Susan cuando el barquero, amigable, les permitió tomar el timón. Y disfrutaron viendo Peel Island, llamada Isla del Gato Salvaje en el libro en el que acampan los cinco niños Walker.

—Parece ser que el autor, Arthur Ransome, también vivió en Rusia, como la abuela —comentó Abbie, que iba sentada con Fay en el camarote del pequeño barco, disfrutando del paseo por el lago tranquilo—. Trabajó de corresponsal extranjero durante la revolución, así que debió de estar allí al mismo tiempo que Millie y se convirtió

en un espía. Aunque creo que él estaba del lado de los bolcheviques, y la abuela no. Por lo menos, creo que no.

—¡Caramba! No sabía eso de tu abuela —comentó Fay—. ¿Qué hacía ella en Rusia?

—No estoy muy segura, porque casi nunca habla de eso.

Abbie confiaba en poder convencer a su abuela de que hiciera lo contrario. En la vida llegaba un momento en el que había que revelar información a la familia. Además, había más cosas que quería preguntarle a su abuela, entre ellas lo del testamento que tan claramente había alterado a su padre.

¿Era posible que las cosas estuvieran tan mal? Mantener Carreck Place sin

duda era caro, aunque la casa ya no tenía tantos empleados como en la época de su apogeo. Y la propiedad no estaba hipotecada, ni su padre tenía deudas, al menos que ella supiera. Siempre había sido un hombre muy prudente. De su madre tampoco habría podido decir nadie que era una manirrota, pues su guardarropa era el de una mujer de campo que optaba por *tweeds* y perlas y pasaba su tiempo libre en el jardín o caminando por los páramos. Nunca había comprado pieles caras ni joyas, a pesar de que vendía muchas piedras preciosas de valor en su tienda.

Pero culpar de la muerte de su madre a una rebeldía de juventud era muy doloroso y totalmente injusto. Abbie

confiaba en que su padre se diera cuenta de ello pronto, aunque su hermano insistiera en sus acusaciones.

—¿Por qué está Robert tan preocupado? —preguntó—. Parece más tenso que de costumbre y me echa la culpa de todo, cuando parece más probable que fuera la situación económica lo que llevó a mi madre al límite.

Fay le lanzó una mirada compasiva.

—Oh, querida, siento que esté tan tenso.

—No te preocupes, estoy acostumbrada. Siempre le gustó darme órdenes. Aunque yo nunca hice mucho caso de sus sermones de hermano mayor —dijo Abbie con una risita.

Fay sonrió.

—Se queja de que tú nunca le hacías ningún caso.

—Se lo hacía de vez en cuando, si el consejo valía la pena. —Abbie se echó a reír—. Pero los dos tendemos a mostrarnos testarudos si no estamos de acuerdo en algo. Entre nosotros siempre ha sido así, y admito que yo también estoy algo tensa en este momento.

—No me sorprende. Oye, sé que no es asunto mío, pero no seas muy dura con él. Es un buen esposo y un padre excelente para nuestros hijos, pero tiene sus propios problemas en este momento. Esperaba que lo hicieran socio de su empresa este año, pero eso no se ha materializado y ahora está algo

estresado.

—Pero eso no es razón para que pague su decepción conmigo, ¿verdad? Me niego en redondo a que me hagan responsable de la muerte de mi madre, y Robert no tiene derecho a hacer una acusación de ese tipo.

—Estoy segura de que no pretendía decirlo así —insistió Fay, obviamente decidida a defender a su esposo.

Abbie se alegró de que la excursión le hubiera dado la oportunidad de conocer un poco más a su cuñada. Todavía no sabía qué pensar de Fay. A veces parecía una criatura gentil y cariñosa, una madre entregada, pero otras veces hacía algún comentario cáustico como el de la paternidad de

Aimée, que resultaba muy hiriente. Por supuesto, era muy natural que se pusiera del lado de su esposo. Aun así, sus siguientes palabras sorprendieron a Abbie.

—Llevaba un tiempo preocupado por el estado de ánimo de Kate y le habría gustado que estuvieras aquí.

—¿De verdad?

—Ya lo creo. Echaba de menos tenerte por aquí.

Abbie se recordó que no siempre habían estado enfrentados, aunque la rivalidad fraterna se apoderara de ellos a veces. Sin hacer más comentarios, sacó el libro y leyó un pasaje a los niños, el pasaje en el que los pequeños Walker salen a navegar en su barco

Vencejo y se encuentran con la familia Blackett, que fingen ser piratas en su barco *Amazona*.

—Ahora tendrás que leerles el resto de la historia —dijo Fay, riendo, cuando Abbie cerró el libro y los dos niños más mayores empezaron a protestar.

—Será un placer.

El barco llegó al muelle y Aimée pidió un helado. Jonathon la secundó en el acto. Los temas familiares difíciles quedaron archivados temporalmente en favor de una tarde agradable junto al lago.

CAPÍTULO 4

Abbie miraba abrumada por la ventana de su dormitorio. En su transistor sonaba la canción de Andy Williams *Can't Get Used To Losing You*, que era exactamente lo que ella sentía en aquel momento. Perder a su madre justo cuando más la necesitaba, cuando más necesitaba la tan anhelada reconciliación con ella, le resultaba insoportable. ¡Qué cruel era la vida a veces! ¡Si al menos poseyera la fuerza de su abuela! Observó a los cisnes cantores preparándose para abandonar Carreckwater con destino a las zonas de cría de verano en la tundra ártica. ¡Qué

lejos tenían que viajar aquellas hermosas aves! Y a una zona todavía más fría que aquella. Más o menos lo que había hecho Millie cuando había zarpado para Rusia.

Esa idea le recordó que había prometido ir a visitar a su abuela el día anterior, promesa que aún no había cumplido porque habían vuelto a casa bastante tarde de su excursión a Coniston Water. Dejó a Aimée al cuidado de la señora Brixton, que se alegró de que la niña la ayudara a preparar bollos de mantequilla para el té, y partió para la casita.

Mientras caminaba, admirando los jacintos amarillos que bordeaban el sendero de piedra, tuvo claro lo que

debía hacer. Tenía que investigar la verdadera causa de lo que había destruido a su madre, y que ahora amenazaba con arruinar su relación con el resto de la familia. Tenía que descubrir más cosas sobre Kate, en particular sobre las privaciones de su primera infancia antes de que la adoptaran, y sobre sus años adolescentes, presuntamente problemáticos. Quizá así pudiera entender por qué la vida de su madre había llegado a un punto tal que no había visto otra solución que ponerle fin.

Encontró a su abuela sentada en el pequeño invernadero de la parte de atrás de la casita. Miraba al sureste, así que era un refugio de sol a aquella hora de la

mañana, incluso en un día fresco de finales de marzo. La anciana tenía un libro abierto en el regazo, pero no leía, sino que miraba el jardín con expresión inescrutable. Abbie pensó que todavía era muy guapa, con pómulos altos y muy pocas arrugas. A su lado, sobre la mesa, había una bandeja de café. Abbie se sirvió una taza y se sentó junto a su abuela. Sonrió cuando Millie extendió la mano para apretar la suya con calor.

—Siento no haber venido ayer, abuela. Nos llevamos a los niños a Coniston Water a pasar la tarde.

—Me alegro. Espero que eso haya servido para animar a todos.

—Claro que sí. —En el agradable silencio que siguió, Abbie tomó un

sorbo de café y observó a una golondrina volar con frenesí recogiendo material para su nido—. ¿Recuerdas una vez que fuimos las tres a Coniston Old Man, conmigo protestando todo el camino por lo lejos que estaba y mamá animándome a seguir?

Millie sonrió.

—Y cuando nos acercábamos a la cima, echaste a correr y nos ganaste a las dos.

—Ella me dio una placa por ganar. La hizo con un trozo de pizarra en el que talló las palabras «artista estrella». Todavía la tengo. ¡Cómo nos divertíamos entonces!

Las dos guardaron silencio de nuevo, recordando días mejores. Después,

Abbie suspiró.

—Todavía no consigo entender por qué mamá hizo algo así. Sobrepasa mi comprensión. Pero, por otra parte, nunca fue una mujer fácil de entender.

—Es cierto que era una persona bastante complicada, un poco machacada, como diríais los jóvenes. Pero, por otra parte, tenía muchas cosas que asimilar. Empezando por no saber quién era exactamente.

—Eso debió de ser horrible para ella.

—Me temo que la perturbaba mucho.

Abbie intentó recordar la primera vez que había sabido que su madre era adoptada, quizá cuando empezaba a crear problemas en sus años de

adolescente. Kate le había dicho que se considerara afortunada por haber sido criada por unos padres que la querían, incluida su educación en un colegio femenino privado, cuando podía haber sufrido una infancia miserable recluida en un orfanato. Había dicho que solo el recuerdo de aquel lugar frío e inhumano bastaba para darle escalofríos. Para Abbie, crecer allí en el pueblo de Carreckwater, situado en un valle de bosques en el corazón del Distrito de los Lagos había sido una delicia, por no hablar de vivir en aquella hermosa casa a orillas del lago. Kate le había dicho que tenía mucho por lo que sentirse agradecida.

Pero ¿por qué había desaparecido

aquel optimismo?

A Kate seguramente la habría atormentado no saber quién era su madre biológica. Sin duda una chica boba que se había metido en líos, había abandonado a su hija y había seguido con su vida. No era una idea agradable. A Abbie nunca se le habría pasado por la cabeza renunciar a Aimée, en ninguna circunstancia. Por supuesto, quizá la chica se hubiera visto obligada a abandonar a su hija, algo bastante habitual en aquella época.

La cabeza de Abbie estaba llena de preguntas y quería saber más cosas de los orígenes de su madre. ¿Pero estaría su abuela dispuesta a mantener esa conversación en aquel momento de

dolor? Aunque, por otra parte, quizá hablar de su hija le brindara algún consuelo. Abbie decidió arriesgarse y dar marcha atrás si Millie se mostraba incómoda.

—Cuando dijiste que mamá tenía la sensación de estar perdiendo la seguridad que había dado por sentada, ¿por qué dijiste que le había costado mucho adquirirla?

—Porque pasó los primeros años de su vida en un orfanato, lo cual la dejó con una sensación de inseguridad muy justificada.

—¿Dónde estaba ese orfanato?

—En Pursey Street, en Stepney, Londres.

—¡Caramba! Eso está bastante lejos

de Los Lagos. ¿Por qué elegiste aquel orfanato?

—No lo recuerdo. Fue hace mucho tiempo.

—¿Y cuándo regresaste a Inglaterra exactamente? Nunca me lo has dicho.

—Con veintipocos años, creo.

Abbie sabía que Millie estaba siendo poco concreta a propósito, pero no comprendía por qué. Allí sucedía algo que no entendía. ¿Por qué había adoptado Millie a una niña a una edad tan temprana? Seguramente en aquel momento era todavía lo bastante joven para esperar tener hijos propios algún día. Aunque no los había tenido, así que quizá hubiera sabido que no podía. Pero Abbie no se atrevía a preguntar eso.

—¿Durante la revolución sucedió algo que te hizo decidir adoptar una criatura? —inquirió—. ¿Viste niños hambrientos en las calles? ¿Fue por esa razón?

No pudo evitar preguntarse qué sucesos tan terribles habrían ocurrido entonces para que Millie se mostrara tan poco dispuesta a recordar el pasado. Al igual que su madre antes que ella, Abbie había intentado en numerosas ocasiones persuadir a su abuela para que hablara de su época en Rusia y de cómo había llegado allí. Pero muy raramente emergían detalles de la vida de joven de Millie, y después de uno de ellos, la mujer guardaba silencio y apretaba los labios como si acabara de divulgar un

secreto terrible.

Abbie sonrió al no obtener respuesta.

—Mamá siempre se preguntaba por qué la elegiste a ella, una niña delgaducha de cinco años, propensa a enfados y rabietas. Achacaba esa decisión a tu corazón bueno y generoso, y seguramente acertaba.

—¿Por qué no iba a elegirla con lo adorable que era? —La voz de Millie estaba impregnada de la ternura del amor, lo que probaba la sinceridad de sus palabras—. Háblame de la excursión a Coniston Water con los niños. ¿Fuisteis a navegar?

El tema, como siempre, estaba cerrado.

Abbie reprimió un suspiro y

describió los juegos de *Vencejos* y *amazonas* a los que habían jugado en el barco y la visita a la isla del Gato Salvaje.

—Es un libro que adoraba de niña. ¿Recuerdas que mamá nos dejaba disfrazarnos de piratas y acampar toda la noche al lado del lago? Robert siempre quería ser el capitán Flint, por supuesto, pero a mamá le encantaba reservarse ese papel. Era muy divertida entonces.

Millie sonrió.

—Y tú eras Titty, la que encontraba el cofre del tesoro.

—¡Cielo santo, es verdad! El tesoro que mamá escondía en algún lugar y yo me creía muy lista si lo encontraba.

Siempre estaba ansiosa por ganar a Robert —musitó Abbie.

Su abuela y ella rieron un poco con los recuerdos compartidos, y la joven decidió probar otra táctica.

—Mamá me dijo que una vez trabajaste de niñera en una casa importante. ¿Es cierto, abuela? ¿Y dónde fue eso?

Millie le sonrió, y la miró con un brillo pícaro en sus ojos grises.

—Fue aquí.

Abbie soltó un grito ahogado de sorpresa.

—¿Aquí? ¿Te refieres a esta casa, a Carreck Place?

—Sí.

—¿Quieres decir que estuviste

empleada aquí? Pero eso es increíble. ¿Cómo pudiste empezar de niñera y terminar siendo la dueña de la casa? Señora de la mansión, nada menos.

Millie soltó una risita.

—La vida está llena de altibajos, con muchas sorpresas por el camino. Aunque nunca me he considerado señora de la mansión ni dueña de Carreck Place, puesto que, estrictamente hablando, nunca fue mía. Ni tampoco de Kate, de hecho.

—O sea que era de mi abuelo, ¿verdad? —Abbie estaba encantada con la conversación y anhelaba oír más revelaciones fascinantes.

—Eso no es lo que quería decir. La verdad, querida, es que la propiedad no

le pertenece a nuestra familia en absoluto. No ha sido nuestra ni ahora ni nunca. Solo tenemos el derecho a vivir aquí.

Abbie miró a su abuela con incredulidad.

—¿Estás diciendo que puede que un día tengamos que salir de Carreck Place? —Casi se le paró el corazón al pensar en eso. Era una perspectiva terrible, algo que no se le habría ocurrido ni en un millón de años.

Millie miró a su nieta sin parpadear.

—Eso es exactamente lo que digo, sí.

—No lo comprendo. Siempre he creído que Carreck Place había pertenecido a nuestra familia durante generaciones.

—Me temo que no.

—Vaya, pero yo adoro esta casa — exclamó Abbie.

Su abuela le apretó la mano, comprensiva como siempre con los sentimientos de su nieta.

—Lo sé, querida. Yo también, pero las cosas son como son.

—Y Robert espera heredarla.

—Y puede que lo haga, si eso es lo que decidió Kate, aunque no es, ni mucho menos, seguro. Y dicho eso, dudo mucho que nunca le pidan a nuestra familia que se marche, aunque tu madre ya no esté con nosotros, puesto que no hay nadie que... —Millie se detuvo. Frunció el ceño pensativa, como si examinara aquella posibilidad—. No

queda nadie que pueda reclamarla. O eso espero —concluyó—. Confieso que me gustaría pasar aquí los años que me queden, si es posible. Pero todo eso depende de lo que haya dejado tu madre en su testamento.

—¿A ti no te lo dijo?

Millie negó con la cabeza y sonrió con tristeza.

—No.

Abbie recordó a su padre guardando papeles en un cajón a toda prisa, su enojo ante las preguntas de Robert y su preocupación por la situación económica y por si necesitaría vender la tienda.

—¿Insinúas que podría haber algún problema? Papá parece estar bastante

preocupado por el dinero, creo que teme que perdamos la casa por falta de fondos. Pero ¿por qué? ¿Estamos en quiebra o algo así? ¿Tiene algo que ver con el testamento de mamá? ¿Qué es lo que pasa y por qué no nos lo dice?

Millie suspiró.

—Como ya he dicho, desconozco cuál era la situación económica de mi hija, pero Kate sabía que no era dueña de Carreck Place, que solo tenía una cesión vitalicia de la propiedad. No obstante, me atrevo a decir que eso puede haber sido una sorpresa para Tom.

Abbie sentía que la cabeza le daba vueltas mientras intentaba asimilar lo que le estaba diciendo su abuela.

—¿Quieres decir que mamá le ocultó eso a papá todos estos años? ¿Por qué iba a hacer una cosa así? —Guardar secretos empezaba a parecer un rasgo de familia.

Millie frunció el ceño. Se mostraba extrañamente pensativa.

—Contarlo habría abierto una auténtica caja de Pandora. Y preferíamos que siguiera bien cerrada.

—Debo decir, abuela, que puede que este sea un buen momento para abrirla, o podría ocurrir un desastre. —Abbie esperó con paciencia mientras Millie pensaba en el asunto—. ¿A quién le pertenece esta casa si no es nuestra? —preguntó con gentileza.

—En su origen, Carreck Place

formaba parte de la propiedad de lord Rumsley, quien me contrató como niñera de sus hijos. Yo era feliz aquí, pero luego mi vida cambió para siempre en el otoño de 1911, cuando conocí a Olga Belinski.

—¿Olga Belinski? ¿Quién era?

—Una condesa rusa.

—¡Caray! Eso debió de ser increíble. No sabía que hubieras tenido un empleo tan importante, pero, por otra parte, no sé nada de tu época en Rusia. ¿Cómo fue trabajar para la aristocracia durante la revolución?

—Hay cosas que es mejor olvidar.

El abuelo de Abbie, Anton Nabokov, que desgraciadamente había muerto cuando ella tenía once o doce años,

había sido igual. Aunque había nacido y se había criado en Rusia, ella solo le había oído mencionar una vez la Madre Patria, como la había llamado él, y solo para decir lo mucho que agradecía que hubieran salido de allí cuando lo habían hecho.

Abbie podía entender el alivio que habían sentido sus abuelos al escapar de los horrores de la revolución, que debía de haber sido terrorífica. Pero estaba cada vez más convencida de que en el silencio de su abuela había algo más que la mera repulsa por el asesinato de los Romanov, y posiblemente también de muchos de sus amigos aristócratas.

Pero aquella era la primera información que había revelado su

abuela en años.

—Háblame de esa condesa. ¿Cómo era?

—Era una señora manipuladora, muy egoísta, que lo quería todo para ella, y despilfarradora, sin la menor idea del valor del dinero. Nuestra relación estuvo cargada de problemas desde el principio. Podríamos decir que fue desafiante pero interesante —dijo riendo con dureza—. Su cruel indiferencia hacia los demás tendría que haberme advertido de que debía alejarme de ella. Desgraciadamente, por entonces yo era joven y terca, aunque un poco ingenua y fácil de adular.

—Abuela, por favor, quiero saberlo todo sobre ella. ¿Dónde y cuándo la

conociste? Por favor, empieza por el principio.

—En ese caso, vamos a necesitar más café. Es una larga historia.

CAPÍTULO 5

1911

Todo empezó uno de esos días perfectos de sol de principios de septiembre, con los colores rojizos, ámbar y dorados de los bosques de la zona reflejándose en el agua inmóvil del lago. Las ovejas dormitaban en las sombras suaves y solo se oía el arrullo de las palomas torcaces, el rumor del agua y los alegres gorjeos de las risas infantiles. Un sol brillante calentaba el lago, y los niños no habían podido resistirse a ponerse los trajes de baño y nadar un rato mientras los adultos echaban una

cabezada en sus tumbonas o charlaban calmadamente tomando Pimms.

Dentro de la casa era otra historia. Carreck Place era un verdadero torbellino de actividad. Yo no había visto tanto ajetreo desde la fiesta para celebrar la coronación de Jorge V en junio. Las doncellas iban de acá para allá. Su larga experiencia aquietaba cualquier amago de pánico que pudieran sentir y realizaban sus muchas tareas con eficiencia. Los invitados especiales de lord y lady Rumsley, unos primos rusos aristócratas, el conde Vasili Belinski y su esposa la condesa Olga llevaban varias semanas allí y el punto álgido de su visita sería una gran cena y un baile que tendrían lugar esa noche.

Hacia días que las cocinas eran territorio prohibido. Yo siempre sentía lástima por las pobres fregonas, con las manos enrojecidas de restregar cazuelas y fregar platos todo el día. Yo sabía de sobra lo que era eso, ya que había empezado a trabajar como fregona a los catorce años y después había pasado a la cocina y a doncella de salón, antes de decidir que odiaba el trabajo de la casa. Había resultado muy natural que entrara a servir, pues mi madre francesa era una camarera personal y mi padre era jardinero de lord Lonsdale. Cuando me llegó la oportunidad de trabajar de niñera, la aproveché porque adoro a los niños. También tenía la esperanza de que ese cargo me permitiera viajar con

la familia, lo cual siempre había sido uno de mis sueños.

Los lacayos habían pasado horas sacando brillo a la plata familiar, antes de colocarla sobre un mantel de damasco blanco immaculado, donde había también un centro de mesa de rosas amarillas del jardín. La larga mesa de comedor estaba puesta según una cuidadosa distribución de los asientos ideada por la señora, hábilmente asistida por el ama de llaves. La precedencia era de extrema importancia, en particular porque el conde Belinski estaba relacionado con la realeza rusa, pues era primo lejano del zar. Quién se sentaba al lado de quién podía ser un auténtico campo de minas. Las fiestas de

esa naturaleza eran famosas por sus aventuras ilícitas, que, naturalmente, debían mantenerse con discreción. Siempre que había duda, decidía Jepson, el mayordomo, pues él sabía mejor que muchos quiénes eran amantes o adversarios sociales, y en cualquiera de los dos casos, necesitaban estar separados.

La eficiencia de toda la operación se debía principalmente a la habilidad del mayordomo. Este casi parecía pertenecer también a la realeza, vestido con su mejor frac de botones dorados, camisa blanca almidonada, cuello y pechera. Hasta los ayudas de cámara resplandecían con sus mejores libreas; cuando había pasado esa misma tarde

por el salón de los criados, no había podido evitar reírme de lo ridículos que estaban con sus pantalones marrones y chalecos a rayas amarillas y blancas. Parecían criaturas de otra era.

—¿Soy yo el que te resulta tan gracioso? —había preguntado Liam, uno de los lacayos, y me había abrazado por la cintura.

Yo no había luchado por soltarme ni había protestado demasiado, pues Liam me gustaba bastante. Era un joven irlandés atractivo y las atenciones que tenía conmigo, una chica ingenua de casi diecinueve años, me resultaban de lo más halagador.

—Parece que vayas a actuar en una pantomima del pueblo —me había

burlado yo.

—Ah, y yo que pensaba que estaba de lo más elegante con este atuendo. ¿No me merezco al menos un beso por ir tan bien vestido?

Le había querido dar un beso en la mejilla, pero él se había movido en el último momento y el beso había caído en su boca por error.

—¿Qué ocurre aquí? —La voz estentórea del mayordomo había hecho que Liam diera media vuelta y yo saliera corriendo de la habitación, contenta de escapar.

Por fortuna, aquellos preparativos frenéticos no iban conmigo. Mi tarea como niñera era simplemente cuidar de los niños. De la señorita Phyllis y el

señorito Robin, más los dos vástagos rusos que ocupaban también el ala infantil durante su estancia.

Serge, de ocho años, parecía tener mucho que decir.

—Mi nombre completo es Serge Vasílovich Belinski —había anunciado cuando lo habían llevado a la sala de clase para presentármelo—. Mi segundo nombre viene de mi padre, una tradición que creo que no tienen en Inglaterra. —Esto último lo había dicho con cierto desprecio hacia nosotros por ese fallo. «Todo un noble en ciernes», había pensado yo.

Irina, su hermana menor, de seis años, era una niña sensible que lloraba mucho. Me había dedicado una sonrisita tímida

y, al ver que su madre la miraba con el ceño fruncido, enseguida se había puesto a atusarse el pelo.

Me gustaba mi trabajo, y aquella tarde soleada disfruté distrayendo a los niños, primero jugando al escondite y después sirviéndoles un pícnic de sándwiches de huevo cocido y berros, bizcochos de soletilla y limonada casera. Los dos chicos probaron a pescar, sin mucho éxito, y las niñas disfrutaron chapoteando y rieron mucho. Solo se llevaban un año y se habían hecho amigas al instante.

—No se aleje del borde, señorita Phyllis. El lago enseguida se hace muy hondo —dije yo, siempre consciente de mi responsabilidad. Y la niña solo tenía

cinco años.

Se levantó un viento fresco y decidí llevarlos dentro para la siesta. Yo, al menos, necesitaba un descanso.

—Vamos, niños. Hay que secarse y entrar a tomar chocolate caliente y después una siesta.

Ellos respondieron con una serie de protestas y yo me eché a reír y saqué a la señorita Phyllis del agua y la llevé, retorciéndose como un gusano, si es que los gusanos se retuercen, y riéndose, de vuelta a la alfombrilla, donde empecé a secarla con una toalla.

—*Mamochka*, quiero aprender a navegar —dijo Serge a su madre.

En el centro del lago se movía un bote, en el que la condesa Olga se

reclinaba al sol y su lacayo remaba lentamente adelante y atrás para no turbar mucho su descanso.

—Quizá mañana, señorito Serge —le dije yo—. Ahora empieza a hacer frío. Es hora de secarse y beber algo caliente.

La condesa giró perezosamente la cabeza y sonrió a su hijo.

—Nada hasta mí si quieres, querido mío —le dijo—. Estoy aquí para ti, como siempre.

—Yo también quiero ir —gritó Irina.

Y antes de que yo pudiera detenerlos, los dos niños se lanzaron al agua, ambos desesperados por ganar al otro y ser el primero en llegar hasta el bote y su querida madre.

Me levanté al instante y los observé

con ansiedad. Quería decirles que era mucha distancia para que fueran nadando y que esa parte del lago era muy profunda, pero ¿cómo podía prohibírsele si la condesa ya me había desafiado? Después de todo, eran sus hijos.

Serge llegó hasta el bote con facilidad y se agarró al lateral, preparado para subir a bordo. Su madre aplaudió encantada, y en el rostro del niño apareció una amplia sonrisa de triunfo. Yo casi suspiré de alivio, pero de pronto vi que sujetaba algo debajo del agua, donde había un gran chapoteo y muchas burbujas. Él miró hacia abajo y rio fuerte. Cuando me di cuenta de que era su hermana Irina, fue como si me

dieran un mazazo en el pecho.

—Señorito Serge, ¿qué hace?
¡Suéltela de inmediato!

Dejé a la pequeña Phyllis en la alfombra, corrí por la orilla de hierba y me introduje en el agua, vestida todavía con mi uniforme de niñera. Por fortuna, mi padre me había enseñado a nadar, porque decía que no debía haber ningún niño que viviera en el Distrito de los Lagos y no supiera nadar. Llegué al bote en segundos y tomé a la niña en mis brazos. Por un momento, temí haber llegado demasiado tarde, pues su pequeño rostro tenía un color ceniciento, sin rastros de vida. Luego tomó aire con fuerza y estalló en lágrimas.

—¿No ha visto que la estaba

sujetando debajo del agua? —grité a la condesa, sin pensar en los buenos modales ni en mi posición humilde—. Su hija podría haberse ahogado.

La condesa me miró un momento con ojos muy abiertos y a continuación se echó a reír.

—Tonterías. Irina debería haber tenido más sentido común y no intentar nadar hasta tan lejos. Mi querido hijo la estaba rescatando. Es una niña tonta, siempre está llamando la atención y tiene unos celos ridículos de su hermano.

Miré atónita a la condesa, moviendo los pies para mantenerme a flote y sujetando a la niña en mis brazos. ¿Cómo podía estar tan ciega aquella

mujer para no ver la verdad del incidente? Yo ya había notado que la condesa siempre daba preferencia a su hijo, pero ¿a qué clase de madre le importaba tan poco su hija como para no hacer ningún esfuerzo por salvarla de una muerte inminente?

Pero ¿qué podía decir yo? Era una mujer joven, una simple criada, y ella una dama de la aristocracia, casada con un primo de mi señor. Sabía muy bien que, si acusaba de algo a la condesa o a su precioso hijo, solo conseguiría que me despidieran por ser grosera con una honorable invitada o por excederme en mis deberes.

—Mi pequeño héroe —dijo la condesa, que abrazó y besó al chico

mientras lo ayudaba a subir al bote a su lado.

Me di cuenta de que los delgados brazos de Irina se aferraban con fuerza a mi cuello y su cuerpecito temblaba contra el mío. Mis pies empezaban a entumecerse también por el agua fría y mi falda larga se enredaba alrededor de mis piernas. Nunca era seguro permanecer mucho rato en el lago, así que me volví y nadé hasta la orilla, con la niña a salvo debajo de un brazo.

Aquel fue mi primer enfrentamiento con la condesa, pero no sería el último.



Aquel mismo día, más tarde, mientras la ayudante de niñera servía la cena a los

niños, me escabullí un momento para hablar con Liam y le conté rápidamente lo que había ocurrido.

—¡Qué bruja! —dijo él, con su franqueza irlandesa—. ¿Es que esa mujer no tiene sentimientos excepto para sí misma?

—Parece que no —comenté yo.

Estábamos acurrucados detrás de un edificio anexo, en un rincón en sombra del patio de la cocina, y Liam no dudó en aprovechar la oscuridad creciente para robarme unos cuantos besos. Aunque yo no protesté demasiado, pues el contacto de sus labios hacía correr por mis venas olas de excitación. Como ya he dicho, yo era joven e influenciable.

—Me temo que no puedo quedarme —se disculpó él entre besos—. O el señor Jepson me despellejará vivo—. ¿Puedo verte más tarde?

En ese tipo de ceremonias era fundamental calcular bien el tiempo. Era importante que todos estuvieran sentados diez minutos antes de que llegaran los invitados de honor, sobre todo si, como en aquel caso, estos estaban emparentados con la realeza. El señor Jepson, naturalmente, hacía todo lo posible por que la comida no esperara demasiado, de lo contrario habría todavía más pánico y caos en la cocina si se sacaban las bandejas demasiado pronto y se enfriaba la comida en la zona de servir. Todos esos

esfuerzos eran muy poco valorados por lord y lady Rumsley y por sus invitados, que los daban por supuestos.

Yo sabía que Liam, y todos los demás lacayos, incluidos muchos contratados especialmente para la ocasión, estarían toda la velada corriendo de acá para allá. No solo servirían la cena, sino que después ofrecerían también bebidas y tentempiés, suministrarían constantemente barajas nuevas a los jugadores, pedirían carruajes y llevarían jarras de agua caliente o una última copa a los que se quedaban a dormir. En resumen, estarían a las órdenes de los más de cien invitados.

—Dudo mucho que me sea posible verte luego, Liam. Tú estarás ocupado y

yo debo quedarme con los niños.

—Ah, ¿no podrías escabullirte media hora por los menos? Te esperaré en la parte de atrás de la casita de verano cuando se hayan ido todos.

—Para entonces casi habrá amanecido —dije yo, que estaba empezando a ceder.

—No —contestó él—. Será medianoche o justo después.

Me reí de su optimismo, pero después de otro beso excitante y prolongado que me dejó sin aliento, se alejó a toda prisa, sin darme tiempo a protestar más.

Como la cocina estaba abarrotada de platos humeantes y cocineros apresurados, contratados también especialmente para la ocasión, esquivé

el caos y subí corriendo las escaleras de atrás, preocupándome ya por la cita de medianoche. Apreciaba mucho a Liam como amigo, pero no deseaba que nuestra relación fuera más allá de unos cuantos besos castos. Mis ambiciones para el matrimonio iban, ya entonces, en una dirección muy diferente.

Me disponía a acostar a las pequeñas y me preparaba para leerles un cuento, cuando entró la condesa. La señorita Irina se sentó al instante en la cama con los ojos brillantes, deseando que su madre se fijara en ella. La condesa, sin embargo, fue a sentarse al lado de su hijo, que jugaba una partida de ajedrez con el señorito Robin.

—¿Vas ganando, querido? —

preguntó.

—Por supuesto. Él es un inútil.

—Pobrecito Robin, ¿no eres el joven heredero brillante que esperaba tu padre? —preguntó ella con tono de burla.

Vi que el rostro del niño se sonrojaba de furia por el comentario, pero captó mi mirada de advertencia y consiguió refrenar su lengua. La condesa observó un momento el juego, hizo algunas sugerencias y rio alto cuando su hijo comió la reina a Robin.

—Jaque mate —dijo Serge.

—Eres un jugador estelar, amor mío —declaró la condesa, alborotándole los rizos.

Sentí lástima por el señorito Robin,

que intentaba furiosamente salvar otra partida perdida con un chico dos años más joven, y con una testigo delante, lo que incrementaba su humillación. A mis espaldas oí un suspiro de la hija de la condesa, que esperaba con paciencia a que su madre le hiciera algo de caso. Me compadecí también de ella y me adelanté temerariamente con una reverencia.

—Milady, le iba a leer un cuento a la señorita Irina, pero quizá quiera hacerlo usted. Se ha disgustado mucho con el incidente de esta tarde en el lago y estoy segura de que le gustaría mucho que se sentara un rato con ella.

La condesa se volvió hacia mí y me dedicó una mirada fría y escrutadora.

—¿Cuánto tiempo hace que trabajas en Carreck Place, muchacha? — preguntó.

—Seis meses.

—Eres muy diligente con tus deberes.

—Gracias, milady —contesté yo, aunque algo en el tono de su voz y en la mirada acerada de sus ojos negros como el carbón me dio a entender que el comentario no era necesariamente un cumplido.

Ella era, sin duda, una mujer hermosa, de cabello oscuro lustroso, piel blanca de porcelana y una figura voluptuosa y bien formada. Llevaba un vestido exquisito de encaje de Bruselas de color crema y cada parte de su pelo, cuello, muñecas, manos, así como el

propio vestido, adornada con diamantes y zafiros. La suya era una figura formidable, y se me ocurrió que no me correspondía a mí recordar sus deberes a ninguna madre, y mucho menos a una condesa.

La condesa Olga se levantó. Era bastante más alta que yo, lo que hizo que la seguridad en mí misma se evaporase todavía más.

—Irina es una niña simple sin nada de sentido común, aunque debo reconocer que su comportamiento ha mejorado últimamente bajo tu cuidado. Pero, por otra parte, para eso te pagan —me informó con tono imperioso, haciendo que me sintiera más humilde que nunca—. No obstante, quizá todavía

tengas mucho que aprender en relación con tu posición en la vida.

Sentí que me ardían las mejillas.

—Pido humildemente perdón, milady, si la ofendí sin querer. Fue un momento de pánico. Temí que la señorita Irina estuviera a punto de ahogarse.

—Un error y una reacción exagerada por tu parte. Los niños estaban jugando, nada más.

Alcé la vista, mis ojos se encontraron con su mirada impasible, y supe que ella podía ver en los míos que yo no me creía aquello ni por un momento.

—Fue un juego que muy bien podría haber terminado con la muerte de su hija —le informé con calma.

Las palabras salieron de mi boca

antes de que me diera cuenta. ¿Por qué siempre tenía que decir lo que pensaba? Seguramente me despedirían al instante por insubordinación y perdería mi empleo.

Los ojos oscuros de ella se abrieron de sorpresa por mi insolencia, como era previsible, pero había también en su mirada una victoria burlona, como si le complaciera haberme irritado hasta el punto de hacerme perder los estribos una vez más.

—Eres una experta en niños, ¿verdad, muchacha?

—Ciertamente, sé cuidar de ellos mejor que muchos padres, que parecen tener muy poco tiempo para sus hijos — dije, y asentí con la cabeza, pensando

que, de perdidos, al río.

Ella entonces se echó a reír, como si acabara de oír un comentario ingenioso.

—Me atrevo a decir que puedes tener razón. Sin embargo, creo que en esa ocasión te has mostrado excesivamente diligente con tus deberes.

Por fortuna, me evitó ponerme más en evidencia el gong que anunciaba la cena, y que sonaba todas las noches a las ocho en punto y era la señal para que se congregaran los invitados a tomar cócteles en el hermoso salón de paneles de roble. La condesa se dirigió hacia la puerta con paso mesurado, entre el rumor de sus faldas de seda, con la espalda recta, la cabeza bien alta y una sonrisa condescendiente en sus labios

bien formados. Su postura denotaba claramente su convencimiento de que había ganado la discusión con tanta facilidad como había derrotado su hijo al señorito Robin en el tablero de ajedrez.

—No volveremos a mencionar el tema. Fue, sin duda, como tú misma has dicho, tu estúpido pánico. Estoy segura de que tendrás mejor criterio la próxima vez.

Reprimí un suspiro de alivio porque iba a conservar mi empleo y confié en secreto en que nunca hubiera una próxima vez. Observé, atónita e incrédula, cómo la condesa salió de la estancia sin dedicar ni siquiera una mirada a su hija, ni mucho menos darle

un beso de buenas noches.

Di gracias a Dios porque aquella mujer se fuera a marchar al final del mes, pues así no me vería obligada a pelear con ella nunca más.

¡Qué equivocada estaba!

CAPÍTULO 6

Tal y como habíamos acordado, a medianoche me deslicé por una puerta lateral y subí por el sendero que llevaba a la casita de verano con un chal sobre los hombros para combatir el frío de la noche otoñal. Quedaban todavía algunos rezagados jugando al blackjack en el salón, un grupo de hombres en la sala de billar y otros que disfrutaban de una última copa en el invernadero, pero la mayoría de los invitados se estaban marchando. Oía los cascos de los caballos y el bullicio de los carruajes, que causaban los atascos habituales en su recorrido por el largo camino de

entrada a la casa. Los portadores de los faroles hacían señales de luz y silbaban para llamar al siguiente carruaje. Sin duda habían pasado el tiempo de espera en el frío con algún trago de whisky para entrar en calor. Los cocheros y los portadores de los faroles tenían fama de bebedores.

Liam me esperaba detrás de la casa de verano, como había prometido, refugiado debajo de un viejo fresno de la llovizna que había empezado a caer.

—Ya pensaba que no vendrías —se quejó.

—Lo siento, me he dormido —le expliqué, y esquivé sus besos impacientes para contarle mi último encuentro con la condesa—. No me

puedo creer lo cruel e insensible que es esa mujer con su hija. ¿Cómo puede ser que su hijo le parezca tan precioso pero ignore totalmente a su hijita? Es obvio que la pobre niña no se siente querida y que está amedrentada. Es muy triste. Hasta el señorito Robin se ha sentido avergonzado al ser el destinatario del sarcasmo de la condesa.

Era evidente que Liam no me escuchaba, pues estaba mucho más interesado en besarme el cuello, la curva de la oreja y en subir y bajar las manos por mi espalda.

—Te estás obsesionando con esa mujer —protestó—, cuando podríamos estar haciendo cosas mucho más interesantes.

Cuando la lluvia arreció, él tiró de mí hacia el interior de la casita y, riendo, me sacudió la humedad del pelo. La casita había sido construida en pizarra y piedra en la época georgiana y era un lugar favorito para hacer un pícnic en días desapacibles. Poseía una habitación grande con una chimenea y, detrás de esa, había una cocina pequeña que se usaba para preparar comida y que el jardinero había adaptado para arreglos florales. Liam me arrastró hasta allí, un lugar privado donde no podían vernos.

—No deberíamos estar aquí — protesté. Ya empezaba a lamentar haber accedido a verlo y anhelaba de pronto el calor de mi cama. Había sido un día largo y tenía que madrugar a la mañana

siguiente—. ¿Y si viene alguien?

—¿Y por qué va a venir alguien si todos se están marchando a casa en sus elegantes carruajes? —preguntó Liam. Sus besos se hicieron más intensos. Me pasó una mano por la cadera y la subió hasta la cintura. La atrapé justo antes de que llegara al pecho.

—Por favor, pórtate bien, Liam. No soy esa clase de chica.

—Pues antes no protestaste por mis besos —me recordó. Perseveró en su intento de seducción, me echó el chal hacia atrás y empezó a desabrocharme los botones de la blusa. Le aparté la mano con un golpe.

—¡Deja eso! Es evidente que fue un estúpido error por mi parte permitir que

me besaras. Por favor, suéltame.

Él se rio de mis protestas y empezó a desabrochar el siguiente botón.

—Sabes que en realidad te gusta —dijo—. Estás tan loca por mí como yo por ti. ¿No crees que hacemos una buena pareja?

—No, no lo creo, y no somos pareja en absoluto. —A pesar de mis intentos desesperados por detenerlo, sus torpes esfuerzos con los botones de mi uniforme empezaban a dar resultado y mi blusa estaba abierta. Lo aparté con las dos manos y conseguí soltarme por fin, casi sin aliento por el esfuerzo—. No sé qué esperabas al pedirme que me reuniera contigo aquí, pero creo que esta relación corre peligro de ir demasiado

lejos demasiado pronto. Me niego en redondo a que te aproveches de mí.

—No me estaba aprovechando, Millie. Te adoro, tú lo sabes. Me gusta todo de ti. Tus encantadores ojos, tan grises y suaves como las nubes de tormenta del verano, tu preciosa figura —murmuró. Miró fijamente mis pechos y a continuación, como si reconociera su error, pasó las manos por mis rizos alborotados—. Y tu pelo claro y largo que me gustaría ver volar libre en lugar de recogido en una trenza encima de tu encantadora cabeza.

Temí que empezara también a deshacerme la trenza, retrocedí un paso e intenté poner orden en mi uniforme.

—Tienes que dejar ya esto, Liam.

—¿Por qué? —Él me apretó contra sí una vez más y pasó los labios por la curva de mi cuello—. Juro que me casaré contigo en cuanto pueda. Sabes que te pediría que fueras mi esposa ahora mismo, si pudiera permitírmelo.

Me reí un poco de su declaración y lo empujé con firmeza.

—Y si hicieras esa locura, yo te rechazaría.

—¿Qué? —Me miró con la boca abierta, como si no pudiera imaginar ni por un momento que lo rechazara una chica.

—La verdad, Liam, es que estoy contenta de ser tu amiga, pero no te amo y no tengo el menor interés en casarme. Soy demasiado joven. Además, tengo

otros planes.

Confiaba en que llegaría un momento en el que disfrutaría de tener un hombre que me amara y de conocer el significado del verdadero deseo, pero, por lo que a mí respectaba, faltaban todavía unos años para eso.

—¿Qué tipo de planes? —preguntó él. No parecía nada contento. Yo me até el chal con un nudo firme delante del pecho.

—Oh, bastante ambiciosos. Mejorar mi educación, para empezar. Ahora estoy leyendo *Historias del rey Arturo*, de U. W. Cutler. Es muy divertido, deberías echarle un vistazo. Y un día espero conseguir un trabajo mejor y prosperar en la vida. Y sobre todo,

viajar y ver mundo. —Sentí en mi interior la emoción familiar que me solía producir aquella idea—. Eso es lo que siempre he soñado. ¿A ti no te gustaría mejorar tu posición?

Por la expresión de incredulidad que mostraba su rostro, estaba claro que eso no se le había ocurrido nunca. Echó atrás los hombros como si reafanzara su orgullo.

—Yo estoy bastante contento tal y como estoy, y muchas chicas se alegrarían mucho si les hiciera una oferta de matrimonio.

Reprimí una carcajada.

—Estoy segura de que hay algunas. Eres un hombre atractivo, un premio para cualquier chica, pero me temo que

no para mí. Valoro tu amistad, Liam, pero sería injusto seguir viéndote sintiendo lo que siento.

—Pues tú te lo pierdes. —Él se encogió de hombros con un ademán de indiferencia, pero su ceño fruncido revelaba lo contrario. Se volvió a medias, como para alejarse, pero entonces llegó el sonido inconfundible de gruñidos y jadeos procedentes de la otra habitación. Los dos nos quedamos paralizados en el sitio.

—Deprisa —siseó Liam—. Debajo del banco.

Caímos de rodillas para que no nos vieran. El miedo y la furia me invadían a partes iguales y hacían temblar mis piernas. Era muy consciente de que, si

nos descubrirían allí juntos, los dos perderíamos nuestro empleo.

Liam me dio un codazo y señaló, con una sonrisa de oreja a oreja, una tabla rota en la pared. Por el agujero veíamos claramente la sala principal de la casita de verano. Tendida en el suelo, encima de una capa, en la postura más indigna posible, estaba la condesa. Tenía las piernas alrededor de la cintura de un hombre que la embestía con los pantalones caídos en torno a los tobillos. Miré a la pareja con horror creciente. Solo podía ver el trasero desnudo del hombre, pero habría reconocido aquellos pantalones en cualquier parte. Era mi amo, lord Rumsley.

En aquel momento de asombro al reconocerlo debió de escapárseme un grito ahogado, porque la condesa Olga volvió la cabeza hacia mí y su mirada regocijada se encontró con la mía.



Pasé el día siguiente intentando no pensar en lo que había visto, concentrada en enseñar al joven Serge a montar en poni, en pulir lo que había aprendido en las últimas semanas. El conde era, al parecer, un experto en caballos, pero su hijo se había negado a aprender por miedo a caerse y defraudar a su padre. El señorito Robin, en cambio, montaba muy bien, y Serge se había visto impelido a intentarlo, ya que

no deseaba dejarse eclipsar en nada. Seguía habiendo una rivalidad fuerte entre los dos chicos.

Las dos niñas no se habían unido a nosotros porque habían elegido pasar la mañana aprendiendo a coser un muestrario con la ayudante de niñera. Esas actividades parecían gustarles y la señorita Irina incluso se mostraba más calmada y tranquila. Por mi parte, me alegraba mucho de que otra persona les enseñara ese tipo de cosas, pues yo era algo masculina y prefería montar a caballo que coser.

—*Croire en soi* —dije a Serge, pidiéndole que creyera en sí mismo—. *Avoir le courage.*

Normalmente hablaba en francés con

los niños rusos, puesto que dominaban mejor ese idioma que el inglés, algo que parecía ser bastante normal entre la aristocracia rusa.

—*Gardez votre dos droit* —le dije, para que mantuviera la espalda recta al montar el poni alrededor del corral. Estaba ocupada aplaudiendo su éxito y diciéndole que pronto sería lo bastante hábil para montar un caballo más grande, cuando me interrumpió la voz de la condesa.

—No sabía que hablabas francés, muchacha.

Me apresuré a hacerle una reverencia. El corazón me dio un vuelco por miedo a que me preguntara qué hacía yo en la casita de verano la noche

anterior. Por otra parte, también podía elegir utilizar aquel acto de locura mío para tenerme callada. Aunque yo no pensaba decir ni una palabra a nadie. La discreción era una cualidad fundamental en los sirvientes. Se esperaba que fuéramos sordos y ciegos en todo lo relativo a las excentricidades de nuestros amos. Pero ella no tenía razones para fiarse de mí.

—Mi madre es francesa —expliqué cortésmente—. Así que yo soy bilingüe.

—¿De verdad? Estoy impresionada. No solo por tu habilidad con ese idioma, sino por tu destreza a la hora de calmar a mi díscola hijita y, según parece, por haber conseguido convencer a mi hijo de que aprenda a montar de una vez. Eso es

todo un logro en sí mismo.

—Quizá sea porque yo no lo he presionado, sino que he hecho que le resulte divertido. Y también intento darle a la señorita Irina la atención que necesita —repuse, incapaz como siempre de guardarme mis opiniones para mí.

—¿Eso es otro consejo sobre maternidad? —preguntó ella, mordaz—. Desde luego, eres una joven con mucho que decir, además de poseer el don de estar donde menos te esperan.

El último comentario era una referencia obvia al incidente en la casa de verano, y yo me aparté de su camino a toda prisa, riñéndome en silencio por tener la lengua tan larga. Ella se acercó

a felicitar a su hijo y yo me prometí tener los labios sellados en el futuro.

Al día siguiente me sorprendió que me llamaran al salón donde tomaban el té lady Rumsley y la condesa.

—Ah, Millie, ya estás aquí. Tengo el placer de informarte de que la condesa Olga te ha ofrecido un empleo.

Me quedé mirando fijamente a mi señora, atónita hasta tal punto que pasaron varios segundos antes de que pudiera entender lo que la condesa me estaba diciendo.

—... y esperaba poder persuadirte de que nos acompañes a Rusia. Estoy muy impresionada por el modo en que has cuidado de mis traviesos hijos, así como por tu facilidad para hablar francés.

Naturalmente, también quiero que los niños mejoren sus conocimientos de inglés, y por supuesto, también sus modales. Tengo la impresión de que tú serías la persona ideal para esa tarea.

Lady Rumsley sonrió amablemente al ver mi expresión aturdida y decidió contestar por mí, porque yo no era capaz de hablar.

—Sé que Millie agradece mucho la oferta, aunque es tímida y está sorprendida. Desde luego, sentiremos mucho perderte, Millie, pero esta es una oportunidad que difícilmente puedes permitirte rechazar.

—Estoy muy agradecida, milady — tartamudeé yo, que todavía no podía creer lo que oía. Toda mi vida había

soñado con viajar y acababan de ofrecerme esa posibilidad. ¿Cómo iba a rechazar una oportunidad tan increíble? Era un sueño hecho realidad.

CAPÍTULO 7

—Había olvidado que hablas francés — comentó Abbie, sonriente.

—*Bien sûr. Est votre français améliorant?*

—*Plutôt bien.*

Tener en común ese idioma parecía enfatizar de algún modo su proximidad, así que charlaron un rato en francés. Abbie empezó por gastarle bromas sobre Liam y después pasó a hablar de su trabajo en la boutique de París.

—Yo también me sentí ignorante cuando empecé, con tanto que aprender, empezando por el idioma —dijo—. Por suerte, mi jefa, Marisa, me ayudó

mucho. Pero la condesa parece una mujer terrible.

Millie se echó a reír.

—Lo era, sí.

—Tuviste mala suerte, abuela.

Marisa, en cambio, se convirtió en una buena amiga. Tengo que llamarla y explicarle que he decidido quedarme.

La mirada de su abuela se suavizó.

—Me alegro mucho. Me gustará tenerte aquí.

—¿Qué te parecería que yo trabajara en el negocio que montasteis el abuelo y tú?

—Me sentiría completamente orgullosa.

Abbie sonrió con sequedad.

—Papá quizá no opine lo mismo.

—Oh, estoy segura de que podrás persuadirlo con el tiempo. No pierdas la esperanza.

—Dios te bendiga, abuela. ¿Qué haría yo sin ti? Y ahora que sé cómo llegaste a Rusia, estoy deseando oír cómo era aquello y cómo te sentías estando tan lejos de casa.

—Me parece recordar que era muy fría. —Millie soltó una risita y movió una mano en el aire —. Pero basta por ahora, querida. Es la hora de mi siesta. Cuando vuelvas por aquí, te contaré más.

Lo que más frustraba e intrigaba a Abbie era lo que su abuela no le contaba, pero al día siguiente era lunes y decidió que ya tocaba visitar la tienda.

Fay le había prometido quedarse con Aimée por la mañana, aunque Abbie también tenía intención de inscribir a su hija ese día en el colegio del pueblo. La visita a la tienda la ilusionaba, a pesar de que, cuando anunció sus planes durante el desayuno, su padre enseguida puso objeciones.

—¿Qué sentido tiene eso? Tú no estás preparada para llevar un negocio.

—¿Y cómo puedes saberlo, papá, a menos que me des la oportunidad de intentarlo? Ya no tengo cinco años ni soy una adolescente estúpida.

—Soy muy consciente de eso, pero necesitamos un profesional experimentado que haga que el negocio vuelva a dar beneficios, no una

soñadora aficionada.

—Yo no soy una aficionada —repuso Abbie, decidida a mantener la calma y la confianza en sí misma—. Como ya te he explicado, tengo muchos años de experiencia en la industria de la moda.

Robert sonrió con suficiencia.

—En ese caso, deberías volver a París a vender vestidos. Desde luego, tu sitio no está aquí.

Abbie, que no estaba dispuesta a permitir que su hermano viera cuánto le dolía su comentario, se encogió de hombros con indiferencia fingida.

—Me parece que este sitio no es de ninguno de nosotros, o eso dice la abuela.

Robert se echó a reír.

—¿Qué tonterías dices ahora?

Abbie notó que su padre había palidecido y apretaba los labios.

—No debes tomar muy en serio lo que diga Millie. Es una anciana y está perdiendo la memoria.

—Está tan despierta como siempre, aunque admito que todavía no he oído, ni mucho menos, toda la historia. Con suerte, me contará más cosas luego y acabaremos llegando a cómo y por qué se le ha permitido a nuestra familia vivir aquí, aunque no seamos los dueños de Carreck Place.

—Ahora te has vuelto completamente loca —explotó Robert con furia.

Abbie dobló su servilleta y se puso de pie, pero la respuesta la dirigió a su

padre.

—Creo que será mejor que le expliques a Robert lo que has descubierto hace poco en el testamento de mamá, ¿no te parece? Yo, mientras tanto, intentaré averiguar lo que hay que hacer para mejorar el negocio. Me llevaré el viejo Ford si no te importa, papá.

Antes de que llegara a la puerta, estalló una acalorada discusión entre su padre y su hermano, pero Abbie no se detuvo a escuchar, sino que se alejó con determinación.



Aparcó el automóvil cerca de la iglesia de St. Margaret y subió los escalones de

piedra torcidos que había detrás del hotel Marina para seguir por Carndale Road, donde pasó por una tienda de regalos que vendía recuerdos baratos a los veraneantes, una agencia inmobiliaria, una serie de tiendas, entre ellas una galería de arte, y un café encantador, antes de llegar por fin a Sueños Preciosos. Sonó una campanilla cuando empujó la puerta y entró. La chica que estaba detrás del mostrador le sonrió.

—Buenos días, señora. ¿En qué puedo ayudarla? —preguntó con amabilidad.

—Soy Abigail Myers, la hija de Kate. Tú debes de ser Linda.

—Oh, es un placer conocerla. —La

chica estrechó enseguida la mano que Abbie le tendía.

Era pequeña, de cabello rubio peinado con las puntas hacia fuera, grandes ojos azules, pestañas que debían de ser falsas y uñas bien cuidadas. Iba ataviada con un elegante vestido azul marino ceñido en la cintura y con una chaqueta corta a juego. Abbie quedó impresionada. En comparación, sentía que su atuendo, un traje gris que había elegido deseando parecer muy formal, resultaba bastante aburrido.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí? —preguntó unos minutos después, cuando las dos tomaban café juntas.

—Tres años, desde que dejé el instituto —dijo Linda—. El próximo

mes cumpliré dieciocho. Me encanta este trabajo, y tu madre me enseñó muchas cosas sobre joyas, aunque todavía tengo mucho que aprender.

Entró una mujer, miró unos cuantos broches y collares, movió la cabeza con una sonrisa y volvió a salir.

Linda se encogió de hombros con aire de disculpa.

—Ahora esto está bastante tranquilo. No se vende mucho. Paso la mayor parte del tiempo limpiando las joyas y sacándoles brillo.

Abbie miró las vitrinas cerradas que exponían una variedad de joyas hermosas hechas con abulón, lapislázuli, madreperla, turquesa, ópalo, malaquita y otras piedras preciosas. Había bastantes

piezas de oro y plata a la vista y lo que parecía una selección de anillos y pendientes de diamantes, rubíes y zafiros.

—Todo está precioso. ¿Y el taller? ¿Puedo echar un vistazo ahí dentro?

—Me temo que está muy descuidado —repuso Linda. Apartó una cortina y la precedió por una habitación inmensa, llena de estantes medio vacíos, hasta el pequeño taller que había más allá—. Esta sala ya no se usa. Tu madre perdió el interés por esto.

El lugar era más espacioso de lo que Abbie recordaba, pero el taller estaba tan vacío y desnudo como el almacén. En los bancos y mesas de trabajo no había nada, el polvo cubría las

herramientas de cortar y pulir y colgaban telarañas del techo.

—Es un poco deprimente, ¿verdad? —preguntó.

—Me temo que sí. La señora Myers pensaba que ya no valía la pena diseñar nuestras propias piezas. Decía que era mucho más fácil comprarlas.

—Pero entonces tenemos las mismas joyas que venden todos los demás en lugar de ofrecer algo original.

—Ella creía que eso no era importante, que la mayoría de la gente compra joyas por su valor en términos del precio o los quilates o de lo brillantes o preciosas que sean las piedras. La señora Myers decía que una buena joya es una inversión.

Abbie sonrió.

—Un artista podría no estar de acuerdo y decir que puede ser mucho más que eso. Una joya encantadora debería expresar algo, reflejar la personalidad del que la lleva, una moda o un estilo. Y puesto que estamos en los sesenta, deberíamos atraer a los jóvenes, pues son los que tienen dinero y el deseo de mostrar una buena imagen. Tenemos que ofrecer joyas brillantes y elaboradas, extravagantes, atrevidas incluso. Pulseras tintineantes y pendientes colgantes, cuentas pulidas y con múltiples facetas, broches, colgantes y anillos en forma de flores, estrellas, mariposas... preferiblemente de colores chillones o con mucho brillo.

El entusiasmo en la voz de Abbie resultaba evidente y la chica la observaba con la mirada resplandeciente de interés.

—Claro, estoy de acuerdo. Mira lo elegante que es Jacqueline Kennedy. Me encantaría parecerme a ella. ¡Tiene tanto estilo!

Abbie sonrió.

—Yo diría que ya te pareces, especialmente con ese atuendo. —Al ver que la chica se ruborizaba, se echó a reír—. La verdad es que, como ya habrás adivinado, los beneficios han caído, así que hay que hacer algo, y pronto. Tenemos que esforzarnos por llegar a un mercado más amplio, por crear una marca que atraiga a un público

más extenso. La joyería es un gran negocio en este momento y creo que, con algo de esfuerzo, podría irnos mucho mejor. Espero que estés dispuesta a ayudarme a lograr eso.

Linda asintió con entusiasmo. Le brillaban los ojos.

—Por supuesto, me encantaría — dijo.

—Me alegro. Pues empezaré por hacer una buena limpieza del taller y después revisaré el equipo y el local. Entretanto, si tú pudieras darme los papeles de la tienda y hacer una lista de las existencias, me los llevaré para revisarlos en casa. Espero que Sueños Preciosos también pueda hacer realidad mi sueño.



Después de una mañana ajetreada, Abbie fue a buscar a Aimée y la llevó a la pequeña cafetería para que disfrutara de su comida favorita, una tostada con alubias, mientras ella se tomaba un sándwich de atún y una ansiada taza de té. A continuación dieron de comer a los patos del lago las migas que habían sobrado de la tostada y se dirigieron al colegio del pueblo, donde unos cuantos profesores estaban preparando el nuevo trimestre, que empezaría dos días después.

—Me temo que habla mucho mejor francés que inglés —explicó Abbie a la directora—. Por eso no lee muy bien,

pero es bastante inteligente y espero que se ponga al día en poco tiempo.

—Estoy segura de que sí. Y nunca se sabe, quizá nosotros podamos aprender algo de francés con ella. Estamos encantados de recibirte en St. Margaret, Aimée. La señora Sanderson será tu profesora.

La aludida se llevó a la niña a enseñarle su aula. La directora posó una mano con gentileza en el brazo de Abbie.

—Mi más sentido pésame, señorita Myers. Kate era una mujer adorable y su muerte será una gran pérdida para la comunidad.

Un nudo de lágrimas oprimió la garganta de Abbie, como siempre que

alguien le expresaba sus condolencias.

—Me sorprendió enterarme de lo mucho que colaboraba con los grupos de la iglesia y demás —consiguió decir al fin, con un leve temblor en la voz.

—Ya lo creo, y mucho. Y no pasaba un día sin que visitara a varias ancianas que viven solas en las villas victorianas que hay en el paseo que bordea el lago. Era una mujer encantadora con un gran corazón.

Abbie pensó en esas palabras cuando pasó por delante de aquellas casas de camino a la suya. Se preguntó por qué la visión que tenían otras personas de su madre sería tan distinta de la suya. Pero, por otra parte, la opinión de una adolescente seguro que estaba muy

influida por conflictos personales. Kate se había quedado horrorizada cuando Abbie le había preguntado si podía entrar en el negocio.

—Pero ¿por qué no? —había insistido la chica—. Me encantan el arte y la joyería y diseñar cosas. ¿No puedo hacer un curso o algo parecido?

—Tienes que estudiar una carrera —había dicho su madre—. O hacerte profesora o algo así.

Abbie se había echado a reír.

—Creo que me confundes con la hija de otra persona. Yo no soy de estudiar y no me gustaría nada ser profesora.

—Pensé que dirías eso, así que te he apuntado a un curso de secretariado en Manchester.

—¿Qué? No tienes ningún derecho a hacer eso, y menos sin hablar antes conmigo.

—Tengo todo el derecho. Soy tu madre.

—Ah, o sea que es cuestión de poder, ¿no es así? Solo quieres quedarte el negocio de las joyas para ti sola. — Abbie había sentido una furia intensa—. La verdad es que no te importa lo que haga siempre que sea lo más lejos posible de aquí, ¿no? Pues no te preocupes, te complaceré en eso.

Kate se había puesto muy pálida.

—No digas esas cosas. Por supuesto que no es cuestión de poder y que no quiero que te marches de aquí. Yo solo quiero lo mejor para ti.

—Querrás decir lo mejor para ti.

Con diecisiete años y perdidamente enamorada, Abbie no estaba preparada para admitir que solo había pensado en entrar en la joyería porque no se le ocurría nada más que le gustara hacer con su vida, aunque era cierto que sentía cada vez más interés por el arte y la moda. Durante el verano había trabajado en el bar de un hotel de la zona, donde había intentado decidir qué hacer a continuación. Allí había conocido a Eduard y se había enamorado. Confiaba en poder convencerlo para que se quedara en el Distrito de los Lagos, pero si ella no tenía trabajo allí, no veía razones para quedarse.

—Sin duda repartir los beneficios

conmigo es mucho menos divertido que embolsártelos tú sola.

Kate había soltado una risita seca al oír aquello.

—No hay mucho beneficios que repartir —había dicho.

—No me mientas.

—No te miento, Abigail. Las cosas no siempre son tan de color de rosa como tú crees. La vida puede ser bastante complicada en ocasiones.

—Pues ya puedes dejar de preocuparte por mí. Ya te puedes olvidar de este problema. Quédate el negocio para ti, si eso es lo que quieres. No me importa. Yo tengo otros planes, y no incluyen un curso de secretariado en Manchester —había respondido Abbie,

con la típica rebeldía adolescente.

—¿Y puedo preguntar qué planes son esos?

Abbie había mirado a su madre a los ojos.

—A decir verdad, estoy pensando en casarme —había respondido con lentitud.

Había habido un silencio de unos cinco segundos y después Kate se había echado a reír.

—¿Dónde he oído eso antes? —En aquel momento, Abbie no había entendido ese comentario. Ahora sabía ya que Kate estaba pensando en su propia historia—. ¿Y quién es el afortunado novio?

—Eduard Grimont. Es el nuevo chef

francés del Ring of Bells.

—No digas ridiculeces. Solo tienes diecisiete años. ¿Por qué vas a querer casarte tan joven, y con una persona a la que acabas de conocer?

—Porque estoy embarazada de él. — Después de eso, Abbie había salido corriendo antes de que su madre tuviera tiempo de contestar.



Ya era demasiado tarde para lamentar habérselo dicho con tanta brusquedad o haberse ido de casa antes de tener tiempo de conocer a su madre como adulta. Sus pensamientos volvieron con tristeza al tema que le preocupaba. ¿Qué había impulsado a Kate, que tanto

participaba en la comunidad, a poner fin a su vida de un modo tan terrible? Abbie esperaba que la historia de su abuela pudiera arrojar alguna luz sobre ese misterio.

En cuanto llegaron a Carreck Place, Aimée corrió a darle a su primo Jonathon la noticia de su colegio. Presa del entusiasmo, estuvo a punto de chocar con Fay, quien salía con el carrito del bebé justo cuando la niña cruzaba la puerta. Abbie se disculpó con su cuñada y le explicó lo que sucedía.

—Ah, bueno, parece que irán al mismo colegio. Robert ha decidido que no vamos a regresar al apartamento de Windermere, sino que nos quedaremos una temporada en Carreckwater para

que tu padre no esté solo.

—¡Qué generoso por su parte! — exclamó Abbie con sequedad. No sabía si la noticia le agradaba o no. Fay le caía bien, a pesar de su falta de tacto en ocasiones. Su hermano, en cambio, era otra cuestión. Siempre parecía dispuesto a causar problemas—. En ese caso, más vale que él y yo acordemos algún tipo de tregua.

Fay soltó una risita.

—Veré si puedo persuadirlo.

Decidida a no perder más tiempo preocupándose por su tonto y arrogante hermano, Abbie fue directamente a la casita a ver a su abuela, a quien le contó, mientras tomaban una taza de té, lo que había hecho ese día, incluidos sus

planes para la tienda.

—Me siento culpable por separar a Aimée de su padre —confesó. Miró a su hija, que empujaba a su primo en el columpio, y sonrió—. Tienen una buena relación y no me gustaría destruirla.

—¿Por eso te has quedado tanto tiempo con Eduard? —preguntó su abuela con dulzura.

—Tal vez. Culpabilidad, celos, ansia de amor, esperanza tonta... Una mezcla de sentimientos encontrados. No ha sido fácil.

—Tampoco es fácil criar a una hija sola.

—Ya me doy cuenta, y me preocupa si seré capaz de hacerlo —confesó Abbie de mala gana.

—Pues claro que lo serás. Eres más fuerte de lo que tú te crees y tienes una relación muy buena con tu hija.

Abbie sonrió.

—Es encantadora, ¿verdad? Esperemos que se adapte bien al nuevo colegio. Por suerte, Jonathon y ella ya parecen buenos amigos. En cuanto a mí, tengo que aprender a ser más resistente y perseguir mis sueños.

Millie asintió.

—Como hice yo —dijo.

—¿Y qué te impulsó a aceptar la oferta de la condesa si te caía tan mal?

—Buena pregunta. Ambición. El optimismo de la juventud. Un deseo de ver mundo. ¡Quién sabe!

—Vamos, cuéntame. ¿Qué pasó

después?

Millie se echó a reír.

—De acuerdo. ¿Por dónde iba? Ah, sí, estaba a punto de embarcarme en mi nueva vida.

CAPÍTULO 8

Zarpé para Rusia un día de mediados de noviembre y mis padres, que no habían puesto grandes objeciones a mi decisión, vinieron a despedirme. Mi madre, sin embargo, estaba destrozada por la idea de no volver a verme quizá en años.

—Escribiré todas las semanas —le prometí. Le di un abrazo reconfortante, pero yo estaba demasiado entusiasmada con la aventura que tenía por delante para prestarle la merecida atención a su preocupación.

Permanecieron allí, en el muelle de Hull, y vi que mi padre la abrazaba

mientras su imagen se iba empequeñeciendo ante mis ojos a medida que el barco se deslizaba lentamente mar adentro. En aquel momento de la despedida sentí por primera vez una punzada de miedo. A pesar de mi sueño de viajar, nunca había ido más allá de Leeds, a visitar a una anciana tía. Mientras me despedía de mis padres agitando el brazo en el aire con frenesí, se impuso la realidad. Rusia era un país extranjero, a miles de kilómetros de casa, donde no conocía a nadie. Además sería responsable de dos niños cuando yo misma era poco más que una niña. ¿Qué locura me había impulsado a aceptar aquel puesto?

Una voz a mi lado interrumpió mis

pensamientos.

—¿Este es tu primer viaje?

Miré el rostro sonriente de una joven regordeta, no mucho mayor que yo. Una pamelita ocultaba en gran parte su cabello pelirrojo, pero escapaban unos mechones que revoloteaban en torno a sus mejillas redondeadas, y tenía unos ojos marrones y penetrantes. Le devolví la sonrisa y me sequé las lágrimas.

—Me temo que sí, y no esperaba sentirme así al dejar mi hogar.

—No es fácil. Recuerdo que yo casi me tiré del barco la primera vez que lo hice. Soy Ruth Stubbins —dijo, tendiéndome la mano.

Se la estreché y me presenté a mi vez. En aquel momento sentía una gran

necesidad de tener una amiga.

—¿Entonces no es tu primer viaje? — pregunté.

—¡Cielos, no! Ya tengo experiencia en esto, llevo casi cinco años de institutriz en Rusia. Supongo que eso es lo que vas a hacer tú, ¿verdad?

—Sí. Con el conde y la condesa Belinski.

Ella asintió.

—Las institutrices inglesas son muy populares en Rusia, y al menos el salario es mejor que el que podrías esperar trabajando en Inglaterra. ¿Eres buena marinera?

—No tengo ni idea. Nunca he viajado en un barco más grande que los del lago Windermere. Confieso que eso me

preocupa bastante.

Ella rio y me apretó el brazo para infundirme confianza.

—Ven, vamos a buscar nuestros camarotes. Estoy segura de que lo llevarás bien.

Pero resultó que no lo llevé nada bien, al menos en las primeras veinticuatro horas. Después de eso, el viento se calmó un tanto y el barco ya no se movía tan bruscamente, lo que hizo que mi mareo fuera desapareciendo poco a poco.

Por fortuna, no tenía que encargarme de los niños durante el viaje, pues ellos estaban con el conde y la condesa, lo que me dejaba libre para pasar gran parte del tiempo con Ruth, y no tardamos

en hacernos buenas amigas. Observábamos embelesadas a los delfines que seguían el barco, aplaudimos cuando vimos tierra por primera vez y admiramos la hermosa vista de las montañas y los bosques. Pero yo no estaba preparada para el frío espantoso que empezó a hacer cuando entramos en el Báltico. Me puse toda la ropa que llevaba conmigo, pero no era suficiente.

Aunque si había pensado que aquello era frío, tuve que cambiar de opinión en cuanto nos acercamos a San Petersburgo. Vi barcos pequeños atrapados en el hielo y rompehielos que iban hacia adelante y hacia atrás en un esfuerzo por liberarlos. Nuestro buque

pasó con relativa facilidad, y mi nueva amiga me prestó amablemente un abrigo de invierno, que ella llamaba *shuba*. Estaba raído, pero protegía del frío mucho más que el mío. Y con el mareo ya olvidado, sentí una mezcla de excitación y nerviosismo al ver por primera vez aquella hermosa ciudad.

—Ahora tenemos que pasar aduanas —me dijo Ruth—. Tú sé amable y haz lo que te digan.

—Pero ¿cómo sabré lo que dicen si no hablo ni una palabra de ruso? —pregunté asustada cuando recogíamos nuestro equipaje y nos preparábamos para desembarcar.

—No te preocupes, yo te ayudaré.
Los funcionarios de aduanas se

mostraron muy vigilantes y, aunque me dejaron pasar los paquetes de semillas de flores y verduras que llevaba conmigo, el pastel de frutas, las barajas de cartas y los puzles, pusieron objeciones a mis libros, excepto a la Biblia, lo cual me preocupó mucho. Casi me puse frenética cuando vi que me quitaban *El pequeño lord*, *Mujercitas*, *Canción de Navidad* de Dickens y varios libros más que había llevado conmigo para ayudar a los niños a aprender inglés.

Ruth empezó a hablar con ellos en su idioma. Le oí pronunciar el nombre de Belinski, lo cual pareció hacerles dudar y, después de intercambiar algunas frases más, devolvieron los libros a mi

equipaje. Respiré aliviada, muy impresionada por la fluidez de mi nueva amiga con el idioma ruso.

—No te preocupes —me dijo ella, cuando por fin nos permitieron pasar—. Siempre les pone nerviosos el material escrito por si es propaganda política. Aquí hay mucha censura. Les he explicado que son libros infantiles y que tú trabajas para el conde Belinski.

Le di humildemente las gracias y me entristecí cuando llegó la condesa para decirme que era hora de irnos.

—Despídete de tu amiga, Dowthwaite. Nuestro carruaje está esperando.

—Te veré pronto, tal y como hemos acordado —me susurró Ruth al oído

cuando me abrazó.

Me había hablado de la Capilla Británica y Americana a la que asistía en su tiempo libre. Al parecer, esa iglesia ofrecía una vida social apreciada por los expatriados británicos en la ciudad, incluidas las institutrices.

—Allí harás muchos amigos —me había dicho—. Yo la considero mi hogar lejos del hogar.

Con esa idea reconfortante, subí al carruaje y me senté al lado de los niños. Empezaba mi nueva vida.



El apartamento de la familia estaba situado en un edificio gigantesco de grandes proporciones cuya fachada daba

a uno de los canales situados detrás del Palacio de Invierno. Debía de tener ocho o nueve pisos de altura desde el sótano hasta el desván, aunque no tuve tiempo de contarlos cuando ayudaba a los niños a salir del carruaje. Pensé que quizá yo viviría en el tejado, en el ático. En la puerta nos recibió un hombre, el *dvornik* o conserje, cuya tarea era proteger a los residentes de huéspedes inoportunos. Parecía conocer bien a los Belinski y corrió a abrir las puertas del carruaje y ayudar a descargar el equipaje, sin dejar de hacer reverencias en todo momento.

La condesa pasó entre el montón de cajas y baúles que ocupaban la calle y golpeó al *dvornik* con su manguito

cuando él no corrió a abrirle las grandes puertas. Yo le sonreí con simpatía y seguí a la condesa. Él me respondió guiñándome un ojo. Noté que el conde le daba las gracias y le entregaba unos kopeks. Aquello resultó ser un buen indicador de la vida en el hogar de los Belinski.

Al igual que sucedía en Carreck Place cuando lord y lady Rumsley llegaban a casa después de una larga ausencia, en el vestíbulo de la entrada estaban alineados los sirvientes. Me presentaron en primer lugar a la señora Gempel, el ama de llaves, una mujer delgada de ojos hundidos y espalda rígida, que pronto descubrí que adoraba chismorrear. A continuación le tocó el

turno a Anton, el chef francés, con su gorro blanco almidonado. A primera vista parecía muy engreído, pero después demostró poseer un gran sentido del humor y yo me reía con él a menudo cuando imitaba a su señora. Siguieron lo que parecía ser una tribu entera de doncellas y lacayos, todos controlados por un mayordomo de aire severo conocido como Gúsev.

—Y por último, aunque no menos importante ni mucho menos, está *Nianushki* —me informó la condesa—. Cuidó de mí cuando era una niña y después de mis hijos. Ahora que son demasiado mayores para una niñera, hace compañía a mi madre y sigue siendo parte de nuestra familia.

Klara Kovalski, aunque raramente usaba su nombre completo, era una mujer rolliza y agradable, que llevaba el pelo gris recogido en un moño apretado en la nuca y solía hallarse sentada en un rincón tejiendo una sucesión interminable de calcetines o bufandas. Le estreché la mano y le dediqué una sonrisa cálida, con la esperanza de que pudiéramos ser amigas. Me recibió con una mirada inexpresiva.

—¿Dónde está mamá? —preguntó la condesa en francés, quizá para que yo la entendiera.

—*Madame* no se encuentra bien hoy, milady. Pero espera estar mejor mañana.

—Espero que no esté dándole al vodka otra vez —comentó la condesa

con acritud.

—En absoluto —protestó la vieja niñera—. Solo es una ligera jaqueca. — La condesa no parecía convencida y, a juzgar por el modo en que la otra mujer esquivaba su mirada interrogante, sospeché que podía tener buenos motivos.

Fue la niñera, o *Nianushki*, como debía acostumbrarme a llamarla, quien me mostró mi habitación, que no estaba en el ático.

—La familia ocupa toda el ala este del edificio —me informó, jadeando un poco mientras entrábamos en un ascensor. Ella llevaba una de mis bolsas y yo la otra. Mi baúl llegaría más tarde con un lacayo—. Verá que las vistas de

la ciudad desde los últimos pisos son magníficas.

—¿La madre de la condesa también vive aquí? —pregunté cuando empezamos a subir lentamente.

—Sí. Su nombre es Raisa Ilinski, aunque yo la llamo *Madame* y los niños la llaman *Babushka*, por supuesto, que significa abuela en ruso.

—Estoy deseando conocerla. ¿Y tiene problemas con la bebida, como parecía sugerir la condesa?

Nianushki negó con la cabeza con vehemencia.

—El único problema que tiene es con su hija.

Me pareció prudente no hacer más preguntas.

Mi habitación estaba justo al final de un pasillo. Era una estancia pequeña pero limpia, donde solo había una cama sencilla y un armario, pero era suficiente. La casa en su totalidad me impresionó mucho. Era lo bastante amplia para contener quince dormitorios, o eso me dijo Klara, además de los vestidores, el estudio, el salón, la biblioteca, el comedor, las cocinas y demás.

—No esperaba que los Belinski vivieran en un apartamento —confesé, cuando la anciana abrió las cortinas para dejar entrar más luz—. Creía que tendrían una gran mansión en el río Neva.

—En San Petersburgo mucha gente

vive en apartamentos, incluso príncipes, aunque a menudo también tienen la opción de vivir en un palacio. Y esta no es la única propiedad de los Belinski. Además de este edificio, parte del cual está alquilado, tienen también una hacienda en el campo, que visitamos a menudo los fines de semana y durante algunas semanas en el verano.

—Me gustará verla. Echaré de menos no tener fácil acceso al aire libre, como tenía en Carreck Place. —Me invadió la nostalgia al pensar en pasear junto al lago, distraerme en el jardín de rocas y, en mis días libres, recorrer los cinco kilómetros desde Ambleside hasta Kirkstone Pass por un camino llamado, apropiadamente, La Prueba; en el canto

solitario de un zarapito, el choque de astas de los ciervos en la época de apareamiento o el dulce olor boscoso del brezo. ¿Por qué nunca había valorado lo afortunada que era por vivir en un lugar tan hermoso? En San Petersburgo tendría que bajar varios tramos de escaleras o tomar el ascensor para poder respirar aire fresco. Hasta las ventanas estaban bien selladas contra el frío. De pronto sentí claustrofobia y mi casa me pareció muy lejana.

—Es usted muy joven —dijo *Nianushki*, mirándome, aunque yo sentía que había envejecido diez años durante el largo viaje, pues estaba cansada, con sueño y una extraña desorientación.

—Tengo varios años de experiencia

en el trabajo —dije, para tranquilizarla —, aunque solo unos meses ocupándome de los niños. Confío en que podrá enseñarme lo que necesite saber.

—Mmm, quizá tenga que hacerlo si queremos que la condesa esté contenta. Antes teníamos una institutriz francesa, así que conozco el idioma, pero usted tendrá que aprender ruso rápidamente.

—¿Quizá me ayudaría usted con eso? —pregunté.

La mujer reflexionó un momento y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y usted me ayudaría a mejorar mi inglés?

—Sería un honor.

Sonrió de pronto, mostrando unos dientes torcidos y amarillentos, y asintió

con fuerza con la cabeza. Quizá había hecho una amiga después de todo.



Tuve poco tiempo para deshacer el equipaje e instalarme y no pude descansar, pues enseguida llamó una doncella a la puerta de mi dormitorio para anunciar que tenía que ir a los aposentos de la condesa a recibir mis instrucciones. Me lavé rápidamente la cara con agua fría de la jarra, me coloqué bien el pelo y salí tras ella. La condesa estaba haciendo repiquetear las uñas con impaciencia cuando llegué.

—Ah, ya estás aquí. Dowthwaite, te contraté porque hablas francés, pero estás aquí principalmente para

enseñarles inglés a mis hijos y ayudarles a que adquieran buenos modales ingleses.

—Comprendo, señora.

—Por las mañanas y en las primeras horas de la tarde, les darás clases de inglés y francés. Irina necesita también clases de dibujo y costura. Ya tiene un tutor que le enseña piano. Serge está aprendiendo a tocar el violín.

Yo me estremecí en secreto por la responsabilidad que me esperaba. Con diecinueve años y pocos estudios, ¿estaría a la altura de la tarea? Pero sabía que debía parecer segura de mí misma y ser mucho más cortés y humilde con la condesa que en nuestros encuentros anteriores.

—¿Los niños podrán destinar algo de su tiempo para jugar, puesto que son ambos tan jóvenes? —pregunté con educación.

—Serge tendrá tiempo por las tardes para pescar y navegar y disfrutar de otros deportes considerados adecuados para un caballero joven. Y los dos pueden patinar, por supuesto.

«Otra cosa más que tendré que aprender», pensé yo.

—Me pregunto si quizá la niñera podría ayudar con la costura, ya que no es uno de mis fuertes.

La condesa frunció el ceño con desaprobación.

—Tendrás que preguntárselo tú, pero debes esforzarte por mejorar tus

habilidades.

—Por supuesto, milady —murmuré con una reverencia.

Creía que me iba a despedir e hice el amago de volverme para salir, pero ella me detuvo con un movimiento de la mano.

—Supongo que eres consciente de los vínculos tan próximos que hay entre la realeza rusa y la inglesa. El zar Nicolás era sobrino de Eduardo VII y es primo del nuevo rey, Jorge V, al que se parece tanto que podrían pasar por hermanos. Eso significa que, entre los aristócratas más liberales, hay mucha pasión por todo lo inglés. Pero no creas que todos sienten lo mismo. Los conservadores no tienen esa predilección. Mi esposo, por

fortuna, es uno de los caballeros más liberales y quiere que su hijo adopte la educación y los modelos ingleses. Será tarea tuya ofrecerle eso.

—Haré lo que pueda por cumplir sus deseos, milady.

—También será tu responsabilidad organizar el aula al estilo inglés, con un nuevo armario para juguetes, estanterías para libros o lo que consideres apropiado.

—Me pondré a pensar en eso de inmediato —comenté. La idea me asustaba un poco, pero al menos podría usar el aula de Carreck Place como modelo.

—También tendrás que buscar a alguien que haga ese trabajo. Despedí a

nuestro último carpintero por incompetente.

La posibilidad de que me esperase un destino similar me hizo estremecer, pero me limité a asentir con la cabeza.

—Mi hijo debe parecer un joven caballero inglés, razón por la cual he comprado ropa nueva para él en Inglaterra. Por favor, ocúpate de que esa ropa esté bien cuidada. —Sonrió con ternura, pero no pude evitar darme cuenta de que no había mencionado para nada a Irina.

CAPÍTULO 9

Pasé el primer día desempaquetando todo lo que habían traído de Inglaterra, que ilustraba lo consentidos que estaban los niños, pues había muchas cajas y baúles llenos de ropa y juguetes caros. Para Serge había un tren con locomotora de vapor, palas, pelotas, peonzas y multitud de soldaditos de plomo y juguetes de cuerda. Para Irina había cuerdas de saltar, una hermosa muñeca de porcelana china y una casita de muñecas completa, con muebles minúsculos. La niña estaba extasiada.

—Gracias a Dios que no la han ignorado por completo —susurré a

Nianushki, que hizo una mueca y me pidió silencio. Tenía razón, por supuesto. Yo debía aprender a controlar mi lengua.

Empecé enseguida a hacer una lista de lo que necesitaría para amueblar lo que entonces todavía era un aula bastante pobre, donde solo había una mesa pequeña, dos sillas y una caja vieja demasiado pequeña para los juguetes. Un cambio de imagen no estaría mal, pero se necesitaría una considerable cantidad de trabajo para cumplir con las expectativas de la condesa, y el tiempo apremiaba.

La tarde siguiente hacía frío y humedad, y los niños protestaron con vehemencia cuando insistí en que era

necesario salir a dar un paseo aunque el clima fuera desapacible.

—Los ingleses creemos que el aire libre es bueno para ustedes y el ejercicio también. Pero hoy daremos un paseo corto, pues parece que va a llover.

Nianushki vino con nosotros para asegurarse de que no me perdía, y dimos una vuelta por Alexandrovski Park, con los niños protestando y arrastrando los pies durante todo el camino.

—¿Sabes patinar? —me preguntó *Nianushki*. Puse una cara de pena que le hizo reír—. Aprenderás pronto. Estoy segura de que los niños te enseñarán.

Serge hizo una mueca que me hizo pensar que consideraría aquel defecto

como una oportunidad para hacerme quedar como una estúpida. Tenía solo ocho años, pero era un niño caprichoso, con una actitud desafiante.

Más tarde llevé a los niños, vestidos con elegancia, a tomar el té con el conde y la condesa, como me habían indicado, después de pedirles que se portaran bien con la esperanza de que no me dejaran en mal lugar. En cuanto tomé asiento, colocaron un gran recipiente de metal delante de mí y sentí pánico al darme cuenta de que era yo misma la que me iba a dejar en mal lugar.

—¿Asumo que has manejado un samovar antes? —preguntó la condesa con una sonrisa de suficiencia.

Nunca había visto uno en mi vida. Por

fortuna, había cierta familiaridad en el grifo del que debía salir el agua caliente, si no en el modo en que la tetera se posaba encima del recipiente para mantenerla caliente. Me recordó bastante el dispensador de té que se usaba en la Hora Feliz de las Mujeres en nuestra parroquia, excepto porque debajo del samovar había un espacio en el que podía ver carbón al rojo vivo que mantenía el agua caliente y oír el siseo que producía el agua al hervir suavemente.

Giré el grifo y eché el agua hirviendo en la tetera. Después serví el té con solo un leve temblor de manos. Los niños estaban sentados con rigidez en sus asientos e Irina tenía los ojos verdes

clavados en un plato de barquillos de limón. Sabía que los niños debían esperar hasta que les ofrecieran algo de comer, así que la miré con severidad, advirtiéndole que tuviera paciencia.

Serge se deslizó silenciosamente debajo de la mesa y empezó a desatar los cordones de mis botas y atarlos juntos de modo que mis pies quedaran unidos. Miré ansiosamente a la condesa, preguntándome si debía regañar al chico. Pero cuando ella vio lo que hacía, soltó una risita.

—A Serge le gusta mucho gastar bromas —dijo.

El conde no prestaba atención a las bufonadas de su hijo, sino que hablaba de lo que había hecho ese día, que al

parecer había sido más agotador que de costumbre.

—El zar y la zarina están alojados temporalmente en el Palacio de Invierno en lugar de estar escondidos en Tsarskoe Selo, lo cual debe de ser bueno. Desgraciadamente, Nicolás está tan obsesionado con las reglas de la etiqueta como siempre e insiste en que la gente esté en pie en el orden de jerarquía apropiado. Parece que le importa más obedecer el protocolo y las normas de conducta y utilizar los platos adecuados para el pan y la mantequilla, que los problemas de la nación —dijo.

Mordió sin protestar un sándwich pequeño que le tendió la condesa en un platito de porcelana.

—El hecho de que los campesinos sigan en la pobreza más abyecta y que la clase obrera posea pocos derechos y esté constantemente en huelga en un esfuerzo frustrante por mejorar su vida parece que no le incumbe. Su escritorio estaba de nuevo lleno de informes y papeles, pero dudo mucho que se tome la molestia de leerlos —dijo, y movió la cabeza con desesperación.

—¿Te ha escuchado a ti? —preguntó la condesa Olga, tomando un trozo de pastel.

—Oh, siempre escucha —repuso su esposo—. Muy educadamente. Otra cosa es si después sigue el consejo. Está demasiado influenciado por el acoso de sus tíos.

—Y por esa esposa antipática que se pasa el día tejiendo bufandas y haciendo estúpidos chales de croché —comentó la condesa.

—Esos son para los pobres y ella no es una mala persona en absoluto. La zarina es simplemente tímida, muy sensible a las necesidades de los demás y una madre entregada.

La condesa Olga hizo una mueca de desdén, lo cual no me extrañó, ya que nadie podría acusarla a ella de algo así. Yo me esforzaba por no aparentar que escuchaba, ya que se suponía que los sirvientes éramos sordos, tontos y ciegos, y hacía gestos silenciosos a Serge para persuadirle de que se sentara más atrás en su silla.

El conde continuó con sus quejas, sin advertir mi pantomima, o ignorándola.

—Aprecio mucho a mi primo y es un buen caballero, un hombre de honor que se toma muy en serio su papel. Pero Nicky es incapaz de decidirse por nada, salvo por su convencimiento de que la reforma liberal supondría el desastre para Rusia y de que, como embajador de Dios en la Tierra, él es el único capaz de resolver los problemas. —El conde respiró hondo y sonrió a su esposa—. Pero basta ya de todo eso. ¿Qué has hecho tú hoy, amor mío?

—He pasado gran parte del día tomándome medidas y eligiendo un vestido de satén blanco para el próximo baile a la luz de las velas en el Palacio

de Invierno —contestó ella con un suspiro, como si su día hubiera sido mucho más agotador que el de él.

Yo suspiré a mi vez cuando Serge se echó hacia atrás en su asiento con una sonrisa de satisfacción en la cara. Me preocupaba qué más podría haber hecho allá abajo, así que al principio no oí que el conde hablaba conmigo.

—Presta atención, Dowthwaite —dijo la condesa, cortante, y él repitió amablemente lo que había dicho:

—Espero que se esté instalando sin problemas.

—Oh, sí, gracias. Estoy muy cómoda —me apresuré a asegurarle.

Sonreí y tomé un sorbo de té de China que desprendía un fuerte olor a humo de

leña pero estaba caliente y delicioso y me sentaba muy bien después de un día ajetreado. Vi atónita como el conde echaba parte del suyo en el platillo y bebía de allí.

—Los viejos hábitos son difíciles de superar —dijo, y se echó a reír.

La condesa golpeó bruscamente su platillo con su taza.

—¿Qué tienes en la boca, niña?

Sobresaltada, miré a Irina, que tenía la boca llena de comida y cuyos ojos, muy abiertos, se llenaron rápidamente de lágrimas. No era difícil averiguar lo que había sucedido. El plato de barquillos de limón estaba medio vacío.

—Ponte enseguida en el rincón con las manos en la cabeza, señorita

glotona —le ordenó su madre—. A veces creo que esta niña nació con el demonio dentro.

—Tonterías. —El conde soltó una risita—. Solo tienes que mirarla. Es un ángel perfecto, con esos ojos azules inocentes y esos rizos.

—No tiene nada de inocente. Haz lo que te digo o pensaré un castigo peor.

Irina se alejó para hacer lo que le ordenaban. La boca llena de galletas no le permitía protestar. Entonces la condesa volvió su ira contra mí.

—Hasta el momento no veo muchas ventajas en haberte contratado.

Ese ataque me dejó tan atónita que no pude hablar. ¿Cómo podía permitir que su hijo se metiera debajo de la mesa a

gastar «bromas» sin una palabra de desaprobación y expulsaba a Irina de la mesa en cuanto hacía algo que no debía? El conde tomó otro sorbo de té de su platillo y sonrió a su esposa.

—Amor mío, la señorita Dowthwaite solo lleva unos días con nosotros. Tienes que darle tiempo.

—¡Bah! Si no puede cumplir con sus deberes de un modo eficaz, no me será de ninguna utilidad y tendrá que marcharse.

Sentí un temblor interior al preguntarme adónde exactamente se esperaba que me marchara. Entonces gritó una voz desde el rincón.

—Ya está. He terminado. Papá, ¿puedo comer otro?

El conde se echó a reír.

—Ven aquí, mi tesoro.

Abrió los brazos y, para mi sorpresa, Irina corrió a echarse en ellos y se acomodó en el regazo de su padre. La condesa siguió echando chispas por los ojos con una furia silenciosa, pero al parecer sabía que no debía intervenir entre el padre y la hija. A mí me encantó ver que alguien quería a aquella niña, fuera ángel o demonio.



Antes de que terminara la semana, ya estaba convencida de que mi nuevo empleo sería todavía más difícil de lo que había temido. Los niños parecían estar siempre peleando o haciendo

diabluras, deslizándose por la barandilla, rodando por el suelo peleando por algún juguete, pegándose y tirándose del pelo o tocando la campanilla para llamar a un sirviente para que les diera algún objeto que eran perfectamente capaces de ir a buscar ellos solos, como yo señalaba con tacto.

—Hay que recoger los juguetes al final del día —les dije un día.

Me miraron asombrados e incrédulos y se marcharon, con lo que no me quedó otra opción que hacer yo la tarea. Lo cual me recordó que los niños todavía no tenían un lugar apropiado para guardar los juguetes y que, tal y como me habían ordenado, yo debía empezar a hacer planes para mejorar el aula.

—¿Conoce a un carpintero al que podamos emplear para hacer un armario para juguetes? —pregunté a *Nianushki*.

Esta negó con la cabeza.

—A ninguno que la condesa considere digno.

La condesa también insistía en que los niños llevaran una buena dieta inglesa, incluidos platos tales como arroz con leche, manzanas asadas y muchas verduras. Serge era bastante alto, delgado y fibroso. Irina era bajita para su edad y más bien regordeta. Tenía el pelo rubio dorado, un cutis ligeramente pecoso, barbilla redonda y mejillas algo mofletudas. No era la belleza que su madre podría haber esperado, pero era una niña cariñosa y

muy generosa con sus besos y abrazos. Confeccioné una lista de comidas para Anton, el chef francés, con la esperanza de que ayudaran a la niña a crecer sin ganar mucho peso. Pero ella tenía la mala costumbre de escabullirse a la cocina a pedir una galleta a alguna de las doncellas.

Una mañana di gachas de avena a los niños, que Irina comió en un silencio malhumorado. Serge tiró su plato al suelo bocabajo.

—Quiero pastel, no esta papilla.

Consciente de que *Nianushki* estaba sentada en el rincón tejiendo una de sus muchas bufandas, no hice ningún comentario. En cualquier caso, entrar en una discusión sobre lo inapropiado de

desayunar pastel en aquella fase delicada de mi relación con el chico no era una buena idea. Limpié el desastre y le di los huevos pasados por agua y la tostada que había preparado, con los huevos envueltos en una servilleta, como me habían asegurado que se hacía en Rusia.

—No me ha quitado la parte de arriba —me dijo.

Se la quité con la cuchara y dejé el huevo en un vasito para que lo comiera.

—¿Y por qué está mi tostada cortada en tiras? —protestó.

—En Inglaterra las llamamos soldados, y se pueden mojar en la yema.

Probó mi sugerencia y debió de gustarle el resultado, pues terminó el

desayuno sin más protestas. Irina, que mantenía todavía un silencio malhumorado, empezó a jugar con su muñeca nueva. Le quitó el camisón para ponerle un vestido. Estaba abrochando los botones cuando Serge le quitó la muñeca y le arrancó un brazo. La niña gritó y se fue corriendo a su cuarto hecha un mar de lágrimas.

—Oh, señorito Serge, eso ha estado muy mal —le grité. Tomé la muñeca para ver si podía arreglarla—. Tiene que ir enseguida a pedirle perdón a su hermana.

—No lo haré —contestó. Se cruzó de brazos con terquedad.

—Yo creo que sí lo hará.

Me miró de hito en hito.

—No puede obligarme.

Sus ojillos brillaban con tal furia que me dejó sin palabras. Me había resultado fácil tratar con el señorito Robin y la señorita Phyllis, dos niños cariñosos. En aquel momento me sentí completamente fuera de lugar, sin la experiencia necesaria para lidiar con una desobediencia así.

—¿Le gustaría que Irina le rompiera su tren nuevo? —pregunté con suavidad.

—No se atrevería. Y no crea que usted puede decirme lo que tengo que hacer. Si quiero, su trabajo aquí no durará ni cinco minutos. Puedo librarme de usted tan fácilmente como me libré de *Mademoiselle*.

Como si quisiera probar sus palabras,

empezó a vaciar la jarra de leche en el suelo como había hecho con las gachas de avena y a continuación hizo lo mismo con el zumo de naranja, las cáscaras de huevo y el contenido del frasco de mermelada. Empecé a protestar, pero *Nianushki* me puso una mano con gentileza en el brazo y movió la cabeza como avisándome de que no hiciera nada más. Serge se levantó con una gran sonrisa y se fue a jugar con su tren. Me tragué la rabia y, con el corazón golpeándome en el pecho como un tambor, empecé a limpiar el desastre con la sensación de que aquel niño me había declarado la guerra.



Todas las noches se esperaba que los niños cenaran con sus padres. Yo también debía asistir, lo cual era una prueba para mí, pues me resultaba embarazoso que me apartaran la silla y que me sirviera el mayordomo de guantes blancos como si yo fuera un miembro de la familia. Aquello era muy distinto a la vida que había llevado en Carreck Place. Pero era bueno que se incluyera a los niños. Yo sabía que llevaban unas vidas muy consentidas y resguardadas, pero, aun así, me sorprendió descubrir que eran incapaces de vestirse solos.

Nianushki y yo ayudábamos a Irina, y a Serge lo asistía un ayuda de cámara en la intimidad de su dormitorio. Irina

alzaba los brazos para que *Nianushki* le pusiera el vestido por la cabeza, sin hacer ningún intento por abrochar los botones o por ponerse las medias o los zapatos de piel. A mí no se me había ocurrido ni por un momento que fueran totalmente inútiles sin ayuda.

—Quizá habría que aprender algunas cosas aquí —sugerí una de las primeras noches.

Nianushki me miró sorprendida.

—Por supuesto que no. No se espera que ninguna dama haga nada sola cuando tiene una doncella que puede hacerlo por ella. Ni ningún caballero tampoco, excepto el conde, que es tan pragmático que no hace caso de esas cosas. Cuando estamos en el campo, nada le gusta más

que ayudar en el jardín, mientras que la mayoría de los aristócratas no se rebajarían a esas actividades de campesinos.

—Me complace oír eso. —Yo empezaba a sentir curiosidad por aquel hombre que pagaría mi salario, y estaba deseando conocerlo mejor.

Cuando los niños se colocaron ante mí listos para la inspección, me perturbó la expresión de la cara de Serge, en la que reconocí señales de más rebeldía.

—Está muy elegante —comenté, deseosa de calmarlo, pues él se movía y tiraba de su ropa nueva. Iba vestido como un chico inglés de buena familia, con un elegante traje de *tweed* verde con chaqueta Norfolk y bombachos.

Sonreí con alivio cuando vi que se pavoneaba por el cumplido, pero Irina empezó a reírse.

—Estás muy ridículo, Serge.

Su hermano la miró de hito en hito.

—Tú también, con ese vestido rosa vaporoso con una gran faja verde y ese estúpido lazo en el pelo.

—Es mejor que tu corbata cursi y ese cuello tan grande —replicó ella.

Serge enseguida empezó a tirar de la corbata, tratando de quitársela, al mismo tiempo que intentaba ablandar el rígido cuello Eton.

—Por favor, no haga eso, señorito Serge.

Yo extendí las manos para detenerlo, pero él me las apartó de un manotazo.

—No me gusta. No me lo pondré.

Miré a *Nianushki* mientras pensaba una vez más en cómo lidiar con aquella desobediencia directa. Ella se encogió de hombros con resignación, como si hubiera visto aquello muchas veces.

—Me temo que tienden a ponerse irritables cuando pasan mucho tiempo encerrados en este apartamento. ¿Qué quieres ponerte, mi querido muchacho? —preguntó.

—Me da igual. Pero esto no —gritó él.

Tomó las tijeras de coser de *Nianushki* y se cortó la corbata justo debajo del nudo. Cuando su hermana se echó a reír, él se volvió con rapidez y le cortó el lazo junto con un mechón de

cabello.

Irina gritó y se dejó caer al suelo golpeando con los talones en un ataque de histeria. Aterrorizada de que la condesa pudiera oír el alboroto, me apresuré a tomarla en brazos y tranquilizarla. Estaba abrumada por una sensación de fracaso al no haber adivinado la intención de Serge y la cosa fue de mal en peor. A pesar de que yo le suplicaba silencio, el ataque de histeria continuaba sin remitir.

Entonces *Nianushki* le habló con voz fría y tranquila.

—Si no cesa ese ruido en el acto, señorita Irina, tendré que llamar a su mamá y ya sabe lo que hará.

A la amenaza le siguió el silencio,

pues Irina dejó de gritar al instante. Se frotó los ojos llenos de lágrimas y se puso lentamente en pie. No protestó más mientras yo le rehacía el peinado, disfrazando con cuidado el mechón que faltaba. *Nianushki* fue a buscarle otra corbata a Serge e incluso él parecía escarmentado a pesar de su expresión sombría.

—¿Qué haría la condesa? —pregunté a *Nianushki* en un susurro.

—Les taparía la boca con cinta adhesiva —respondió en voz baja y deslizó sus dedos gordozuelos por sus labios para escenificarlo.

Me sentí horrorizada.

—Pero entonces no podrían comer ni hablar.

—Desde luego que no. De eso se trata. Los niños viven con miedo a ese castigo, aunque los hay peores.

Al recordar el incidente durante el té de la tarde, no me atrevía a pensar qué otros castigos podía infligir la condesa a sus hijos, en particular a Irina.

—Tengo una idea —anuncié, ansiosa por calmar sus miedos y que terminaran las lágrimas y los enfados—. Si estamos listos rápidamente, aprenderemos a cantar *Pop Goes the Weasel* y *Diddle Diddle Dumpling*. Me encantan las rimas tontas. ¿A alguien más le gustan?

—Oh, sí, por favor —contestó Irina. Y tuvimos una sesión de canciones. A Serge le gustó especialmente *Fui a la feria de animales*, que cantamos en

francés.



Una tarde, después de sacar a los niños a su paseo diario, volví al aula y encontré a Ruth tomando té con *Nianushki*.

—Cuánto me alegro de verte —dije. Abracé a mi nueva amiga.

—He pensado que debía venir a ver si te has instalado bien y si hay algo con lo que pueda ayudarte —comentó ella.

—¿Por qué no vas a hablar con tu amiga a tu habitación? Yo cuidaré un rato de los niños.

— G r a c i a s , *Nianushki* —dije, agradecida.

Era un gran alivio tener un momento

para mí, poder compartir mis preocupaciones por las últimas peleas y los malos comportamientos y confesar lo incompetente que me sentía para lidiar con los niños.

—Según *Nianushki*, la última institutriz le tomó tal antipatía a Serge que lo privaba de comer y casi lo mató de hambre —dije—. No me extraña que sea tan problemático. El pobre chico no se fía de nadie. Hasta su propia madre, o lo mima demasiado, o lo alienta a gastar bromas tontas.

Acabé contándole a Ruth lo que había ocurrido en Carreckwater, cuando casi había ahogado a Irina en el lago. Ella se escandalizó.

—Es importante fijar normas y reglas

de comportamiento aceptables desde el principio. Pero no debería ser necesario recurrir a castigos terribles. Una pequeña charla, quizá, o enviarlos a la cama a descansar hasta que se les pase la rabieta.

—Exacto. Parece que la que más sufre es Irina. El otro día le hicieron ponerse en un rincón con las manos en la cabeza. Quizá habría estado mucho tiempo allí de no ser porque intervino su padre.

Las dos nos echamos a reír cuando le conté la historia.

—Estoy segura de que eso mejorará. Te están poniendo a prueba. Pero la verdadera razón por la que he venido ha sido para ayudarte a comprar la ropa

apropiada. Se acerca el invierno y no puedes ir a la iglesia o al teatro con ese viejo *shuba* mío. Es una vergüenza absoluta. Tenemos que ir de compras y luego te presento en la Capilla Británica y Americana.

—Oh, eso estaría muy bien.

Nianushki accedió a quedarse con los niños la tarde del día siguiente y organizamos la salida.

Mi nuevo empleo no había empezado con buen pie, en gran parte debido a mi falta de experiencia. Pero me daba cuenta de que, si quería conservarlo y proteger a los niños del peligro de su madre, tendría que mejorar cuanto antes.

CAPÍTULO 10

Me sentó muy bien salir y descubrir las delicias de aquella hermosa ciudad de canales, ríos, islas y puentes, con su bien merecido título de la «Venecia del Norte». Ruth me llevó a ver la Catedral de San Isaac, con sus columnas clásicas y su cúpula dorada, y después fuimos a la Plaza del Palacio, o Dvortsovaia Ploshchad, dominada por la magnificencia del Palacio de Invierno, antes de entrar en la Nevski Prospekt. Aquel parecía ser el corazón de la ciudad, una vía pública ajetreada, con edificios de arquitectura impresionante, estatuas asombrosas, artistas callejeros

y un gran número de tiendas fascinantes.

—Ya les estoy tomando cariño a los niños —dije a Ruth mientras caminábamos agarradas del brazo—, en particular a Irina, a pesar de sus travesuras ocasionales. Pero es bueno disfrutar un poco de la compañía de adultos para variar y liberarse un par de horas de la preocupación y la responsabilidad que suponen.

—Conozco esa sensación. —dijo Ruth, y se echó a reír.

Compré un abrigo nuevo, con capucha y forrado de piel, aunque de conejo, no de castor; unos pantalones de lana que se abrochaban debajo de los pies y unas hermosas botas beige de fieltro llamadas *valenki* hasta la rodilla.

—¡Qué suaves y calentitas! —
comenté, realmente impresionada.

—Puedes llevarlas en casa, para calentarte en los fríos días de invierno, o cuando salgas, les puedes poner unas botas de agua de goma encima para que no se mojen. Eso será especialmente necesario cuando empiece el deshielo.

La dependienta de la tienda se apresuró a buscarme también un par de esas. A continuación Ruth insistió en que comprara un paquete grande de sobres y escribió con cuidado mi nueva dirección en uno de ellos.

—Ahora puedes copiar esa dirección en todos los demás sobres y enviarlos a casa para que los usen tus padres.

—Maravilloso. Has sido muy buena

conmigo.

Estábamos en un puente sobre el canal, admirando la cúpula dorada de una iglesia cercana que resplandecía bajo el sol brillante. Aquella hermosa ciudad, con sus chapiteles dorados, sus cúpulas verdes y azules y sus casas blancas, había demostrado ser más hermosa de lo que esperaba. Empezaba a tomar cariño a Rusia.

—Los expatriados debemos permanecer unidos. Hablando de eso, tenemos el tiempo justo de hacer una visita a la Capilla Británica y Americana.

Era un típico edificio de estilo congregacional sobrio, muy espacioso, con bancos de madera sencillos en los

que podía imaginarme a las damas sentadas en una postura muy digna con sus mejores sombreros para la misa del domingo. Y como me había explicado Ruth, no era simplemente un lugar de veneración, sino también un club social.

—Ofrece clases nocturnas, una biblioteca, pícnicos, un club de ajedrez, un coro y muchas otras actividades culturales. Yo suelo venir todos los domingos por la mañana y los miércoles por la tarde, como hoy, que es cuando nos reunimos las institutrices a tomar el té y cotillear.

Y allí estaban, alrededor de una docena de mujeres jóvenes congregadas en la zona del vestíbulo. Todas me dieron la bienvenida con sonrisas y con

muchos abrazos y besos. Cuando me quitaron el abrigo y me acomodaron en una silla con una taza de té y un bollo, me sentí inmediatamente entre amigas.

—Desafortunadamente, en esta época del año no hay pícnicos, pero hay un par de conciertos programados. Y también alguna partida de bridge y, por supuesto, la fiesta de Navidad. Hay mucha diversión en marcha —me aseguró una joven rubia que se presentó como Ivy.

—¿Tienes algún talento para la música? Si lo tienes, no te molestes en apuntarte al coro porque uno de los requisitos parece ser que sus miembros no sepan cantar —me advirtió otra.

Todas se echaron a reír. Parecía que encontraban aquello muy divertido.

—Dudo de que tenga mucho tiempo de apuntarme a nada. La condesa y los niños me tienen muy ocupada.

—Ah, pues asegúrate de que te den por escrito el tiempo libre que te corresponde.

—Y cuándo tienen que pagarte —añadió otra chica—. Las familias que tienen dificultades económicas pueden retrasar el pago de tu salario, lo cual no está nada bien.

—Los Belinski no tienen dificultades económicas —me apresuré a asegurarles—. Estoy segura de que todo irá bien, una vez que me haya instalado en una rutina. Pero primero tengo que organizar la renovación del aula.

Pasé a explicarles que la condesa

quería que lo hiciera al estilo inglés, a lo cual siguieron consejos sobre el mejor modo de lograr eso en Rusia. La información más útil procedió de Ruth.

—Yo puedo recomendarte un buen carpintero que haga el armario de los juguetes y todo lo que necesitas. Stefan viene por aquí con regularidad, pues su madre llegó el siglo pasado a trabajar como institutriz para el dueño de una fábrica. Acabó casándose con uno de los empleados. Stefan es bilingüe y se siente parte de la comunidad inglesa. Puede que esté por aquí esta tarde. Iremos a buscarlo después del té.

Dejé mi taza y el platillo en la mesa.

—Quizá deberíamos ir ahora, pues tengo que volver pronto.

Encontramos al joven en cuestión, y Ruth le explicó rápidamente que yo necesitaba un buen carpintero. Era un hombre alto y esbelto, de hombros musculosos, cabello castaño rojizo y solo un asomo de bigote en el labio superior en lugar de la barba poblada que se consideraba de moda. Me resultó bastante bien parecido.

—¿O sea que trabaja para el conde Belinski? Interesante. Se dice que ejerce una gran influencia sobre el zar.

—Eso no es lo que he oído yo. — Recordé la conversación de la hora del té cuando el conde había hablado del acoso de los tíos.

—Ah, o sea que le cuenta sus secretos, ¿eh?

—No me refería a eso.

—Ah, ¿entonces estuvo escuchando una conversación? Eso también es interesante.

Me sonrojé y, cuando él notó mi vergüenza, soltó una carcajada. Pero yo no podía negar que era verdad.

—Deja de burlarte de ella, Stefan —lo regañó Ruth—. Todos oímos cosas que no deberíamos. Es parte de la vida del servicio, como tú bien sabes. Y el conde Belinski es un ministro muy importante.

—Desde luego que lo es —asintió él—. Ahora bien, otra cuestión es si yo estoy dispuesto a trabajar para un miembro de la aristocracia rica.

Aquel hombre empezaba a irritarme,

pero lo miré a los ojos con determinación. Los suyos eran de un fascinante tono entre verde y gris y brillaban chispeantes como si le divirtiera mucho aquella conversación.

—Es la condesa la que ha ordenado el trabajo —dije—, pero si no le interesa, estoy segura de que podré encontrar otro carpintero igual de bueno.

—Eso lo dudo mucho. Yo soy el mejor que hay.

—Oh, ¿y tiene referencias en ese sentido?

Debí de parecer bastante altanera, porque él se rio aún más de mí.

—Puedo proporcionarle unas cuantas, de ser necesario.

—No seré yo quien se las pida, pero

la condesa quizá quiera asegurarse de su...

—¿Competencia? ¿Se puede poner en duda?

Me entraron ganas de abofetear su rostro arrogante y agradecí a Ruth que interviniera con una risita.

—Compórtate, Stefan. Millie solo quiere hacer su trabajo lo mejor posible. De lo contrario, podría perderlo.

Él se puso serio al instante y, con una pequeña inclinación de cabeza, accedió a venir a casa de los Belinski al día siguiente para comentar lo que se necesitaba. Yo me alegré de escapar de allí. Pero algo en el modo en que él me seguía con la mirada cuando salí del edificio hizo que mi corazón latiera un

poco más deprisa.



A la mañana siguiente, poco después de desayunar, la condesa me hizo acudir a sus aposentos. Llamé educadamente a la puerta y esperé casi diez minutos hasta que recibí permiso para entrar.

Me miró con frialdad de arriba abajo, con los ojos entornados.

—Me han hecho notar que ayer te ausentaste sin permiso —dijo.

—Vaya, no sabía que eso era necesario —musité yo, y enseguida me di cuenta de mi error.

—Tú no haces nada sin mi consentimiento, ¿entendido? Desde luego, no te contraté para que

holgazanearas con esa nueva amiga tuya.

—Le pido disculpas, milady, lo tendré en cuenta en el futuro. —Guardé silencio, perdida en un torbellino de dudas y culpabilidad. Hice una reverencia, me coloqué las manos en la cintura y empecé un discurso previamente ensayado—. En relación con el tiempo libre, milady, no concretamos como es debido esos detalles cuando estábamos en Carreckwater, así que quizá deberíamos comentarlos ahora. —¿Por qué tenía que tener aquella vena independiente que siempre me metía en líos?

—Estarás disponible para mis hijos en todo momento. Cuando estén en la cama y dormidos, eres libre de ocupar tu

tiempo como deseas, o de simplemente irte a la cama.

Aquello me hizo pensar.

—Lo siento, milady, no comprendo. ¿Cuándo es mi día libre exactamente?

—Puede que acceda a darte una tarde libre, quizá dentro de unos meses, cuando hayas demostrado tu valía. El tiempo libre hay que ganárselo.

—Pero eso no puede ser correcto —protesté yo, que empezaba a enojarme—. Pido sinceramente disculpas por haber cometido el error de salir de compras sin permiso, aunque fuera para adquirir algunos artículos necesarios. Sin embargo, organicé que *Niuanushki* se quedara con los niños, y creo que todos los empleados merecen darse

algún respiro en forma de día libre.

Sus encantadores ojos oscuros se ensombrecieron por mi temeridad al osar desafiarla.

—Aquí estás bajo mis reglas y harás lo que yo te diga.

El corazón me dio un vuelco. Había sido una ingenua al no acordar esos asuntos antes de aceptar la oferta de empleo de la condesa. ¿Me había sentido halagada o había estado demasiado deseosa por la oportunidad de viajar para protegerme debidamente? Ya era tarde para pensar en eso. No obstante, estaba decidida a defender mis derechos y no dejarme avasallar.

—Vine a trabajar para usted con buena fe, milady. Confiaba en usted y no

pensé ni por un momento que me defraudaría negándome mis derechos.

—¡Cómo te atreves a sugerir algo así! ¿Qué derechos puedes tener tú, si eres poco más que una campesina?

Al oír aquello, estuve a punto de dejar escapar un grito de protesta, pero me pareció inteligente controlarme e intentar mantener la dignidad.

—Conozco mis derechos porque mis padres también trabajaron en el servicio doméstico —dije con cautela—, pero de ningún modo se les podría clasificar como campesinos.

Ella, que estaba envuelta en un salto de cama elegante, se encogió de hombros como si mis antecedentes no le importaran nada.

—Si no estás satisfecha, siempre puedes buscar empleo en otra parte, siempre y cuando yo te dé los informes necesarios.

—Estoy segura de que no me resultaría difícil conseguir otro empleo —repuse con temeridad. ¿En qué estaba pensando? Aquello era Rusia, y aparte de Ruth, no conocía a un alma, ni siquiera hablaba el idioma, así que, ¿cómo podría irme sin más si no me gustaban las condiciones? Sin embargo, me mantuve en mis trece con valentía—. Ya tengo una referencia excelente de lady Rumsley. No obstante, confío en que eso no será necesario, ya que estoy bastante segura de que podemos llegar a un acuerdo aceptable, aunque solo sea

por el bien de los niños. Y hablando de ellos, ayer visité la Capilla Británica y Americana y me presentaron a un buen carpintero. Vendrá hoy para recibir instrucciones sobre lo que se necesita en el aula. ¿Le gustaría estar presente?

Su silencio casi me congeló más que el viento del Báltico, pero de pronto echó atrás la cabeza y soltó una carcajada, un sonido crispado que contenía poco humor, pero que de todos modos suponía un alivio.

—En absoluto. Ese es tu trabajo, como ya te he informado. Yo tengo cosas mejores que hacer con mi tiempo.

—Como desee, milady. ¿Podemos, pues, acordar, que tengo libres los miércoles por la tarde para reunirme con

otras institutrices británicas en la Capilla Británica y Americana? ¿Y quizá un domingo de cada dos?

Ella suspiró con pesadez.

—Muy bien. Eso es todo por el momento —dijo, y me despidió haciendo un gesto con la mano.

Hice una reverencia, agradecida de que hubiera prevalecido el sentido común. Pero cuando cerré la puerta sin hacer ruido, no tuve ninguna sensación de triunfo por ese aparente éxito. La condesa Belinski era el tipo de déspota que no toleraría fácilmente un desafío a su autoridad sin alguna forma de represalia.



—Estoy encantada de haber ganado el asunto del día libre, ya que necesito descansar de mis deberes de vez en cuando —dije a *Nianushki*—. Cuando se acuestan los niños, normalmente estoy agotada.

—A mí también me vendría bien un descanso. Los niños al menos se acuestan temprano, a diferencia de *Madame*. Le gusta leer y, cuando se le cansan los ojos, se tumba en la cama y me pasa el libro a mí. A menudo le leo hasta las dos de la mañana y estoy agotada. Pero mientras que ella puede dormir hasta el mediodía, yo tengo que levantarme a las seis para ayudar a la condesa a vestirse, pues no tiene doncella personal en este momento.

¿Cuántos pares de manos tengo yo? No los suficientes.

Me eché a reír y le di un abrazo.

—Pues déjeme ayudarla. Usted puede leer a los niños algunas noches y acostarse temprano y yo me sentaré con *Madame*.

Nianushki aceptó enseguida el ofrecimiento, y a mí me alegraba también tener un cambio de actividad.

Raisa Ilinski, la madre de la condesa, o *Babushka*, como la llamaban los niños con cariño, vivía muy independiente, pasaba las veladas en poca compañía, aparte de la vieja niñera y la visita ocasional de alguna amiga. En sus habitaciones no había colgaduras de seda ni marcos dorados como en las de

su hija. Su parte de la casa estaba amueblada con sencillez, con cortinas de brocado y cretona marrones y con muebles cómodos, casi al estilo inglés, salvo por una colección de huevos de Fabergé. Se sentaba a leer hasta bien tarde a la luz de una lámpara de alcohol situada sobre una mesa redonda de caoba que ella siempre tenía a su lado.

En mi primera visita me ofrecí a leer *Jane Eyre*.

—Es uno de mis libros favoritos. Lo he traído conmigo y he pensado que quizá le gustará también a usted, *Madame*.

—Estoy segura de que sí. También me gusta bastante Dickens. ¿Has traído algún libro de él?

—Tengo *La tienda de antigüedades* y *David Copperfield*.

La mujer sonrió.

—Fantástico. Creo que nuestros gustos resultarán ser bastante similares. Por desgracia, muchas de mis amigas ya no están entre nosotros, así que disfrutaré de tu compañía. Será un cambio agradable de los gemidos y gruñidos de Klara. —Suavizó el comentario con una risita, como para dejar claro que apreciaba bastante a su vieja acompañante—. ¿Te estás adaptando bien aquí?

Mantuve un rostro inexpresivo y le aseguré que estaba muy contenta con mi nuevo puesto.

—Me alivia oír eso. Mi hija puede

ser una mujer difícil. Siempre fue problemática, incluso de pequeña. ¿Qué hay de tu infancia?

Le conté que mi madre era francesa y trabajaba muchas horas como doncella personal, igual que mi padre en su calidad de chófer de lord Lonsdale.

—A mí me dejaban a menudo al cuidado de mi abuela. Era una metodista anticuada con ideas muy firmes sobre lo que es apropiado, pero tuve una infancia muy feliz. Espero ofrecer el mismo amor y apoyo al señor Serge y la señorita Irina.

—Estoy segura de que lo harás, querida niña, pero no cometas el error de mimarlos demasiado. Los niños necesitan límites. Olga también pasó

mucho tiempo al cuidado de otros y yo cometí el error de consentirla mucho por un sentimiento de culpa, porque tenía la sensación de estar descuidándola. Puede que te sorprenda saber que los aristócratas también tienen deberes y responsabilidades que no siempre desean.

—Oh, estoy segura de ello —me apresuré a decir.

—Yo fui durante muchos años dama de compañía de María Fiódorovna, la madre del zar. Éramos docenas de damas, pero el trabajo era exigente. Ah, pero cómo me gustaba ver a los cosacos preceder a la emperatriz por la larga galería con ella vestida con un traje ruso completo, de terciopelo rojo y con cola

dorada, resplandeciente de joyas, con todas sus damas de honor ataviadas de terciopelo azul claro. Hasta la misma habitación relucía con el oro, decorada con obras de arte gloriosas y jarrones llenos de flores. —A la anciana se le nublaban los ojos con los recuerdos—. El esplendor de Rusia era algo digno de ver.

Debía de ser magnífico.

—Hasta acompañé una vez a la emperatriz a Inglaterra, cuando visitó a su hermana la princesa Alejandra, quien se casó con el rey Eduardo VII. Fue encantador ver a las dos hermanas disfrutar mutuamente de su compañía. Siguen estando muy unidas.

—¿Fue así como aprendió a hablar

ese inglés tan perfecto?

Babushka sonrió.

—Me halaga el cumplido, pero sí, supongo que debió de ser así. María Fiódorovna era una princesa danesa llamada Dagmar, que en principio debía casarse con el hermano de su esposo. Pero él murió trágicamente, y Sasha, que es como la princesa llamaba a Alejandro, y ella intimaron mientras lloraban la pérdida del joven al que ambos adoraban. Luego se enamoraron y se casaron, muy en consonancia con los deseos de sus padres.

—¡Qué romántico!

—Sí, sin duda lo fue. Ella incluso cambió de religión por él. Siempre fueron una pareja devota, pero sus hijos,

Nicolás y sus hermanos, se criaron a cierta distancia de la corte y de San Petersburgo. Pasaron una infancia aislada, apartados de la cultura y la alta sociedad, y, probablemente por eso, el zar prefiere una vida tranquila en el campo.

—¿Y eso es malo? —pregunté, fascinada por lo que me contaba.

—Quizá no lo sea en algunos aspectos. Sin embargo, a Nicolás le habría venido bien ser algo más cosmopolita y más consciente de cómo muchos de sus súbditos dependen de la tierra para vivir, tienen dificultades para pagar sus impuestos y son analfabetos.

—No siempre es buena idea consentir demasiado a los niños —repuse,

pensando en Serge—. Aunque no creo que se pueda consentirlos por el solo hecho de darles mucho amor, sino por el modo en que se lo demuestras, supongo.

—María Fiódorovna quería a sus hijos, pero cometió el error de recluirlos en un mundo resguardado, donde veían a pocas personas aparte de sirvientes y de sus preciosas mascotas. Alejandro también adoraba a sus hijos, pero del mismo modo se mostraba sobreprotector e insistió en establecer una rutina estricta que nunca les permitió adquirir confianza ni pensar por sí mismos. En consecuencia, Nicolás no recibió la preparación adecuada para la tarea que le tenía asignada el destino tras la muerte de su padre. Es vital

educar a los hijos en el mundo real, ¿no te parece?

Asentí.

—Tiene razón, *Madame*. ¿Debo entender que me aconseja que sea firme con Serge e Irina, pero también les proporcione experiencias amplias y una buena educación?

—Eso es exactamente lo que digo, querida niña. Creo que nosotros cometimos el mismo error con Olga, en parte porque era nuestra única hija superviviente, pues los otros tres murieron a los pocos meses de nacer.

—Vaya, lo siento mucho. Eso debió ser muy duro.

—Nos hizo mimarla muchísimo. Mi querido esposo era tan rico que le

concedía a mi preciosa hija todo lo que deseaba. Ahora que echo la vista atrás, veo que no fue una buena idea, pues la codicia y el deseo a menudo vencen al sentido común, al menos así fue en el caso de Olga. Nos alegramos mucho cuando se fijó en el conde, porque creíamos que era un matrimonio por amor, pero en realidad ella se había enamorado de su título y su riqueza. — La anciana soltó un suspiro profundo—. Ahora se repite la historia con Serge, aunque, por lo que respecta a Irina, no estaría mal que le prestara más atención.

Yo no podía creer que *Madame* hubiera admitido que el afecto de la condesa por su hija no era el que debía ser, pero no hice comentarios.

La anciana se inclinó más hacia mí y susurró:

—Serge es un bromista nato, como George, el hermano pequeño del zar. Estate muy atenta por si empieza con sus juegos.

Sonreí.

—Ya me he percatado de eso.

—Perfecto. Entonces creo que te irá bien, querida niña. Y ahora, si no te importa prepararme una taza de chocolate caliente, empezaremos con *Jane Eyre*. Ah, y llámame *Babushka*. Lo prefiero a *Madame*.

La velada que pasé con la madre de la condesa me enseñó mucho y contribuyó en gran medida a aumentar la confianza en mí misma.

CAPÍTULO 11

Stefan, el carpintero, se presentó como había prometido y le mostré el estado descuidado del aula, la caja de juguetes a rebosar y los que había esparcidos por el suelo.

—Como puede ver, es urgente, pues no tenemos dónde poner nada. Los niños necesitan también un pupitre cada uno y estantes para los libros que traje para leer.

—Muy bien, empezaré mañana.

—Oh, eso sería maravilloso, señor...

Él sonrió, me sostuvo la mirada un momento más de lo que resultaba apropiado, con un brillo de desafío en

las profundidades verdosas y grises de sus ojos.

—Kovalski, pero pensaba que habíamos acordado que me llamaría Stefan.

Me ruboricé, esa vez sin un motivo aparente, y me volví para fingir que ordenaba un montón de libros, pues no quería que viera el efecto que me producía.

—Te agradecería mucho tu ayuda en este asunto, Stefan, aunque debo advertirte de que la condesa solo quiere lo mejor.

—Y yo puedo proporcionárselo. ¿Esos son los planos?

Fui muy consciente de su proximidad cuando se acercó a mirar los bocetos

que había hecho de los muebles que quería y los planos que había dibujado para el aula.

—La condesa insiste en que debe ser al estilo inglés —dije.

—¿Puedo llevarme esto?

—Por supuesto. —Cuando se lo di, sus dedos rozaron accidentalmente los míos y eso me hizo estremecer. ¿Qué me ocurría?—. El aula necesita una mano de pintura —me apresuré a decir, desesperada por recuperar el aliento, que parecía llegar en bufidos superficiales—. Supongo que usted no...

—¿Qué color te gustaría? —me preguntó, tomando notas.

Sugerí verde en los paneles con un borde de color crema y accedió también

a colocar linóleo nuevo.

—Sería mucho más fácil de limpiar, y es mejor para los niños cuando están jugando.

Una vez hubimos acordado los detalles, le dije que hablara con el mayordomo, que era quien tenía la última palabra en tales acuerdos. Todavía no estaba convencida de que Stefan cumpliera su promesa ni de que fuera tan bueno como afirmaba, pero cuando inicié ese día las clases de la mañana, sentía una extraña punzada de excitación dentro de mí.

Para mi sorpresa, cuando entré en el aula a las ocho de la mañana siguiente, él ya estaba manos a la obra, construyendo una gran vitrina donde se

podrían guardar los juguetes a la vista. Me produjo una gran impresión, y así se lo hice saber.

—¡Santo cielo! ¿Cuándo empezaste a hacer eso? Parece que ya está medio terminado.

—He trabajado toda la noche, ya que parecías tener prisa.

—Veo que será una vitrina excelente. Mucho más espaciosa y estilizada que nada de lo que he visto en Inglaterra, pero de estilo inglés, como te pedí. Es maravillosa.

—Stefan es un buen artesano — señaló *Nianushki*, que se acercaba con un niño en cada mano—. Muy fiable y eficaz. Recuerdo bien a tu madre, hijo. Hace tiempo que no la veo. ¿Cómo se

encuentra?

Él le devolvió la sonrisa con tristeza.

—Murió, pues nunca llegó a recobrase de la muerte de mi padre. Su vida no era la misma sin él.

—Vaya, lamento oír eso, aunque no me sorprende, dadas las circunstancias. Recuerdo que hacían una pareja perfecta. Él era un hombre de gran corazón, partidario de luchar por lo que es justo, y tu madre era su mayor apoyo. ¿Tú no has seguido sus pasos?

—No estoy hecho para trabajar en una fábrica —repuso él.

—¿Y cómo aprendiste el oficio de carpintero? —pregunté yo, curiosa de pronto por saber más de aquel hombre.

—A base de trabajo duro y

entrenamiento. Carpintero, hombre de mantenimiento, jardinero y recadero a su servicio. —Bien. Respondió con un saludo burlón.

Nianushki sonrió.

—Su madre me dijo una vez que, aparte de ser muy práctico, también eras un artista brillante.

—Me temo que mi madre era bastante parcial en lo relativo a mis talentos. Además, sé cuál es mi sitio. En este país nunca es fácil ganarse honradamente la vida y no sería bueno que intentara elevarme por encima de mi estatus, ¿verdad?

No parecía el tipo de hombre que supiera cuál era «su sitio», pero algo en su tono me advertía que no prosiguiera

con aquel tema.

—Quizá puedas traer algunos de tus cuadros para mostrárselos a los niños —sugerí. Como era previsible, Serge hizo una mueca e Irina asintió con entusiasmo.

—¡Sí, por favor! Me encanta pintar —dijo la niña.

—No son para mostrarlos en público —repuso él. Se volvió y siguió trabajando en la vitrina.

—Pero mostrárselos a los niños no entraría en esa categoría —protesté yo —, y una demostración de tus habilidades como pintor sería maravilloso para su educación.

Hizo como si yo no hubiera dicho nada. Me ignoró por completo y siguió

trabajando sin contestar. Aquello me pareció de mala educación, pero solo veía la parte de atrás de su cabeza. Ni su cara ni su pelo me resultaban visibles, pues llevaba una gorra calada baja y estaba inclinado trabajando. Yo anhelaba que alzara la vista y aceptara mi sugerencia, no solo por Serge e Irina, sino porque deseaba mucho volver a ver aquella sonrisa en sus ojos.

Nianushki chasqueó la lengua y empezó a salir de la estancia.

—Vamos —dijo a los niños—. Debemos dejar trabajar a Stefan. Será mejor que lo dejemos tranquilo un par de días.

—Claro, por supuesto. —Yo devolví inmediatamente mis pensamientos a la

realidad de mi trabajo—. Pónganse los abrigos, niños. Podemos practicar conversación en inglés mientras disfrutamos de un paseo y aprendemos los nombres de árboles y flores. Después podrán jugar un rato con sus juguetes cada uno en su dormitorio. Cuando Stefan haya terminado el aula, los dos nos ayudarán a *Nianushki* y a mí a limpiarla y colocarlo todo como prefieran —dije con voz animosa.

Serge hizo una mueca de desprecio.

—Eso es trabajo de sirvientes.

—Posiblemente, señorito Serge, pero es su aula y, por lo tanto, también su responsabilidad —insistí, recordando la conversación con su abuela—. Empezaremos las clases el lunes por la

mañana a primera hora.

Mientras salía con ellos, sorprendí a Stefan sonriendo y me pregunté qué era lo que lo divertía tanto.

Por una vez, los niños no protestaron por el paseo, aunque empezaban a caer algunos copos de nieve. Tal vez deseaban en secreto un aula nueva, en cuyo caso, quizá yo estaba haciendo algo bien después de todo.

Antes de que acabara la semana, la vitrina y las estanterías de libros estaban terminadas, con la madera de cerezo pulida a la perfección, así como también dos pupitres con asientos plegables donde podían trabajar los niños. Los paneles de las paredes de madera habían sido pintados en verde y plata, que

quedaba mucho mejor que el color crema, y había linóleo verde nuevo en el suelo. El aula había quedado maravillosa, mejor incluso que en los planos que le había dado.

—Tiene razón —dije a *Nianushki*—. Stefan es fiable y eficiente.

—Nadie se atrevería a no serlo en esta casa —comentó ella con sequedad.

Pero a pesar de mis reservas sobre la actitud de él, me entristeció que hubiera terminado el trabajo y para mis adentros confié en volver a verlo pronto en la Capilla Británica y Americana.



Tal y como había prometido, las primeras clases de inglés comenzaron el

lunes por la mañana. Inicié a los niños en el juego del *snap*, donde usaba dibujos con nombres para ayudarles a aprender palabras. Jugamos a identificar algunos de sus juguetes y posesiones favoritos, a las que pegué etiquetas para ayudar a los niños a recordar sus nombres en inglés. Después les ayudé a construir las palabras con pequeños cuadrados de madera en los que había pintado el alfabeto inglés. Irina participó con gran entusiasmo y reía encantada siempre que conseguía hacer una palabra que coincidía con la de la etiqueta. Como era de esperar, Serge se mostró obstinado y gruñón.

—¿Por qué tendría que importarme cuál es la palabra en inglés? Yo soy

ruso.

—Porque sus padres quieren que aprenda el idioma —le expliqué con gentileza en francés—. Usted es un chico inteligente, señorito Serge, así que no le resultará difícil. —Yo había descubierto pronto que respondía bien a los halagos.

Estaba ayudando a Irina a colocar las letras de *doll* cuando entró la condesa. Me puse en pie al instante.

—No me prestes atención —dijo ella—. Me sentaré aquí a observar —dijo, y se instaló en una silla.

Como no me había dado permiso para sentarme, yo permanecí en pie. Estaba nerviosa. Le tendí a Serge la B de *ball* y observé cómo buscaba la A entre los cuadrados de madera. Al final encontró

una y la colocó al lado de la primera.

—Muy bien. Ahora busque la L —le sugerí.

—¿Eso es lo único que se hace aquí, jugar? —preguntó la condesa con un tono muy mordaz—. ¿No deberías enseñarles sustantivos y verbos?

Le sonreí e intenté explicarme.

—La gramática, en esta fase, no resultaría apropiada. El vocabulario y la conversación son mucho más valiosos para aprender un idioma. Podemos llegar a la gramática más tarde. Así fue como me enseñó mi madre.

—Pero imagino que les pedirás que hagan traducciones.

—Todavía no, milady. Sería demasiado aburrido y difícil para niños

de esta edad, incluso aunque ya escribieran bien, cosa que Irina no hace. Creo que aprender debe ser divertido, siempre que resulte eficaz.

—Un aula es para recibir educación, no para divertirse y jugar —replicó ella, cortante.

—Yo creo que puede ser ambas cosas. —Ella me miró de hito en hito, pero no retrocedí, sino que seguí ayudando a los niños—. Ah, ya casi ha terminado, señorita Irina. Ahora necesita otra L, igual que Serge. *Ball* y *doll* siempre llevan dos eles al final. Eso es. Muy bien.

Irina sonrió satisfecha.

—Mira, mamá. Lo he hecho —se aplaudió a sí misma, celebrando su

logro.

—Yo también he hecho mi palabra — dijo Serge. Y miró a su madre en busca de aprobación, que recibió de inmediato.

—Muy bien, hijo —dijo la condesa, con orgullo en la voz. A continuación se dirigió a mí—. Esta noche los bajaré a cenar como de costumbre. Sin embargo, en el futuro espero clases más serias. — Después de aquel comentario cáustico, se retiró sin dedicar ni una sola palabra de elogio a su hijita.

A mí me dolía el corazón al ver la pena que expresaba el rostro regordete de Irina. Siempre que su madre la rechazaba, parecía encogerse dentro de sí misma. Serge sonrió con aire de

suficiencia, como de costumbre. Pensé que había que hacer algo respecto al modo en que la condesa trataba a su hija, pero no tenía ni idea de qué.

Aquella misma mañana, más tarde, el conde visitó también el aula, pero esa vez, cuando me puse en pie, me hizo señas de que volviera a la silla con una gran sonrisa. Después, para mi sorpresa y alegría, se acomodó en el suelo junto a Irina y la ayudó a unir los nombres con los dibujos.

—Esto parece divertido —dijo—. ¿Puedo jugar? Vaya, y qué inteligente eres, Irina, para saber que esta palabra dice *elephant*. Es una palabra muy grande para una niña tan pequeña.

Irina miró a su padre con adoración, y

sus mejillas se ruborizaron de placer. Hasta Serge se pavoneó con orgullo cuando su padre admiró un poema corto que había copiado en inglés; le pidió que lo leyera en voz alta y el niño lo leyó con una pronunciación perfecta.

—Parece que estás progresando mucho con mis hijos —me dijo el conde con una sonrisa de orgullo.

—Porque son unos niños inteligentes —contesté, fingiendo que no me daba cuenta de la expresión de placer y sorpresa de Serge por el cumplido de su padre.

—Eres muy amable.

Recordé que *Babushka* me había dicho que su hija se había casado con el conde atraída por su título y su riqueza.

Como conocía los rumores que decían que tenía una aventura sórdida con el jardinero y no olvidaba que yo la había sorprendido una vez con mis propios ojos en compañía de otro hombre, me llenaba de tristeza que traicionara de un modo tan cruel a aquel hombre bueno y considerado.



A medida que avanzaban las semanas, crecía mi afecto por *Babushka* y me gustaba mucho pasar tiempo con ella. Siempre preguntaba por los niños, que iban a verla de modo regular, y cada vez me mostraba más su apoyo, pues me había tomado bajo su ala. Yo le leía a los clásicos y ella me hablaba de la

historia de Rusia, aunque no toda era agradable. En una de esas veladas me habló de la tarde del 13 de marzo de 1881, cuando el zar Alejandro II había sido asesinado por revolucionarios en las afueras del Palacio de Invierno.

—Asistía a una revista militar cuando lanzaron una bomba a su carruaje. El ataque causó pocos daños al vehículo, pero mató a una cantidad de personas inocentes. El zar, ignorando su propia seguridad y todos los consejos sensatos, saltó fuera, ansioso por ayudar a los heridos. En ese momento, uno de los revolucionarios arrojó otra bomba, que le partió las piernas. El pobre hombre murió de las heridas que esto le provocó poco tiempo después.

—¡Oh, qué horror! ¡Y qué hombre tan valiente! —exclamé yo, sorprendida.

—Su hijo, Alejandro III, se convirtió en zar, con María Fiódorovna como zarina, y reinó hasta su muerte, en 1894. El hijo de ambos, Nicolás, el zar actual, tenía que casarse con la princesa Alix de Hesse, a la que amaba profundamente. Por desgracia, sus padres, su madre en particular, no lo aprobaban.

—¿Por qué? ¿Qué tenía contra ella? —pregunté. Prefería aquellos relatos sobre historia familiar, amor y romance.

—Insistía en que la chica no estaba a la altura de la tarea, que era demasiado tímida y retraída, y puede que hubiera

algo de verdad en eso. También era nieta de la reina Victoria y había sido educada por ella, y sospecho que María Fiódorovna temía perder influencia sobre su hijo si la chica tenía una pariente tan poderosa detrás. No obstante, como su querido Alejandro estaba a las puertas de la muerte en ese momento, acabó por ceder. Nicolás se casó con su adorada Alix y los dos siguen muy enamorados. Otra cosa es que la zarina haya conseguido ganarse la aprobación de su suegra —terminó *Babushka* con una risita—. ¿Tú te has ganado ya la aprobación de mi hija?

Le sonreí.

—Eso debe preguntárselo a ella.

—Puede que lo haga, un día que esté

de buen humor —repuso. Sonriendo como viejas amigas, volvimos a nuestra novela del momento, *Cumbres borrascosas*.



En los días y semanas siguientes, la condesa Olga siguió visitándonos sin previo aviso durante las clases, sin duda para vigilarme a mí. Siempre tenía que ponerme en pie cuando entraba ella en la habitación, y rara vez me daba permiso para sentarme en su presencia. Tampoco se me permitía dirigirme a ella a menos que me hablara primero, una regla que me resultaba muy difícil cumplir. Pero adopté el punto de vista de que, como era mi patrona, tenía derecho a

vigilarme, así que intentaba no dejar que su presencia me perturbara mucho. Y además, los niños siempre se portaban bien cuando su madre estaba presente. Un día en el que Serge leyó un corto pasaje de *El pequeño lord*, la condesa se sintió tan complacida que hasta me felicitó.

—Muy bien, Dowthwaite. Parece que por fin empieza a hacer progresos. Estoy deseando oír a Irina leer algo del libro la próxima vez.

La niña se puso de color escarlata, pues estaba lejos de esa fase, ya que solo tenía seis años.

—Encontraremos algo más apropiado para la señorita Irina —dije con una sonrisa. Entregué un papel en blanco a la

niña y la animé a escribir una historia de su invención, cosa que adoraba hacer. Con los dos niños trabajando en sus tareas, acompañé a la condesa a la puerta, consiguiendo guardarme, por una vez, mis opiniones para mí.

Cuando abrí la puerta, el siguiente comentario de la condesa me pilló totalmente desprevenida.

—Ah, Dowthwaite, ¿recuerdas a Stefan, el joven carpintero? Hizo un trabajo excelente, y, puesto que me he visto obligada a despedir al jardinero y hombre de mantenimiento que teníamos, por razones en las que no voy a entrar, he decidido ofrecerle un puesto permanente en la casa. ¿Quieres hacer el favor de comunicárselo?

—¡Oh!

No sabía qué decir y estaba demasiado contenta con la idea para pensar en una contestación sensata, así que me limité a asentir y ella se alejó. En mi interior se encendió una luz extraña de excitación por la perspectiva de ver a Stefan con regularidad.

CAPÍTULO 12

Abbie había escuchado embelesada la historia de la joven Millie, contenta de que su abuela pareciera estar disfrutando con las reminiscencias de Rusia mucho más de lo que había esperado. Pero cuando la anciana guardó silencio, quizá por el deseo de dormir, le dio un beso de buenas noches y se levantó para marcharse. Aunque estaba fascinada por la historia, no sentía que estuviera haciendo grandes avances para descubrir el pasado de su madre. Estaba llegando rápidamente a la conclusión de que tendría que buscar otras fuentes de información aparte de

Millie.

Dedicó la tarde siguiente a revisar las cosas de Kate, con la esperanza de encontrar cartas, un diario o incluso alguna fotografía, algo que arrojara luz sobre sus primeros años. La experiencia le resultó muy difícil. Solo con oler el perfume de su madre, que impregnaba todavía sus ropas, se echó a llorar. Después descubrió todas las cartas y postales que le había enviado ella, de hecho más de las que recordaba haber mandado. Pero allí estaban todas, atadas cuidadosamente con una cinta y guardadas en una antigua caja de pañuelos, entre ellas la carta que anunciaba el nacimiento de Aimée. Así que a su madre sí le había importado

después de todo. ¿Por qué, entonces, había mantenido tanta distancia? ¿Por qué no había podido permitirse perdonar? Abbie estaba abrumada por los remordimientos. Aquello no tenía sentido. ¡Oh, qué terrible desperdicio! Ojalá hubiera podido volver atrás en el tiempo.

Su padre entró en la habitación en aquel momento.

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo? —El tono de su voz mostraba la profundidad de su furia por aquella intromisión.

Abbie fue a abrazarlo.

—Papá, sé que es duro pero alguien tiene que retirar las cosas de mamá. He pensado que así te ahorraría ese dolor.

Él la miró y, al ver sus lágrimas, la abrazó con expresión desolada. Para Abbie fue una sensación buena, lo más cerca que habían estado en años. Luego él dio media vuelta y volvió a salir. Parecía incapaz de hablar.

Abbie continuó con la tarea que se había impuesto, con menos entusiasmo, pero todavía con la esperanza de encontrar algo de interés. ¿El resentimiento y el extraño comportamiento de Kate estaban relacionados con su pasado difícil? ¿Su verdadera madre había dado a luz en el orfanato o la había abandonado en la puerta? ¿Y quién había elegido su nombre? ¿Había sido Millie o quizá la matrona? En alguna parte tenía que

haber información sobre el tiempo pasado en el orfanato de Pursey Street. Pero Abbie no encontró nada.

Fay fue a ayudarla más tarde y las dos tardaron horas en retirarlo todo, dejando a un lado recuerdos personales para que eligieran los miembros de la familia. Abbie se guardó las cartas en el bolsillo.

—Mañana a primera hora llevaré estas cajas a una organización benéfica, si quieres —se ofreció su cuñada.

—Gracias. ¿Y te importa quedarte mañana con Aimée y dejarme en la estación? Hay algo que tengo que hacer antes de ponerme a trabajar en la joyería, a ser posible sin tener que darles explicaciones a papá y a Robert.

—De acuerdo. No te preocupes.



El orfanato de Pursey Street era tan sombrío como lo había descrito Kate, un edificio de estilo gótico de piedra gris rodeado por un muro alto y apartado del mundo detrás de un par de puertas de hierro gigantescas permanentemente cerradas. Un grupo de chicas con el pelo ahuecado y minifaldas pasó riendo por allí. Imitaban divertidas a Lesley Gore y cantaban *It's My Party* a pleno pulmón. Abbie se preguntó si tendrían alguna idea de lo que debía de haber sido sentirse encarceladas en aquel lugar. Aquello no había sido ninguna fiesta. Kate debía de haber anhelado mucho

cruzar aquellas puertas y escapar. Su madre, de niña, se habría sentido encarcelada y poco querida, hasta el día glorioso en el que había llegado Millie y la había tomado en sus brazos.

El viaje en tren había sido largo y agotador, y era casi mediodía cuando llegó a Stepney. Y como le esperaba un viaje de regreso igual de largo, sabía que no podía permitirse estar mucho tiempo allí.

Las aulas que divisó mientras la guiaban a lo largo de un pasillo estaban pintadas de colores alegres, con las paredes cubiertas de carteles y dibujos hechos por los niños, no tan sombrías y desnudas como seguramente habían estado en la época de su madre. Kate

había dicho que no habían tenido juguetes, sino una lista interminable de tareas para mantener a los niños ocupados y que no hicieran travesuras. Ella, cuando no estaba en clase, había tenido que fregar el suelo de baño, frotar cazuelas y pelar verduras, e incluso quitar piedras en los campos de alrededor. Nunca tenía visita los domingos por la tarde ni regalos debajo del árbol grande que había en el vestíbulo para Navidad, aparte de una naranja y unas cuantas nueces guardadas en un calcetín viejo. El único objeto que podía llamar suyo era una biblia pequeña que entregaba a todos los niños Dimwitty, la mujer fría e insensible de la que Kate decía que jamás debería

haber tenido a su cargo niños pequeños. Pero la mujer que miraba en aquel momento a Abbie desde detrás de su escritorio era mucho más joven y sonreía. Parecía muy amable.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Myers?

Abbie carraspeó, nerviosa de pronto por lo que pudiera descubrir, ahora que ya estaba allí. Explicó rápidamente que su madre había pasado los primeros años de su vida en el orfanato pero había muerto hacía poco, y ella quería ver el lugar por sí misma y descubrir más cosas sobre sus orígenes.

—Me preguntaba si usted podría ayudarme —añadió.

Por la expresión compasiva de la

mujer, a Abbie le pareció evidente que había oído aquella petición muchas veces.

—Me alegra decir que las cosas han mejorado mucho desde la época de su madre. En el mundo moderno ya no vemos a una madre soltera con la desaprobación de nuestros antepasados y los orfanatos están pasando rápidamente de moda. Hacemos todo lo posible por dar a los niños que tenemos todo el amor que necesitan y una infancia feliz. ¿Cuándo estuvo aquí su madre?

Abbie le dio detalles de la edad de su madre, que era la única información que tenía.

—Pero ¿quién era su madre

biológica? Me gustaría mucho saberlo. O encontrar algún modo de buscarla.

—Desde luego, podemos mirar en nuestros registros, aunque no puedo garantizarle que encontremos nada. A menudo no tenemos ninguna información sobre los niños que acogemos aquí.

—¿Quiere decir que quizá la abandonaron?

La mujer sonrió con simpatía.

—Esperemos que ese no fuera el caso de su madre. Un momento, por favor. Voy a buscar el registro.

Abbie permaneció sentada con las manos unidas en el regazo y esperó pacientemente sin oír otro sonido que el lento latir de su corazón. Kate había dicho en una ocasión que no habría

podido querer más a Millie aunque hubiera sido su verdadera madre, pero también había hablado a menudo con pena de la distancia que había a veces entre ellas. Abbie comprendía que eso podía haber sido fruto del deseo de Kate de casarse apresuradamente a los diecisiete años contra el deseo de su abuela. La joven no sabía de parte de quién ponerse en aquel caso concreto.

Sin embargo, años después de aquella pelea por un matrimonio que no se produjo, se notaba a veces cierta incomodidad entre madre e hija. Abbie había sido testigo de ello en numerosas ocasiones, a menudo cuando hablaban de la joyería. Había asumido que a Millie le había resultado difícil retirarse

y dejarle el negocio a su hija, cosa que entendía bien después de haber visitado la tienda. Pero en ocasiones sus desacuerdos eran sobre algo que no podía entender, o bien dejaban de hablar cuando ella entraba en la habitación.

Teniendo en cuenta todo eso, ¿por qué no había hecho Kate ningún esfuerzo por encontrar a su madre biológica? ¿O la había encontrado y se había guardado la información por el dolor que podría causar a Millie?

Le pareció que la mujer tardaba siglos en volver. Abbie notó que el libro que transportaba estaba ya abierto por la página apropiada.

—Llegó en enero de 1920 y se calculó que tendría dos años o dos años

y medio.

Abbie la miró sorprendida.

—¿1920? ¿Dos años?

—Desgraciadamente, no podemos probar su edad con precisión porque no había documentos, ni partida de nacimiento ni ningún otro tipo de identificación.

—Yo suponía que la habrían traído aquí de bebé.

—Ese no es siempre el caso. A veces una madre joven lucha un tiempo por salir adelante antes de verse obligada a admitir la derrota y entregar a su hijo o hija, normalmente a causa de la pobreza.

—¿La trajo su madre al orfanato, pues? ¿Y sabe usted quién era?

—Aquí dice que a Kate la trajo una

mujer joven.

Abbie sintió las primeras punzadas de esperanza.

—¿Quién? —preguntó.

—Me temo que no estoy autorizada a revelar su identidad, no sin preguntárselo antes a ella.

—Pero ¿se lo preguntará y después me dirá quién es?

—Le hablaré de su visita, suponiendo que siga viva y que pueda encontrarla. Pero dependerá de ella que quiera contactar con usted o no.

—Sí, claro, comprendo. —La esperanza de Abbie desapareció al instante, pues era improbable que la madre accediera a revelar su identidad después de tantos años de silencio—.

¿Y el nombre de Kate? —preguntó—. ¿Quién lo eligió?

—Al parecer, llevaba una etiqueta sujeta al abrigo con un imperdible. Pero no había apellido.

¿Aquello quería decir que era ilegítima? Por supuesto que sí, pero Abbie eso ya lo sabía. Lo que significaba que no estaba más cerca que antes de averiguar quiénes eran los padres biológicos de Kate. La embargó una gran tristeza y una compasión profunda por su madre. Intentó pensar en más preguntas. No había partida de nacimiento ni identidad, nada aparte de un nombre.

—¿Llevaba algo consigo cuando llegó?

—Me parece que no. —La mujer se puso gafas y leyó el registro con más atención—. Ah, sí, aquí se menciona algo. Al parecer, llevaba un bulto pequeño.

A Abbie le dio un brinco el corazón.

—¿De verdad? ¿Qué había en él? ¿Se lo devolvieron cuando se marchó? —En su cabeza ya daba vueltas a la posibilidad de registrar el desván.

La mujer la miró con aire de disculpa.

—Aquí dice que se lo ofrecieron a su madre adoptiva, la señora Nabokov, pero que rehusó aceptarlo.

Abbie la miró con incredulidad.

—¿Rehusó aceptarlo? ¿Por qué haría eso la abuela? Era una parte importante

de la vida de mi madre, el único objeto que poseía.

—Quizá deseaba que la niña dejara atrás el pasado y empezara de cero.

Abbie sabía muy bien que aquello sería muy propio de Millie. El pasado, para su abuela, era un libro cerrado. Respiró hondo.

—Supongo que no tendrán todavía ese paquete por casualidad, ¿verdad?

La mujer ya se había levantado y llamaba a su ayudante. Miró a Abbie y le sonrió alentadora.

—La señorita Aspen es muy rigurosa a la hora de guardar las pertenencias de los niños para ocasiones como esta. Estoy segura de que esta vez tampoco nos fallará.

Y no les falló. Diez minutos después, Abbie salía del orfanato de Pursey Street con el precioso paquete apretado contra el pecho. Quizá habría encontrado al fin las pruebas que buscaba y que tal vez pudieran arrojar algo de luz sobre la verdadera identidad de su madre.



No se arriesgó a abrir el bulto hasta que estuvo a salvo en su casa y en la intimidad de su habitación. Sentada sobre la cama, lo desenvolvió con cuidado. Dentro encontró un chal de bebé y, dentro de ese, una prenda de ropa bien doblada.

Abbie sacudió el chal, no vio nada en

él que llamara la atención, puesto que era igual a otros muchos, tejido a mano con lana de color crema. A continuación desdobló lo que parecía una prenda de bautizo de satén color crema bordado. La calidad de la tela le dijo que era cara. La desconocida madre biológica no procedía de una familia pobre. Allí no había señales de pobreza. Pero quizá el problema hubiera sido la desaprobación de la familia. ¿Qué podía haberle pasado a aquella joven madre para verse obligada a abandonar a su hija? Abbie frunció el ceño y extendió el vestido para verlo mejor.

—Dios mío, es hermoso —murmuró para sí.

Pasó las manos por la tela sedosa,

admirando la artesanía del bordado, entrelazado con pequeñas perlas en el corpiño acolchado. Sus dedos palparon algo duro y sólido, un pequeño bulto de algo cosido dentro. ¿Qué podía ser? Tenía que saberlo. Sacó unas tijeras del costurero, deshizo las puntadas con cuidado y miró con incredulidad el objeto que cayó en la palma de su mano.



—¿Esto es lo que creo que es, abuela?

Abbie mostró la joya y se sobresaltó cuando vio que su abuela palidecía hasta quedarse blanca. Había elegido un momento en el que estaban las dos solas, en esa ocasión paseando al lado del lago un brillante día de abril, con un tropel

de patos siguiéndolas de cerca con la esperanza de conseguir alguna miga de pan.

—No hay cadena, pero creo que debe de ser un colgante —añadió Abbie.

Siguió un largo silencio de asombro.

—Es ámbar báltico. Extremadamente valioso.

—Eso me parecía.

—En la tienda no hay de esto. ¿De dónde lo has sacado?

—Abuela, no te sientas dolida ni te ofendas, pero ayer fui al orfanato de Pursey Street —dijo Abbie.

Pensó por un momento que Millie se iba a desmayar. La tomó rápidamente del brazo y la ayudó a sentarse en un banco próximo. Incluso entonces pareció

que le costaba trabajo recuperar el aliento, y Abbie se sintió muy culpable por haberle dado la noticia con tanta brusquedad. Dio gracias en su interior porque su padre hubiera salido a pescar. Sabía que se habría enfurecido con ella por haber disgustado a Millie en un momento así.

—¿Quieres que te traiga un vaso de agua? —preguntó.

—No, no es necesario. Estaré bien en un momento. ¿Estás diciendo que ayer fuiste a Londres? ¿Qué te impulsó a hacer algo así?

—Quería descubrir más cosas sobre mamá, quién era y si algo de su pasado la había impulsado a hacer algo tan terrible. Imagino que podrás comprender

eso.

—¿Y qué averiguaste?

—Muy poco. Parece ser que tenía dos años o dos años y medio cuando la llevaron al orfanato, que no era ya bebé. ¿Sabías eso?

Millie no contestó. Seguía mostrándose perpleja por haber descubierto de repente que su nieta había estado investigando el nacimiento de su hija adoptada.

—Pero no se sabe nada más de ella. No había nada que pudiera identificarla, salvo por el nombre que llevaba sujeto con un imperdible en el abrigo. Pero la matrona me dio un fardo con ropa que llevaba Kate el día que la llevaron allí. Encontré este colgante cosido dentro del

corpiño. ¿Dices que es valioso?

Millie carraspeó.

—El ámbar es una resina de árboles que crecieron hace millones de años, muchos de los cuales están ya extinguidos. Cuando esa resina pegajosa caía en la tierra, a menudo ocurría que plantas o insectos quedaban atrapados en el ámbar. Luego se lavaba con las tormentas y más tarde quedada depositado en trozos pequeños en la orilla del mar. El ámbar báltico tiene al menos cincuenta millones de años y es muypreciado.

Abbie se quedó estupefacta. Cincuenta millones de años eran un período de tiempo que iba más allá de su comprensión. Entonces vio correr una

lágrima por la mejilla de su abuela. Millie miraba el colgante con incredulidad. Seguía muy pálida y pasaba un dedo por la piedra, que era amarilla como el caramelo de azúcar y mantequilla y también con forma de lágrima. La joya tenía los restos esqueléticos de una libélula embalsamada, aunque Abbie no los había reconocido como tales hasta que no había oído la explicación sobre el ámbar. Pasó un brazo por los hombros de su abuela y se disponía a disculparse por haberla molestado, cuando se vio interrumpida con brusquedad.

—¿Qué pasa aquí?

Abbie miró consternada a su padre, que avanzaba hacia ellas con los

aparejos de pesca en una mano y una expresión de enfado, ya familiar, nublando su rostro. Abbie volvió a sentirse culpable.

—Papá, lo siento. Yo no quería hacer llorar a la abuela. Solo necesitaba comprender.

—¿Comprender qué?

—No tiene importancia —intervino Millie, que se secaba los ojos con el pañuelo e intentaba recuperar la compostura—. La culpa es solo mía. Me atrevo a decir que Abigail tiene todo el derecho a hacernos preguntas al orfanato y a mí, si así lo desea.

—¿Al orfanato? —Tom dejó caer la caña y el carrete al suelo de golpe—. ¿Qué pasa con el orfanato?

—Fui a visitarlo ayer para preguntar sobre mamá —contestó Abbie.

Hubo una leve pausa y después su padre la ignoró por completo y se dirigió a Millie.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Preguntas muy normales sobre quién era su madre y cuándo la dejaron en el orfanato. El tipo de preguntas que hacía Kate y ahora hace Abigail, como sabíamos que haría algún día. Es solo que no estoy segura de que pueda darle las respuestas que busca. Ya le he dicho todo lo que puedo.

—Pero no es suficiente, abuela. — Abbie miró a su abuela con una mezcla de angustia y compasión—. ¿Cuál es ese gran secreto del que no quieres hablar?

Sé que debe haber uno. Lo percibo. Tengo curiosidad por saber por qué fuiste hasta Londres a buscar una niña cuando fácilmente podías haber ido a Kendal o a Preston, que están mucho más cerca y donde seguramente habría niños deseando ser adoptados. No tiene sentido. ¿Elegiste Londres por algo que ocurrió en Rusia? Creo que ambas cosas pueden estar relacionadas. Si estoy en lo cierto, por favor, cuéntame lo que ocurrió allí durante la revolución.

Millie la miró con un gesto de impotencia.

—Sufrimos una agonía. Fue una época difícil y preferiría no hablar de ella.

—Deja en paz a tu abuela. ¿Es que no

ves que la estás disgustando?

Abbie ya tenía los ojos llenos de lágrimas y estaba cansada de llorar. Quería que su vida volviera a ser alegre y normal. Se acordó de las jóvenes que había visto bailando y cantando por la calle en Stepney, jóvenes que se divertían. ¡Cómo anhelaba que volviera a haber diversión en su vida después de todos los traumas y decepciones que había sufrido! Tenía intención de conseguir ese sueño, por muy difícil que resultara.

—¿Es que tú no ves que yo estoy muy disgustada por la muerte de mamá? —gritó—. Todo el mundo me echa a mí la culpa de su suicidio. ¿A nadie le importan mis sentimientos? Yo también

la quería, aunque tú ya no me quieras a mí, papá.

Aquel comentario pareció afectar mucho a su padre.

—Abbie, no digas cosas tan horribles. Por supuesto que te quiero.

—Pues lo demuestras muy poco.

Su abuela la abrazó.

—Lo siento mucho, querida. Sé que esto debe de ser muy duro para ti. Es solo que algunas cosas es mejor...

—Olvidarlas. ¿Cuántas veces te he oído decir eso? —Abbie se pasó las manos por el pelo y tiró de unos rizos con un gesto de desesperación—. Lo siento, pero eludir la verdad no ayuda en nada. Si solo querías calmar tu conciencia adoptando a una niña pobre

después de haber visto morir a muchos niños en la revolución, ¿por qué no lo dices? Es muy razonable, aunque sigue sin explicar por qué te fuiste hasta Stepney a buscarla.

—No fue nada de eso. Lo has entendido todo mal. —Las lágrimas corrían ya abiertamente por las mejillas de Millie, y Tom le daba palmaditas en el hombro intentando reconfortarla.

—Tranquila —dijo—. Abbie no sabe lo que te está pidiendo. Ella no comprende. ¿Cómo va a hacerlo?

—Pues entonces necesito que alguien me lo explique para que pueda comprender. ¿Cuál es el problema?

Entonces se le ocurrió una posible respuesta y sintió que todo su cuerpo se

estremecía por efecto del shock.

—Por supuesto. ¿Cómo no lo he visto antes? La respuesta está en el colgante. —Tomó la joya, le dio la vuelta en su mano y palpó su suavidad fría—. Abuela, puedes empezar por explicarme cómo llegó este ámbar báltico a estar cosido en la ropa de bebé de Kate cuando se supone que ella nació en Inglaterra.

—¿Ámbar báltico? —murmuró su padre.

—Cosido en el corpiño del vestido de bebé de mamá, que estaba guardado en el fardo de ropa que al parecer llevaba consigo cuando llegó al orfanato de Pursey Street con dos años o dos años y medio.

—¡Ah! —exclamó él. Intercambió una larga mirada silenciosa con Millie —. Quizá sí sea hora de que cuentes toda la historia —musitó.

—Pero...

—Nada de peros, querida mía. Como dice Abbie, tiene derecho a saberlo y, por mucho que te cueste recordar las dificultades de esa época, tú eres la única que puede contarlo.

CAPÍTULO 13

Cuando Stefan entró a trabajar para la condesa, todo cambió. Los primeros indicios de la primavera se notaban ya en el deshielo del río Neva, aunque todavía quedaba mucha nieve. El conde decidió que se imponía una visita a la hacienda del campo. Unos cuantos sirvientes se habían avanzado para preparar la casa para la familia y los demás se habían quedado en San Petersburgo. Viajamos en tren y desde la estación a la casa fuimos en trineo. Para mí era una experiencia nueva y no estaba preparada para la velocidad a la que se movía el trineo por la nieve, tirado por

una yegua gris muy veloz.

Sentí una extraña agitación al ir sentada delante, al lado de Stefan, aunque no dejábamos de ir dando botes. *Nianushki* iba detrás con los niños. *Babushka* viajaba con los condes. Todos íbamos envueltos en *shubas*, con pantalones y gorros de piel debajo de enormes pieles de oso. Yo era muy consciente de la proximidad de Stefan y me costaba mucho concentrarme en el camino, pues prefería mirar su atractivo rostro anguloso.

Stefan casi no me había hablado desde que se uniera a nosotros. Incluso cuando le había transmitido la petición de la condesa, se había limitado a asentir y decir:

—Como milady desee —sin ni siquiera dar las gracias ni mostrar ninguna otra señal de gratitud. Yo no sabía por qué me fascinaba tanto, pues parecía un joven tremendamente maleducado.

Busqué algo que decir para llenar el silencio incómodo que había entre nosotros e hice un comentario sobre los pequeños cobertizos de madera que cubrían las colinas nevadas y los prados de alrededor.

—¿Qué clase de animales se guardan ahí? —pregunté, pensando en los establos de las vacas en casa.

—Eso son casas de troncos en las que viven los campesinos —me informó Stefan con frialdad.

Me ruboricé de vergüenza y me apresuré a disculparme.

—Disculpa. No lo sabía.

Él sonrió con sorna, sin dar señal alguna de excusar mi ignorancia. Aquel hombre realmente suscitaba sentimientos muy encontrados en mí. Me gustaban sus sonrisas y sus muestras de encanto ocasionales, pero había algo en él que resultaba casi peligroso. Me esforcé por concentrarme en lo que decía.

—A los campesinos les concedieron la libertad y la ciudadanía durante el gobierno del zar Alejandro II. Desgraciadamente, muchos se vieron obligados a valerse por sí mismos, sin tierra con la que pudieran ganarse la vida y disfrutar de esa libertad. Eso ha

alimentado un resentimiento enconado que llevó a la revolución fallida de 1905 y muy probablemente al asesinato ocurrido recientemente.

Yo reaccioné horrorizada.

—Oh, no. ¿Otro asesinato? *Babushka* me habló de la bomba que mató a Alejandro II, pero eso fue en el siglo pasado, hace mucho tiempo. —Cuando se trataba del tema de la política rusa me sentía muy ignorante. Una extranjera ingenua, en realidad.

—El primer ministro Stolypin fue asesinado a tiros en la ópera el septiembre pasado. No era el primer intento para acabar con su vida. Siempre llevaba una coraza y tenía guardias que lo protegían contra los revolucionarios,

pero no fue suficiente para salvarse.

—¡Qué horror! —No sabía qué más decir, consciente de un cierto pragmatismo en el tono de él, casi como si pensara que el pobre hombre merecía aquel terrible destino—. ¿Por qué lo mataron?

—Stolypin había planeado una reforma de la tierra para permitir que los campesinos compraran tierra, con la esperanza de que recuperasen su lealtad hacia el zar. La clase media y la aristocracia no estaban de acuerdo. Además, en 1905, el zar Nicolás permitió la formación de la Duma como un cuerpo consejero electo, con el acuerdo de concederle más poderes legislativos una vez que estuviera

establecido. Desgraciadamente, su Alteza Imperial no ha cumplido esa promesa, reacio al parecer a ceder nada de su poder, que cree que le ha sido otorgado por Dios.

Su voz expresaba una profunda amargura, y a juzgar por su renuencia anterior a trabajar para el conde, empecé a preguntarme si no simpatizaría con aquellos llamados revolucionarios.

—¿Estás diciendo que los planes del Primer Ministro no funcionaban porque algunos campesinos no podían permitirse comprar tierra?

Entonces me sonrió, como si le complaciera que lo escuchara, y su sonrisa me calentó el corazón.

—En cierto modo, la reforma causó

todavía más represión al desmantelar las comunas agrícolas. Miles de personas fueron ejecutadas o condenadas a servidumbre penal por protestar. Stolypin incluso puso objeciones a los sindicatos. Sus derechos estaban siendo ignorados. Pero independientemente de que sus reformas fueran para bien o para mal, ahora ya no servirán para nada.

—Comprendo —dije, aunque no estaba nada segura de entender. Sin embargo sí me pareció captar un deje de satisfacción en su voz. Pero ¿acaso alguien podría alegrarse de una muerte en tales circunstancias, aunque fuera la de un político que parecía haber incumplido sus promesas? Un escalofrío me subió por la columna y me di cuenta

de que en aquella historia había algo más de lo que admitía Stefan—. Gracias por explicarme todo esto. No sabía nada de tales asuntos; de haberlo sabido, quizá me habría pensado dos veces lo de venir a Rusia.

Me observó con atención, como si memorizara cada rasgo mío.

—En ese caso, me alegro de que no lo supieras —comentó con calma—, o no habría tenido el placer de conocerte.

Algo nerviosa por la dulce intimidad de sus palabras, aparté rápidamente la vista para mirar con ojos nuevos lo que se parecía todavía a los establos de vacas que teníamos en el Distrito de los Lagos. Sentía una gran compasión por sus ocupantes, a los que parecía que

trataban como animales.

La residencia Belinski, en contraste, era fabulosa, de una grandeza palaciega, con columnas clásicas y dos tramos de escalones de granito que conducían a la magnífica entrada. Dentro había suelos pulidos, arañas de cristal, mármol, mosaicos de azulejos y muebles con bordes dorados. Las paredes pintadas de azul turquesa del salón principal estaban adornadas con delicadas figuritas de escayola, jarrones, frisos y ménsulas. Resultaba evidente que el nivel de la riqueza del conde Vasili Belinski excedía mi comprensión.

¿Ese contraste entre los ricos y los pobres era lo que explicaba la actitud de dureza de Stefan hacia la aristocracia, o

había algo más que eso? Yo sentía incertidumbre sobre su participación en los acontecimientos políticos que había mencionado y una renuencia extraña a interrogarlo más sobre aquel tema. Todavía tenía mucho que aprender, no solo de Rusia, sino también del propio Stefan.

Disfruté plenamente el primer fin de semana en el campo y me divertí mucho deslizándome en trineo con los niños, pues eso me recordaba mucho a casa. Todos los inviernos, cuando asomaba la nieve, tomábamos una de las bandejas del té de mi madre y nos deslizábamos sobre ella por Benthwaite Crag. Yo sabía que debía bajar la cabeza y agarrarme fuerte en las esquinas.

Patinar, sin embargo, era una habilidad que no había adquirido, pues a mi padre siempre lo ponía nervioso no saber cuánto tiempo permanecería el hielo sólido sobre el lago.

—Rusia es diferente. El hielo dura meses —me aseguró Stefan, cuando me prometió buscarme unos patines que me valieran.

La primera vez que me aventuré en el hielo todavía nevaba. Los dos niños, Irina también, eran muy diestros, pero, aunque yo estaba deseosa de aprender y participar en la diversión, y me reía con ellos cada vez que me caía, me mantenía cautelosamente en los bordes del río congelado.

Poco a poco fui adquiriendo más

confianza y más firmeza. Ni siquiera me importaba que el aire helado silbara a mi alrededor cuando me aventuraba a adentrarme un poco más en el hielo, aunque sí me apretaba más el gorro de piel alrededor de las orejas.

—Ahora tengo que dejaros —anunció Stefan—. Debo ir a dar de comer a las gallinas y ocuparme de los caballos. Ve poco a poco.

—No te preocupes, estaré bien. — Pero cuando me volví a medias para hablar con él, mis pies hicieron una cabriola, se cruzaron por debajo de mí y volví a caer—. Creo que he hablado demasiado pronto. Desde luego, no entrenaré para el campeonato de patinaje artístico de Rusia —dije, y me

eché a reír.

Irina se acercó para ayudarme a levantarme.

—Puede agarrarse de mi mano si quiere, *barishnia*. Yo la ayudaré.

Los niños y el resto de los sirvientes siempre me llamaban *barishnia*, señorita, lo cual me hacía sentir algo distanciada de ellos. Pero, como institutriz, parecía tener una clase propia, lo cual no siempre era fácil. ¿Por eso valoraba tanto mi creciente amistad con Stefan? Tal vez. ¿O echaba de menos las atenciones halagadoras que me dirigía Liam? Desde luego, no podía ser otra cosa, pues no era un hombre fácil de conocer.

—Gracias. Es muy amable, Irina. —

Empezaba a sentir un gran aprecio por la niña, que tenía un temperamento muy agradable, para nada parecido al de su hermano. Juntas patinamos gentilmente adelante y atrás, con Irina ayudándome a practicar los giros y paradas. A veces me salían bastante bien, pero otras veces me hacía un lío y acababa rozando de nuevo el hielo con mi trasero.

—No se preocupe, *barishnia*, cada vez es más fácil —me aseguró la niña, riendo, cuando me sacudía la nieve del abrigo por enésima vez.

—Aceptaré tu palabra —suspiré. Empezaba a sentirme dolorida en varias zonas de mi anatomía.

—No le haga caso. Yo le enseñaré cómo se hace —dijo Serge. Patinó en

círculos a mi alrededor con una gran sonrisa en la cara. Después me tomó por la muñeca y empezó a arrastrarme lejos sobre el hielo.

—Basta, señorito Serge, ya estoy bastante lejos —protesté. Pero él no pareció escucharme.

—Necesita más espacio para patinar bien. No es bueno quedarse en la orilla. Siga andando. Eso es. Vamos, más deprisa. Más deprisa.

Mis pies daban vueltas como locos, ganaban impulso y se movían como por voluntad propia. Yo sentía que perdía el control y el miedo me atravesó como una espada helada.

—Ya nos hemos alejado suficiente, señorito Serge. Devuélvame a la orilla

de inmediato, por favor —grité.

Para ser justos, hay que decir que el niño tomó en consideración el pánico que reflejaba mi voz, y quizá se pensó mejor su broma traviesa, pues empezó a aflojar el paso y girar hacia la orilla, lo cual fue un gran alivio para mí. También agradecía que me sujetara la muñeca con fuerza. Veía a Irina, que se apretaba consternada la boca con las manos y esperaba ansiosa mi regreso. Casi habíamos llegado hasta ella cuando Serge me soltó de repente y, alzando las manos en el aire, hizo un pequeño derrape y patinó justo delante de mí, de modo que chocamos.

El impacto en el hombro me lanzó a toda velocidad hacia la orilla, dando

vueltas de modo descontrolado. No pude hacer nada para detenerme, así que choqué contra una cresta de nieve y reboté de nuevo contra el hielo, donde oí un chasquido terrible. Pensé que caería al agua helada. Por fortuna, me salvó la raíz de un árbol que sobresalía en el río congelado. Me agarré a ella como a una cuerda salvavidas, que es exactamente lo que era. El vaho de mi aliento nublaba el aire a mi alrededor y me sentía tan aliviada por estar al menos inmóvil que, hasta que no llegó Irina a mi lado y gritó horrorizada, no me di cuenta de que una de mis piernas había atravesado de verdad el hielo. Yo ni siquiera la sentía.

Ella sacó rápidamente mi pierna del

hielo y, a pesar de lo pequeña que era, empezó a arrastrarme hacia la orilla, sin dejar de gritar a pleno pulmón:

—¡Socorro! ¡Socorro! Serge, ve a buscar ayuda. *Barishnia* está herida.

—No te preocupes, estoy bien —le aseguré aunque la cabeza todavía me daba vueltas y tenía tanto frío que casi no podía sentir ninguna parte de mi cuerpo ni mucho menos la pierna mojada.

Oí voces de la gente que se acercaba corriendo. Eran Stefan y un par de lacayos, y entre los tres me arrastraron fuera del hielo. Pero hasta que no estuve a salvo dentro de la casa y Stefan corrió a buscar una toalla para secarme la pierna, no comprendí el motivo del

pánico de Irina. Cuando él me quitó la bota, parecía que la pierna había empezado ya a congelarse, y aunque al principio no sentí nada, más tarde, cuando el pie empezó a descongelarse, el dolor fue indescriptible. Nunca había conocido una agonía igual. Estaba segura de que no sobreviviría y solo quería tumbarme y llorar, o mejor dicho, gritar, pero Stefan se negó a permitirme hacer eso.

—Tienes que seguir moviéndote. Camina arriba y abajo, sin detenerte. Tendrás que ejercitar ese pie durante días para restablecer debidamente la circulación —insistió. No me permitió descansar ni un momento—. ¿Cómo ha ocurrido el accidente? ¿Por qué no te

has quedado cerca del borde como te dije?

Lancé una mirada a Serge, que observaba en silencio los esfuerzos por salvar mi pie. Cuando alzó la cabeza para mirarme a los ojos, supe al instante que el «accidente» no había sido tal cosa. La luz de culpabilidad en sus ojos oscuros me indicó que había sido deliberado. Su intención había sido hacerme caer a través del hielo. Y en ese caso, un pie congelado no era nada comparado con lo que podría haber ocurrido.

—¿Y bien? —preguntó Stefan—. ¿Por qué te alejaste tanto patinando en tu primer intento?

Yo sonreí como pude.

—Porque soy una chica tonta. Pero no te preocupes, he aprendido la lección. En el futuro iré con más cuidado. —El último comentario no iba dirigido en absoluto a Stefan, sino a otra persona.



Después del incidente en el hielo Serge me lanzó otra de sus amenazas furiosas.

—Si le dice a mi padre que fui yo el que la tiró, le diré que miente y haré que la despidan.

Yo le sonreí. Sentía lástima de aquel chico inseguro, muy consentido por su madre pero que se sentía un fracaso a ojos de su padre, al que deseaba desesperadamente impresionar. ¿El conde ignoraba a su hijo

deliberadamente para castigar a su esposa por ser tan dura con Irina? ¡Vaya pareja!

—No sé a qué se refiere, señorito Serge. Mis pies se descontrolaron. Fue un accidente, no fue culpa suya. Olvidemos el tema, ¿de acuerdo?

—¿Entonces no se lo dirá a mi padre?

—Por supuesto que no. ¿Por qué iba a hacerlo? Usted y yo somos amigos, ¿no? ¿Por qué iba a querer hacerme daño?

En su mirada sorprendida había incredulidad y lo que podía ser gratitud. No se habló nada más sobre el tema y yo procuré mostrar un rostro inexpresivo.

Babushka también nos había acompañado al campo y me envió un mensaje con *Nianushki* preguntándome

si estaba lo bastante bien para continuar con nuestras sesiones de lectura ocasionales.

—Me alegra que *Madame* esté aquí. Le vendrá bien cambiar de aires. Y no se preocupe, estaré encantada de sentarme con ella cuando haya ejercitado mi pie. En cualquier caso, aprecio a la anciana y me gusta pasar tiempo con ella.

La primera velada que pasé con ella leyendo *La tienda de antigüedades*, que parecía ser uno de sus libros favoritos, se mostró más interesada en que le hablara de mi «accidente» y de si mi pie se había recuperado.

—Está bien —le aseguré—. A pesar de mi estúpida incompetencia.

Ella arrugó la frente con aire de duda.

—¿Serge tuvo algo que ver con eso?

Ya sabemos que mi nieto tiene un sentido del humor un poco travieso.

Yo estaba de acuerdo en eso. La suya era un tipo de travesura que yo no comprendía ni podía controlar con mi limitada experiencia. Había esperado ganármelo con amistad, pero solo había conseguido volverme todavía más vulnerable a sus bromas pesadas. No obstante, aseguré a *Babushka* que su nieto no había tenido nada que ver, cruzando los dedos durante la mentira, pero decidida a dar una oportunidad al chico.

—Admito que no ha sido un niño fácil, a pesar de sus sugerencias. ¿Tiene

algún consejo más sobre cómo lidiar con él?

—No cedas a sus exigencias. Tiene a la tonta de su madre comiendo de la palma de su mano, haciendo lo que él quiere, sabiendo que nunca lo regañará. Eso no le hace ningún bien al chico. Necesita una mano firme o crecerá tan manipulador y egoísta como ella.

La sinceridad amarga de aquellos comentarios me sorprendió. Se mostraba sorprendentemente crítica con su hija.

—Intento ser firme, pero el chico tiene una voluntad propia —dije.

—Me temo que sí, y por supuesto, está muy celoso de su hermanita porque cree que su padre le hace demasiado caso.

—He pensado en eso —dije yo—. Es una gran lástima que los hermanos no puedan llevarse mejor —rellené la taza de té de la anciana y elegí mis siguientes palabras con cuidado, intentando que sonaran frívolas y casuales—. Ella parece ser la niñita de papá. Mientras que a veces pienso que la condesa habría preferido otro chico en lugar de una chica.

La anciana me miró entonces con una expresión que mi madre habría descrito como inescrutable.

—Hay veces en las que un niño no es bienvenido, independientemente de su género —dijo.

Fruncí el ceño. Yo, en mi inocencia, no entendía lo que quería decir.

—¡Qué triste que la condesa no haya querido tener más hijos con lo dulce que es la señorita Irina! —exclamé.

—Hay temas en los que es mejor no adentrarse demasiado.

Incliné la cabeza en un gesto de asentimiento y seguí leyendo *La tienda de antigüedades*. Fuera cual fuera el secreto que ocultaban, era obvio que la anciana no tenía la menor intención de compartirlo.

CAPÍTULO 14

La siguiente vez que asistí a la Capilla Británica y Americana tenía muchas cosas que contar a Ruth.

—No sé si me gusta mucho tu amigo Stefan —le dije mientras tomábamos té y comíamos un trozo de de pastel de semillas—. Parece muy militante.

Ella se encogió de hombros.

—Desde luego, su visión de la vida es distinta a la nuestra, pero no le faltan buenos motivos para ello.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

—Para empezar, es ruso y nosotras somos inglesas. ¿Cómo podríamos comprender lo que siente sobre las

cosas por mucho que simpaticemos con su causa?

—¿Y qué causa es esa exactamente?

Ella alzó los ojos al cielo.

—No esperes que te lo explique yo. Si de verdad te interesa, pregúntale a Stefan.

Pensé un rato en aquello, mientras Ruth se unía a la conversación general con las demás institutrices británicas. Asumí que se refería a defender a los pobres, lo cual parecía un empeño bastante arriesgado, a juzgar por lo que me había dicho él. Yo había visto a veces cómo los que podían considerarse campesinos intentaban subir a un tranvía y el cobrador los empujaba fuera y afirmaba que estaban ebrios cuando

claramente solo estaban fatigados. En una ocasión había ocurrido con una mujer que llevaba un niño en brazos; yo me había levantado y había dicho al cobrador en mi pobre ruso que la mujer iba conmigo. Incluso le pagué el trayecto, por lo cual se mostró muy agradecida.

Pero ¿hasta dónde estaba involucrado Stefan? El mero hecho de comprender su difícil situación no lo convertía en un revolucionario. ¿O sí?

Ruth interrumpió mis pensamientos al susurrarme al oído:

—A decir verdad, me parece que te gusta más de lo que quieres admitir. He visto tu expresión cuando él anda cerca. Toda la cara se te ilumina y no puedes

quitarle la vista de encima.

—Eso no es verdad —siseé, pero ella se echó a reír. ¿Tan transparentes eran mis sentimientos? Me avergoncé al instante de albergar deseos secretos por aquel hombre apuesto y complejo.

—En realidad, creo que tú también le gustas mucho a él. ¿Qué dirías si te invitara a salir?

—No digas tonterías. No vale la pena pensar en eso. Tengo bastantes preocupaciones con mi nuevo trabajo para añadir más complicaciones a mi vida. Desde luego, no tengo tiempo para amoríos ni para dejarme halagar por jóvenes encantadores.

—¿Entonces te parece encantador?
Me sonrojé.

—No quería decir eso. De hecho, en ocasiones es todo lo contrario. Solo digo que necesito todo mi tiempo y energía para tener contenta a la condesa. No es una mujer fácil de complacer. ¿Podemos cambiar de tema, por favor?



Después de eso nuestras visitas al campo se hicieron más regulares y la condesa me enviaba a menudo a hacer un recado u otro en busca de lo imposible. No prestaba atención al hecho de que en el campo solo había una tienda pequeña, que no podía echar a andar a lo largo de la Nevski Prospekt, como en San Petersburgo. Una tarde me envió en una de esas misiones a buscar

un tipo de chocolate caro. Cuando volví con algo completamente diferente, reaccionó con una rabieta infantil.

—Esto no es lo que te he pedido —gritó—. No quiero galletas.

—Lo siento, milady, pero el chocolate que ha pedido no lo venden en la tienda del pueblo.

—Entonces debes insistir en que lo traigan —replicó.

—No creo que eso sea muy probable, teniendo en cuenta que nadie más de por aquí podría permitirse un chocolate tan caro.

Me lanzó una mirada helada, dio un mordisco, hizo una mueca y me tendió la galleta mordida.

—Tú la has comprado, tú te la comes.

—No, gracias, milady.

—Haz lo que digo. Cómetela.

Me enderecé todo lo que pude, aunque seguía siendo bajita a su lado.

—Ya la ha mordido usted. ¿Por qué iba a querer comérmela yo?

—Lo que tú quieras o no quieras no cuenta para nada. Soy tu señora y harás lo que te digo.

La fiereza de su tono y la precisión con la que pronunció aquellas palabras no me dejaron opción. Tomé la galleta y me la comí, aunque casi me atraganté con ella. La condesa sonrió triunfante. Cuando me volví para marcharme, decidida a salir de allí antes de decir algo que lamentaría después, me dio otra orden.

—Envíame a Stefan en el acto.

—Me temo que está fuera, milady, probablemente ejercitando los caballos. —Lo cierto es que no tenía ni idea de dónde estaba, pero había notado que desaparecía a menudo inesperadamente, tanto en el campo como en la ciudad, a veces durante horas seguidas. Yo no sabía adónde iba ni lo que hacía.

—Pues a esta hora del día no debería estar con los caballos. Lo necesito ahora.

—Le trasmitiré su orden cuando lo vea, pero no sé cuándo volverá.

Ella entrecerró los ojos y su furia aumentó de tal modo que su rostro, normalmente pálido, se volvió rojo

escarlata. Yo esperaba que amenazara con despedirlo en el momento en el que apareciera, pero en lugar de eso, volvió su furia contra mí.

—Mientes, Dowthwaite, sin duda porque tú también te has encaprichado de él y sabes que nada le gusta más que estar disponible para mí.

Me esforcé por ocultar mi sorpresa ante aquellas palabras. Miré su sonrisa fría. ¿Estaba insinuando que Stefan era su último amante? Seguramente no. Sin embargo, era atractivo y no había duda de que ella no era una esposa fiel con su siempre paciente esposo. ¿Acaso el jardinero al que había sustituido Stefan no había sido su amante hasta que ella lo había despedido?

Más tarde, cuando le conté aquella conversación a Stefan y le pregunté a bocajarro si era verdad, negó con la cabeza con vehemencia.

—Son tonterías. Admito que la condesa me llama a menudo para que le haga de chófer personal o lacayo, además de encargado de mantenimiento y jardinero general. Hoy lo único que quería era que le llevara una bandeja de té. ¡Por el amor de Dios!, yo no soy su sirviente personal.

—Pero sí lo eres, Stefan —le recordé.

Me pregunté por qué no me habría pedido a mí que le llevara el té, pero sabía que ella había alardeado de su presunta aventura con Stefan para

ponerme celosa, presumiblemente como venganza mezquina por mi fracaso en conseguirle el chocolate. Y para irritación mía, lo había conseguido.

Hablábamos en voz baja porque los niños y yo le estábamos ayudando a dar de comer a las gallinas, algo que les encantaba hacer. Hasta Serge recogía de buen grado los huevos y llenaba de agua los bebederos.

—Todos estamos a sus órdenes — señalé—. Hasta *Nianushki* se queja de que tiene demasiadas tareas cuidando de *Babushka*, ayudando con los niños y haciendo de doncella personal de la condesa cuando la suya está fuera. Milady es muy exigente.

—Y muy melodramática, siempre

montando en cólera o gritándole al conde por algún supuesto fallo de él. El conde se limita a alejarse cuando se ha cansado, y ella le arroja jarrones caros de porcelana. No me explico por qué la soporta. —Stefan movió la cabeza con incredulidad mientras cambiábamos la paja vieja por otra fresca. Yo lo escuchaba fascinada y me preguntaba cómo se las había arreglado para saber tanto de la condesa.

—Le encanta burlarse de la gente y hacerla desgraciada, hasta de *Babushka*, que es una anciana encantadora y nunca se queja de nada. A diferencia de su madre, la condesa es una derrochadora que no tiene ni idea del valor del dinero. ¿Y dónde estabas esta mañana cuando te

has ausentado sin permiso? —pregunté.

—No creo que tenga que responder a todas sus exigencias —contestó él, esquivando mi pregunta. Se inclinó para hablarme en un susurro, con su aliento cálido haciéndome cosquillas en la oreja—. He descubierto por qué no le gusta la niña.

—¿De verdad?

Stefan miró por encima del hombro y me apartó a un lado, donde no podían oírnos los niños.

—Irina no es hija suya. Es hija de la amante del conde, una mujer con la que quiso casarse él, pero sus padres se lo prohibieron.

Lo miré atónita. Así que ese era el tema en el que *Babushka* no quería

entrar demasiado, o que al menos estaba decidida a guardar en secreto, puesto que ella debía saber la verdad.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Por chismorreos de los sirvientes en la cocina.

—¿Eso explicaría por qué no le es fiel al conde?

—Oh, ella nunca ha sido fiel. Fue un matrimonio concertado, por cuestiones políticas, de tierras y de dinero, no de amor en ninguna de sus formas. Incluso durante la luna de miel, si se le puede llamar así, parece ser que ella tuvo ya una aventura con el mozo de cuadra. Según los rumores, el conde intentó que funcionara el matrimonio, pero no tardó en cansarse de las excentricidades de

ella y volvió a su primer amor. Irina fue el resultado.

—Por eso la condesa Olga no la aprecia. ¡Pobrecita Irina! —Miré a la niña, que estaba agachada hablándole a una gallina como si fuera su mejor amiga —. ¡Qué triste! Es una niña dulce que merece una madre buena que la quiera.

Stefan me apretó el hombro con gentileza.

—Todo el amor que pueda recibir esa niña tendrá que salir de ti, y de su padre, por supuesto.

Recordé que *Babushka* había insinuado lo mismo y me esforcé por reprimir las lágrimas. Asentí.

—Tienes razón. Y procuraré que tenga ese amor. Gracias, Stefan.

Él bajó su mano por mi espalda, hasta la cintura, y el gesto me provocó un estremecimiento de deseo.

—El amor es importante en la vida, ¿no te parece?

Alcé la vista hacia su rostro y vi que sus ojos miraban los míos antes de fijarse en mi boca.

—Creo que será mejor que lleve a los niños dentro para que se preparen para el almuerzo —dije con una sonrisa. Y me retiré rápidamente, olvidando que él todavía no había contestado a mi pregunta anterior.



—¿Por qué nos deja, *barishnia*? — preguntó la pequeña Irina, que estaba

sentada en la cama y me miraba con sus ojos azules llenos de lágrimas.

Yo me agaché a abrazarla.

—No me marchó. ¿De dónde ha sacado esa idea?

—Mamá dice que no puede seguir en esta casa ni un minuto más.

Fruncí el ceño y me pregunté qué era lo que ocurría y si la condesa tenía de verdad intención de despedirme. La idea me ponía enferma. A pesar de las dificultades para complacerla, empezaba a querer tanto a los niños que la idea de perderlos me resultaba muy dolorosa, aunque aquello no fuera muy profesional por mi parte. ¿Podía ser que la condesa me viera como una rival por las atenciones de Stefan y lo quisiera

para sí misma? ¿No me había acusado de eso?

—¿Cómo sabe todo eso, señorita Irina? ¿Ha vuelto a escuchar detrás de las puertas? —Yo sabía que era una niña sigilosa, a la que le gustaba esconderse debajo de las mesas o detrás de las puertas para oír conversaciones de adultos.

Se llevó una mano a la boca para reprimir una risita y asintió.

—Estaba debajo del escritorio de papá. Él había estado jugando conmigo después del té y entonces entró mamá y él me susurró que me escondiera. Y lo hice. Papá se enfadó mucho y dijo que se aseguraría de que usted se quedara. Sabe que nos quiere. Usted nos quiere,

¿verdad, *barishnia*?

—Por supuesto que sí, querida.

—¿A Serge también?

—Los quiero a los dos por igual y me gusta este trabajo, así que no tengo intención de marcharme. A menos que tenga que hacerlo —añadí en voz más baja.

La niña me echó los brazos al cuello y me dio un cálido abrazo. Olía a aceite de lavanda de su baño y a la mermelada que había comido con un bollo para cenar.

—Yo también la quiero, *barishnia*. Se quedará, ¿verdad? No quiero que se marche.

—Ni yo tampoco. —La voz procedente de la puerta del aula me

pilló por sorpresa, pues el que hablaba era Serge y aquello era lo último que habría esperado oírle decir. Entró en la estancia con las manos en los bolsillos, esforzándose por mostrarse indiferente, pero en su rostro había una tensión que resultaba muy expresiva—. Yo no hago caso de esas tonterías del cariño como la boba de mi hermana, pero sería muy molesto volver a empezar con otra institutriz.

—Sí —asentí, muy seria—. Entiendo que lo sería, señorito Serge. Espero que no le parezca necesario hacerlo.

Él me miró entonces, un chico que era ya casi tan alto como yo.

—Yo también lo espero —dijo.

—En ese caso, creo que estamos

todos de acuerdo —dije, y sonreí a los dos—. ¿Jugamos una partida de *snap* antes de acostarnos?

—¡Sí, por favor! —gritó Irina. Serge se apresuró a traer las cartas.



Por suerte, no se dijo nada más sobre mi marcha y, a pesar de mi poco afortunado comienzo, visitar el campo llegó a convertirse en un placer genuino, algo que hicimos con regularidad durante los meses siguientes. No obstante, seguí vigilando a Serge, como me había aconsejado *Babushka*, por si intentaba alguno más de sus trucos, pero el comportamiento del chico parecía haber mejorado mucho. Quizá nuestra tregua

después del incidente en el hielo funcionaba de verdad. Todos los días llevaba a los niños al pueblo, que era poco más que un puñado de chozas miserables, pero les gustaba mucho visitar la pequeña tienda y comprar algunos dulces y galletas. El establecimiento tenía poco interés, pues vendía principalmente pan negro, ristras de salchichas, algunos artículos básicos del hogar y productos de limpieza.

Stefan nos llevaba en la carreta y, a pesar de mis reservas, no pude por menos de empezar a compartir su preocupación por las evidentes señales de pobreza que veía a mi alrededor.

—Los campesinos lo están pasando muy mal, pero parece que el zar que no

se da cuenta o que no le importa — gruñía.

—Quizá lo haga, pero tenga dificultades para arreglar las cosas —le contesté un día—. La pobreza no es un problema fácil de resolver.

—Eso no me lo puedo creer.

—¿Por qué estás tan en contra de la aristocracia? Siempre he disfrutado trabajando para los nobles y, de no ser por ellos, tú y yo estaríamos sin trabajo. ¿No es bueno que al menos proporcionen empleos?

—Depende de en qué condiciones y de cuánto intenten mandar sobre nosotros.

Me eché a reír.

—Confieso libremente que a veces

tengo que morderme la lengua con comentarios que hace la condesa. Le costó lo suyo permitirme tener una tarde libre cuando llegué. Pero me mantuve firme y me salí con la mía.

Me miró con una admiración nueva.

—Bien por ti. Cuando cenas con los condes, ¿alguna vez oyes algo de interés que pueda dar esperanza a la clase trabajadora?

Fruncí el ceño, pues recordaba todavía la discusión que habíamos tenido cuando nos habíamos conocido.

—No soy una espía, así que deja de preguntarme esas cosas. En cualquier caso, ¿qué hay que oír? Según todos los comentarios, el zar y la zarina llevan una vida tranquila en el campo con muy

pocos formalismos. Al parecer, hasta los sirvientes tienen orden de llamar a sus hijas por su nombre de pila y no usar títulos, lo cual me parece muy democrático. O, al menos, eso es lo que me cuenta *Babushka*.

Stefan resopló con desdén.

—Eso es puro teatro. Viven seguros en su mundo de ermitaños. Su Alteza Imperial tiene poca idea de cómo vive la gente real, de que muchos están intentando recibir más educación y pedirle más a la vida. Lleva años ignorando sus esfuerzos valientes por mejorar sus vidas.

—¿Y eso fue lo que ocurrió en 1905? —pregunté. Sentía la necesidad de comprender mejor el punto de vista

de Stefan.

Él guardó silencio largo rato, inclinado sobre las riendas, con el rostro y la expresión ocultos por el cuello de la camisa y el gorro calado. En el silencio que siguió solo se oían los cascos de los caballos y la charla inocente de los niños detrás de nosotros. Stefan no habló hasta que los chicos entraron en la tienda a elegir sus dulces mientras nosotros los esperábamos en la puerta.

—Un grupo de trabajadores se reunió en las calles de San Petersburgo para pedir con todo respeto que mejoraran sus condiciones de trabajo. Esas mejoras incluirían ocho horas de trabajo al día y una paga decente. Muchos de los

manifestantes eran mujeres y niños. Se fue sumando gente y llegaron a ser miles, pero todo estaba muy tranquilo y bien organizado. Hasta que ocurrió algo terrible.

—¿Por qué? ¿El zar no accedió a escuchar sus demandas?

—El zar y la zarina estaban ausentes. Como sucede a menudo, estaban en Tsarkoe Selo, donde se considera que es más seguro para ellos vivir escondidos detrás de vallas de alambre y con un ejército protegiéndolos. En San Petersburgo, algunos se asustaron por la magnitud de la manifestación y ordenaron a los guardias que abrieran fuego para dispersar a la multitud. Así lo hicieron, pero esta vez no dispararon

por encima de las cabezas de la gente, como habían hecho otras veces, sino a la gente. Aquel día murieron más de doscientas personas, entre ellas mi padre.

Stefan hizo una pausa, sobrecogido por la emoción, y yo lo miré horrorizada.

—¡Vaya, es terrible! Lo siento mucho.

Después de un momento, siguió hablando más despacio, en voz baja para que no lo oyera la gente que pasaba.

—Los que huyeron de la masacre fueron cazados y asesinados por los cosacos y los guardias montados. Fue un domingo sangriento, sí —dijo con

amargura en la voz—. Mi padre apareció a unas calles de distancia, así que debió de correr para intentar salvarse. Pero ni siquiera él, que estaba en forma, pudo correr más que un caballo al galope. Si el zar hubiera estado presente en el Palacio de Invierno y hubiera accedido a recibir a una delegación, todo habría sido diferente. Ahora se enfrenta a la tarea casi imposible de recuperar la lealtad de la clase trabajadora.

—Supongo que sí —admití—. Aunque él no pudo dar la orden, puesto que no estaba en San Petersburgo aquel día. ¿Sabes quién la dio?

—Hubo muchos rumores, pero ninguno es seguro. Un gran duque fue

asesinado por los revolucionarios unas semanas después en represalia, así que quizá fuera él. Hay pocas dudas de que fue uno de los parientes autocráticos del zar. Yo tenía otras cosas de las que preocuparme entonces. Perder a mi padre destrozó a mi madre y yo solo pude ver impotente cómo se fue debilitando hasta morir de pena. Yo acababa de cumplir diecisiete años y estuve un tiempo descarriado. A esa edad uno es muy influenciado. Todavía ahora siento dentro de mí la rabia que se creó aquel día.

—Estoy segura de ello.

Mi corazón se compadecía de él. Anhelaba abrazarlo, pero no me atrevía a hacerlo en un lugar público.

—¿El conde ha dicho alguna vez si el zar está dispuesto a mejorar la situación de los trabajadores? —preguntó él al cabo de un rato.

Suspiré y negué con la cabeza.

—No hagas más preguntas, Stefan, por favor. ¿Qué puedo saber yo? No soy más que una chica de campo de Westmorland que nunca entendió de política en Inglaterra, así que intentar que la entienda aquí es una causa perdida.

—Igual que Rusia en muchos aspectos —murmuró Stefan.

—Eso no lo creo ni por un momento. —Le tomé la mano con la que agarraba el látigo, que golpeaba en aquel momento contra su muslo, y se la

apreté. Era el máximo consuelo que me atrevía a ofrecerle—. No te alteres más con esta conversación. Olvídala.

Me miró a los ojos y respiró hondo en un esfuerzo por recuperar el control de sus sentimientos. Sonrió.

—Tienes razón. Debe de haber cosas más interesantes de las que podamos hablar tú y yo, como, por ejemplo, el modo en que te enfrentas a la condesa. Admiro mucho tu valentía de espíritu.

Hice una mueca.

—Tengo la malísima costumbre de decir lo que pienso. Mi padre dice que debería intentar conversar con mi cerebro antes de abrir la boca.

Él rio en alto y la atmósfera entre nosotros se aligeró de un modo

considerable.

—También has afrontado de maravilla el reto de lidiar con esos niños mimados sin perder los estribos —dijo él con un susurro suave antes de ayudar a Irina a subir a la carreta y aplaudir a Serge cuando el chico saltó al interior sin pedir ayuda. Movi6 las riendas para animar a andar al viejo caballo y dijo en voz baja—: Creo que hasta el señorito Serge est cayendo bajo tu hechizo.

Pens6 un momento en aquello y sonre6.

—Puede que tengas raz6n. Desde luego, nuestra relaci6n ha mejorado últimamente.

—Eso es porque posees un encanto

indudable, Millie. ¿Puedo llamarte Millie? Y hoy estás especialmente hermosa con ese bonito vestido azul. Me gusta cómo llevas el cabello recogido en una trenza encima de la cabeza, tan ordenado y bien organizado como tú misma, aunque alguna vez me gustaría verlo flotar suelto y libre. Y a ti también, desde luego.

Sus cumplidos me hicieron sonrojarme y recordé que Liam había dicho una vez algo parecido sobre mi pelo. Pero en aquel momento no me interesaba Liam. Me gustaba el modo en que me miraba Stefan, con aquel aire burlón suyo. Podía oler su deliciosa virilidad y sentir la presión de su muslo contra el mío.

—Quizá sería más seguro hablar de política después de todo —dije. Y los dos nos echamos a reír.

¿Cómo podía haber imaginado ni por un momento que estaba mezclado con los revolucionarios? Me complació que volviera a casa a paso lento, pues yo disfrutaba enormemente con su compañía.

CAPÍTULO 15

Un amago de sol de primavera se abría paso entre las nubes cuando Abbie recorría los caminos frondosos en dirección al pueblo, repasando todavía en su mente la historia de su abuela, llena de admiración por la valentía con la que había lidiado con la situación tan difícil que le había presentado un muchacho claramente perturbado. Qué valiente era, pero también qué vulnerable al encanto de Stefan. Abbie sonrió. Ahora le tocaba a ella seguir los pasos de su abuela y demostrar que estaba también a la altura del reto.

Miró a su alrededor con un suspiro de

placer, encantada como siempre por el estado salvaje de Scafell y Hardknot, por donde en otro tiempo habían marchado las tropas romanas desde el cercano Ambleside hasta el puerto de Ravenglass en su ruta hacia Irlanda. Ahora aquellos páramos eran refugio de entusiastas que caminaban por placer y que, acabada ya Semana Santa, empezaban a llenar las calles de Carreckwater con el sonido de sus botas y sus voluminosas mochilas.

Abbie aparcó el viejo Ford al lado de la iglesia de St. Margaret y dejó a Aimée en el colegio colmándola de abrazos alentadores, después de asegurarle que iría a recogerla a las tres.

—¿Por qué no ha venido Jonathon

con nosotras? —preguntó la niña, todavía en la puerta del colegio, aferrándose con fuerza a la mano de su madre.

—Tía Fay prefería traerlo ella misma, ya que para él también es su primer día. Seguramente en el futuro nos turnaremos ella y yo. ¿Te parece bien?

Aimée asintió.

—Me gusta el primo Jonathon. Me gustaría que estuviera aquí. No conozco a nadie y no hablan francés.

—Pronto harás amigos, querida, y no es algo malo poder hablar dos idiomas.

La niña la miró con ojos muy abiertos.

—¿Papá vendrá pronto? —preguntó —. Lo echo de menos.

Abbie se agachó hasta quedar a su altura. Sentía una opresión en la garganta.

—Yo también. Y estoy segura de que vendrá a verte lo antes que pueda — contestó, aunque en secreto esperaba que él no hiciera nada semejante. Al menos por el momento, hasta que se sintiera más instalada y pudiera controlar sus sentimientos. Después de eso, confiaba en que podrían llegar a algún acuerdo satisfactorio para que Aimée pudiera ir a verlo en vacaciones —. Las dos tenemos que ser muy valientes al empezar nuestra nueva vida. Yo estaré aquí en la puerta a las tres en punto, querida.

Mientras abrazaba de nuevo a su hija,

apareció su profesora, la señora Sanderson.

—Hola, Aimée, todos están deseando conocerte. Muchos de nuestros alumnos no han conocido nunca a nadie que hable francés y están muy contentos. Sospecho que no te van a dejar en paz. ¿Vamos a conocerlos?

Aimée miró a Abbie, quien le sonrió alentadora, tomó la mano de la profesora y se alejó bastante contenta.

Abbie suspiró aliviada, pero no se movió hasta que la niña se volvió a despedirla con la mano antes de entrar en su nueva aula. Abbie se dijo que todo iría bien. Las dos sobrevivirían.

En lugar de ir directamente a la tienda por Carndale Road, se encontró dando

un rodeo a través de Fairfield Park y hasta el paseo. Al pasar por el estrado de la banda de música y subir la cuesta de las altas villas victorianas, recordó que la profesora le había dicho que Kate visitaba a menudo a las ancianas que vivían allí. Le sorprendía mucho la lealtad que su madre había mostrado con la comunidad. Ella la recordaba de un modo completamente distinto, como una mujer con un pasado cerrado que creía ser la única que sabía lo que le convenía a su hija.

Después de aquella pelea en la que Kate había dicho a Abbie que la había inscrito en un curso de secretariado sin consultárselo y Abbie le había anunciado bruscamente su embarazo,

había habido las recriminaciones que eran de esperar en una situación así. Era el tipo de pelea que ninguna familia debería tener nunca, una pelea en la que ella no quería pensar, pues entendía ya que sus padres probablemente habían tenido razón. Había sido impetuosa e ingenua, demasiado confiada.

Aunque en su momento no lo había pensado. A la tarde siguiente había corrido a ver a Eduard en su lugar especial del bosque, como hacía cada día, y le había contado todas las cosas terribles que se habían dicho en su casa.

—No les interesa nada mi felicidad ni la tuya —había dicho, llorando con desesperación abrazada a él—. Ni siquiera cuando les hablé del niño.

Eduard se había quedado muy quieto.

—¿Niño? ¿Qué estás diciendo, Abbie?

Ella le había sonreído animosa, embelesada con la expresión sobresaltada de sorpresa que veía en el adorado rostro de él.

—Estoy embarazada, ¿no te lo había dicho? —bromeó, pues había pospuesto la noticia deliberadamente, nerviosa por la reacción que pudiera tener él.

—¿De cuánto tiempo estás? —había preguntado él.

—De unos tres meses, creo, aunque debería ver a un médico para estar segura. Mamá y papá no son personas felices. Son muy anticuados. Oh, pero yo sí, Eduard. Yo no podría ser más

feliz. —Le había echado los brazos al cuello y lo había abrazado con fuerza.

Era cierto que había sentido cierta culpabilidad por el dolor y la decepción que había visto en la reacción de sus padres. Decepción que había aumentado al enterarse de que Eduard estaba casado, y no habían mostrado ninguna simpatía por el problema de él, que tenía que verse atado a una mujer a la que ya no amaba.

—Tu divorcio no tardará mucho, ¿verdad? —había preguntado Abbie, que en aquel tiempo confiaba plenamente en su amante—. Falta poco para mi cumpleaños y seguro que me darán permiso cuando cumpla los dieciocho. Pero ¿y si no lo hacen?

—Puedo esperar todo el tiempo que haga falta —le había asegurado Eduard despreocupadamente, pasándole un brazo reconfortante por los hombros aunque su expresión mostraba todavía su shock por la noticia.

—Si hay que esperar hasta los veintiuno, puede que te canses antes —había gemido Abbie—. O que encuentres a otra persona.

—Jamás. —Como si quisiera demostrar su devoción, él le había dado un beso largo, que, aunque no tan apasionado como de costumbre, la había hecho temblar de anhelo—. Estoy seguro de que tus padres acabarán cediendo con el tiempo.

—Pero no tenemos tiempo.

A Abbie le resultaba imposible imaginar una vida sin él. Lo veía como su alma gemela y, como los besos de él se volvían más intensos y exigentes, llenándola de un deseo que nunca había conocido con tanta intensidad, había sabido que en el fondo él la amaba.

El día que habían partido para París, su padre había hecho todo lo posible por conseguir que Abbie cambiara de idea. Le había dicho una y otra vez que Eduard nunca se casaría con ella.

Desgraciadamente, había acertado.

Abbie miró los ventanales, las puertas de arco y los balcones de hierro forjado de aquella hermosa hilera de casas, construidas por los ricos magnates del algodón del siglo anterior.

Oyó que se cerraba una puerta y un anciano salió de una de ellas y la saludó con una inclinación de cabeza cuando pasó a su lado. Supuestamente, las casas se habían dividido en apartamentos, pero los ancianos que las ocupaban debían de sentirse muy solos atrapados allí en el límite del pueblo. ¿Quizá debería intentar continuar la labor caritativa de su madre?

Pero entonces recordó que tendría mucho trabajo intentando recuperar la tienda. Dio media vuelta y bajó a toda prisa por el paseo para seguir luego por Carndale Road. Iba a llegar tarde y eso no estaría bien en su primer día.



Abbie estaba sentada en la tienda recién limpiada preguntándose por dónde empezar. Todos los planes que había hecho en secreto en las últimas semanas parecían haberse desvanecido, dejándola con la mente en blanco y al borde del pánico una vez más.

Una cosa era presumir de su experiencia en la industria de la moda francesa con su padre e insistir en que podía dar la vuelta al negocio de la joyería y otra muy distinta hacerlo de verdad. Marisa se había mostrado muy comprensiva y servicial cuando la había llamado para decirle que no volvería a París. Abbie también había dado las gracias a su antigua jefa por la excelente formación que había recibido trabajando

en la boutique. Desde entonces había pasado horas estudiando las cuentas, que mostraban un descenso considerable de los beneficios, y que o bien habían subido los gastos, o su madre se había excedido con el dinero, pues había salido mucho más del que entraba. Obviamente, Kate había perdido interés, pues daba la impresión de que no se había molestado en sustituir el material que vendía, sino que se había limitado a gastar el dinero.

En consecuencia, había un descubierto preocupante, de manera que una de las primeras tareas de Abbie sería hablar con el director del banco. Había fijado una cita para esa semana, aunque la idea no la entusiasmaba.

Como no tenía dinero propio para invertir en el negocio, tendría que pedir un préstamo adicional. Empezaba a preguntarse si hacía bien en intentar salvar la tienda. Quizá ya fuera demasiado tarde.

Linda le llevó una taza de café solo junto con unos papeles.

—He terminado el inventario y he pensado que puede ser útil —dijo—. Me temo que no me ha llevado mucho tiempo, pues no tenemos ni la cantidad ni la variedad de joyas que teníamos en otro tiempo.

Abbie tomó la lista.

—Gracias, eso está muy bien. Echaré un vistazo por aquí, si no te importa.

—Claro que no. La tienda es tuya.

En realidad no lo era, pero Abbie decidió no mencionar la disputa familiar, que no daba muestras de terminar. Robert la había seguido ese día fuera de la casa y no había dejado de discutir mientras Abbie ayudaba a Aimée a subir al vehículo y ponía el motor en marcha. Insistía en que había que vender el negocio.

—No si yo puedo evitarlo.

—Salvar esta casa es más importante que una estúpida joyería.

—¿Quién lo dice? —Y se había marchado, dejándolo con la palabra en la boca.

Abbie pasó la siguiente hora revisando cajones y vitrinas. Como le había advertido Linda, no había tantas

piedras preciosas como recordaba, pero todavía quedaban algunas magníficas. Además de las joyas, encontró una serie de cajones que contenían seda y terciopelo, tela de forro, algodón guateado e incluso laminado de oro.

«¿Qué podría hacer con esto?», se preguntó. Tocó la tela, recordó la enorme variedad de cuentas y de cristales de Swarovski que había visto guardados en cajas y se le ocurrió una idea. Haría una selección de bolsos de noche. Más adelante incluso podría probar diseños con cabujones tachonados, o con dibujos de laminado en oro.

A medida que iba buscando las herramientas adecuadas para la tarea,

iba creciendo su entusiasmo. Encontró alicates de punta redonda, un bote de pegamento especial y material de costura. Quizá necesitara también aros para colocar las asas o correas, cremalleras o broches, pero eso podía comprarlo más adelante en la tienda de artesanía de Ambleside. El futuro le iba pareciendo más brillante a medida que recuperaba el optimismo.

El tiempo pasó volando mientras dibujaba patrones, elegía una selección de cuentas planas y pulidas que no se engancharan en la ropa de quien las llevara y empezaba a jugar con el diseño. Recordaba a su madre trabajando en aquella misma mesa, colocando piedras, elaborando

pendientes, quizá incluso creando bolsos como aquel. ¿Qué había sucedido para que se convirtiera en una depresiva y perdiera interés en lo que había sido un sueño precioso para ella? Las lágrimas le nublaron la vista mientras alisaba un trozo de tela con una capa de forro de seda debajo y la cortaba en la forma correcta según el patrón que había hecho.

Disfrutó haciendo dibujos serpenteantes y en forma de ocho con las cuentas, combinando colores y formas. Cuando estuvo satisfecha con el diseño, empezó a coser las cuentas a la seda.

Mientras mordisqueaba un sándwich y tomaba su tercera taza de café del día, empezó a elegir algunos cristales de

Swarovski. Optó por cristales claros y de color topacio para crear un diseño de una mariposa amarilla como pieza central. Pegar los cristales planos en las minúsculas gotas de pegamento que hacía con ayuda de un palillo de dientes no fue fácil, pero parecía funcionar. Abbie se enfrascó de tal modo en la tarea, que se sobresaltó cuando Linda asomó la cabeza por la puerta del taller para recordarle que era casi la hora de ir a recoger a Aimée.

—¡Oh, Dios mío, es verdad! Tengo que darme prisa. Acabaré esto mañana.

—Está muy bien —comentó Linda, admirando el brillo de las cuentas de colores zafiro y turquesa contra la seda negra—. Y me encanta la mariposa de

cristal. Creo que tenemos también minicaracolas rosas en alguna parte. Quizá quieras utilizar algunas. Veré si puedo encontrarlas. Realmente tienes mucho ingenio.

Abbie se había puesto ya el abrigo, temerosa de fallar a su hija en su primer día. Tomó el bolso y dijo:

—No es para tanto. Y eso hay que convertirlo todavía en bolsos de noche. Hay mucho que hacer, pero es divertido.

Su primer día en Sueños Preciosos había demostrado ser a la vez excitante y estresante. Aimée también estaba entusiasmada con su nuevo colegio y las dos cantaron *Puff el dragón mágico* en el trayecto de camino a casa. Aquel sería su futuro. Sentía que el hecho de

triunfar con el negocio era algo que debía a su hija, aunque solo fuera por haberla forzado a cambiar de vida al alejarla del padre al que adoraba. Y lo último que quería era otro sermón de su hermano.



Abbie se las arregló para convencer al director del banco de que ampliara el límite del descubierto, aunque no por la cantidad que a ella le hubiera gustado. Su padre no había vuelto a decir nada de vender el negocio, pero ella había decidido que había llegado el momento de abordar el tema. Una noche, después de haber leído a Aimée varias páginas de *El gato en el sombrero* y haber

disfrutado oyendo a su hija recitar algunas de sus frases favoritas, le dio un beso de buenas noches y fue en busca de su padre para intentar una vez más conseguir su apoyo. Tal y como esperaba, lo encontró en la biblioteca, donde se retiraba a menudo a esa hora a leer el periódico.

Llamó a la puerta con los nudillos y la abrió sin esperar respuesta.

—Hola, papá. ¿Podemos hablar un momento?

Él bajó el periódico de mala gana y asintió. Abbie acercó una silla y le puso con gentileza el bolso de la mariposa en el regazo.

—Esto lo hice el otro día. Mamá solía hacer cosas de estas, ¿recuerdas?

Y pensé que debía intentarlo. ¿Qué te parece?

Él miró el bolso con expresión dolida, como si no pudiera soportar que le recordaran tiempos más felices. Se lo devolvió.

—Si crees que hacer unos cuantos bolsos de noche solucionará los problemas del negocio, es que vives en las nubes —dijo.

—Tengo también otros planes, si quieres oírlos, como vender joyas de la zona y hacer otras propias.

—Pero ¿tienes dinero para invertir en eso?

—De momento no, pero...

—En ese caso, ¿por qué arriesgarse a más deudas? Ya tenemos suficientes,

gracias en gran parte a ese condenado negocio.

Aunque sabía que la furia de su padre procedía, en gran parte, de la pérdida de su madre, no le resultaba fácil lidiar con ella.

—Sí, pero ¿por qué? —preguntó Abbie con suavidad—. ¿De dónde han salido todas esas supuestas deudas?

—¿Importa eso? De la vida. De comer. De vivir. De pagar por el mantenimiento de esta casa. Lo que importa es que la tienda no ha conseguido sacarnos de deudas y, por lo tanto, hay que venderla o lo perderemos todo. No se puede negar la realidad.

Abbie sintió una nostalgia profunda por los días lejanos en los que había

podido acudir a su padre, segura de su apoyo y su amor. Ahora vivía con la esperanza de poder ganárselo con esfuerzo y obteniendo el éxito que deseaba con la tienda.

—Mira, es casi el comienzo de la temporada turística y en Carreckwater, como en Ambleside y en Windermere, hay cada vez más gente. Por favor, dame al menos el verano para demostrar lo que puedo hacer antes de tomar la decisión de vender.

Él la miró a los ojos sin pestañear.

—Robert es el contable de esta familia y cree que vender esa propiedad es la única solución sensata. —Se pasó una mano por la cara con cansancio—. No tenemos elección si queremos salvar

Carreck Place. Aunque la casa no sea nuestra, tenemos que mantenerla todo el tiempo que se nos permita vivir aquí.

—Estoy segura de que ha exagerado el problema y de que debe de haber otras opciones.

—Si esto te causa angustia, lo siento, pero estarías mucho mejor buscándote un trabajo apropiado.

Abbie resopló.

—La joyería es un trabajo apropiado, y con buenas perspectivas.

—¿En qué sentido? Si tu madre no pudo conseguir que diera beneficios, ¿por qué imaginas que tú sí puedes?

—Mamá se había cansado del negocio por alguna razón, pero yo soy joven y entusiasta y creo que tengo la

energía y el talento para conseguirlo.

El anciano esbozó una sonrisa.

—Admiro tu espíritu, Abigail, pero no estoy seguro de que te hayas ganado ese derecho.

Ella soltó una risita amarga.

—Por el amor de Dios, no puedes seguir castigándome eternamente. Sigo siendo tu hija, y si todavía me quieres...

—Claro que te quiero. ¿No te lo he dicho ya?

Abbie tomó la mano grande de él entre las suyas y la apretó con gentileza.

—Pues demuéstralo. Por favor, papi, dame una oportunidad. Yo también te quiero y deseo mucho que vuelvas a estar orgulloso de mí, y además quiero hacerlo bien por mi hija.

Los ojos de él se llenaron de lágrimas y su mirada se suavizó, pero tardó en rato en contestar.

—Muy bien, tienes el verano para intentar que funcionen esos planes tuyos.

CAPÍTULO 16

Las semanas siguientes volaron en un remolino de trabajo duro y optimismo. Abbie pasaba las noches estudiando cifras de ventas, pensando en lo que se iba a arriesgar a comprar y calculando que los pagos no sobrepasaran el límite acordado. Linda y ella cambiaron totalmente la distribución de la tienda. Colocaron los mostradores a lo largo de los laterales para evitar que dieran la sensación de amontonamiento que daban antes. Transformaron por completo las vitrinas y los dos escaparates, dándoles un aspecto mucho más vistoso y moderno, asignando un color, estilo y

contenido distintos a cada escaparate. Una sección completa de la pared estaba cubierta de estantes en los cuales se mostraba una variedad de joyas divertidas y modernas: caniches de cerámica en miniatura, colgantes de pavo real, broches de conejos o de búhos y mariposas, pendientes de margaritas y pensamientos en colores naranja, rosa fuerte, amarillo limón o verde lima. No solo atraerían a los veraneantes, sino que además daban vida a toda la tienda.

—Y las ventas han subido —anunció Abbie a Linda con un grito de alegría—. Quizá vayamos por buen camino, por fin.

—Has hecho maravillas en unas

pocas semanas.

—Me encantaría comprar artículos griegos e indios, joyas Art Nouveau y de cristal tintado, que se están poniendo de moda. Pero tengo que ser cautelosa y no comprar demasiadas cosas a la vez.

—Desde luego. No quieres correr riesgos innecesarios. Esperemos que sea un verano ajetreado. Ah, y hoy he vendido otro bolso de noche. Están teniendo bastante éxito y se venden con regularidad.

—¡Genial!

Iban a necesitar que la temporada turística fuera buena si querían tener ocasión de salvar el negocio, pero habían empezado con buen pie. Abbie estaba encantada con los progresos que

habían hecho hasta ese momento. Por fin iba todo como la seda. Aimée se había adaptado a su nuevo colegio, al que iba todos los días con su primo Jonathon y, o bien los llevaba su madre o su tía Fay. Abbie había instalado hacía poco una tele pequeña en blanco y negro en el almacén de la tienda, donde los dos niños podían ver los dibujos animados de *Noggin the Nog* o *Blue Peter* si ella tenía que quedarse a trabajar más horas, aunque siempre se aseguraba de que estuvieran en casa a las cinco.

Aquel día le tocaba a ella recogerlos y estaba pendiente del reloj mientras trabajaba en un diseño nuevo. Estaba usando una plantilla para colocar laminado de oro en un trozo de seda

negra, que esperaba convertir en un hermoso bolso de noche, cuando llamaron a la puerta.

Como Linda nunca se molestaba en llamar, Abbie saltó de su taburete pensando que se había olvidado de la hora y que debía de ser Joan Sanderson. La profesora de Aimée ya le había llevado a su hija en una ocasión en la que Abbie se había visto retenida por un cliente el día libre de Linda. Era una mujer muy amable y servicial en ese sentido y se estaba convirtiendo rápidamente en una buena amiga. Pero al abrir la puerta se encontró cara a cara con un desconocido, un hombre de unos veintitantos o treinta y pocos años, que se mostraba contrariado.

—Hola, siento llegar tarde. Sé que la cita era a las dos, pero me he visto retenido en el tráfico. Andrew Baxter.

Abbie le estrechó cortésmente la mano que le tendía, confusa.

—¿De qué cita se trata exactamente? —preguntó—. No tengo ni la menor idea de lo que está hablando.

Él soltó un gruñido de irritación.

—¡Por el amor de Dios! ¿Está diciendo que Elaine no le ha dicho que iba a venir?

—¿Elaine?

—La agente —repuso él con impaciencia, como si pensara que no debería ser necesario tener que explicar aquello.

Abbie pensó un momento en silencio.

El hombre era alto, delgado pero musculoso, con cabello moreno cortado muy corto, ojos grises penetrantes, barbilla angulosa y una boca ancha que no sonreía mucho en aquel momento.

—¿Se refiere a la agente inmobiliaria que hay en esta calle más arriba? —preguntó.

—Para ser alguien que quiere vender su negocio, no parece que esté muy al día —comentó él, con bastante sarcasmo en opinión de Abbie.

Ella enarcó las cejas.

—Eso debe de ser porque no está a la venta —repuso.

Él la miró de hito en hito.

—¿Quiere decir que la ha retirado del mercado y he perdido el tiempo

viniedo hasta aquí desde Dumfries para nada?

Abbie probó a sonreír, con la esperanza de aplacar el temperamento cada vez más agitado de él.

—En realidad, nunca ha estado en venta, no por lo que a mí respecta, aunque mi hermano pueda pensar otra cosa.

—¿Entonces esto es una riña de familia?

—Podríamos llamarlo así. Le recomiendo que descargue su ira contra él. Pero, por favor, entre y le prepararé un té. Debe de estar agotado después de un viaje tan largo.

—No tengo tiempo para tés. ¿Esta tienda está a la venta, sí o no?

—No —repuso ella. Volvió a probar una sonrisa de disculpa, pero no funcionó.

—Pues gracias por nada —rugió él, y salió dando un portazo.

—¡Santo cielo! —exclamó Linda—. ¿Y qué viento lo ha traído por aquí?

—Uno escocés. Mejor dicho, Elaine, la agente inmobiliaria, al parecer gracias a mi hermano. Para ser justos, ha hecho un largo camino para nada, como él mismo ha señalado. Robert olvidó informarme de que había puesto la tienda en venta, a pesar de que mi padre había decidido darme el verano de prueba. Ni tampoco me ha informado de que alguien iba a venir a verla. —Abbie suspiró para intentar calmarse a su vez

— Créeme, no se saldrá con la suya. Llamaré ahora mismo a Elaine antes de recoger a Aimée y me aseguraré de que no tengamos más visitas desagradables.

Linda se acercó a la puerta a mirar calle abajo.

—Creo que ha entrado en el Ring of Bells a tomarse una copa de consuelo — miró a Abbie con una sonrisa burlona en los ojos—. Pero era bastante guapo, ¿no crees?

Abbie parpadeó. Se echó a reír.

—Guapísimo, desde luego.



Esa noche, Abbie fue de inmediato a hablar con su padre y le explicó brevemente lo que había ocurrido. Su

respuesta no fue nada alentadora.

—Dudo mucho que la propiedad se venda rápidamente, así que no perdemos nada con ponerla a la venta.

—Pero yo pensaba que teníamos un acuerdo. Y en ese caso, ¿por qué se le permite a Robert socavar mis esfuerzos y además sin consultármelo? Sabes perfectamente que he trabajado mucho estas últimas semanas intentando que se recupere el negocio, y, por cierto, creo que lo estoy consiguiendo.

—Vuelve a tu trabajo en París, Abbie —dijo su hermano desde la puerta. Ella se volvió con furia.

—No se te ocurra decirme nunca lo que tengo que hacer ni enviar compradores potenciales a la tienda sin

decírmelo.

—La casa es mucho más importante, aunque no sea de nuestra propiedad, lo cual debo admitir que fue un shock para mí. No obstante, al parecer tenemos derecho a vivir aquí toda la vida y es lo que yo pienso hacer. Mi familia tiene ese derecho.

Tom miró pensativo a su hijo, como si por primera vez empezara a cuestionar su motivación.

—En realidad, era tu madre la que tenía derecho a vivir toda su vida aquí. Ni yo mismo lo sabía hasta que lo leí en su testamento. Si ese derecho pasa automáticamente a alguno de nosotros o no, es una pregunta para la que todavía no tengo una respuesta clara.

—¿Por qué no iba a ser así? ¿Quién podría oponerse a eso?

—Puesto que no sé quién le otorgó ese derecho, no podría decirlo, aunque sí he recibido una carta de alguien que quiere reclamar la casa.

—¿Quién demonios la ha enviado?

—Ni idea. No solo no reconocí el nombre, sino que tampoco pude leerlo. Era solamente un borrón.

Robert se mostró instantáneamente receloso.

—Ah, alguien que quería probar suerte. Un timador.

Tom frunció el ceño.

—Puede que tengas razón.

Abbie se preguntó cómo se habría enterado un presunto timador de que

Carreck Place no era de ellos, pero en aquel momento le preocupaban más otras cosas.

—Tú no tienes derecho a poner la tienda en venta cuando me han concedido este verano para hacer que dé beneficios —señaló con firmeza.

La respuesta de Robert fue una mueca de desprecio.

—Pierdes el tiempo. Aunque tuvieras el cerebro suficiente para llevar un negocio, eso no resolvería el problema.

Su actitud condescendiente enfureció todavía más a Abbie.

Su padre no dijo nada. Su rostro se había vuelto inexpresivo, probablemente había vuelto a encerrarse en su dolor. Abbie bajó la voz hasta el susurro, pues

no quería causar más ansiedad a su padre. Pero tampoco podía dejar así el tema con su hermano.

—Si crees que puedes destruir todos mis esfuerzos además de culparme de la muerte de mamá, no esperes ni por un momento que me rinda ante ti. Ahora soy una mujer adulta con voluntad propia y puedes estar seguro de que me las veré contigo hasta donde haga falta.

Después de aquella declaración amarga, que le dolió tanto a ella como a Robert, a juzgar por la expresión atónita de él, salió de la estancia y se encontró con Fay, quien sin duda lo había oído todo desde fuera. Su cuñada la abrazó en el acto.

—No te alteres. Estoy segura de que

él no pretende ser tan insensible.

—Pero ni siquiera me da una oportunidad.

—Robert está muy preocupado por la situación económica, eso es lo que ocurre. Hablaré con él, te lo prometo. Lo convenceré de que frene un poco y te dé tiempo.

—Gracias. Te lo agradecería — repuso Abbie. Volvieron a abrazarse y en la biblioteca empezaron a sonar de nuevo voces furiosas.

Abbie, incapaz de soportar más disputas esa noche, hizo que les subieran la cena a Aimée y ella a su habitación de la buhardilla. Sin duda su lugar estaba allí, pues su punto de vista no tenía más valor que el de los sirvientes que habían

ocupado aquella zona, entre ellos, al parecer, su abuela. En el fondo sabía que el coraje para enfrentarse a su hermano lo había sacado de la historia de Millie. Si una institutriz podía afrontar una revolución y acabar siendo dueña de una casa como aquella, seguramente ella también podría lograr algo que valiera la pena.



Después de una noche en la que apenas logró dormir, en cuanto dejó a Aimée en el colegio a la mañana siguiente, llamó a Kirkby, el abogado de la familia, y pidió una cita para aquella misma mañana. Si tenía una batalla entre manos, necesitaría toda la ayuda que pudiera

conseguir.

Cuando llegó por fin a la tienda, unos minutos después de las nueve, en la puerta se encontró con Linda, quien le sonrió y le guiñó un ojo de un modo extraño.

—Ha vuelto.

—Perdona, ¿quién ha vuelto? —La mente de Abbie seguía en la discusión familiar y en lo que tenía que preguntar al abogado y no captó la indirecta de Linda.

—El comprador en potencia, Andrew Baxter. Te espera en la oficina.

—¿De verdad? Eso ya lo veremos.

Abbie se arremangó de un modo metafórico y se dirigió a la trastienda, donde encontró al hombre paseando por

el almacén como si fuera el dueño de aquello o tuviera intención de serlo pronto.

—Si esperaba usted que hubiera cambiado de idea, no podría estar más equivocado —dijo ella.

Él se volvió a mirarla con una sonrisa.

—Ah, señorita Myers, le aseguro que solo he venido a disculparme por mi grosería de ayer.

Ella había olvidado lo increíblemente atractivo que era y, por un momento, se sintió fascinada por la suavidad de sus ojos grises, que parecían muy sinceros. Esa mañana llevaba una americana azul marino y pantalones grises. Una leve barba en su mentón le añadía aún más

atractivo. Hacía mucho tiempo que un hombre no la dejaba sin palabras, desde su primer encuentro con Eduard. Abbie apartó de sí aquel pensamiento y se recordó que ya no era una chica ingenua.

—Es muy generoso por su parte — comentó con aspereza—. Pero como ya le expliqué ayer, esta tienda no está a la venta ni lo estará nunca si de mí depende. —Sin embargo, en aquel momento no parecía depender de ella, así que ¿cómo se las arreglaba para parecer tan segura?

—En mi defensa, debo decir que he pasado una época difícil últimamente entre unas cosas y otras y mi paciencia está en un punto bajo.

—Además de haber pasado horas al

volante.

—Eso también.

Abbie lo observó con más atención. Notó por primera vez las sombras bajo los ojos, que indicaban falta de sueño, y las mejillas, que eran quizá demasiado prominentes, como si tampoco se alimentara bien. Quizá él también tenía problemas, como todo el mundo, y ella se sorprendió sintiendo cierta simpatía por él.

—Disculpas aceptadas. ¿Quiere tomar ahora ese té o prefiere café?

Él se relajó visiblemente, su sonrisa se hizo más amplia, lo que, por alguna razón, hizo que a ella le gustara todavía más.

—Me preguntaba si podría invitarla a

comer, o quizá a cenar, en compensación por la molestia que le causé.

Abbie se encogió de hombros, levemente sobresaltada por la oferta, pero curiosa por saber más cosas de aquel hombre.

—El almuerzo estaría bien.

Acordaron verse a la una en el Ring of Bells y Linda, que oyó todo aquello cuando se despedían, sonrió a su jefa y enarcó las cejas.

—No empieces —le advirtió Abbie—. Ni veas cosas que no hay. Es solo un almuerzo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —repitió Linda con una risita—. Pero es guapísimo —añadió después de una pausa.

Abbie no respondió. Volvió a la

oficina y cerró la puerta. Los hombres, guapísimos o no, no estaban en aquel momento en su lista de deseos.



—¿En qué puedo servirla, señorita Myers? —preguntó el abogado, después de haberle transmitido sus condolencias por la muerte de su madre y de haber preguntado por su hijita—. Está en la misma clase que mi hijo —explicó—. Gary está entusiasmado con ella y está presumiendo de algunas palabras de francés que ha aprendido con ella.

Abbie se echó a reír.

—¿No es maravilloso el modo en que los niños se empapan de todo? Son como esponjas.

«Incluida la distancia entre sus padres», pensó. Aimée hablaba por teléfono con su padre a menudo, pero parecía estar adaptándose bien y últimamente se mostraba mucho más contenta. Lo importante ahora para Abbie era ofrecerle un futuro seguro allí en la tierra de los lagos.

Respiró hondo y se lanzó a explicar las mejoras que había hecho en la tienda.

—He hablado con el director del banco y conseguido un aplazamiento de la deuda, pero esta temporada será decisiva. Si consigo pagar el descubierto, o al menos reducirlo mucho, creo que el negocio tendrá muchas posibilidades de sobrevivir. Por

desgracia, no tengo el apoyo de mi familia para esta empresa. Mi padre, creo que empujado por mi hermano, ha puesto la propiedad a la venta sin mi consentimiento. Necesito algún consejo en relación a las propiedades de mi madre. Me pregunto si tengo algún derecho en ese sentido, si hay algo que pueda hacer para convencerlos de que no vendan. Me gusta mucho la tienda y necesito construir un buen futuro para mi hija.

Mientras ella hablaba, John Kirkby miraba papeles de una carpeta que tenía sobre el escritorio. En aquel momento ojeaba un documento que parecía importante.

—¿No ha visto el testamento de su

madre? —preguntó. Alzó la vista con el ceño fruncido—. Lo hizo hace algunos años, pero no por eso es menos válido. Lo tengo aquí.

Abbie negó con la cabeza.

—Mi padre no quiso mostrárnoslo. Pero dijo que ella se lo había dejado todo a él.

—Eso es correcto, a excepción de un par de legados. John Kirkby, mi difunto padre, fue el que hizo el testamento para ella y no me cabe duda de que la aconsejaría en su momento. Uno de esos legados se refiere al negocio de la joyería. Le leeré lo que dice.

Dejo mi compañía, Sueños Preciosos, en su totalidad, incluida

la propiedad en Carndale Road, a mi hija Abigail Myers, con la esperanza de que con el tiempo consiga hacer algo bien en su vida y pueda mantener como es debido a mi nieta.

Abbie miraba al abogado con absoluta incredulidad. ¿Había oído bien? ¿Podría ser cierto aquello?

—¿Está diciendo que el negocio y la propiedad de la tienda son míos, señor Kirkby?

—Llámame John, por favor, y sí, eso es lo que digo.

Ella asintió, agradecida por su amabilidad, que necesitaba mucho en aquel momento. Pero no sabía qué decir.

Él le sonrió.

—Puede que no esté escrito en los términos más amables, pero su madre obviamente quería hacer lo que debía y procurar que tu futuro estuviera seguro.

—¿Y por qué no me ha dicho esto mi padre?

El abogado pareció algo desconcertado por la pregunta.

—En otro tiempo, se esperaba que el abogado de la familia leyera el testamento en el funeral o poco después. Eso raramente sucede hoy en día y se asume que todos los miembros de la familia tendrán acceso a él. A los albaceas les corresponde encargarse de informar debidamente a todos los herederos.

—Cosa que él no ha hecho.

—Eso parece. Pido disculpas. Si lo hubiera sabido...

—No es culpa tuya. Creo que aquí podemos culpar a la influencia de mi hermano. Papá está muy mal y no piensa con claridad en este momento. Estaba loco por mi madre, la adoraba y nunca discutía nada de lo que ella decía o hacía. Ni siquiera cuando me echó de casa durante mi adolescencia rebelde.

—Quizá quiso compensar ese error —comentó el abogado con suavidad.

Abbie suspiró y una lágrima solitaria cayó por su mejilla.

—Estaría bien pensar eso, aunque no parecía muy convencida de que yo

podiera hacer algo bueno con el negocio, ¿verdad? Pero lo haré. Demostraré que la poca o mucha fe que tuviera en mí estaba justificada. Y nadie se interpondrá en mi camino.



Una hora después, mientras tomaban un almuerzo a base de queso y rollos de pan crujientes en el Ring of Bells, Abbie se sorprendió contando una gran parte de todo aquello a Andrew Baxter. No habría podido decir por qué se mostraba tan extrovertida y sincera con un desconocido. Quizá simplemente necesitara desahogar su frustración y él era bueno escuchando. Desde luego, no la interrumpió ni dijo gran cosa mientras

ella habló.

Finalmente, Abbie terminó su perorata para tomar aliento y cortar un trozo de queso.

—Perdona, no debería molestarte con riñas de familia. Es solo que para mí ha sido un shock saber que soy la propietaria de Sueños Preciosos y que me lo han ocultado expresamente.

—No me sorprende que estés enojada. El culpable es la persona que tendría que haberte informado de tu herencia. Imagino que tendrás algo que decirle al respecto.

Abbie pensó de nuevo en su padre sufriendo por la pérdida de su madre, en el dolor que sin duda había empeorado al saber que quizá no tenía derecho a

permanecer en la casa que había considerado su hogar durante todo su matrimonio, y la abandonó la furia. ¿Cómo iba a culparlo de nada sabiendo cuánto estaba sufriendo? Su hermano, sin embargo, era otra cuestión, y quizá sí hablaría del tema con él. De hecho, estaba deseando ver su reacción cuando le dijera que él no tenía ningún derecho sobre el negocio, que era completamente suyo para hacer lo que deseara con él. Al mismo tiempo, si pensaba en Fay, su corazón se acobardaba un tanto. No sentía deseos de provocar otra pelea. ¿Por qué no podían resolver el asunto de un modo civilizado?

Suspiró.

—Probablemente no diga mucho y

espere que se vaya arreglando todo solo. La familia está todavía en shock después de la muerte de mi madre.

—Comprendo. ¿Fue inesperada?

—Preferiría no hablar de eso, si no te importa.

¿Cómo iba a hacerlo si no comprendía en absoluto por qué Kate se había quitado la vida? Tomó un mordisco de queso y se dio cuenta de que estaba hambrienta.

Andrew Baxter asentía comprensivo.

—En ese caso, hablaremos de otras cosas, ¿de acuerdo? De barcos, lacres y zapatos; de reyes y repollos.

Abbie se echó a reír.

—Eso es hablar de muchas cosas. Está bien, dime qué habrías hecho con

mi tienda si hubiera estado a la venta.

Andrew dejó su vaso en la mesa, se inclinó hacia ella y habló con un entusiasmo que parecía animar el espíritu de ella junto con el de él.

—Dirijo una pequeña cadena de tiendas de accesorios de moda en la frontera de Escocia y estoy buscando expandirme al Distrito de los Lagos.

—¿Accesorios de moda? —Ella hizo una pausa con un trozo de pan a medio camino de la boca—. ¿Te refieres a joyas y bolsos del tipo de los que vendo ahora?

Él le sonrió.

—Todavía no he probado joyas, pero vendo maletas, neceseres y bolsos, echarpes y accesorios para el pelo, etc.

No he visto bolsos en tu tienda, aparte de esos bolsitos de noche encantadores.

Abbie se ruborizó como si le hubiera hecho un cumplido. Y quizá se lo había hecho sin darse cuenta. A continuación frunció el ceño al pensar en lo que había dicho él.

—¿Y supongo que buscarás otro local ahora que el mío no está disponible? —preguntó.

—A decir verdad, he hecho una oferta por la tienda de al lado —le informó él con calma, mientras cortaba un trozo de encurtido para añadirlo al pan con queso.

—¿Qué? ¿La tienda de regalos y tarjetas postales?

—La misma.

—Y si aceptan tu oferta, ¿eso significa que venderás bolsos y accesorios de moda al lado de mi tienda? ¿Y que puede que vendas joyas?

Él sonrió con ironía.

—Admito que ese era parte del atractivo de comprar tu tienda — confesó.

—¿O sea que piensas hacerme la competencia? —replicó ella. Empezaba a sentirse furiosa por dentro, su ira renacía de nuevo. Le habría gustado arrancarse la lengua por haber cometido la estupidez de mostrarse tan extrovertida y amistosa con aquel hombre que parecía empeñado en arruinarle el negocio.

—Si sucediera eso, y no digo que

vaya a ser así, dudo que nos hiciéramos mucho la competencia —dijo él—. Tendríamos distintos estilos de joyas, distintas gamas, así que, en cierto modo, nos complementaríamos mutuamente. Pero lo que tenía en mente en realidad...

Abbie se puso de pie en cuestión de segundos.

—Lo siento, estoy demasiado alterada para hablar de esto ahora, pero me da la impresión de que tengo otra batalla entre manos. Pues bien, que así sea —dijo. Y salió del pub sin ni siquiera terminar el almuerzo.



Abbie encontró a su hermano pescando en el lago, tal y como le gustaba hacer

de chico.

—Tenemos que hablar —le dijo.

—Seguro que sí, pero este no es el momento. Si haces mucho ruido, espantarás a los peces.

Abbie se mordió el labio inferior para reprimir lo que estaba a punto de decir, pues había oído aquella amonestación muchas veces en el pasado. Un rato antes estaba segura de que quería enfrentarse a su hermano y decirle que Sueños Preciosos era suya y que él no tenía derecho a intentar venderla, pero en aquel momento, allí con él, se sentía dividida. Él se había mostrado tan desconsiderado con ella últimamente que decirle la verdad resultaría muy satisfactorio, pero en el

fondo ella solo quería volver a llevarse bien con él, intentar preservar algo de la armonía familiar. Por mucha necesidad que sintiera de defender sus derechos, algo en el modo en que Robert se inclinaba sobre la caña, como había hecho tantas veces de niño, pero ahora con el rostro tenso y pálido, le dio qué pensar. Quizá estaba de verdad muy preocupado por sus problemas económicos, y ella no deseaba causar más problemas, en especial a Fay. Se acomodó la chaqueta para protegerse del viento frío y se apoyó en una roca saliente para mirar al lago.

—Nunca me aficioné a este deporte —comentó.

—Porque no tienes suficiente

paciencia.

—Cierto. Prefiero estar ocupada haciendo algo antes que estar sentada quieta ni cinco minutos.

Él la miró de soslayo, con una media sonrisa en los labios.

—Nunca pudiste estarte quieta, pero se te daba mejor que a mí subir a los árboles. A mí nunca me gustaron las alturas.

Abbie soltó una risita.

—¿Recuerdas cuando te caíste al lago porque se rompió la rama en la que estabas? Mamá se puso como loca, aunque yo salté al agua para salvarte. Menos mal que allí no cubría mucho, pero los dos acabamos llenos de barro y riendo. Y mamá también.

—Solo lo hice porque tú me retaste —contestó él, riendo al recordarlo—. Después de que tú te movieras por la rama como la monita que eras. Pero, por otra parte, tú eras más pequeña y más ligera que yo, así que no fue un reto justo.

Abbie lo miró pensativa.

—La vida no es justa, Robert.

Él le devolvió la mirada, serio.

—No, tienes razón, no lo es. Desde luego, no lo fue para mamá ni lo ha sido para papá ni para ninguno de nosotros. —Hizo una pausa—. Siento que te saliera mal lo tuyo con Eduard —añadió.

Abbie parpadeó, sorprendida por aquella muestra repentina de

comprensión.

—Gracias. Es muy amable por tu parte decir eso.

—Quizá la próxima vez te pares a pensar antes de hacer alguna estupidez como enrollarte con el hombre equivocado. Puede que incluso aprendas a aceptar consejos por una vez en tu vida.

Por suerte, la llegada de Fay, que llevaba una bandeja con vino, evitó cualquier posible respuesta de Abbie.

—He pensado que quizá estaría bien un aperitivo antes de la cena —dijo Fay, que se mostraba complacida de ver a los hermanos manteniendo por fin lo que parecía ser una conversación civilizada.

Robert dejó la caña a un lado para

besar a su esposa y se sentó a su lado a tomar el vino. Abbie tomó la copa que le tendían sin decir palabra. Quizá su hermano tenía razón, quizá no debería apresurarse. Tal vez se arreglaran las cosas entre Robert y ella y no quería disgustarlo. Quizá aquel no era el mejor momento para revelar que era dueña de la propiedad que él quería vender.

CAPÍTULO 17

En el verano de 1914, llevaba casi tres años en Rusia y mis esfuerzos con el idioma se empezaban a notar. No diré que lo hablaba perfectamente, pero podía defenderme bastante bien, ayudada por mi dominio del francés. A principios de junio el conde y la condesa Belinski se marcharon, como de costumbre, de San Petersburgo, para pasar varias semanas en el campo, llevándose consigo a una docena o más de sirvientes, incluidos mozos de cuadra y cocheros, aparte de caballos, ponis, una gran cantidad de cajas, baúles y valijas, e incluso un piano para los

niños, todo lo cual ocupaba varios vagones del tren e hizo que necesitáramos incontables carretas cuando llegamos a la estación.

Era la temporada de las noches blancas, cuando nunca anochecía. Todavía me resultaba extraño poder leer fuera a medianoche. Los jardines rebosaban de lilas, cuyo aroma era lo bastante seductor para complacer al urbanita más ardiente, y yo no lo era. Disfrutaba de cada minuto en el campo, ya fuera ayudando en la granja o paseando por el bosque cercano, a pesar de las nubes de mosquitos que flotaban sobre el estanque. Me deleitaba con el croar de las ranas, el canto de los ruiseñores y el intenso olor de los pinos.

El conde, que adoraba el aire libre, disfrutaba cavando y arrancando malas hierbas en el huerto, cuidando las fresas y los espárragos, podando arbustos o mimando los jazmines, las orquídeas y las camelias.

El ritmo gentil de la vida en el campo continuaba a pesar de la creciente agitación en los Balcanes. A principios de julio estaba sentada una noche en el jardín, leyendo un libro, cuando Stefan me comunicó la terrible noticia del asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria en Sarajevo, junto a su adorada duquesa Sofía.

—Esto puede traer guerra —me advirtió Stefan, cuando se sentó a mi lado en el banco.

—Oh, espero que no. ¿Por qué iba a traer guerra?

—Las cosas no están estables precisamente. Es bastante probable que Austria tome represalias contra Serbia, y luego Rusia sentirá el deber de defender a su vecina, ¿y quién sabe dónde acabará todo eso?

—¿Crees que Inglaterra entrará también en guerra?

—Es más probable que entre Alemania, que se pondrá de parte de Austria. Podría ponerse todo muy feo.

Permanecimos un momento sentados en silencio, pensando en aquellas noticias sombrías. Desde el día en que me contara la terrible historia de la muerte de su padre, me había sentido

mucho más unida a él. Quizá porque comprendía por fin el origen de su rabia. Nuestra amistad había crecido en los últimos meses y pasábamos mucho tiempo juntos, siempre que no estuviera haciendo trabajos para la condesa, claro.

Esta seguía demandándole mucho tiempo, aunque Stefan continuaba desapareciendo, sin duda buscando algo de tiempo para sí mismo. En esas ocasiones solía ser yo la que sufría la ira de la condesa, pues me gritaba que le dijera dónde estaba. Las ausencias de Stefan eran un misterio tan grande para mí como para ella, aunque yo no lo culpaba por ello. Había ocasiones en las que a mí también me habría gustado

escapar de las exigencias interminables de aquella mujer.

Sentada en el banco junto a Stefan, empecé a pensar en cómo me sentiría si estallara una guerra. Peor aún, si Stefan se viera obligado a ir a luchar y no volvía a verlo nunca. Como siempre, dije lo que pensaba en voz alta sin pararme a considerar las consecuencias de mi franqueza.

—La perspectiva de una guerra y la posibilidad de perderte es algo demasiado horrendo para contemplarlo.

Él me observó con atención y, cuando me volví para mirarlo a los ojos, algo se movió en mi interior.

—Creo que no debería haber dicho eso —murmuré. Y él sonrió.

—Me alegra que lo hayas hecho, me encanta saber que te importo. Tú también eres muy importante para mí, Millie.

Cuando sus labios se encontraron con los míos, tuve la sensación de que me derretía en sus brazos, apretada contra la fuerza de su cuerpo. La dulzura de su beso me produjo un anhelo de algo más, algo que nunca había vivido. Cuando nos separamos por fin, él me apartó y sonrió avergonzado.

—Tú debes saber lo que siento por ti.

Yo temblaba cuando apoyé la cabeza en su pecho con un suspiro de placer, encantada de oír que su corazón latía tan deprisa como el mío.

—¿Y por qué nunca me lo has

dicho? —pregunté.

—Porque tenía miedo de que me rechazaras. Siempre que sentía la urgencia de buscar las palabras adecuadas, me preguntaba por qué te ibas a tomar tú la molestia de fijarte en un hombre estúpido como yo. Me sentía indigno de tus atenciones y no siempre hemos estado de acuerdo en todo, ¿verdad?

—Pero si hubieras corrido ese riesgo, quizá te habrías llevado una sorpresa.

—¿De verdad? ¿Y eso por qué?

—Porque yo siento lo mismo — admití con suavidad.

Dio la impresión de que él no sabía qué decir, pues tomó mi rostro entre las

manos y me dio otro beso, esa vez más largo y más profundo, llenándome de deseo. Después nos sonreímos como idiotas al tiempo que sus ojos estudiaban mi rostro con la misma perplejidad que seguramente mostraría yo.

—Te he adorado desde el primer momento en que te vi en la Capilla Británica y Americana —dijo—. Me decía a mí mismo que debía portarme bien, no correr el riesgo de arruinar tu reputación o nuestra amistad, pero no podía dejar de pensar en ti.

—Yo tampoco podía dejar de pensar en ti —contesté. Recordé la noticia que nos había conducido a aquella revelación y añadí—: De verdad que no

quiero perderte. Por favor, no vayas a luchar a menos que te obliguen.

—No lo haré —prometió él. Acarició con ternura mis rizos rebeldes, que esa noche caían sueltos sobre los hombros en lugar de ir sujetos en una trenza—. Pero esperemos que me equivoque y esto no acabe en una guerra. Así podremos disfrutar de un futuro feliz juntos.

—¡Oh, Stefan! —Mi sonrisa se apagó un tanto cuando se me ocurrió otro pensamiento—. Debemos tener mucho cuidado para no revelar nuestros sentimientos.

Él hizo una mueca.

—Eso es verdad. Dudo mucho que la condesa diera su aprobación.

En mi interior se movió algo parecido al pánico cuando recordé cómo me había acusado la condesa de querer quedarme a Stefan para mí, cómo había intentado darme celos insinuando una intimidad entre ellos.

—Es una mujer egoísta, obsesionada por la necesidad de atención, como si hubiera que satisfacer todos sus caprichos y todos los hombres tuvieran que estar arrastrándose a sus pies. Si descubriera lo que sentimos, sospecho que haría todo lo posible por destruir nuestra felicidad, posiblemente despidiéndonos a uno, o quizá a los dos. Ese es el tipo de persona que es.

—Tienes razón, Millie. La condesa Olga es una déspota en el peor sentido

de la palabra, totalmente inmersa en sí misma. Debemos tener mucho cuidado de no mostrar nuestros sentimientos en su presencia, ni siquiera mirarnos. —Él volvió a besarme y dejó ir un gemido—. Aunque no va a ser fácil.

—Aun así, es absolutamente fundamental —murmuré, mientras pasaba los dedos por su pelo, algo que había anhelado hacer muchas veces.

Di gracias en mi interior porque el banco estuviera oculto detrás de unos lilos, pues pasó algún tiempo hasta que nos separamos y seguimos cada uno nuestro camino.



Fue un verano caliente y seco y, como

siempre, los niños parecían florecer. Trabajaban duro en las clases de francés e inglés por las mañanas para tener tiempo para explorar. Por la tarde, después de clases de pintura y de piano, disfrutábamos de un pícnic o de un crucero por el río, o jugábamos al tenis o al croquet. Aquello me recordaba mucho a Carreck Place. El estilo de vida, sin embargo, era todo lo contrario al tipo de vida espartana que llevaban la mayoría de los rusos en su *dacha* de verano.

Serge y yo ya nos llevábamos mucho mejor, aunque el chico todavía podía ser difícil y perturbador, como ese día, en que lanzaba la pelota de croquet al estanque en lugar de enviarla a través

del arco. Estaba de mal humor porque su madre se había negado a llevarlo con ella en su carruaje. Yo observé a la condesa alejarse con el cochero y no pude evitar preguntarme adónde irían y qué iban a hacer solos en el campo. Aunque eso no era asunto mío.

Serge, en cambio, sí era asunto mío, así que tomé una decisión y fui a ver a su padre.

Encontré al conde en su despacho y en cuanto llamé a la puerta con los nudillos, me dijo enseguida que entrara, al contrario que la condesa, que siempre me hacía esperar el máximo tiempo posible. Me dio la impresión de que parecía solitario y triste y una brisa cálida que entraba por la ventana abierta

movía los papeles sobre su escritorio. ¿Habría visto a su esposa alejarse con el cochero?

Hice una reverencia y lancé de inmediato mi petición.

—Señor, su hijo está bastante aburrido de los pícnicos y el croquet y me preguntaba si tendría usted tiempo de llevarlo a pescar.

Mi sugerencia pareció sobresaltar al conde.

—Dudo mucho que disfrute de mi compañía. Prefiere la de su madre.

—Vaya, pues yo no estoy de acuerdo con eso. Sé que quiere que usted esté orgulloso de él.

—¿De verdad? Pero ¿disfrutaría yendo de pesca conmigo?

—Creo sinceramente que apreciaría una distracción más varonil. Tiene once años, está creciendo muy rápido, señor, y está harto de tomar el té con las muñecas de Irina.

Él rio entonces y, para mi sorpresa y placer, se puso de pie.

—Muy bien, iré a buscar mis aparejos de pesca, las cañas y el cebo. Dile que estaré con él dentro de diez minutos —dijo. Tomó su sombrero y se dirigió a la puerta.

—Gracias, señor —repuse yo, con una reverencia.

Él se detuvo, sujetando la puerta abierta.

—No, gracias a ti por la sugerencia, Millie.

Era la primera vez que el conde me llamaba por mi nombre de pila y me sentí halagada, pero me alegré todavía más cuando padre e hijo se fueron juntos a pescar. Serge parecía entusiasmado cuando Irina y yo los despedimos agitando la mano en el aire.

—¿Puedo ir ahora a ver las vacas? — preguntó la niña, como hacía todos los días sin falta. Nada le gustaba más que ver cómo las ordeñaban. Después ayudaba a verter parte de la leche en el gran recipiente brillante de cobre donde se convertiría en queso gruyère.

—¿Por qué está tan gorda esta vaca, *barishnia*?

—Porque va a tener una ternera — expliqué, con la esperanza de que no

pidiera más detalles.

Ella rio con alegría.

—¡Qué bien! ¿Puedo mirar cuando nazca?

Eludí responder a la pregunta, pues pensaba que aquello no sería apropiado para una niña de nueve años, pero, después de eso, Irina visitó a la vaca varias veces al día y una mañana oyó muchos mugidos dolorosos y llegó a tiempo de ver el parto. Cuando vio a la vaca lamer a su ternera hasta limpiarla, me miró maravillada.

—*Barishnia*, ¿verdad que la vaca es muy inteligente? ¿Y verdad que la ternera es muy afortunada de tener una madre tan buena?

Abracé y besé a la niña.

—También es afortunada de tenerte a ti. Y yo también.

Las expediciones de pesca se convirtieron en algo frecuente para Serge y el conde, y empecé a tener esperanzas de que aquellos estúpidos celos entre los hermanos, por no hablar de la rivalidad entre los esposos, empezaran a remitir por fin.



La condesa Olga dirigía la casa como si fuera un palacio real y ella la emperatriz, con una letanía de reglas mezquinas probablemente tan larga como la del zar. Además de decretar que ningún sirviente podía sentarse en su presencia, insistía en que hubiera un

lacayo fuera de la habitación en la que estuviera ella, por si necesitaba llamarlo para que le buscara algún objeto trivial que ella no podía encontrar, principalmente porque no podía molestarse en buscarlo. A veces el pobre hombre se pasaba horas allí sentado, aburrido y con dolor de espalda, pero luego tenía que estar la mitad de la noche en pie para atender las constantes peticiones de ella de leche o chocolate caliente.

—Le falta algo valioso que hacer con su tiempo —comentó astutamente Stefan en uno de nuestros encuentros rápidos cuando no había nadie cerca. A veces hasta nos arriesgábamos a un beso secreto.

Era cierto que la condesa Olga era una criatura muy social, y en la casa de campo de los Belinski rara vez había visita, pues se hallaba en una región remota rodeada de bosques densos.

—Echa de menos a sus amigos de la ciudad —asentí yo—. El teatro, la ópera, cenar en el selecto *Villa Rodé* con champán y caviar. Me gustaría que pasara más tiempo con los niños cuando estamos en el campo. Pero cuando se los llevo, raramente pasa más de un momento en su presencia antes de ordenarme que me los lleve. Dar dinero para dulces y organizar pícnic es lo más lejos que está dispuesta a ir en su papel de madre, e incluso eso se debe a su necesidad egoísta de quitárselos de

encima.

Stefan soltó una risita.

—Mientras ella se dedica sabe Dios a qué.

—Ni lo preguntes.

—Jamás se me ocurriría. No tiene nada que ver con nosotros.

—Cierto.

—Pero ¿podríamos vernos más tarde? —susurró. Sus ojos me suplicaban que aceptara. Miré a mi alrededor para cerciorarme de que estábamos solos, asentí y regresé a mis tareas.

Vernos a hurtadillas no era fácil, y esa era una de las razones por las que me gustaba ir con los niños al pueblo, pues siempre nos llevaba Stefan en el

carro. Una tarde la condesa declaró su intención de acompañarnos, lo que significaba que íbamos en el carruaje. Los aldeanos, impresionados de ver aquel vehículo espléndido en mitad de su humilde aldea, nos rodearon inmediatamente y empezaron a pedir trabajo o una limosna. Vi a mujeres campesinas con niños aferrados a sus faldas.

—Sigue —ordenó la condesa, dando la espalda a sus demandas.

—Quizá tengan hambre —me aventuré a sugerir, pensando en los veinte kopeks que les daba a los niños a diario para gastar en dulces y que probablemente alimentarían a una familia durante días.

—No son mi responsabilidad — exclamó la condesa—. Y además huelen mal.

Lo último era verdad, pero el jabón era caro y no resultaba prioritario cuando uno tenía niños que alimentar. Conseguí deslizar unos kopeks en la mano de la campesina más próxima, lo que me ganó una mirada de reprobación de la condesa.

La actitud del conde era completamente distinta. Como presidente del *zemstvo* o consejo local, compuesto por terratenientes y hombres de negocios, que se reunía una vez al mes en un edificio del pueblo, participaba activamente en el cuidado de la comunidad. Tomaban decisiones

sobre asuntos tales como impuestos locales, educación, mantenimiento de los caminos, temas agrícolas y veterinarios, así como sobre el mejor modo de dirigir el hospital de la zona.

También presidía regularmente un pequeño tribunal en su casa, adonde podían ir los aparceros a contar sus problemas o pedir ayuda y apoyo. A mí me parecía claro que era un hombre muy respetado y querido. En esas ocasiones parecía una persona diferente. Se mostraba digno pero asequible, su comportamiento era en gran medida el de un noble de la zona que se preocupaba por su gente. A mí me gustaba verlo en esos momentos y un día en concreto no pude evitar oír los

sollozos de una joven y el llanto de sus niños.

El conde me vio en la puerta y me hizo una seña con la mano para indicarme que podía entrar.

—Los niños de esta mujer están enfermos de hambre. Su esposo ha muerto y su suegro amenaza con echarla de la casa si no encuentra pronto un trabajo pagado. Por desgracia, la mujer no ha conseguido encontrar ninguno. Más tarde, cuando las cosechas estén listas para la recolección, habrá muchos, pero ahora no. He enviado a buscar al hombre para dejarle muy claro que no puede echarla sin mi permiso, aunque sea su nuera. Pero ¿te puedes llevar a los niños a las cocinas y buscarles algo

de comer?

—Por supuesto. Estaré encantada de hacerlo —respondí.

Admiraba mucho el modo en que él escuchaba pacientemente sus historias de penalidades, aunque yo no lograba entender todo lo que decían, y el modo compasivo con el que impartía justicia.

Entrevistó y regañó al suegro, y los niños se fueron contentos a casa con la tripa llena y una cesta de comida. El hedor de la pobreza permaneció en el aire mucho después de que se hubieran ido, pero mi corazón estaba con ellos. ¡Qué afortunada era yo de tener un trabajo tan bueno, estar tan segura y tan bien alimentada!

Terminamos el verano con una visita

a Crimea, en la costa norte del Mar Negro, un lugar favorito del conde y la condesa, donde nos quedamos en una villa grande en las afueras de Yalta. A los Romanov también les gustaba pasar tiempo en Livadia, su palacio de Crimea, un hermoso edificio de piedra blanca situado en las colinas que dominaban la ciudad. Creo que habían estado allí en la primavera, pero no estoy segura de si estaban durante nuestra visita. Al parecer, el zar y la zarina se mostraban muy poco en sociedad y preferían utilizar el palacio como un medio para huir de sus deberes y disfrutar lo que podía pasar por una vida familiar normal.

¡Ojalá hubiera podido decir lo mismo

de los Belinski! El conde estaba a menudo ocupado en su despacho, y la condesa, aparte de mimar un poco a su adorado hijo, ignoraba en gran medida a los niños, como siempre. Los caminos de la región eran bastante malos, así que se vio obligada al menos a recortar su pasión por salir en carruaje todas las tardes. En vez de eso, yacía al sol y consideraba la villa como un lugar para relajarse.

Y era en verdad encantador. El sol brillaba sobre la playa de Yalta, en los paseos arbolados abundaban los niños acompañados por sus institutrices británicas y todo estaba lleno, pues había mucha gente que iba a tratarse de tuberculosis allí.

Todos esos placeres y problemas normales se volvieron insignificantes cuando a finales de julio nos enteramos de que Austria había declarado la guerra a Serbia. En cuestión de horas Rusia había empezado a movilizar a sus tropas para defender a Serbia, tal y como Stefan había predicho, y el primer día de agosto el káiser declaró la guerra a Rusia.

Regresamos rápidamente a Petrogrado, como debíamos llamarla ahora. Le habían cambiado el nombre porque el origen alemán de San Petersburgo había empezado a resultar ofensivo y Petrogrado sonaba más eslavo. Al principio había pocas señales de los preparativos de guerra, aunque

después vimos soldados marchando por las calles, cantando mientras entrenaban o se abrían paso hasta las cocinas móviles instaladas especialmente para ellos.

En mi primera visita a la Capilla Británica y Americana, la guerra fue, naturalmente, el principal tema de conversación entre las institutrices británicas, quienes intentaban decidir si debían irse a casa o permanecer en Rusia.

Ruth y yo nos abrazamos para consolarnos mutuamente.

—Muy malas noticias —dije—. Yo había planeado un viaje a casa y ahora supongo que tendré que posponerlo un tiempo.

—Todavía hay barcos disponibles, pero siempre existe el riesgo de que sean hundidos por un barco de guerra alemán. Viajar por tren también es difícil. El que transportaba a la emperatriz María Fiódorovna, la madre del zar, paró en Berlín en su viaje de vuelta desde Inglaterra y lo asaltó la turba, que arrojó piedras a las ventanillas. Al final la salvó la policía, pero recibió orden de abandonar Alemania lo antes posible y el tren regresó por el camino más largo, por Dinamarca.

—¡Oh, Dios mío! Tengo que decírselo a *Babushka*. Le disgustará oír eso, pues fue en otro tiempo una de las damas de compañía de la emperatriz

madre.

—Ese episodio me ha hecho decidir que es más seguro quedarse aquí. En cualquier caso, todo habrá terminado para Navidad. Todo el mundo lo dice.

—Y al menos Inglaterra no está en guerra —señalé yo, en mi inocencia.

—Me temo que eso ya no es así. Alemania ha declarado la guerra a Francia y enviado tropas a invadir Bélgica y Luxemburgo de camino hacia París. Inglaterra lanzó un ultimátum y, como fue ignorado, declaró la guerra a Alemania el cuatro de agosto.

—¡Oh, no! Todo está ocurriendo muy deprisa.

—A pesar de que todas las casas reales de Europa están emparentadas,

ahora están todas en conflicto abierto unas con otras.

—Y las institutrices estamos atrapadas en el medio.

—Me temo que sí.

Escribí ansiosamente a mis padres, que estaban en el Distrito de los Lagos, explicando el retraso de mis planes y rezando para que estuvieran a salvo. Las cartas de casa tardaban mucho en llegar y a menudo eran censuradas, pero en septiembre recibí una que decía que Liam había muerto en la guerra poco después de haberse alistado. Eso me llenó de tristeza. A pesar de que hubiera fingido estar enamorado de mí para salirse con la suya, yo no le tenía antipatía. Quizá se había mostrado

excesivamente entusiasta y demasiado apasionado, pero había sido un joven agradable y un buen amigo. Escribí a sus padres para darles el pésame, lloré en silencio su pérdida y pensé cuántos jóvenes más tendrían que morir antes de que acabara aquel conflicto.

Rezaba en silencio para que Stefan no fuera uno de ellos.

En la Capilla Británica y Americana nos alentaron a empezar a tejer calcetines y pasamontañas, cosa que comencé a hacer bajo la cuidadosa supervisión de *Nianushki*, pues las habilidades domésticas no eran algo innato en mí. Algunas de las otras chicas se ofrecieron voluntarias para ayudar en la Cruz Roja. Cuando sugerí que yo

podía hacer lo mismo, la condesa me negó su permiso.

—Me temo que no puedo prescindir de ti, Dowthwaite. Te necesito aquí.

—Pero milady, esto es importante. Si hay soldados heridos, no habrá enfermeras suficientes para cuidar de ellos.

—Ese no es mi problema. Ahora, por favor, tráeme un vaso de agua. Tengo sed.

Reprimí un suspiro y fui a cumplir la orden, profundamente frustrada de que llevarle un vaso de agua a la condesa, cuando ella era perfectamente capaz de ir a buscarlo sola, se considerara más importante que cuidar de los heridos.

Solo me quedaba confiar en que la

creencia de que todo habría terminado para Navidad fuera acertada, pues tenía un gran miedo de que Stefan pudiera sentir la necesidad de alistarse.

Sin embargo, en cierto modo, la guerra parecía lejana, algo de otro mundo. La vida continuaba como de costumbre y los Belinski parecían ajenos a lo que sucedía. Aquel otoño seguimos pasando algunos fines de semana en el campo, donde yo seguía con la costumbre de salir a montar con los niños todas las mañanas. Una mañana en concreto salí más tarde que de costumbre a ensillar los ponis, pues había permitido dormir más a los niños debido a una fiesta celebrada la noche anterior en la que habían disfrutado

cantando al son de la balalaica y se habían acostado bastante tarde.

En cuanto entré en los establos me quedé paralizada. Stefan estaba de espaldas contra la pared, con las manos en la cintura de la condesa. Era imposible negar que se estaban besando. Debí soltar un jadeo audible, porque se separaron de pronto y ella me miró con ojos llameantes. Stefan gritó algo, pero no oí lo que dijo, pues di media vuelta y eché a correr.



—¡Oh, Dios mío, qué horrible! — exclamó Abbie—. ¿Cómo pudo traicionarte de ese modo después de que hubierais intimado tanto?

El rostro de su abuela se llenó de tristeza al recordarlo.

—Confieso que me sentí destrozada, con el corazón roto.

—Me lo imagino. ¿Te pidió perdón o te dio alguna explicación? —Abbie quería saberlo. Estaba atrapada en las emociones del momento y se sentía también destrozada.

—Hizo un intento, sí. Me encontró una tarde en mi lugar favorito, sentada en el banco al lado del río, al borde de las lágrimas, enfrascada en mis pensamientos de tristeza. Me sentía fría por dentro, desalentada y perdida. Los niños habían tomado el té con sus padres y yo había pedido que me disculparan por una vez, alegando que tenía un dolor

de cabeza cuando lo cierto era que tenía el corazón roto.

—No me extraña nada —dijo Abbie, y abrazó a su abuela.



—¿Puedo hablar contigo un momento? —preguntó él.

Mi respuesta fue fría.

—Creo que no tenemos nada que decirnos.

El dolor causado por lo que había presenciado era más intenso de lo que podía expresar con palabras. Me consideraba una tonta por haber confiado en él y por haber creído, ni siquiera por un momento, que me amaba de verdad. Lo oí respirar con fuerza y

arrastrar los pies por el duro camino de piedra.

—Entiendo perfectamente por qué no quieres hablar conmigo —me dijo—, pero no fue lo que parecía. No hice nada. Tienes que saber eso, Millie.

—La estabas besando.

Él se sentó con cautela en el banco, sin intentar tocarme ni acercarse, pero, por lo que a mí respectaba, estaba demasiado cerca para que me sintiera cómoda. Me levanté en un segundo y me alejé con la cabeza muy alta, sin hacer caso de su voz, que me suplicaba que lo escuchara.



—¿Fue detrás de ti? —preguntó Abbie.

Millie negó con la cabeza.

—En los días y semanas siguientes lo vi muy poco, pero, por otra parte, me esforcé mucho por evitarlo.

—¿Y eso fue el final de lo que había entre los dos? ¡Qué triste! Pero al menos lo descubriste antes de que fuera demasiado tarde y te sintieras aún más unida a él, supongo.

—No, eso fue justo el comienzo. Las cosas se complicaron mucho más después de aquello.

CAPÍTULO 18

Una mañana estaba supervisando a los niños mientras practicaban las conjugaciones de los verbos franceses y me disponía a leerles un trozo de *Los niños del agua*, de Charles Kingsley, como recompensa, cuando la condesa me hizo llamar a sus aposentos. La urgencia de la orden me obligó a pedir a la doncella que había traído el recado que fuera a llamar a *Nianushki* para que se ocupara de los niños, así que pasaron unos momentos hasta que ella llegó y pude obedecer la orden.

—¿Por qué siempre elige el peor momento? —protestó la vieja niñera,

cuando entró apresuradamente en el aula —. Justo cuando estaba preparando el almuerzo de *Babushka*. No puedo estar en dos lugares a la vez.

Yo, que la comprendía muy bien, corrí por el pasillo y llamé a la puerta de la condesa.

—Ah, Dowthwaite, por fin estás aquí. Creía que no ibas a venir nunca.

—No podía dejar a los niños solos.

La condesa movió una mano enjoyada en el aire como para desestimar mi excusa y me hizo una petición sorprendente, o mejor dicho, me dio otra orden inesperada.

—He decidido que en el futuro serás mi doncella personal.

La miré sorprendida.

—No comprendo. ¿Cómo puedo ser su doncella y también la institutriz de sus hijos?

—Estoy segura de que te las arreglarás. He despedido a la chica que llevaba unos años conmigo porque no deja de desaparecer largos períodos de tiempo porque dice que su madre está enferma.

—Lamento oír eso —dije, mostrando una compasión genuina.

—Sí, bueno, yo necesito a alguien que esté aquí todos los días. —La condesa se echó atrás el largo cabello moreno y me pasó el cepillo, con lo que daba a entender que mis nuevos deberes empezaban de inmediato.

—Pero tengo ya mucho trabajo

enseñando a los niños y cuidando de ellos —protesté, aunque empecé a cepillar obedientemente sus rizos enredados—. Dudo que tenga el tiempo necesario para todo el trabajo extra que requeriría esto. ¿Puedo sugerirle que contrate a otra persona para la tarea, milady?

—No hay nadie más. Desde luego, nadie en quien pueda confiar ni que posea tu grado de discreción. El querido Stefan siempre está deseoso de hacer recados para mí, de hacer cualquier cosa que le pida, de hecho —dijo, mirándome en el espejo—. No creo que pudiera arreglármelas sin él.

La condesa, por supuesto, había encontrado muy divertido el incidente en

los establos y seguía haciendo comentarios maliciosos y dejando caer indirectas para insinuar que, si quisiera, podría contar muchas más cosas sobre la intimidad que había entre ellos.

—Pero aunque tiene su utilidad como hombre y una destreza maravillosa en las manos, que son increíblemente gentiles, hay asuntos que requieren un toque femenino.

Aquellas palabras provocadoras me hicieron sentir celos, aunque procuré no demostrarlo. Respiré hondo y respondí con firmeza.

—El trabajo de doncella personal no va conmigo, milady. Se sentiría muy decepcionada.

—Harás lo que te diga, Dowthwaite,

sin protestar —me informó ella con calma, al tiempo que me pasaba una selección de horquillas con esmeraldas incrustadas para el cabello, dejando claro que el asunto estaba zanjado.

Mientras le colocaba los rizos con torpeza, buscaba frenéticamente una salida. No se me ocurría ninguna solución. ¿Cómo podía negarme si quería conservar mi empleo? Aunque podía tener sentido que me marchara, en vista de cómo estaban las cosas entre Stefan y yo, no podía soportar la idea de abandonar a los niños con aquella mujer, en especial a Irina. ¿Quién la iba a querer y a proteger si yo me marchaba?

Reprimí un suspiro de resignación y

me rendí.

—Si acepto el puesto, aunque sea temporalmente, ¿puede encargarse a otra persona que se haga responsable de los zurcidos, la labor de aguja y de lavar la ropa? Como ya expliqué en una ocasión, coser no es uno de mis puntos fuertes y además tendré que ocuparme de los niños. Y, por favor, no se lo pida a *Nianushki*, pues ella también tiene ya demasiado trabajo.

La condesa sonrió con aire triunfal cuando me vio ceder a sus exigencias.

—Eso se resuelve fácilmente. Puedes pedir a una de las sirvientas que se ocupe de esos asuntos. Pero tú, Dowthwaite, serás responsable de sacar la ropa que lleve yo, normalmente cuatro

o cinco cambios al día, y de mantener mis joyas a salvo y en orden, incluida mi preciosa colección de ámbar.

Me eché a temblar bajo el peso de semejante responsabilidad y me preocupaba cómo iba a encajar todo ese trabajo extra sin descuidar a los niños. ¿Por qué ni el padre ni la madre pensaban ni por un momento en las necesidades emocionales de sus hijos? Aquello no era lo que me había llevado a Rusia, pero parecía que no tenía más remedio que aceptar. Hice un último intento por librarme.

—¿Puedo pensar en ello, milady?

—Tienes veinticuatro horas.



Al día siguiente era miércoles y asistí por la tarde a la Capilla Británica y Americana, donde fui a contar mi problema a Ruth sin perder un minuto.

—De verdad que no deseo ser doncella personal de la condesa. Tengo más que suficiente con ocuparme de los niños. Pero ¿cómo puedo librarme de eso?

—Podrías buscar otro empleo —sugirió Ruth—. Sigue habiendo demanda de institutrices británicas y tú tienes buenos informes.

—Tengo los de lady Rumsley, pero la condesa dejó muy claro que, si me iba sin su permiso, no me daría informes. —Fruncí el ceño—. En realidad, hubo un tiempo en el que parecía querer librarse

de mí. Ahora me da más trabajo todavía y se muestra ansiosa por conservarme, por alguna razón. —Suponía que la hermosa Olga disfrutaba de poder presumir conmigo de que había conquistado a Stefan para sí. El recuerdo de su beso todavía me quemaba y me desgarraba las entrañas. Aún me resultaba difícil asimilar la traición de él—. Además, los niños quieren que me quede.

—No me sorprende. Has hecho mucho por ellos, no solo persuadiendo al conde de que se interesara más por su hijo con esas excursiones de pesca que organizaste y que estoy segura de que Serge apreció. Te han tomado cariño con los años.

—Yo también los quiero mucho a ellos, incluso a Serge a pesar de sus travesuras. —Sonreí, complacida de que el conde acudiera a menudo a mí con sugerencias de otras actividades que podían contar con la aprobación de su hijo. Los dos parecían más unidos que antes—. Y adoro a la pequeña Irina. Para encontrar otro empleo, quizá tuviera que irme hasta Moscú y no volvería a verlos nunca.

Tampoco volvería a ver a Stefan y, a pesar de su infidelidad, esa idea me llenaba de desesperación. Quizá cuando consiguiera asimilar la pérdida de lo que yo había creído que había entre los dos, pudiera lidiar mejor con aquello. Por el momento me aferraba todavía a la

vana esperanza de que lo nuestro se pudiera arreglar.

Mi querida amiga sin duda reconoció los sentimientos que se movían bajo la superficie, pues me estrechó en sus brazos.

—¿Hay algo que no me cuentas? — preguntó con calma.

Negué con la cabeza.

—Nada de lo que quiera hablar.

—Pues quizá deberías hablar con Stefan. Sé que él también te aprecia mucho.

—Creo que eso no sería apropiado.

El rostro de ella se llenó de ansiedad cuando adivinó al instante que había habido algún desacuerdo entre nosotros.

—Ah, bueno, en ese caso, deja que te

diga que yo siempre estoy aquí, como amiga, por si cambias de idea.

—Gracias, Ruth. Es solo que necesito solucionar este problema por mí misma.

Ella me apretó la mano, comprensiva.

—Por lo que respecta al puesto de doncella personal, ¿por qué no aceptas hacerlo hasta Navidad? Eso daría tiempo de sobra a la condesa para buscar una sustituta.

Asentí a esa sugerencia y salimos al vestíbulo a tomar una taza de té.

—Pero ten cuidado —me advirtió al tiempo que me tendía un bizcochito—. Por lo que he oído, la condesa Belinski es una mujer muy manipuladora e intrigante que puede ponerse desagradable si no se sale con la suya.

—Soy muy consciente de eso. Solo hay que ver cómo trata a su esposo: tiene una aventura sórdida con Víktor, el cochero.

Ruth se echó a reír.

—Ah, ¿entonces es cierto lo que dicen los rumores?

—Ni siquiera se molesta en guardarlo en secreto. Sale todas las tardes con él para dar largos paseos misteriosos a la vista de su esposo. ¿Qué otra cosa podrían hacer?

—Parece ser que también la vieron la otra noche con Dimitri Korniloff en el Villa Rodé.

—No me sorprendería. Es un lugar que frecuenta mucho.

—Ese hombre es atractivo, sí, pero

tiene fama de cazadotes, trepador social y político sabelotodo. Si estás en lo cierto en su relación con el cochero, hay al menos dos hombres con los que está ahora, y bien podría haber más.

Yo solté una risita despectiva.

—Ya lo creo, estoy segura de que los hay.

Ruth captó mi amargura y me miró con ojos tristes.

—¡Ay, querida! En ese caso, tienes un problema mayor del que pensaba.



Mi primer reto como doncella personal llegó cuando la condesa Olga empezó a darme instrucciones mientras la vestía para una velada fuera, en la ciudad.

—Si mi esposo pregunta por mí, puedes informarle de que no me encuentro bien y me he retirado temprano. Eso es todo lo que tienes que decir, y pedirle que duerma en el vestidor.

—¿Le duele la cabeza, milady? ¿Quiere que le traiga algo? —pregunté amablemente.

Ella emitió un ruidito exasperado.

—¿No me estás escuchando, Dowthwaite? La verdad es que voy a ver a Anna Pavlova en el ballet imperial, después de lo cual cenaremos en el Café Chantant. Mi acompañante suele alquilarnos un reservado donde podemos disfrutar de champán y caviar, entre otras cosas —dijo, y se echó a reír

— No me esperes antes de medianoche, o quizá no venga. Tú solo tienes que venir a mi habitación de vez en cuando y fingir que hablas conmigo como si estuviera enferma en la cama. Solo por si el conde estuviera escuchando.

Me quedé inmóvil en el proceso de abrocharle el collar de ámbar.

—¿Me está pidiendo que mienta?

Alzó la cabeza para mirar mi expresión escandalizada y sonrió con sorna.

—Te estoy dando una orden. ¿Tienes algún problema con eso?

Me sonrojé bajo la dureza de su mirada.

—Claro que no. Pero ¿y si el conde entra a buscarla?

—No le permitirás entrar en mi habitación. ¿Está claro?

—Muy bien, milady. —Me concentré en abrochar el collar, mientras combatía mi instinto natural de negarme a enredarme en sus aventuras ilícitas. Pero no me tocaba a mí decidir eso.

—No, estos pendientes no, tonta. Las lágrimas largas de ámbar que hacen juego con este collar.

Más tarde, cuando salió por una entrada lateral para partir sin hacer ruido en el carruaje con su cochero personal, no pude negar que estaba magnífica, con un vestido de seda esmeralda, un chal de piel de zorro y las joyas de ámbar. Me pregunté si iría a verse con Dimitri Korniloff o con algún

otro hombre. Desde luego, no sería Stefan, pues él no podía permitirse aquellos lujos, a menos que pagara la condesa, claro.

Cuando ella se hubo ido, yo pasé la noche ansiosa, yendo de las habitaciones de los niños a la de la condesa, sin apenas dormir, pues cada vez sentía más miedo por la mentira en la que estaba metida, además del dolor profundo por haber perdido a Stefan. En la tercera ocasión, esperando contra toda esperanza que ella volviera pronto, encontré, para mi consternación, al conde a punto de llamar a su puerta. Corrí a su lado.

—¿Puedo servirle en algo, milord?

—Ah, Millie, estás ahí. Me

preguntaba cómo está mi esposa, si se sentirá ya mejor.

—Creo que estará profundamente dormida, milord. Le di una medicina para el dolor de cabeza, así que espero que así sea.

Mientras le contaba esa mentira, me aterrizzaba que pudiera insistir en entrar en la habitación, donde el lecho vacío revelaría al instante el engaño de su esposa. Las consecuencias de dicha revelación serían sin duda que yo perdería mi empleo, y solo Dios sabía cuáles más.

—En ese caso, no la molestaré —él retrocedió un paso.

—Cuando despierte por la mañana, le hablaré de su preocupación.

—Eres muy buena con ella, Millie. Espero que mi esposa aprecie tu lealtad. —Había algo en sus ojos cuando dijo eso que me hizo pensar si no habría adivinado ya que la cama estaba vacía—. Pero es que tú tienes un corazón generoso.

—Gracias, milord.

Me miró un momento con expresión pensativa.

—¿Eres feliz aquí, Millie? ¿Alguna vez sientes añoranza de tu familia?

—A veces —confesé—. Pero disfruto de mi trabajo y quiero a los niños.

Él sonrió.

—Ya lo sé, pero no permitas que mi esposa abuse demasiado de ti.

Cuando se alejó con los hombros hundidos, parecía un hombre triste y solitario con su bata humilde y mi corazón se apiadó de él. ¿Qué más exigiría de mí aquella mujer horrible?



Por supuesto, era imposible evitar por completo a Stefan, puesto que vivíamos y trabajábamos en la misma casa. A veces lo veía caminando apresuradamente por el laberinto de pasillos o entrando o saliendo de la habitación de la condesa y yo me apresuraba a escapar por la puerta más cercana. Había días en los que me sorprendía buscándolo en vano, pues él seguía ausentándose durante períodos de

tiempo. Me preguntaba si él también me estaría evitando.

Pero una tarde, cuando iba andando a casa por la Nevski Prospekt de vuelta del club de institutrices, lo vi sentado en la esquina de un café. Él me vio a su vez. Dejó unos kopeks sobre la mesa, al lado del café intacto, y salió corriendo.

—No huyas, Millie. Estoy desesperado por hablar contigo y darte explicaciones. Escucha, por favor.

Incapaz de resistir la súplica de su voz, me dejé llevar al interior. Con un café delante y la mirada fija en las profundidades de sus ojos, me dispuse a escuchar más mentiras.

Él respiró hondo.

—El beso que viste, te aseguro que

no lo instigué yo. Yo jamás haría una cosa así.

—Pues no parecía que te resistieras mucho.

—La condesa llevaba meses acosándome, insinuando que sería mía cuando yo quisiera si jugaba bien mis cartas. Ese día me pilló a solas en el establo, me empujó contra la pared y se echó sobre mí. Te aseguro que estaba escandalizado, pero ¿qué podía hacer? No sabía en absoluto cómo lidiar con una situación tan delicada. Después de todo, trabajo para ella, es nada menos que la condesa Belinski, y no podía apartarla de un empujón, gritarle ni decirle que me dejara en paz. Decidí simplemente no responder, soportar el

beso sin mover un músculo, con la esperanza de que captara el mensaje. No sé lo que habría ocurrido si tú no hubieras aparecido en aquel preciso momento. Pero te juro, Millie, que estaba muy avergonzado y no sabía qué otra cosa hacer.

Bajó la voz, me tomó la mano encima de la mesa y me acarició los dedos uno por uno.

—Sabes muy bien que es a ti a quien quiero besar, no a la condesa Olga.

¿Me había equivocado al acusarlo de traición? La condesa estaba fascinada por los hombres, había tenido una larga lista de aventuras ya antes de la última con el cochero, incluida la famosa ocasión en la casita de verano con lord

Rumsley. Y no se podía negar que Stefan era atractivo. Mi corazón cantaba solo con verlo.

También me constaba que él había hecho lo posible por evitar quedarse a solas con ella, y hasta el incidente en los establos, yo no había visto nada indecoroso en su comportamiento con ella.

Pero si podía elegir entre una condesa rica y hermosa y una institutriz aburrida, que era como me veía yo a mí misma, ¿por qué narices me iba a elegir a mí? ¿Podía yo estar segura de su sinceridad? ¿Era Stefan tan inocente como afirmaba?

En el fondo albergaba un resentimiento enorme hacia la

aristocracia por la muerte de su padre. En ese caso, era plausible que pudiera buscar algún tipo de venganza personal embarcándose en una aventura con la condesa Olga. Pero ¿con qué fin? ¿Qué podía lograr con una estratagema así? Y si yo no creía en él, ¿qué derecho tenía a estar enamorándome de él, como sabía en el fondo que estaba ocurriendo?

Quizá, sin darme cuenta, había permitido que la condesa arruinara aquellos sentimientos tan especiales que estaban surgiendo entre Stefan y yo por no haberle concedido el beneficio de la duda. En sus ojos verdigrises vi angustia y también un sentimiento que yo habría interpretado en otro momento como adoración.

—Quiero creerte, Stefan —dije.

—¡Gracias a Dios! —repuso él con un suspiro de alivio—. Juro que esa mujer me persigue con un vigor que resulta terrorífico. Por eso tengo que esconderme en cafés.

Yo casi logré sonreír.

—Es un café muy agradable.

—Pero no has tocado tu taza —dijo él, haciendo un amago de su famosa sonrisa ladeada.

—Ni tú tampoco.

Ambos procedimos a dar un sorbo, mirándonos a los ojos por encima del borde de las tazas, y a continuación hicimos los dos una mueca, pues el café se había enfriado. Stefan pidió enseguida dos más.

—Siempre podríamos buscar otros empleos —dijo. Me tomó ambas manos, se las llevó a los labios y las besó una por una—. ¿Por qué no huimos y empezamos una nueva vida juntos lejos de los condes? Ella no significa nada para mí. Te amo a ti, Millie, y siempre te amaré.

—¡Stefan! —Yo estaba embargada por la emoción. Su súplica parecía completamente genuina y sentida—. Pero el país está en guerra. No es fácil encontrar empleo. Por lo que he oído, Rusia ni siquiera puede permitirse equipar a su ejército ni proporcionarle munición suficiente. Están muriendo miles de hombres y no quiero que tú seas uno de ellos, que te veas obligado a

alstarte porque estás desempleado.

Él se mostró desanimado con aquello, probablemente porque sabía que yo llevaba algo de razón.

—Me pueden llamar en cualquier momento. Pero entretanto, ¿cómo lidio con los avances de la condesa? ¿Cómo la contengo?

Yo guardé silencio un momento.

—Puedo hablar con ella y pedirle que deje de acosarte. —Las palabras salieron de mi boca por voluntad propia. Stefan me miró incrédulo.

—¿Crees que es buena idea?

Por mi mente cruzó la imagen de unas piernas y unas nalgas desnudas.

—Puede que sea necesario —solté una risita.

—No te haría caso. No serviría de nada.

—Es posible que tengas razón.

—Cásate conmigo, Millie. Nada anhelo más que hacerte mi esposa. No puedo imaginarme la vida sin ti. —Me abrazó a pesar de que estábamos en un lugar público, y mi corazón se derritió de amor por él.

—Oh, Stefan, en cualquier otro momento habría tenido tentaciones de aceptar, pero ahora, con la guerra y todo lo demás, no podemos casarnos.

—Dicen que se habrá acabado para Navidad. Podríamos casarnos entonces.

Solté una risita, una mezcla de entusiasmo y pánico.

—No debemos precipitarnos. Me

gusta mi trabajo y quiero a los niños, así que no tengo prisa por marcharme. Siempre he sido ambiciosa y los dos somos jóvenes, así que vayamos despacio. Quizá lo mejor sea que sigas intentando evitar quedarte a solas con ella.

Stefan se mostró de acuerdo.

—Ese es un buen consejo que haré lo posible por seguir, si tú prometes que me perdonas.

—Sí, te perdono. Estoy segura de que aquel beso no fue culpa tuya.

Caminamos juntos hasta el apartamento por el canal y sus besos debajo de los puentes incendiaban mi cuerpo. Hasta entonces, yo no sabía que fuera posible amar tanto a una persona

ni sentirse tan amada.

CAPÍTULO 19

En agosto de 1915 la guerra era tan terrible que cada mes morían 450.000 soldados rusos, y se habían perdido más de un millón y medio de hombres en un año. Rusia había conseguido algunas victorias sobre Austria, pero Alemania estaba resultando ser una fuerza demasiado grande para ser derrotada. Para entonces, yo ya leía los periódicos lo bastante bien para entender que el país simplemente no poseía los recursos necesarios para llevar adelante una guerra, aunque la política detrás de todo eso siguiera siendo un misterio para mí.

Un día glorioso de verano yo había

estado leyendo una carta de casa que había llegado con mucho retraso, mientras veía a los niños nadar y salpicarse en el río. Aquello me recordaba tanto a Carreckwater que me asaltó una ola de nostalgia. No podía evitar preocuparme por cómo estarían sobreviviendo mis queridos padres en aquel conflicto terrible. ¡Cómo anhelé estar con ellos en aquel momento! En la carta me decían que la señorita Phyllis y el señorito Robin crecían muy deprisa, y Robin tenía ya casi quince años. Volví al periódico para ver si veía alguna esperanza de que la guerra pudiera acabar pronto, antes de que lo llamaran también a él a filas. Me esforcé lo que pude por entender el ruso, pero acabé

por arrojar el periódico a un lado con disgusto.

—El periódico no da soluciones, solo historias de traiciones políticas. Me pregunto a qué se debe eso. —Creía estar sola e hice la pregunta en voz alta.

—No es fácil de explicar, pues Rusia tiene una historia larga y complicada, pero hay una conciencia creciente de ideas democráticas, traídas desde el oeste por activistas políticos.

Yo no sabía que el conde, al que nada le gustaba más que trabajar en su adorado jardín, estaba cerca de allí arrancando las malas hierbas de un parterre.

Hizo una pausa en su trabajo y se apoyó en la azada.

—También hay cada vez más resentimiento por la forma de tratar a los campesinos y las malas condiciones en las que viven miles de obreros. Además de eso, millones de campesinos han sido reclutados a la fuerza en el ejército, lo que ha provocado una seria escasez de mano de obra en las granjas y su correspondiente caída en la producción de alimentos. Como consecuencia, están subiendo los precios, también por el incremento incesante de los impuestos para pagar esta guerra. Pero los salarios no han mantenido el mismo ritmo. El país parece estar hundiéndose a toda velocidad en una depresión económica.

Yo escuchaba atentamente, agradecida de que el conde me tratara

con respeto suficiente como para tomarse la molestia de explicarme todo eso.

—Debe de ser muy doloroso para usted ver sufrir a su querido país.

Él se acercó y se sentó en la hierba a mi lado.

—Me gusta pensar que no soy totalmente indiferente a las preocupaciones de mis aparceros.

—He visto con mis propios ojos que no lo es —le aseguré.

Asintió.

—Te agradezco mucho tu ayuda y tu fe en mí, Millie. No obstante, ciertos miembros de la aristocracia siguen viviendo ajenos a esa escasez de comida y al hecho de que cada vez es más difícil

importar materias primas fundamentales.

—Quizá se deba a que, a diferencia de los pobres, ellos pueden permitirse pagar lo que sea necesario por la comida —dije, reprimiendo una sonrisa, porque era cierto que la condesa Olga no daba muestras de permitir que algo tan aburrido como una guerra estropeará sus placeres.

Jamás pensaba en nadie que no fuera ella misma, ni en los soldados que morían ni en los sirvientes que se esforzaban por encontrar suministros suficientes en las tiendas y mercados para cumplir con los requisitos de ella, y desde luego, tampoco en el conde, que lidiaba cada vez con más problemas en el *zemstvo*.

—¿Cree que la guerra acabará pronto? —pregunté, pues me sentía bastante cómoda con la conversación y el respeto creciente entre nosotros. Era un hombre tan amable que me enfurecía pensar en lo mal que lo trataba su esposa.

El conde negó con la cabeza con tristeza.

—La agitación está aumentando, Millie, no disminuyendo. ¡Quién sabe lo que ocurrirá!



En 1916, el valor del rublo había caído en picado, lo que provocó que los precios se dispararan todavía más, pero la condesa seguía ignorando

trivialidades tales como el coste o la disponibilidad y esperaba que la cena se sirviera con el mismo estándar que antes de la guerra. Cuando Anton sirvió sopa de col y pescado, en esa ocasión arenque relleno, por tercera vez en una semana, ella apartó su plato con disgusto.

—Tengo que salir de aquí —protestó la condesa—. Quizá a la Riviera francesa. Hace años que no visitamos nuestra villa de allí.

—Me temo que eso es imposible ahora —le informó el conde con calma. Los niños gimieron decepcionados. Les gustaba pasar vacaciones al sol y, a medida que se acercaba el otoño, en el piso de San Petersburgo hacía cada vez

más frío.

—¿Por qué? —quiso saber la condesa.

El conde atacó su pescado con placer, pero, por otra parte, seguramente él tenía más apetito porque se pasaba el día yendo y viniendo al Palacio de Invierno con sus asuntos ministeriales.

—Para empezar, estoy muy ocupado —repuso.

—¡Bah! Podemos arreglarnos muy bien sin ti.

Yo comía en silencio, ajena a sus discusiones. Sabía que la condesa preferiría que su esposo estuviera ausente, pues eso le permitiría embarcarse en una aventura romántica más mientras yo, por supuesto, me

ocupaba de los niños. Yo no tenía elección, claro, pero empezaba a perder la paciencia con que esperara de mí que encubriera sus indiscreciones. Habían pasado dos Navidades desde que me había impuesto la tarea extra de hacer de doncella personal suya y parecía haberse desvanecido la esperanza de encontrar una sustituta. Pero, estando en guerra, no me atrevía a protestar.

Las palabras del conde fueron un eco de mis propios pensamientos.

—No olvides que también está el problemilla de que hay una guerra en Francia —le recordó.

—No iremos para nada cerca del campo de batalla. Y en cualquier caso, estoy segura de que la guerra no es ni la

mitad de terrible de lo que sostienes tú.

—Es muchísimo peor.

—El conde tiene razón, milady. Debería quedarse a salvo en casa, aunque solo sea por la seguridad de los niños —dije yo, incapaz de seguir guardando silencio por más tiempo.

Él sonrió con gratitud, pero su esposa no se mostraba convencida.

—¡Necesito unas vacaciones! —gritó. Casi parecía que los soldados que luchaban y perdían la vida lo hacían a propósito para enojarla.

—No digas tonterías, Olga. Millie tiene razón, piensa en los niños. Tienes que abandonar esa idea.

Desgraciadamente, una vez que a la condesa se le metía algo en la cabeza,

nada le impedía conseguirlo, o, como en este caso, buscar una alternativa razonable. Puesto que la Riviera Francesa estaba fuera de su alcance, optó por Crimea. El clima era casi mediterráneo, con brisas marinas que impedían que fuera insoportablemente cálido en verano, y seguía siendo agradable en aquella época del año. El conde no protestó más, y a finales de septiembre, empaquetamos los baúles y partimos.

No me sorprendió descubrir que Dimitri Korniloff, el último amante de la condesa, estaba casualmente cerca de allí. Aunque la condesa mostraba la discreción suficiente para no dejar que lo vieran los niños, no intentaba ocultar

el hecho de que salía con él la mayoría de los días.

—¿Qué pasará si la necesitan los niños, milady? —pregunté uno de los primeros días.

—Estaré aquí para tomar el té con ellos y para darles las buenas noches.

—Pero ¿no querrá jugar a veces con ellos en la playa o ir a sitios de la ciudad con ellos?

Ella me miró con desdén.

—¿Ahora también estás cansada de cuidar de los niños y no solo de ser mi doncella personal?

—Por supuesto que no, pero les gusta pasar tiempo con su querida mamá —le recordé—. En particular cuando su papá no está con ellos.

La condesa salió de la estancia sin molestarse en contestar. A veces me trataba como si fuera invisible. Quizá habría sido mejor que lo fuera, en lugar de abrir la boca cuando no debía.



El conde se reunió con nosotros en Navidad, ansioso también por escapar unos días de Petrogrado, lo cual estuvo bien, porque parecía necesitar un descanso. El clima en la ciudad era muy frío, pero allí en Crimea los inviernos eran mucho más suaves, pues estábamos protegidos de lo peor de los vientos del norte por las montañas, aunque a menudo había nieve en las laderas altas que dominaban la ciudad. Admito que

todo aquello me gustaba y me divertí ayudando a los niños a hacer farolillos de papel y petardos caseros de Navidad. Trajeron un árbol del bosque, y lo decoramos con castañas y bombones envueltos en papeles de oro y plata. Después pusimos velas en las ramas más bajas, donde podíamos alcanzarlas con facilidad. Pero como yo no deseaba que corriéramos el riesgo de prender fuego, coloqué cerca un palo largo con una esponja mojada pegada en el extremo, por si acaso.

Los niños colgaron calcetines en la chimenea y, de acuerdo con la tradición, *Nianushki* puso unas botas de agua en la rejilla vacía, que más tarde tendrían nieve alrededor para que los niños

supieran cuándo había llegado Santa Claus.

El día de Navidad por la mañana, los llevé al bosque a recoger acebo, muérdago y hiedra para decorar la casa. Esas plantas no crecen en el norte de Rusia, donde el clima es demasiado frío, así que para mí fue emocionante tener ecos de las Navidades de casa, de mi querida Inglaterra.

Mientras los niños y yo enrollábamos la hiedra alrededor de la barandilla de la escalera, Stefan se subió a una escalera para colocar el acebo y el muérdago encima de los marcos de los cuadros y de las puertas. Una vez hubo terminado, me llamó.

—¿Crees que es suficiente?

Casi no tuve tiempo de contestar antes de que me diera un beso. A los niños les hizo gracia y aplaudieron, riendo a carcajadas. A mí no me hizo tanta gracia, y menos cuando sonó una voz detrás de nosotros en el pasillo.

—Ah, ¿o sea que esto es lo que ocurre cuando me doy la vuelta?

Demasiado sobresaltada para responder, hice una reverencia con cuidado de dejar la cabeza baja para que la condesa no pudiera ver mis mejillas sonrojadas.

—Mira lo que has hecho —le espeté a Stefan.

La condesa se acercó con aquella gracia suya, elegante y magnífica como siempre con un vestido de satén dorado

bordado con perlas. Llevaba varias vueltas de perlas colgadas al cuello, sobre un escote cortado muy bajo. Los condes asistían esa noche a un baile de Navidad y debo confesar que nunca la había visto tan hermosa. Se colocó debajo del muérdago y miró a Stefan con aire provocador.

—¿Aquí es donde debo estar para mi beso de Navidad? —preguntó.

El bochorno de Stefan resultaba patente. Una mancha de color escarlata cubría su garganta y me lanzó una mirada de súplica. Yo, que lo compadecía mucho por la situación incómoda en la que lo había colocado la condesa, intenté intervenir.

—Está nevando fuera, milady. Si está

preparada para partir, ¿voy a buscar su abrigo y las pieles?

Ella ni siquiera me miró. Cuando me ordenó que lo hiciera, tenía la vista clavada en el objeto de su deseo, en mi adorado Stefan. Parecía que, lejos de haberlo salvado, yo había creado accidentalmente la necesidad de dejarlo a solas con ella. Nos salvó Serge, quien soltó una carcajada.

—Usted no se atrevería a tocar a mamá —dijo.

Le siguió un silencio, pues ni siquiera su madre, estupefacta, supo cómo responder a la réplica de su hijo.

Stefan, sin embargo, se apresuró a aprovechar la situación. Su alivio resultaba palpable.

—Su hijo tiene muchísima razón, milady. Eso estaría totalmente fuera de lugar —dijo. Hizo una pequeña reverencia, tomó la escalera debajo del brazo y se alejó con calma.

Yo casi podía sentir la furia de la mujer mientras corría escaleras arriba a buscar el abrigo y las pieles.



Había pasado otra Navidad y la guerra en Europa continuaba sin que hubiera ni una señal de paz en el horizonte. Cuando llegó el Año Nuevo, cansada de las exigencias sobre mi tiempo y mi discreción provocadas por mis deberes de doncella personal, que ya habían durado mucho más tiempo de lo

acordado, solicité educadamente un aumento de sueldo.

La condesa se echó a reír, sin duda divertida por lo que percibía como una muestra de impertinencia. El dinero, como yo sabía muy bien, no significaba nada para ella, pero al mismo tiempo, odiaba dárselo a otras personas. En su opinión, los pobres podían seguir siendo pobres, pues solo ellos tenían la culpa de estar en esa situación, y desde luego, no era asunto de ella.

—¿Qué te hace pensar que mereces un aumento? —me preguntó.

—El hecho de que estoy haciendo dos trabajos —le recordé—. Sigo siendo institutriz de sus hijos y también hago de doncella personal, a pesar de que

acordamos que ese último trabajo sería solo temporal. Pero no se ha hecho ningún intento por encontrar una sustituta y milady sabe muy bien que no me siento cómoda en ese puesto.

Esa vez no se rio, sino que frunció el ceño con furia.

—Yo decidiré cuándo quedas libre de ese deber, y tu comodidad no me interesa ni lo más mínimo.

Pero yo estaba decidida a imponer mi criterio. Enviaba dinero regularmente a mis padres y sabía que lo invertían con cautela para cuando llegara el momento de mi regreso definitivo a casa. A veces mi anhelo por Los Lagos y la preocupación por mi familia en aquella época difícil me resultaban

insoportables, a pesar de que sentía un creciente cariño por Rusia. Y desde luego, no tenía intención de permitir que se aprovecharan de mí.

—Quiero recordarle educadamente a milady que, si tengo que cumplir con los deberes de ambos puestos, debería pagarme en consonancia con eso.

—Me parece que te crees demasiado importante, Dowthwaite.

—En ese caso, ¿quizá no necesita mi ayuda ni mi discreción y lealtad después de todo? —pregunté con temeridad.

La condesa Olga comprendió perfectamente el desafío que había detrás de esas palabras, pues su estatus y su honor dependían de mi silencio. También tenía una gran habilidad para

ignorar la realidad y no responder a preguntas difíciles.

—¿Dónde están mis perlas? — preguntó de pronto, empezando a revolver entre el barullo que había en la cómoda.

Irritada por el modo en que ignoraba mi petición de un aumento, le hablé con un tono más brusco de lo habitual.

—En la caja fuerte, donde deben estar. —Fui a buscarlas. No obstante, para mi sorpresa y consternación, no vi ni rastro de ellas. Como era consciente de que la condesa a veces era muy descuidada con sus joyas y a menudo las dejaba en cualquier parte, no me asusté mucho—. Deben estar por aquí —dije, irritada—. ¿O se las ha prestado a

alguien?

—Esto es culpa tuya, Dowthwaite, debido a tu incompetencia. Es tu trabajo mantener mis joyas seguras, así que has tenido que perderlas tú —me acusó con frialdad—. O te las has quedado para ti.

Di un grito ahogado.

—¿Está sugiriendo que me las he llevado yo? Yo jamás haría algo así. No he tocado sus perlas —dije, defendiéndome acaloradamente.

—¿Acaso no estabas intentando chantajearme ahora mismo? ¿Por qué no te voy a creer capaz de cualquier cosa?

Hubo un largo silencio expresivo, durante el cual reconocí el peligro al que me había conducido mi temeridad y el modo tan inteligente en el que ella

había dado la vuelta a la situación.

—No sé a qué se refiere, milady — dije con rostro inexpresivo—, pero seguiré buscando sus perlas. Deben de estar en alguna parte.

La condesa, convencida de mi culpabilidad, me castigó negándose a hablarme durante el resto de ese día y del siguiente. En lugar de eso, me dejaba notas con instrucciones sobre la cómoda. Y todas las noches, en la cena, cuando llegaba el momento de que me sirvieran a mí, no quedaba comida.

—¿Qué voy a hacer? —pregunté a Stefan, sollozando—. Aparte de otras consideraciones, tengo hambre. Tengo que ir a hurtadillas a la cocina a pedirle comida al chef, y Anton tiene miedo de

ofender a la condesa, así que no se muestra especialmente generoso. ¿Cómo puedo convencerla de mi inocencia? Estoy segura de que está a punto de despedirme, si no muero antes de hambre.

Él me abrazó y me besó en la frente. Me hacía sentirme tan segura en sus brazos que quería quedarme allí para siempre.

—Puedes hablar con el conde y pedirle su apoyo. O eso o encontrar las condenadas perlas.

—Es una buena sugerencia. Él siempre ha sido muy amable conmigo.

Confiaba en el conde, pues él poseía el sentido común y la estabilidad de los que carecía su esposa. Asumía que se

había casado con Olga por deber, ya que había pocas muestras de amor entre ellos. Su unión habría sido, sin duda, concertada por la familia de él, pues el conde tenía título y contactos, y la condesa era una heredera rica, como me había contado *Babushka*. Él debía de ser muy joven entonces, pues yo calculaba que todavía no había cumplido los cuarenta. Yo lo admiraba enormemente porque cuidaba de sus empleados y aparceros y era un buen padre para sus hijos. ¡Qué terrible desperdicio ser un hombre atractivo atrapado en un matrimonio desgraciado!

Tal y como esperaba, se mostró comprensivo con mi problema, pero movió la cabeza con tristeza y dijo que

había poco que pudiera hacer para ayudarme.

—Mi esposa tiene un modo propio de hacer las cosas y yo casi nunca intervengo. Admito que es bastante descuidada con sus pertenencias y estoy seguro de tu inocencia. Hablaré en tu favor si llega a ser necesario, Millie.

—Gracias, señor. —Siempre me conmovía que me llamara por mi nombre de pila y agradecía que creyera en mí. Parecía que eso era todo lo que podía esperar.

Y de pronto, al día siguiente, llegó Irina corriendo con el collar de perlas en las manos.

—Mire lo que he encontrado, *barishnia*. Se han caído de la bolsa de

pesca de Serge cuando se la estaba guardando.

El chico negó con mucho vigor.

—Yo no toqué las perlas de mamá — insistió—. No sé cómo llegaron allí. Juro que esto no ha sido una de mis bromas. Y tampoco creo que las robara usted, *barishnia*.

Le sonreí con gratitud, deseando creerlo.

—Gracias, señorito Serge. Me alegra mucho oír que confía en mi inocencia. Me reconforta saberlo. Supongo que las perlas cayeron en su bolsa por accidente. No hablemos más del asunto.

Pero ¿había sido un accidente o una broma pesada más? En contra de todas las pruebas anteriores del

comportamiento del chico, había algo sincero en la negativa apasionada de Serge. Era más probable que la condesa se hubiera metido en el bolsillo las condenadas perlas para castigarme por haberme enfrentado a ella y después las hubiera dejado caer en la bolsa de su hijo. Pero, por una vez, parecía que no le había salido bien mezclar a su hijo en su desagradable plan de venganza.

CAPÍTULO 20

Regresamos a Petrogrado en los primeros días del año. La ola de frío que había descendido durante la Navidad empeoró aún más, con bancos sólidos de nieve y hielo bloqueando los caminos y carámbanos colgando de los tejados. No era fácil hacer que los niños estuvieran contentos, pues enseguida se volvieron irritables y peleones como consecuencia de pasar demasiado tiempo encerrados, a excepción de alguna tarde que otra en que patinaban sobre el río Neva congelado o jugaban a deslizarse sobre el hielo en el parque.

Mientras la condesa se retiraba a

descansar y yo me disponía a desempaquetar las cosas, el conde se marchó sin demora al Palacio de Invierno para continuar con sus deberes. Regresó más tarde con la sorprendente noticia de que Rasputín había sido asesinado el 29 de diciembre.

—Al parecer, el hombre estaba tomando vino de Madeira y pastel con el príncipe Yusupov y un par de camaradas suyos cuando fue presuntamente envenenado.

—¡Santo cielo! —dijo la condesa—. ¿Estás diciendo que el responsable fue el príncipe?

—No digo nada de eso, ni nadie más debería decirlo —nos advirtió el conde—. Es cierto que el príncipe Yusupov y

el gran duque Dimitri están bajo arresto domiciliario mientras se investiga el asunto. Debemos esperar el resultado de esa investigación, pero sea quien sea el autor, estaba decidido a acabar con él de un modo u otro. Como el veneno no tuvo un efecto inmediato, suponiendo que hubiera de verdad cianuro en su comida, le dispararon y después lo arrojaron al congelado río Neva, donde se ahogó. Desde luego, el asesino se había propuesto eliminarlo, pero al parecer el hombre no se lo puso fácil.

El conde había reunido a todos los empleados, una vez acostados los niños, y su historia nos horrorizó a todos. Permanecimos un momento en silencio, pensando en las ramificaciones de la

pérdida del *staretz* favorito de la zarina, con sus ojos magnéticos y su increíble habilidad para haber impedido que el zarévich muriera desangrado en más de una ocasión.

—Era un charlatán y estaba loco, así que supongo que no es una mala cosa — señaló la condesa, con cierto desprecio, como si la vida de un hombre no tuviera importancia aunque hubiera sido un monje y un consejero de la familia real —. La tonta de Alix se estaba obsesionando demasiado con él.

El conde no la contradijo.

—No obstante, he detectado un cambio en la opinión pública, una extraña mezcla de expectación y celebración en el ambiente, como si la

muerte de Rasputín liberara en cierto modo a la gente.

—Supongo que el asesinato podría dar un incentivo a los revolucionarios en potencia para tomar el poder como llevan tiempo anhelando —dijo Stefan—. ¿Por qué iban a confiar en un hombre que cree en el derecho divino a gobernar o en una mujer que ha estado obsesionada con un monje loco?

—A mí también me preocupa eso, Stefan. —El conde parecía muy preocupado—. Me temo que el carácter tímido y retraído de la zarina no le ha hecho ningún favor. Es bastante triste, pero no es de extrañar que la gente la acuse de ser fría. Algunos miembros de la familia incluso han sugerido que la

envíen a un convento.

—Pero ¿acaso eso es justo? —
intervine yo, hablando cuando no debía,
como de costumbre.

—Millie asegura que no entiende
nada de política, pero siempre tiene algo
que decir al respecto —apuntó Stefan
con una sonrisa burlona.

—Yo solo sé lo que he aprendido
oyendo a *Babushka* narrar sus recuerdos
de cuando trabajaba como dama de
compañía en el palacio, que a mí me
resultan fascinantes. Pero sí, creo que la
zarina es vilipendiada innecesariamente.

El conde me hizo un gesto de aliento
con la cabeza.

—¿En qué sentido, Millie?

Sonrojándome de vergüenza al

sentirme el centro de atención, me esforcé por ordenar mis pensamientos.

—La gente la acusa de toda clase de cosas, por ejemplo, de ser una alemana traidora, cuando está claramente haciendo todo lo que puede por su país de adopción, como convertir palacios reales en hospitales de campaña y trabajar para conseguir su certificado de la Cruz Roja. —Que era más de lo que se podía decir de la condesa.

—Eso es cierto. A la zarina se la puede ver en los hospitales casi cada día con su uniforme blanco, presenciando todos los horrores de la guerra de primera mano sin protestar.

—¿Y no es también responsable de dirigir el país mientras el zar está fuera

al mando de las fuerzas militares?

El conde hizo una mueca.

—Sí, pero, desafortunadamente, eso no lo hace muy bien. El problema es que la querida Alix, una madre y esposa entregada, se muestra demasiado protectora con su esposo. Está tan decidida a que ningún miembro del Gobierno pueda desafiar la autoridad del zar, que elige ministros débiles y cuyo único deseo es ganarse el favor del zar, lo cual, por desgracia, divide todavía más a la nación.

—Ah, entonces Stefan tiene razón. No entiendo de política.

El conde me dio una palmadita en el hombro con una sonrisa.

—Tú al menos lo intentas, querida

Millie.

Yo podía haber hecho más preguntas, pero como la condesa me lanzó una de sus miradas feroces, guardé silencio, temerosa de tener que volver a pasar hambre.



En los días y semanas siguientes la condesa se quejó a menudo de que no se sentía bien. Por la mañana permanecía más tiempo en la cama y constantemente pedía cosas de comer durante el día debido a su dolor de estómago. Hasta abandonó su pasión por los baños fríos, que consideraba buenos para la piel, y los cambió por dos baños calientes al día. Yo procuraba que los niños tomaran

uno todas las noches, debido al frío terrible, y les daba una taza de chocolate caliente a cada uno antes de acostarlos. Una noche en que le llevaba la taza a Irina, encontré a la niña acurrucada al lado de la puerta de los aposentos de su madre.

—¿Qué hace ahí? —la reñí con suavidad, con cuidado de no alzar la voz por si nos oía la condesa.

La niña se llevó un dedo a los labios para pedirme silencio. Tenía tanta inseguridad, que la combatía escuchando en secreto las discusiones de sus padres. Era una diablilla, para nada el ángel que describía su padre.

—¿Mamá se va a marchar? —preguntó en un susurro.

—¡Por Dios! ¿Qué tontería es esa? — pregunté yo. Pero cuando le tomé la mano, me di cuenta de que sus padres estaban inmersos en una pelea furiosa y no hacían ningún esfuerzo por bajar la voz.

—¿Y qué si tengo una aventura con Dimitri Korniloff? ¿Qué te importa eso a ti? Tú tampoco has sido precisamente inocente en ese sentido.

—Si yo violé los votos matrimoniales, fue solo porque tú me rechazaste desde el principio, destruyendo cualquier confianza posible entre nosotros desde el primer día de nuestro matrimonio.

—A ti no te importaba nada yo, solo complacer a tu padre y que se sintiera

orgullosa.

—Una tarea en la que claramente fracasé, gracias a tus mentiras.

La condesa se echó a reír como si acabara de oír algo muy gracioso.

—Deberías haberte enfrentado a tus padres y haberte casado con esa estúpida de Mavra Obelenski. ¡Qué tragedia fue que muriera!

—Basta ya, Olga. No pronuncies su nombre.

—Quiero el divorcio, Vaska, y haré lo que haga falta con tal de conseguirlo.

El conde murmuró algo que no pudimos oír. Tomé la mano de Irina e intenté llevármela de allí, pues aquella no era una conversación que debiera oír una niña. Se resistió firmemente.

—No, *barishnia*, necesito oírlo.

—Venga conmigo, por favor —
supliqué a Irina. No quería verla sufrir.
Pero entonces sonó la voz de su padre y
las dos nos quedamos paralizadas.

—No te equivoques. Si cometes la
estupidez de fugarte con ese hombre, tu
reputación y tu estatus quedarán
arruinados y te dejaré sin un solo kopek
a tu nombre.

—No te atreverías.

—No me subestimes, Olga. También
me aseguraré de que no tengas ningún
contacto con los niños, ni siquiera con tu
querido hijo.

Tomé a Irina en brazos y la llevé
rápidamente a la cama, sin hacer caso de
sus intentos por soltarse. Cuando se

tranquilizó y empezó a sorber el chocolate caliente, aunque con expresión malhumorada, me senté a su lado en la cama.

—No debería escuchar las tonterías que dicen los adultos. A veces se enfadan mucho entre ellos, pero es como cuando usted tiene una pelea con Serge. Las cosas no están tan mal como suenan.

Ella me miró con una sabiduría que resultaba alarmante en unos ojos tan jóvenes.

—El divorcio debe de ser una cosa muy mala si mamá no volviera a vernos. ¿Por qué lo quiere, entonces?

Eso mismo me preguntaba yo. Le sonreí con confianza y la tapé con las mantas.

—Su querida mamá quizá no lo estaba considerando como es debido. ¿No decimos todos tonterías cuando estamos enfadados por algo? Y ahora, ¿qué historia quiere que leamos esta noche? ¿Qué tal *Polly, una chica no anticuada*? Creo que será divertido.

Leí hasta que a Irina se le cerraron los ojos y se quedó dormida; dejé la luz de noche encendida y salí sin hacer ruido. Solo entonces me permití pensar si la condesa dejaría de verdad al conde y qué sería de todos nosotros si lo hacía.



La relación entre la pareja se volvió todavía más tensa, casi tan fría como el clima. La palabra «divorcio» no volvió

a mencionarse, así que asumí que la condesa se había echado atrás, temerosa quizá de perder su posición en la sociedad rusa. Yo me mantenía alejada de ella todo lo que podía y pasaba más tiempo de lo normal en la Capilla Británica y Americana con mis amigas.

—El veintitrés de febrero será la fiesta del Día Internacional de la Mujer en Petrogrado —anunció Ruth cuando estábamos disfrutando del pastel y de los cotilleos habituales—. A menudo celebramos el día con una comida o los seres queridos nos compran flores o nos envían una postal. En 1913 las mujeres se manifestaron por el derecho a votar. Este año habrá una manifestación para protestar por el elevado precio del pan.

Participarán muchos obreros textiles, amas de casa y mujeres que luchan por alimentar a sus familias. ¿Quién quiere unirse a ellos?

—Somos británicas. ¿No pondrían objeciones a que nos uniéramos? No tenemos hijos y tenemos la suerte de no tener que comprarnos nuestro propio pan —protestó Ivy, que prefería una vida tranquila.

—Pero eso no es razón para no apoyar a nuestras hermanas en los momentos difíciles, ¿verdad? Yo estoy dispuesta a caminar con ellas para protestar, a llevar una pancarta o algo así —señaló Ruth.

—Yo también —dije, recordando la angustia que había visto en la cara de la

mujer campesina cuando la condesa le había negado unos cuantos kopeks para alimentar a sus hijos, mientras que ella daba a los suyos una pequeña fortuna para comprar dulces todos los días.

—A mí no me importa unirme — declaró otra.

—A mí me parece una buena causa.

Se alzaron varias manos más y pronto empezamos a escribir carteles con mensajes poderosos que rezaban: «Nuestros hijos tienen hambre» o «Necesitamos comprar pan».

Cuando llegó el día, me sorprendió la cantidad de gente que se congregó. Había también algunos hombres, pero la mayoría eran mujeres: centenares de trabajadoras textiles habían tomado las

calles, agitando los carteles que llevaban o proclamando su mensaje, gritándolo lo más alto posible: «Pan», «Fin a la guerra» e incluso «Abajo la autocracia».

Las mujeres congregadas en la esquina de Bolshoi Prospekt y la calle Gavanskaia parecían desesperadas, con las mejillas hundidas y agotadas, muchas eran esqueletos andantes y, aun así, alimentar a sus hijos seguía siendo su prioridad. Me sentí profundamente conmovida, llena de admiración por su coraje y determinación cuando empezaron a golpear puertas exigiendo a los panaderos que bajaran los precios o les dieran pan allí mismo para dar de comer a sus hijos hambrientos.

—Necesitamos sueldos decentes para poder comer —gritaban.

—Es una desgracia que no podamos permitirnos comprar pan.

—Nuestros hijos pasan hambre.

—¿De verdad pasan hambre sus hijos? —pregunté a la mujer que había a mi lado—. Ojalá tuviera dinero para ayudarla.

—Ayuda solo con estar aquí, y sí, mis hijos se consideran afortunados si tienen sopa de col o algo de estofado de alubias una vez al día. El precio de la leche, la mantequilla y los huevos hace que sea imposible comprarlos. A veces puedo permitirme comprar unas pocas patatas para añadirlas a las alubias.

—Y el Gobierno sigue imprimiendo

más dinero, lo cual hace que suban todavía más los precios, mientras nuestros sueldos están estancados —añadió su amiga—. Yo me he visto obligada a recoger hojas de diente de león y ortigas para hervirlas y hacer una sopa para mis hijos.

Las mujeres, envueltas en largos abrigos viejos y bufandas para protegerse del frío, caminaban en masa por las calles llevando pancartas en grupos. Aunque habían retirado la mayor parte de la nieve, yo seguía sintiendo el hielo bajo los pies cuando marchábamos detrás de las mujeres, formando un pequeño grupo de simpatizantes, mientras la gente miraba y aplaudía al paso de la manifestación.

—¡Abajo la guerra! —gritó alguien.

—¡Abajo el hambre!

—¡Larga vida a la revolución! —El último grito surgió de un grupo de agitadores que había aparecido de pronto.

De pronto, el número de gente creció y la manifestación cobró un impulso propio cuando se unieron a las mujeres obreros de fábricas que pedían modernización y mejores condiciones laborales, pues estas habían empeorado por culpa de la Gran Guerra en Europa. Un número cada vez mayor de huelguistas entró entonces en el centro de la ciudad, procedentes al parecer del distrito Viborg y de otras zonas industriales, y cruzaron incluso el

congelado río Neva, o eso nos dijeron nuestras compañeras de la marcha.

—Yo creía que esta manifestación era solo por el precio del pan. Me parece que ahora ya es mucho más que eso —murmuré cuando Ruth y yo nos agarramos del brazo para evitar que nos separaran.

—Eso parece —asintió ella en voz baja, en el silencio inquietante que nos rodeaba—. Oí que hace unos días cientos de obreros empezaron una huelga en uno de los talleres de la gigantesca fábrica Putilov. Pedían un aumento de sueldo y exigían que readmitieran a unos compañeros que habían sido despedidos. Otros miles de personas más de la fábrica se unieron a

ellos, pero la respuesta de los directores fue cerrar las puertas dejándolos a todos fuera. A continuación, ellos pidieron a otros obreros que los apoyaran, y me parece que lo están consiguiendo. Eso podría ser peligroso si intervienen las autoridades.

—Espero que te equivoques —dije yo. Empezaba a ponerme nerviosa.

Apenas acababa de hablar cuando llegaron policías montados y lanzaron a sus caballos entre la multitud en un intento brutal por dispersarla, al tiempo que golpeaban a la gente con las espadas planas. Pero en cuanto terminaban de pasar, la gente volvía a cerrarse tras ellos, formando un grupo tan sólido como el hielo bajo nuestros pies.

Era terrorífico y emocionante al mismo tiempo. Me gustaba mucho el pueblo ruso y mi corazón estaba con ellos, sobre todo con las madres y sus hijos. Serge e Irina no podían imaginar ni por un momento lo que debía de ser pasar hambre, puesto que los dos estaban muy bien alimentados, como revelaban sus mejillas regordetas y sonrosadas.

Yo había organizado que *Nianushki* los llevara a los Jardines Catalina con el pretexto de que tenía que preparar lecciones y necesitaba un descanso. Nadie sabía que estaba participando en lo que había empezado como una sencilla marcha de protesta. Por supuesto, la condesa no, pero tampoco

Stefan, pues había temido que me impidiera asistir. Pero aunque no me lo habría perdido por nada, sabía que corría un gran riesgo solo con estar allí.

—Debería volver antes de que me echen de menos y antes de que esto se ponga peor —dije.

—Tienes razón —repuso Ruth—. Ya hemos aportado nuestro granito de arena. Vámonos de aquí.

Cuando empezábamos a salir de la manifestación, nos encontramos el paso bloqueado por otro policía montado. Tiré de Ruth para apartarla del camino del caballo, pero el policía la golpeó en los hombros con la espada plana y ella cayó al suelo.

—¡Ruth!

Casi no podía ver a mi querida amiga entre la masa de pies y cascos de caballos que la rodeaban. Pasaron unos momentos terroríficos hasta que conseguí agarrarla y ayudarla a levantarse. Estaba pálida, había perdido el sombrero y estaba cubierta de nieve y suciedad. La vi tan mareada que temí que se desmayara en cualquier momento. Por suerte, Ivy emergió de entre la multitud, la tomó del otro brazo y juntas salimos de la manifestación como pudimos, llevándola casi en volandas entre las dos.

Cuando le pregunté si se encontraba bien, su murmullo de respuesta no fue nada alentador.

—Tiene que verla un doctor —dije.

—Bien. Vamos a buscar un tranvía para el hospital —contestó Ivy. Nos llevó a una calle lateral, pero, para nuestra desgracia, no circulaban tranvías, así que nos vimos obligadas a caminar hasta la Capilla Británica y Americana, donde por fin examinaron a Ruth.

—Aparte de algunos moratones, no tiene heridas importantes —nos informó la enfermera.

—¡Gracias a Dios! —Miré a Ruth—. ¿Ha sido una locura participar en esa marcha?

Ella sonrió, negó con la cabeza e hizo una mueca de dolor.

—No, era lo que había que hacer. La protesta era necesaria. Me alegro mucho

de que hayamos ayudado en lo que hemos podido. Yo estaré bien.

Más tarde, cuando entré en la casa con cuidado de que la condesa no se enterara de que había estado fuera sin su permiso, sentí un resplandor interior por haber participado en una manifestación tan importante. Recé para que las mujeres hubieran lanzado con éxito su mensaje y que empezaran a repartirse pronto raciones de emergencia a fin de ayudar a las familias que pasaban hambre.

CAPÍTULO 21

Ese día no vi a Stefan hasta la noche, pues a mi regreso tuve que correr para ponerme al corriente con mi trabajo habitual y que pareciera que había estado ocupada en la casa todo el día. Vi a los niños, asistí a la condesa cuando se preparó para salir a pasar la velada fuera como de costumbre y disfruté de un muy apreciado vaso de té con *Nianushki*, servido con una rodaja de limón, mientras escuchaba solo a medias lo que explicaba sobre las aventuras de los niños en el parque, sin contarle yo nada de lo que había hecho.

Stefan, sin embargo, era diferente.

Estaba deseando contárselo a él.

Me esperaba en el cuarto de lavar, que era donde solíamos encontrarnos en secreto cuando estábamos en la ciudad. En cuanto entré, me tomó en sus brazos y me besó. Necesitábamos ser siempre tan cuidadosos, portarnos siempre tan bien, que era un alivio poder responder al beso sin miedo a ser observados. Sus besos me aceleraban el corazón, me hacían querer mucho más, y cuando él hizo una pausa para tomar aliento, dejamos los dedos entrelazados y nos miramos profundamente a los ojos, que era como nos decíamos lo que no podíamos decir con palabras.

—¿Dónde has estado? —preguntó—. Te he buscado todo el día.

Me eché a reír.

—Si te lo dijera, no te lo creerías.

Algo en mi voz debió delatarme.

—Has estado allí, ¿verdad? ¿En esa manifestación de la que habla todo el mundo? Te has escapado de casa para verla.

—En realidad, he participado en ella —dije yo.

—¡Santo cielo! ¿Por qué no me dijiste que ibas a ir?

—Para que no me lo impidieras.

Se echó a reír.

—Me subestimas, Millie. Estoy muy impresionado. Bien hecho.

—Yo también estoy orgullosa de mí misma —admití—, aunque agotada por todo lo que hemos caminado. Parecía

que valía la pena ir, aunque está por ver si ha servido de algo. Espero que sí, porque hay niños que de verdad están pasando hambre. El zar tiene que solicitar cuanto antes raciones de comida de emergencia.

—Eso lo creeré cuando lo vea —murmuró Stefan—. Pero ¿y nosotros? ¿Cuánto tiempo más vamos a estar atados a estos autócratas?

El resto de nuestra preciosa media hora a solas lo pasamos soñando un futuro juntos, aunque aún estaban por decidir los cómo, los porqués y los dónde.

Un par de días después estaba trabajando con los niños en el aula como de costumbre, cuando Serge alzó la vista

y preguntó:

—¿Qué es ese ruido?

Irina corrió a mirar por la ventana.

—Hay mucha gente, *barishnia*.

¿Adónde van todos?

Me reuní con ella y vi que tenía razón. Y era bastante evidente adónde se dirigían. Las manifestaciones habían ido creciendo diariamente hasta proporciones cada vez más peligrosas, y Stefan nos había dicho durante el desayuno que Rusia estaba ahora en la agonía de una huelga nacional.

Pero no expliqué nada de eso a Irina. La devolví a su asiento y dije con voz animosa:

—Van a una reunión importante. No tiene nada que ver con nosotros, pero

estoy de acuerdo en que resulta perturbador, así que hoy no haremos más aritmética, sino que seguiremos tejiendo para los soldados. Señorito Serge, usted puede escribirles cartas. Los soldados del frente se merecen todo el apoyo que puedan conseguir.

Nianushki y yo nos dispusimos a ayudar a los niños en esas tareas. Un rato después estaba tejiendo un pasamontañas con el que llevaba tanto tiempo que había empezado a pensar que no lo acabaría nunca, cuando de repente sonaron los primeros disparos.

Me quedé paralizada. La pobre niñera anciana casi se cayó de la silla por el shock. Irina rompió a llorar y Serge pareció asustado.

—¿Quién está disparando? —gritó. Corrió a la ventana, pero yo me apresuré a apartarlo.

—No se acerquen a las ventanas, por si acaso —dije—. Quédense aquí con *Nianushki* mientras voy a averiguar lo que ocurre.

Corrí al pasillo y tropecé con Stefan, que venía a ver si estábamos bien.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que sucede? —pregunté.

—No tengo ni idea. No puedo ver nada desde aquí. —Me miró con frustración, con el rostro muy pálido—. Voy a salir a investigar. No tardaré mucho.

—No, no lo hagas —grité, agarrándolo. Y los dos nos dejamos caer

instintivamente de rodillas cuando el terrible sonido de los disparos sonó más fuerte que nunca.

Nos miramos horrorizados.

—No estarán disparándoles a los manifestantes —musité con incredulidad.

—Esto me recuerda mucho a lo que ocurrió en 1905.

—Entonces no debes salir o podría ocurrirte a ti lo que le ocurrió a tu padre. Por favor, no te arriesgues, te lo suplico, Stefan. ¿Qué haría yo si...? — Me atraganté con las palabras, incapaz de expresar mis miedos en voz alta—. Espera al conde. Está en el Palacio de Invierno y sin duda podrá contarnos más cuando venga a casa.

—Tengo que ir. Quizá yo pueda ayudar.

—No, Stefan, por favor.

Nos habíamos visto obligados a alzar la voz porque continuaban los disparos y, mientras discutía con él, se abrió la puerta de los aposentos de la condesa y esta apareció. Estaba desaliñada y pálida, no tan elegante como solía, como si el ruido la hubiera despertado de un sueño profundo. Se acercó a la barandilla y nos preguntó a gritos qué ocurría, insinuando que teníamos la culpa de haberla molestado. Esos días parecía estar de un mal humor permanente.

—Son los manifestantes, milady. Parece que les está ocurriendo algo

terrible.

Dio una palmada y suspiró aliviada.

—Ah, ¿eso es todo? Esa gente horrible se merece todo lo que les pase.

Me adelanté un paso, sin hacer caso de los intentos de Stefan por detenerme.

—¿Cómo puede decir eso? Hay niños que pasan hambre, hombres y mujeres que trabajan muchas horas por una miseria, que pierden su empleo y no tienen dinero para alimentar a sus familias. A usted no le falta de nada porque es rica, pero ¿y si no lo fuera? ¿Se quedaría quieta viendo sufrir a sus hijos y quizá morir?

Me miró fijamente con los ojos entrecerrados y una furia helada, y supe al momento que había cometido un grave

error.

—¿Y cómo es que sabes tanto de esa supuesta manifestación, Dowthwaite?

Oí que Stefan lanzaba un gemido bajo, pero ya nada podía detenerme. Recordé las mejillas hundidas de las mujeres, su aspecto demacrado y el miedo de sus voces cuando gritaban bajo los golpes de la policía montada. Alcé la barbilla con orgullo y miré a la condesa a los ojos.

—Estuve allí. Oí sus historias, vi su miseria y su desesperación. Hay que hacer algo.

A esa declaración siguió un silencio profundo, que fue interrumpido por un portazo de la puerta principal y el sonido de los pasos del conde subiendo

las escaleras a toda prisa. Nos iba llamando, preguntando si estábamos bien.

—Hablaré contigo más tarde —
murmuró la condesa.



El conde confirmó nuestros peores miedos. Nos dijo que los soldados habían abierto fuego por orden del zar.

—A Nicolás le informaron de la situación y la Duma le suplicó que ordenara el reparto de raciones de comida de emergencia. Por desgracia, declinó hacerlo. En vez de eso, envió un mensaje a la policía con orden de que «pusiera fin a los desórdenes en la capital antes de mañana». Ellos

intentaron obedecer con valentía, poniendo en riesgo sus propias vidas, pero la gente corría a esconderse en los patios y volvía a las calles en cuanto los disparos cesaban. Al final han muerto más de doscientas personas.

Todos estábamos sobrecogidos por el horror. Yo pensaba que podíamos haber sido Ruth y yo, cuando nos habíamos unido alegres y animosas al comienzo de la protesta unos días atrás.

—¿Y ahora qué? —preguntó Stefan.

El conde movió la cabeza con desesperación.

—Esto podría empeorar mucho más. Los líderes políticos no comprenden el verdadero peligro ni siquiera ahora. Creen que tienen controlada la situación.

Tampoco el zar comprende lo precario de su posición.

Esa noche no dormimos, aunque, como miles de ciudadanos asustados, estábamos a salvo detrás de puertas cerradas. El conde estaba en lo cierto. Las cosas empeoraron. El regimiento que había participado en el tiroteo, asqueado por lo que se había visto obligado a hacer, cambió de bando y se unió a los manifestantes. Otros no tardaron en hacer lo mismo.

Cuando llegó el uno de marzo, se habían unido ya 170.000 soldados. El hedor del miedo y los cuerpos en descomposición lo inundaba todo, y la bandera roja estaba por todas partes. Los manifestantes atacaron cárceles y

comisarías, liberaron a los presos y su número creció como la espuma. La ley y el orden habían dado paso a lo que ya se llamaba una revolución.



A la condesa no le interesaba lo más mínimo la agitación que había a su alrededor, aunque estuviera muriendo gente. Estaba demasiado ocupada ejerciendo su poder, mirándome a los ojos con mirada fría y dura mientras manifestaba claramente su ira por mis recientes acciones.

—Jamás vuelvas a mezclarte en algo así, ¿me comprendes?

—Perdone, milady. Es solo que me pareció importante. Parece que no todo

el mundo puede permitirse tener comida para sus hijos, ni mucho menos los buenos alimentos que nos sirve Anton todos los días. Creí que era justo ayudar y...

—No me interesa lo que tú creas — gritó la condesa.

—Por duro que le pueda resultar aceptarlo, milady, tengo derecho a tener opiniones y una mente propia.

—Desde luego, eso lo has dejado muy claro desde el comienzo, Dowthwaite, si no recuerdo mal.

Casi sonreí al recordar nuestro primer desacuerdo en Carreck Place.

—Pues ahí lo tiene. Todas las personas tienen derechos, incluso las más pobres y las más bajas en la escala

social.

—Al contrario, tú no tienes derecho a desafiar mis órdenes ni ir a ninguna parte sin mi permiso. Ni siquiera a esa supuesta capilla tuya.

—Dios mío, ¿está pensando tenerme prisionera? Con el debido respeto, milady, lo que haga en mi tiempo libre lo decido yo, no usted. Era un grupo de apoyo organizado para una sencilla marcha de protesta sobre el precio del pan, y nosotras no tuvimos la culpa de que la manifestación se convirtiera en algo mucho más serio.

—Ya es suficiente. No toleraré por más tiempo tu obstinada resistencia. Puedes considerarte despedida desde ahora.

Parpadeé con incredulidad, pues aquello era lo último que esperaba. Estaba segura de que al final podría convencerla.

—No puede hablar en serio.

—Nunca he hablado más en serio. Recoge tus cosas y vete. No albergaré a una revolucionaria en mi propia casa ni un momento más de lo necesario.

Solté una risita.

—Eso es una tontería. Usted sabe que no soy una revolucionaria. Como ya he explicado, mis amigas de la Capilla Británica y Americana y yo solo estábamos apoyando a madres desesperadas por dar de comer a sus hijos. Si el señorito Serge pasara hambre, ¿usted no haría todo lo que

podiera por mantener a su hijo con vida?

—¡Márchate! —Cruzó la habitación a toda velocidad y tiró del cordón de la campanilla para llamar a Gúsev, el mayordomo—. Sal de mi casa en este instante o haré que te echen.

Me volví y salí, sin molestarme en hacer la reverencia de costumbre y con la barbilla alta, pues quería hacerle ver que no me asustaba su furia. Pero sí me asustaba. En mi interior temblaba por efecto del shock y, en cuanto entré en mi cuarto, me dejé caer sobre la cama. ¿Qué había hecho?

Gúsev llamó a mi puerta en cuestión de minutos.

—Lo siento, *barishnia*, pero tengo que acompañarla fuera de la casa.

Yo iba casi llorando cuando el mayordomo me acompañó abajo, llevándome amablemente la bolsa en la que apenas había metido una parte de mis pertenencias. Cuando cruzamos la cocina, sentí todas las miradas fijas en mí. Noté que Stefan no estaba entre los presentes; sin duda había salido en una de sus misteriosas excursiones. Yo no podía imaginar cómo reaccionaría cuando regresara y se encontrara con que me había ido. A menos que estuviera mezclado con los revolucionarios después de todo, y no volviera.

—Siento que esto tenga que acabar así, señorita Dowthwaite. Ha sido usted muy buena con los niños —comentó

amablemente el mayordomo cuando abrió la puerta. Un remolino de viento frío nos envolvió y me dejó sin aliento —. Le enviaremos su baúl cuando nos comunique su nueva dirección.

¿Y dónde sería eso? Yo no tenía ni idea de adónde iba.

Quizá alguien hubiera avisado a *Nianushki*, porque al instante me encontré en sus brazos.

—No te vayas, querida. Déjame hablar con milady. Sea lo que sea lo que se supone que has hecho, estoy segura de que todo es un error.

Besé su mejilla, suave y fina.

—Me temo que no hay nada que puedas hacer, Klara. La condesa ha decidido que soy una revolucionaria y

me ha despedido.

Y, sin decir más, salí por la puerta hacia lo desconocido.

CAPÍTULO 22

—¿Te despidió? ¿Solo porque apoyaste a esas madres y niños hambrientos? ¿Aquella mujer no tenía corazón?

Abbie había disfrutado de una tarde libre de la tienda y la había pasado escuchando otro fragmento de la historia de su abuela. El hecho de que hubiera asistido a la manifestación la había llenado de admiración, pero el desenlace la había escandalizado.

Millie soltó una risita irónica.

—Al menos yo no logré descubrirlo nunca.

—O sea, que te encontraste atrapada por accidente en el comienzo de la

revolución, ¿y ella solo fue capaz de pensar en sí misma y en que no habías cumplido sus estúpidas reglas?

—En aquel momento no lo veíamos como una revolución, sino más bien como una manifestación y disturbios, pero sí, me temo que sí, como siempre.

—Imagino que Stefan se pondría de tu parte y te defendería, ¿o él también perdió su trabajo?

Antes de que su abuela pudiera responder a eso, sonó el teléfono, y cuando Abbie contestó, Millie vio que el rostro de su nieta cambiaba de color y se volvía rosa intenso.

—¿Cómo has conseguido este número? Pues Marisa no tenía derecho a dártelo sin consultarme antes. ¿Qué es lo

que quieres? Perdona, repite eso. — Hubo una pausa mientras Abbie escuchaba lo que tenían que repetirle—. No, Eduard, no puedo dejarlo todo para obedecer tu voluntad. Comprendo que la echas de menos, pero ¿por qué te va a importar Aimée cuando vas a tener otro hijo pronto, un hijo que no habría sido concebido si me hubieras sido fiel?

—Soy su padre y tengo derecho a verla —gritó él a pleno pulmón, de modo que hasta Millie, que estaba sentada a cierta distancia, lo oyó sin problemas.

Abbie se avergonzó de inmediato. Era verdad. Era su padre y Aimée lo adoraba, así que ella no tenía ningún derecho a separarlos. Y no quería

hacerlo. Lo que ocurría era que no quería ver a Eduard en aquel momento. Respiró hondo.

—Yo no discuto tus derechos, pero no puedo llevar a Aimée a París ahora. Ha empezado el colegio y se está adaptando bien, así que no quiero que pierda el ritmo. Tendrás que esperar hasta las vacaciones de verano.

—Si no vienes con ella, iré yo.

—Ni se te ocurra —dijo Abbie con furia. Volver a oír la voz de él le había producido una extraña nostalgia y, sin embargo, sentía una reticencia instintiva a dejar que su vida se viera perturbada por ecos del pasado justo cuando ella también empezaba a adaptarse, al menos en el terreno emocional.

—Tenemos que hablar —dijo Eduard, con su inglés característico, pronunciado con cuidado—. Eso no podemos hacerlo por teléfono.

—No tenemos nada que hablar —respondió Abbie con frialdad—. A menos, claro, que tengas algo importante que decirme, como que has hablado del divorcio con tu esposa.

—Abigail, sabes que no puedo hacer eso, y menos ahora que está embarazada.

Abbie soltó una risa dura, asqueada de que todavía le gustara aquel hombre que la había traicionado tantas veces.

—Igual que no podías decírselo cuando estaba yo embarazada ni en ningún momento de los seis años que han pasado desde entonces. ¿Sabes cuál

es tu problema, Eduard? Eres un cobarde.

—Tengo un corazón blando. Eso no me convierte en cobarde.

—Cuando haces daño a la gente, sí.

—Yo no quiero hacerte daño.

—¿Cómo puedes decir eso cuando llevas años negándote a casarte conmigo?

—Tampoco quiero hacerle daño a mi esposa. Amo a las dos.

—Eso no funciona así.

—Ven a casa. Te echo de menos, Abbie.

A ella se le encogió el corazón, pero no sabía si era por amor o por el dolor de lo que podía haber sido su relación.

—¿Por qué voy a volver? ¿Ha

cambiado algo desde que me fui? No te molestes en contestar a eso. Lo siento, pero no me interesa —dijo, y colgó el teléfono.

—Oh, querida —profirió su abuela con suavidad—. Lo siento, pero no he podido evitar oír gran parte de esa conversación. Parece que estás pasando un momento duro.

Abbie se dejó caer en una silla enfrente de Millie. Sus ojos se llenaron de lágrimas, que secó rápidamente con los pulgares.

—Sigo furiosa con él porque no ha hecho ningún esfuerzo por cumplir lo que prometió.

—¿Y contigo misma por creer en él?

—Sí, eso también. Mentiras, mentiras

y más mentiras, eso es todo lo que he tenido con él. Nunca le pidió el divorcio a su mujer. Cuando no estaba en nuestro apartamento, cosa que ocurría a menudo, yo pensaba que estaba trabajando fuera, haciendo el catering para un evento o cocinando en un hotel de otra ciudad. En vez de eso, resultó que llevaba una doble vida y todavía se acostaba con su esposa. Solo me enteré de la verdad cuando la vi por casualidad en las Galleries Lafayette justo antes de Navidad y me di cuenta de que estaba embarazada. Cuando se lo dije a él, lo confesó todo. Dificilmente podía negarlo.

Millie le dio unas palmaditas en la mano.

—Vaya, mi pobre niña. Debiste de tener muchos celos. Yo sé lo que es eso.

—Sí, supongo que lo sabes, con todo ese asunto entre Stefan y la condesa. ¡Qué mujer! ¿Al final lo consiguió?

Millie miró a lo lejos, y Abbie reconoció que podía quedar todavía más dolor por revelar en la historia de su abuela y trató de aligerar el tono.

—Por eso he decidido quedarme en los Lagos y me alegro mucho, pues me encanta pasar tiempo contigo y escuchar tus historias.

—Por no hablar de las maravillas que estás logrando en la joyería. Estoy muy orgullosa de ti. ¿Te he dicho ya que eres muy fuerte?

Abbie sonrió.

—Tu fe en mí y oír tu historia es lo que me da la fuerza que necesito. Y recordar cómo le gustaba a mamá en otro tiempo trabajar en la tienda. —A Abbie le habría gustado decir que quería justificar la fe de su madre al dejársela a ella, pero todavía no había confesado a su padre que conocía el contenido del testamento—. He comprado unas piezas de ámbar a una firma polaca. No es tan valioso como el que tenemos, pero no pude resistirme. Parece ser que lo tallan con una navaja afilada y después pulen la pieza y le hacen un agujero para que pase la cadena y convertirlo en un colgante. No sé si alguna vez tendré la destreza suficiente para hacer yo ese trabajo, pero creo que voy a probar a

hacer unos pendientes con las piedras más pequeñas.

—Me alegro por ti. El ámbar es hermoso, se compara con el sol por su color y claridad. Hay muchos mitos y leyendas relacionados con él, por no decir que se considera que posee propiedades curativas y a menudo lo llevan los niños cuando les están creciendo los dientes. Y en cuanto a su significado, es un símbolo de fidelidad, representa el amor duradero —dijo Millie con una sonrisa.

—Ah, eso me gusta. Al mundo no le vendría mal un poco más de fidelidad, a juzgar por los hechos escandalosos de esa aventura de Profumo. No quiero imaginar lo que pensará su encantadora

esposa de ese diputado que se acuesta con una mujer que también tiene una aventura con un diplomático ruso. ¡Pobre mujer!

—Chicas de revista, o eso se creen, y ahora hay que ocultarle a lady Astor el terrible escándalo de que su hijo se ha convertido en una víctima inocente del *affaire*, un chivo expiatorio de hecho, solo porque permitió que Stephen Ward usara una casita en la propiedad de Cliveden. La pobre mujer está perdiendo la memoria y no se encuentra nada bien, y enterarse de lo ocurrido podría hacer aún más dolorosos sus últimos días. Conozco a alguien que trabaja para ella y dicen que tienen que estar cambiando de canal para que no

oiga nunca las noticias.

—A veces la ignorancia puede ser algo bueno —declaró Abbie—, pero a mí no me funcionó.



Abbie pasó los días siguientes trabajando con el ámbar, no solo haciendo una variedad de pendientes, sino también colocando piezas en forma de dónuts en cadenas de plata como colgantes y montando cabujones en anillos y broches. Cada pieza de ámbar era única y su forma enteramente natural. Había incluso algunas piezas con caras en forma de cuentas que Abbie insertó en pulseras y collares. Los colores oscilaban de blanco a amarillo claro,

beige, dorado y marrón, e incluso azul y verde, todos con distinto grado de transparencia. Ninguno era tan hermoso como el ámbar del colgante de Kate, pero seguían siendo hermosos.

—Es tan glamuroso como los diamantes, y es un placer trabajar con el ámbar —dijo a Linda cuando esta le dejó una taza de café y un donut en el banco de trabajo a su lado—. Oh, delicioso. Estoy muerta de hambre. ¿Es bajo en calorías?

Linda se echó a reír.

—Desde luego. Aunque tú no tienes que preocuparte con esa figura esbelta. No me extraña que Andrew Baxter demuestre interés.

—Basta. Harías mejor preguntándote

por qué. ¿Sabías que está pensando hacernos la competencia?

—He oído un rumor. ¿Eso nos hundirá? —dijo Linda, y se sentó en un taburete con expresión sombría.

—¡Quién sabe! Yo intento no pensar en ello. Eh, pero este ámbar nos puede ayudar a conseguir más clientes. Comprendo por qué le gusta a la gente. Alegra el corazón y deleita la vista, es orgánico y frágil y, sin embargo, guarda relación con la historia, pues viene de milenios atrás. Es increíble.

Al pensar que su abuela había sido responsable de proteger gemas tan valiosas, y había sido incluso acusada de robar las perlas de la condesa, Abbie se estremeció.

—Un tesoro de un mundo perdido —
asintió Linda, lamiendo la mermelada de
su donut.

—Desde luego. Espero que se vendan
bien.

—Seguro que sí. Son preciosos. Si
quieres, puedo hacer unas tarjetas
mecanografiadas con información sobre
sus orígenes, mitos y leyendas.

—Excelente idea, y yo los pondré en
el escaparate. En Gdask, y también en
Rusia antes de la revolución, además de
en joyería, los artesanos usaban el
ámbar para crear cajitas de rapé o de
adorno, a menudo con imágenes de
Venus, la diosa del amor, o Ceres, la
diosa de la fertilidad, talladas en la
tapa. Hacían candelabros, paneles y

vitruinas decorados con iconos religiosos y esculturas de la Crucifixión o de la Última Cena. Por desgracia, cuando se erradicó la religión después de la revolución, ese mercado murió y muchos artistas pasaron a pintar cuentos de hadas en cajitas lacadas.

—Quizá tú podrías probar a hacer algunas cajas.

Abbie alzó los ojos al cielo.

—Dudo mucho que mi destreza llegue tan lejos, pero podría probar algo más modesto, como decorar una cajita de madera con un diseño de mosaico en ámbar. Si es que alguna vez alcanzo un nivel tan avanzado.

—No te menosprecies. Es bastante evidente que eres una artista de corazón.

Tienes un don natural para el diseño.

Abbie se echó hacia atrás en el banco para sorber su café y aflojar la tensión en los brazos y dedos. Suspiró.

—El problema es que, si queremos sobrevivir, primero tengo que ser mujer de negocios. Tienes razón, me gusta más el diseño, me satisface más montar escaparates, elegir y ordenar los artículos en stock e incluso hacer algunos yo. La contabilidad no me sale de modo natural.

—Siempre puedes pagar a alguien para que se ocupe de eso.

—Cierto, si pudiera permitírmelo.

Abbie se terminó el donut con aire preocupado, pensando en lo que pasaría si se viera obligada a admitir la derrota

y vender la tienda después de todo. No soportaba pensarlo. ¿Qué haría entonces? ¿Regresar a París? Jamás. Había vuelto para quedarse y para que Sueños Preciosos fuera un éxito, sin importar el esfuerzo que necesitara. Apartó aquellos pensamientos sombríos, se limpió el azúcar de los labios y sonrió.

—Tenemos que hacer el pacto de comer más donuts y alentar de algún modo a que entre más gente por esa puerta.

Linda soltó una risita.

—Lo primero es fácil. En cuanto a lo segundo, me preguntaba si podríamos dar una fiesta para inaugurar oficialmente la nueva Sueños Preciosos.

—Genial, es una buena idea.
Podemos ofrecer vino y canapés.

—O café espumoso y donuts.

—Y un descuento especial en todo lo que se compre el día de la inauguración, o quizá toda la semana.

Unos minutos después habían fijado una fecha para un par de semanas más tarde, y Linda había llamado a una empresa de catering y había empezado a hacer carteles para colocarlos por la ciudad. Abbie calculó el gasto de todo aquello y revisó el último extracto bancario. Cuando leyó la última línea, suspiró y acto seguido devolvió el papel al archivo. Tendría que confiar en que la fiesta de inauguración funcionara y les procurara las ventas que necesitaban.



Un sábado, Abbie estaba sentada almorzando al lado del lago, que era algo que le encantaba hacer, riéndose de los intentos de Aimée por procurar que todos los patos recibieran un trozo de pan. Los ánades y las cercetas se perseguían mutuamente buscando restos entre los juncos del borde del lago y moviendo las plumas en el calor del sol de verano. Un par de porrones moñudos se acercaban por el camino, parando el tráfico, pues ellos también se habían enterado de que había comida a la vista.

—Siempre se la llevan los mismos gordos avariciosos —se quejó Aimée—. Márchate, chico malo. Deja que

coman los demás. —Alzó el brazo y lanzó el pan tan lejos como pudo, con la esperanza de que llegara a los patos más tímidos, que seguían nadando en el lago.

Andrew Baxter se acercó a Abbie.

—Parece que por aquí hay diversión. ¿Te importa que me una?

—Si tanto te apetece... —comentó la joven con frialdad. Y se arrepintió de inmediato—. Perdona, no pretendía ser grosera. —Se movió en el banco para dejarle sitio.

Él se echó a reír.

—En realidad, yo te iba a decir lo mismo. Parece que esto de las disculpas entre nosotros se está convirtiendo en un hábito. —Ese día llevaba pantalones vaqueros y una camisa con el cuello

abierto, arremangada hasta los bíceps.

Cuando se sentó a su lado, Abbie pensó que parecía mucho más relajado, con el rostro tocado por el sol, quizá debido al aire fresco de la zona, o quizá porque había estado paseando por los páramos. Linda tenía razón. Poseía un atractivo que volvería loca a cualquier mujer. Se dio cuenta de que él seguía hablando y le dedicaba una sonrisa extraña, quizá porque había notado que ella lo observaba fijamente. Abbie se ruborizó, algo que no le ocurría a menudo.

—Perdona, ¿qué has dicho? — preguntó, pues solo había oído algunas palabras sueltas. Pero antes de que él pudiera contestar, se acercó Aimée y se

dejó caer sobre las rodillas de su madre con una risita.

—No me queda pan. ¿Puedo ir a buscar un helado?

—No creo que los patos coman helado —dijo Abbie con tono de burla.

—Es para mí.

—¿Puedo invitarte a uno? —preguntó Andrew Baxter.

—Oh, sí, por favor. ¿Puede, mami?

Cuando Aimée estaba comiendo encantada su helado de fresa, Andrew miró a Abbie con una sonrisa.

—Me preguntaba si podríamos cenar juntos para aclarar las cosas.

Abbie enarcó una ceja con aire burlón.

—¡Madre mía! Eres masoquista. ¿No

te bastó con el almuerzo?

—Tú te largaste, y con razón. Me doy cuenta de que metí la pata y he pensado que quizá podríamos volver a empezar. Permíteme que me presente. Andrew Baxter, aunque los amigos, y espero que nosotros lo seamos pronto, me llaman Drew.

Abbie no pudo reprimir una carcajada. Tomó la mano que le ofrecía. El apretón de él era cálido y firme sin llegar a ser abrumador, y se prolongó mucho más tiempo del necesario hasta que le soltó la mano.

—Encantada de conocerte. O al menos lo estaría si no tuvieras la intención de arruinarme.

—Eso no era exactamente lo que yo

tenía en mente, y por eso he pensado que sería una buena idea ir a cenar y que me dieras la oportunidad de explicarte mis planes.

Abbie optó por no contestar, sino que se volvió a mirar a su hija, que lamía su helado y charlaba con los patos. Andrew suspiró.

—¿Cuánto tiempo hace que vives en Los Lagos? —preguntó.

—Me crié aquí, aunque he vivido unos años en París, hasta hace poco.

—¿De verdad? Me encanta Francia. ¿Puedo preguntar por qué te fuiste de allí?

—Volví para el funeral de mi madre y decidí quedarme. El Distrito de los Lagos es mi hogar.

Él miró a su alrededor, como si buscara algo o a alguien.

—¿Está tu esposo contigo? — preguntó—. Si es así, estaría encantado de incluirlo en el plan de la cena.

—No hay ningún plan de cena, y no estoy casada —le informó ella con aspereza.

—Ah, perdona. ¡Vaya! Ya estoy otra vez con las disculpas. Tenemos que dejar de disculparnos.

Abbie reprimió un impulso súbito de reír. ¿Podían ser los nervios o era porque él se mostraba muy amable al invitar a un marido inexistente a la cena?

—Tenía una relación, pero descubrí que él me engañaba y me marché.

—En ese caso, comprendo que te

sientas vulnerable —comentó él con suavidad—. Yo también he pasado por eso. Mi matrimonio terminó hace dos años y me llevó un tiempo superarlo, lo que conseguí trabajando mucho.

—Vaya, lo siento. ¿Tienes hijos?

Él negó con la cabeza y miró a Aimée, que se había quitado los zapatos y los calcetines y chapoteaba con los patos.

—No tuve esa suerte.

Abbie sonrió mirando a su hija.

—Ahora me siento aliviada de que no llegáramos a casarnos y ya no lamento haberlo dejado. He decidido quedarme aquí e intentar sacar adelante el negocio porque siento que necesito comenzar de nuevo —explicó. Tenía la sensación de

que debía corresponder un poco a la amabilidad de él, aunque una cita con él no entrara para nada en sus planes. Había terminado con los hombres.

—Comenzar de nuevo es una idea fantástica. Yo también quiero estar lejos de Escocia y de todos los recuerdos asociados con ella. Las tres tiendas que poseíamos mi esposa y yo están ya vendidas, y estamos en proceso de repartirnos las ganancias. Y lo mismo con la casa.

Abbie asintió.

—Comprendo. ¿Y por qué Carreckwater?

Él le lanzó una mirada irónica.

—Es un lugar muy agradable, con un negocio turístico en alza, aunque tenga

un nombre extraño.

—«Carrec» es una antigua palabra celta que significa roca, y como puedes ver, hay muchas alrededor del lago, sin olvidar esa gigante negra que sobresale en el medio, una isla en la que no se puede aterrizar.

—Magnífico. Tienes mucha suerte de vivir aquí. A mí ya me gusta el sitio. Cuando vi el anuncio de tu tienda, supe que era justo lo que buscaba.

—Y ahora que sabes que no está a la venta, pretendes robarme el negocio de todos modos y destruirlo.

—Entiendo que pueda parecer eso, pero de verdad que no era eso lo que tenía en mente. —La miró a los ojos con intensidad—. ¿Me permitirás

explicártelo esta noche mientras cenamos?

Abbie se levantó y se sacudió las migas del sándwich que tenía en el regazo.

—Ven, Aimée, tenemos que volver. El sábado es un día ajetreado en la tienda. —Tomó la mano de su hija y se volvió para marcharse después de un breve gesto de despedida con la cabeza —. Dile adiós al señor Baxter.

—Adiós, señor Baxter —repitió Aimée.

—Y gracias por el helado —dijo Abbie.

—Ya me las ha dado —repuso él—. A las siete en el Ring of Bells, ¿de acuerdo? —dijo cuando ya se alejaban

madre e hija—. Me encontrarás allí esta noche y todos los sábados a partir de ahora, por si te apetece aceptar la oferta.

Como Abbie no había aceptado la invitación ni tenía intención de aceptarla nunca, no se molestó en contestar, sino que siguió andando sin vacilar.



Quizá habría cambiado de idea más tarde, debido a que Linda la alentaba a hacerlo y quizá también a la calidez que emanaba de Andrew Baxter y que provocaba alguna respuesta en el interior de ella, a pesar de lo que le dictaba la lógica. ¿Por qué un hombre tan amable se iba a proponer arruinarla? No parecía algo propio de él, aunque,

¿qué sabía ella? Andrew era poco más que un desconocido. Sin embargo, le había suscitado curiosidad, casi una necesidad de descubrir más cosas sobre él.

Pero cuando llegó a Carreck Place, encontró una carta con el matasellos de Stepney. La abrió, segura de que era del orfanato. ¿Habrían descubierto algo más sobre su madre? Con un vistazo rápido comprobó que ese no era el motivo de la carta, sino que la directora le reenviaba una nota de una tal Ruth Ashton, nacida Stubbins. Abbie la ojeó rápidamente y a continuación volvió a leerla más despacio, esperando quizá poder descubrir algún secreto oculto sobre Kate.

Querida señorita Myers:

... Hace poco visité el orfanato y me dijeron que usted había ido a buscar información sobre su madre, Kate. Lamento mucho enterarme de que ha muerto, y a una edad tan temprana. ¡Qué shock debió de ser para todos! Reciba mi más sentido pésame por su pérdida. En el pasado siempre me ha puesto nerviosa hacer preguntas, pero ya he llegado a una edad en la que creo que vale la pena correr el riesgo y me pregunto si tendrá usted por casualidad información de Millie Dowthwaite. ¿Vive todavía? Hace años que no la veo, pero en

otro tiempo fue una buena amiga mía y me encantaría volver a reunirme con ella.

Atentamente,

Ruth

Abbie llevó la carta a su abuela, a quien se le llenaron los ojos de lágrimas al leerla. La joven le tomó la mano, se sentó a su lado y le hizo la pregunta que le rondaba por la mente.

—Entiendo que Ruth era tu amiga. Pero ¿era también la madre de Kate?

CAPÍTULO 23

Fui directamente a la Capilla Británica y Americana, envié recado a Ruth de que me gustaría verla y ella llegó antes de una hora y me dio un cálido abrazo.

—¡Qué sorpresa! Me alegro mucho de verte.

Le conté mi historia mientras tomábamos café y pasteles especiados, y la idea de que me consideraran una revolucionaria le hizo reír, aunque se puso seria enseguida cuando le conté mi problema.

—¡Oh, Dios mío! ¿Y ahora no tienes dónde quedarte?

Negué con la cabeza, luchando por

reprimir las lágrimas.

—No dejo de pensar en la pequeña Irina y en el señorito Serge, de preguntarme cómo se van a arreglar sin mí, sin nadie que cuide de ellos aparte de la pobre y agotada *Nianushki*.

—Los niños ya no son problema tuyo. Tenemos que correr la voz de que buscas empleo. No será fácil encontrarte otro puesto en este momento, pero no creo que sea imposible. Entretanto, conozco un hostel donde puedes quedarte. Vamos, será mejor que te lleve ahora, pues más tarde estarán llenos.

Cuando echamos a andar tomadas del brazo, le pregunté:

—¿Cómo puedo estar segura de que encontraré un empleo sin informes de la

condesa y con una acusación así a cuentas?

Ruth pareció enfadarse. Apretó los labios con determinación.

—Es culpa mía por haber propuesto que nos uniéramos a la manifestación.

Protesté con vehemencia.

—No fue culpa tuya en absoluto. No me arrepiento de haber ido, aunque, obviamente, me alivia que no eligiéramos el día en el que empezaron a disparar.

Las dos nos estremecemos.

—¿Has oído las últimas noticias? —preguntó ella—. Todo va a peor.

No contesté, estaba demasiado preocupada por mi situación para intentar entender la política de Rusia.

Ella me contó algo de que la Duma había formado un gobierno provisional sin mandato, lo cual yo no entendí en absoluto.

Miró mi rostro inexpresivo y continuó:

—Dicen que están tan asustados por los disturbios que tienen que actuar. Algunos dicen que quieren aprovecharse de la situación para ganar más poder para sí mismos. Alexander Kerenski, uno de sus líderes, ordenó que el zar regresara enseguida de Stavka. Se cuenta que el dos de marzo el tren que traía al zar Nicolás de regreso a Petrogrado fue detenido en la frontera con Estonia por dos altos oficiales de la Duma, quienes le ordenaron que

abdicara. Él accedió a hacerlo porque dijo que no tenía deseos de poner en peligro las vidas de su pueblo por conservar el trono.

Yo no podía entender aquello.

—¿Estás diciendo que el zar ha abdicado? Pero eso es horrible. ¿Quién va a ocupar su lugar?

Ruth negó con la cabeza.

—Nadie. Ese día terminaron trescientos años de dinastía de los Romanov. El zar Nicolás al parecer rehusó permitir que su hijo accediera al trono, incluso aunque designaran a un regente apropiado, pues eso apartaría al chico del cuidado de sus padres. Me atrevo a decir que el zar temía no volver a ver a su hijo y, como es hemofílico, no

es un niño sano. El zar nombró sucesor a su hermano, el gran duque Miguel, pero este ha declinado aceptar el papel, porque sin duda comprende el momento inestable que pasa la monarquía. El pobre hombre fue perseguido por los revolucionarios, pero consiguió escapar. Otros tuvieron menos suerte, y muchos aristócratas y parientes de los Romanov han sido asesinados.

Sentí un escalofrío de miedo.

—¡Oh, Dios mío! Espero que el conde esté a salvo.

—Lo dudo mucho. Como aristócrata emparentado con el zar, que además trabaja en el Palacio de Invierno, es un blanco de represalias evidente. —Ruth movió la cabeza con incredulidad—.

Pero ¿por qué te importa lo que le pase si te ha despedido?

—El conde no me ha despedido. Ha sido la condesa en uno de sus ataques de ira, de los que generalmente se suele recuperar con el tiempo. Él es un hombre bueno y siempre me ha apoyado en el pasado. Estaba pensando pedirle que me restaurara en mi puesto.

—Pues pídele ayuda, si crees que vale la pena, aunque yo no contaría con conseguirla —me advirtió Ruth— ¿Qué piensa Stefan de tu despido?

—Todavía no lo sabe. Se llevará una sorpresa cuando descubra mi marcha.

—Escríbele una nota diciéndole dónde estás y me encargaré de que la reciba, aunque quizá pasen unos días

hasta que pueda volver a escaparme. Ahora no me atrevo a tomarme mucho tiempo libre, con todo lo que está pasando. Es un mundo cambiado. La situación se está poniendo tan mal que algunas de nuestras compañeras están hablando de volver a Inglaterra. Nadie se siente ya seguro.

—Creo que estás exagerando — protesté.

Aparté esa preocupación de mi mente en cuanto me instalé en el nuevo lugar y comencé la laboriosa tarea de escribir la primera de una docena de cartas. Mi intención era dárselas a familias que conocía, por si alguna de ellas estaba buscando institutriz para sus hijos. Solo me quedaba esperar que alguien me

admitiera. Si no, tendría que empezar a organizar mi viaje de regreso a Carreckwater, dejando atrás Rusia y a Stefan.



A pesar de que dormía en un dormitorio lleno a rebosar con otras institutrices y doncellas que buscaban hospedaje temporal por una u otra razón, me sentía más sola que nunca en mi vida. Había llevado poca ropa conmigo. Mi mejor abrigo y mis bufandas se habían quedado colgados detrás de la puerta de mi habitación, pues yo no pensaba con claridad cuando me marché, ya que había tenido que salir con prisa. Quizá, como ya se acercaba abril y con él las

primeras señales de la primavera, podría arreglármelas hasta que Gúsev enviara mi baúl.

—La comida aquí es bastante horrible —me advirtió una chica—. Pero come todo lo que te den, pues hay muy poco de todo.

Le di las gracias y, aunque seguí su consejo, no pude por menos que agradecer un trozo de pan mojado en caldo de carne Oxo que una chica compartió conmigo una noche. No esperaba que fuera fácil vivir en el hostal ni conseguir otro empleo, pero no estaba preparada para la sensación de rechazo que me abrumó cuando no logré encontrarlo.

Pasó una semana, y todavía no había

recibido ofertas de empleo. Tampoco había aparecido Stefan, aunque Ruth, que iba a verme con regularidad, me aseguró que le había entregado la nota que le había escrito yo contándole lo que había pasado y dónde estaba.

—¿A quién se la diste? —le pregunté.

—Se la di a una doncella en la puerta lateral.

—Quizá olvidó dársela a él. —Yo anhelaba verlo, estaba continuamente pendiente cuando iba de puerta en puerta buscando trabajo, y hasta el momento no había tenido suerte en ninguno de ambos respectos. Pero incluso aunque Stefan no hubiera recibido la carta de Ruth, tendría que haber notado que yo había desaparecido y echarme de menos—. Es

más que probable que la condesa lo tenga muy ocupado.

—Estoy segura de que vendrá cuando pueda —me consoló Ruth—. El problema es que todo el mundo vive con miedo y se queda en casa con las puertas cerradas. Los asesinatos no han terminado.

Tenía razón. En los días siguientes oímos hablar de marineros que se libraban de oficiales crueles, de capataces de fábrica a los que daban palizas los obreros para a continuación formar comités que los reemplazaran. Después de lo que ahora llamábamos ya la revolución, todos, tanto aristócratas como campesinos, quedaron clasificados como ciudadanos con los

mismos derechos, y muchas personas que tenían empleados se habían visto obligadas a aceptar una jornada laboral de ocho horas y un aumento de sueldo, quizá por miedo a perder la vida. A pesar de todo ello, había optimismo en el ambiente, pues la gente creía que la libertad y la democracia habían ganado la batalla.

—Todo está cambiando a un ritmo alarmante. Si no trabajas la tierra, no tienes derecho a poseerla, o ese es el grito general —me dijo Ruth una tarde en que nos sentamos a escribir más cartas para pedir trabajo—. Las aldeas se están reformando sobre esa base y están redistribuyendo la tierra que pertenece a los nobles.

—Pero el conde sí trabaja la tierra. Yo lo he visto muchas veces cavando en el huerto de su propiedad, podando árboles y arbustos, cortando troncos o ayudando a cargar patatas en el carro para llevarlas al mercado. Es un hombre práctico y apoya mucho a sus aparceros. Esas propiedades han pertenecido a su familia durante generaciones.

—Me temo que el respeto que tenían los nobles en Rusia ha desaparecido, por mucho tiempo que hayan existido sus familias.

—No me parece justo juzgar a todo el mundo por el mismo patrón. Políticamente, el conde es un liberal moderado, que está considerado bastante heterodoxo dentro de su clase.

Tampoco sale tanto como su esposa, suele llevar una vida bastante tranquila, a ser posible en el campo. Mientras que ella sale a divertirse, él se retira temprano. No es derrochador con el dinero como la condesa y considera su fortuna como un dinero que tiene en fideicomiso para ayudar a otros.

Ruth sonrió con tristeza.

—Estoy segura de que es todo lo que dices y parece claro que lo admiras mucho para defenderlo con tanto fervor, pero quizá eso no baste para salvarlos a él o a su propiedad. Se están imponiendo las nuevas comunidades y se están deshaciendo de las personas que dirigían las aldeas o las ciudades. Hasta los policías locales están en

peligro. Se dice que a las comunidades les interesa asumir poderes, incluso ignorando al Gobierno central, lo cual puede ser algo bueno o puede ser una violación más de la ley y el orden, dependiendo del punto de vista. Yo que tú no dejaría que se notara que sientes esa debilidad por el conde.

Aquel consejo bienintencionado hizo que me sonrojara.

—No siento debilidad por el conde.

Ella se echó a reír.

—Yo creo que sí.



Días después el hombre al que anhelaba apareció por fin en la puerta del hostel. Como Stefan no podía entrar, pues era

solo para mujeres, tomé mi abrigo y fuimos a nuestro café favorito, en la Nevski Prospekt, donde podíamos hablar con relativa intimidad.

Después del primer sorbo de café, no pude evitar preguntar:

—¿Por qué has tardado tanto en venir a verme?

Él me sonrió con tristeza.

—Al principio ni siquiera sabía que te habías ido.

—¿Por qué? ¿No recibiste mi nota?

—Cuando por fin me la dieron, no pude escaparme.

—Pero podrías haber salido a hurtadillas, aunque hubiera sido solo media hora o unos minutos.

—¿Sin su permiso, como hiciste tú?

Entonces habría perdido también mi empleo.

—¿O sea que tu empleo te importa más que yo? —Mi decepción por su tardanza empezaba a dar paso al resentimiento, a pesar de la lógica de sus palabras.

Como si leyera mis pensamientos, me tomó las manos y empezó a besar cada yema con ternura. Como siempre, su contacto hizo que me derritiera un poco por dentro.

—Sabes que hubiera venido de haber sido posible, pero no lo ha sido. La condesa me vigilaba todo el día y todos los días, una táctica deliberada por su parte para impedir que fuera a buscarte.

—¿No me ha perdonado? ¿Le has

pedido que me readmita?

Tuve la impresión de que la pregunta lo entristecía.

—Lo intenté, pero no le gusta que nadie interfiera en sus decisiones y últimamente está de peor humor que de costumbre. Además, ¿por qué me iba a hacer caso a mí?

—Sabes muy bien por qué. Porque te adora. Te desea.

Stefan se echó a reír, pero su risa fue un sonido hueco que encontró un eco profundo en mi corazón y me llenó de recelo.

—¿Te ha vuelto a perseguir? — pregunté.

Él suspiró con resignación.

—No preguntes, Millie; solo

conseguirás disgustarte. Tú eres la chica a la que amo. Recuérдалo siempre.

Sus palabras me enternecieron. ¿Cómo podía pensar que él me fallaría? Me amaba y nadie sabía tan bien como yo lo difícil que podía ser la condesa Olga.

—Si de verdad me amas, deberías amenazar con marcharte también si no acepta devolverme mi puesto.

Stefan pareció seriamente preocupado por mi petición y guardó silencio un momento antes de terminar asintiendo.

—Está bien, pero no tengo muchas esperanzas de que funcione.

La esperanza fue algo que perdí por completo en los días y semanas que

siguieron. No tardé en gastar los pocos ahorros que había guardado conmigo para emergencias y, como no tenía un salario, me vi obligada a pedir ayuda a mi querida amiga Ruth. Ella pudo hacerme un pequeño préstamo, pero yo estaba cada vez más desesperada. Si no encontraba empleo pronto, tendría que pedir a mis padres que me compraran un billete de regreso a casa. Mi aventura en Rusia habría terminado.

Stefan consiguió escaparse del control de la condesa y visitarme unas cuantas veces más, pero no lograba avanzar en cuanto a la petición de recuperar mi empleo. La condesa, al parecer, se negaba incluso a tratar el tema. Al borde de la desesperación,

decidí ir allí con el pretexto de preguntar por los niños y, si podía reunir valor, me tragaría mi orgullo y le suplicaría al conde que me ayudara. Tenía que hacerlo si no quería morir de hambre.



Elegí una hora a finales de la tarde, cuando sabía que el conde Belinski habría vuelto del Palacio de Invierno y estaría en su estudio tratando asuntos de estado. *Nianushki* fue corriendo a la cocina en cuanto se enteró de mi llegada y me recibió con los brazos abiertos y algunas lágrimas.

—¿Por qué te marchaste con tanta precipitación? Los niños te echan mucho

de menos, en particular la señorita Irina, que llora por ti todos los días.

El corazón me dio un vuelco al pensar en la tristeza de la niña, que quizá creía que la había abandonado voluntariamente.

—No fue elección mía. Me despidieron, Klara, tú lo sabes.

—Debiste esperar. Se le habría pasado. A la condesa se le suelen pasar las pataletas si le das tiempo.

—Ya hace unas semanas que me fui. ¿Ha preguntado por mí alguna vez, dónde estoy o cómo sobrevivo sin trabajo ni salario? —A mi pregunta le siguió un silencio triste. Abracé a la vieja niñera y le di las gracias por su interés—. Necesito ver al conde. ¿Está

en casa?

—Claro, es una buena idea. Él te ayudará.

Cuando llamé a la puerta de su estudio con los nudillos, contestó enseguida, como siempre. Por muy ocupado que estuviera, el conde nunca dejaba a nadie esperando.

—Millie, qué alegría verte.

En cuanto entré, se acercó a mí con una sonrisa de bienvenida tan cálida que por un momento pensé que me iba a abrazar. Por fortuna, en lugar de eso, me tomó la mano entre las suyas y sus brillantes ojos de color avellana observaron mi rostro con preocupación.

—Estás algo demacrada. ¿No comes bien?

Me eché a reír.

—Yo no diría que la comida del hostel sea la mejor del mundo, pero sobreviviré, gracias. —Él me dio una palmada en la mano con aire paternal—. Estaba preocupada por los niños y...

—¿Y te preguntas si se las arreglan sin ti? No. Preguntan continuamente dónde está *barishnia* y cuándo volverá a casa. Te echan de menos, Millie. ¿Cómo se te pudo ocurrir marcharte así?

Él no tenía ni idea.

—¿No se lo explicó la condesa?

Frunció el ceño, me señaló una silla y me invitó a sentarme.

—Pediré café y galletas y entonces me contarás toda la historia desde el comienzo.

No era una historia que me gustara contar, pues me vería obligada a admitir que había ido a la manifestación sin permiso, aunque la condesa había dejado bien claras sus normas sobre ese tema desde el principio.

—Pensaba que sería una simple marcha de protesta por el precio del pan el Día Internacional de la Mujer. Tiene que creerme, milord, yo no soy una revolucionaria.

Él echó atrás la cabeza y rio con fuerza.

—Nunca he pensado ni por un momento que lo fueras, Millie, y no me imagino a mi esposa acusándote de tal cosa. —La risa no duró mucho y su frente se arrugó con ansiedad—. Se dice

que Lenin puede volver a Rusia pronto. Vladímir Ilich Uliánov, como se llama en realidad, lleva unos años viviendo en Europa y evitando Rusia porque temía por su seguridad. Pero con el zar bajo arresto y el país en el caos, se cree que puede aprovechar para regresar y liderar a los bolcheviques hacia el poder. Ciertos sectores del populacho aplaudirían eso, pero los más moderados quizá no. Está por ver si tendrá éxito o no, pero hay rumores de que está conspirando con Alemania.

Sonrió con tristeza.

—Sé que la política de Rusia no te interesa mucho, querida Millie, pero lo que intento decir es que puede que estemos entrando en una época

peligrosa, en cuyo caso me gustaría asegurarme de que estés a salvo. Además, mi esposa no se encuentra bien. Por alguna razón, no es ella misma. Y estando las cosas como están, he accedido a que tome otras vacaciones. Quizá no sea mala idea que pase una temporada alejada de Petrogrado.

Mantuve los ojos bajos, temerosa de que pudieran mostrar la esperanza que se había encendido dentro de mí y respondí con una sonrisa propia.

—Estoy segura de que milady estará encantada de oír eso. Le encantan las vacaciones.

—La verdad es que sí, siempre que tú estés allí para cuidar de mis hijos. Millie, tú sabes lo importantes que son

para mí. Te quedarás, ¿verdad? Por favor, no vuelvas a desaparecer. Te necesitamos. Yo te necesito.

Levanté la vista hacia él. Miré el pelo castaño despeinado, por el que se pasaba constantemente las manos, y la línea tensa de su mandíbula. Nunca me había fijado en que era un hombre muy atractivo, con un rostro cuadrado inteligente y hombros fuertes musculosos, sin duda como resultado de todo el trabajo que le había visto hacer en el campo. Había gentileza en sus ojos de color avellana y poseía una cualidad cariñosa que llegaba a los corazones. Desde luego, había llegado al mío, pues sabía que no solo admiraba a aquel hombre, sino que también confiaría en

él, quizá a costa de mi propia vida, si lo que acababa de decirme era verdad. Con mi padre a miles de kilómetros de distancia, veía a aquel hombre como un sustituto. Carraspeé y elegí con cuidado mis palabras.

—A mí me alegraría mucho volver a mi antiguo puesto, pero la condesa quizá no esté de acuerdo.

El rostro gentil del conde se endureció. Entrecerró los ojos y apretó los labios con resolución.

—Ya sabrás que mi esposa y yo no nos llevamos muy bien últimamente. No es que podamos decir que alguna vez hayamos tenido un buen matrimonio, pues, a decir verdad, fue una unión de conveniencia. Yo deseaba casarme con

una joven llamada Mavra Obelenski, pero no me lo permitieron porque ella no tenía dinero.

—¡Oh, qué triste! Debía de amarla usted mucho.

—Hice lo que consideré que era mi deber de familia, aunque mis esfuerzos por complacer a mi padre no sirvieron de nada. Era un autócrata egoísta, duro con sus aparceros, que en una ocasión expulsó a una mujer que acababa de quedarse viuda con tres hijos. Juré que nunca sería como él. —El conde volvió a pasarse una mano por el pelo de un modo distraído y se puso rápidamente de pie—. Nada salió como había esperado, sobre todo en lo referente a mi matrimonio. Pero es mejor no mirar

atrás. Puesto que no se puede cambiar el pasado, ¿qué sentido tiene regodearse en él? Yo creo que hay que aceptar las cartas que te reparte la vida y concentrarse en el futuro.

—Tiene razón, señor, y al menos usted conoció cierta felicidad con Mavra, aunque fuera breve.

Me dedicó la más amable de las sonrisas.

—Es verdad, y gracias por escucharme. Todavía me resulta doloroso hablar de ella. ¿Puedo ofrecerte un consejo, Millie?

—Por supuesto. —Yo estaba de nuevo de pie ante él, consciente de que no debía estar sentada en su presencia si no lo estaba él—. Apreciaré mucho

cualquier consejo que quiera darme.

—Quizá me equivoque, pero sospecho que hay un cariño creciente entre Stefan y tú. Si es ese el caso, te aconsejaría que no le reveles ese apego a mi esposa. Es una mujer celosa y vengativa que ansía atenciones, con un deseo peligroso de poseer lo que cree que debería ser suyo por derecho. Entra dentro de lo posible que te hubiera despedido para despejarse el camino con ese joven.

Sus palabras me dejaron atónita. Tan sobresaltada estaba por su astucia y su premonición que no se me ocurrió ninguna respuesta apropiada.

Él regresó a su escritorio, señal de que nuestra conversación tocaba a su fin,

y su tono se volvió brusco.

—Por lo que se refiere a tu empleo, tienes mi garantía personal de que mi esposa no tendrá nada que objetar en cuanto le haya señalado lo mucho que necesita tu ayuda.

Y así fue como regresé al hostel a buscar mis cosas y a la hora del té estaba sentada en el aula con los niños y *Nianushki* celebrando nuestro reencuentro. Irina estaba acurrucada a mi lado y hasta Serge sonreía de oreja a oreja.

CAPÍTULO 24

—¿Y cuándo pensaba decírselo a su esposo, milady?

Estábamos en el tren viajando hacia el sur, cada una en una litera de arriba, con Irina profundamente dormida a mi lado. A mí me resultaba imposible dormir, debido a las conversaciones ruidosas que había a nuestro alrededor en el tren atestado y pensé que era un momento tan bueno como cualquier otro para obligar a la condesa a afrontar la realidad.

La mañana de nuestra partida se había sentado en el borde de la bañera con la cabeza entre las manos, después de

haber pasado media hora vomitando.

—Creo que me ha sentado mal algo. Ya se me pasará —había dicho.

—Por supuesto, milady —había respondido yo, preguntándome cuánto tiempo más esperaba mantener la farsa. Había visto aquel comportamiento durante toda una semana y, aunque yo podía ser joven e ingenua en muchos otros temas, tenía bastante claro cuál era el problema. Eso explicaría por qué no se sentía bien últimamente y estaba siempre de mal humor. Había llegado el momento de contarle mis conclusiones.

Mi insolencia se vio recompensada con una de sus miradas más fieras.

—¿Y qué sabes tú? Solo eres una chica.

—Es bastante evidente, teniendo en cuenta las náuseas de la mañana.

—Pues ahora entenderás por qué estaba tan desesperada por marcharme. Estoy casi de cinco meses, así que no podré disimularlo mucho más tiempo y Vaska no debe saberlo nunca, así que mantén la boca cerrada, Dowthwaite.

Guardé silencio, aunque sentía rabia por el conde. Recordé la terrible pelea que había tenido lugar entre ellos antes de marcharnos, cuando él había entrado en los aposentos de su esposa mientras hacíamos el equipaje. Si tenía alguna sospecha de cuál era la causa de la supuesta enfermedad de ella, no dio muestras de ello. Intentaba hacer lo correcto por todos nosotros en aquellas

circunstancias difíciles y nos había contado sus planes con voz sombría.

—Toda la ciudad está en manos de los revolucionarios, incluidos todos los transportes. El teléfono tampoco funciona, así que he decidido ir a nuestra hacienda próxima a Luga, pues estoy preocupado por lo que le pueda estar pasando a mi propiedad. Después de todo, soy responsable del *zemstvo* del hospital de allí y de las escuelas locales. Además, con casi todos los hombres en el frente, casi solo quedan mujeres para trabajar la tierra y tengo que asegurarme de que pueden encargarse de ello. No obstante, tú puedes irte de vacaciones como acordamos, Olga. Francia sigue siendo

territorio prohibido, así que tendrás que volver a Crimea. Serge vendrá conmigo.

—¡No! —Aquel fue el grito más sincero que yo le había oído nunca a la condesa, y lo siguieron las lágrimas.

El conde se había mostrado impasible.

—Solo puedo estar seguro de que regresarás si tengo a mi hijo conmigo. He ordenado que venga un carruaje mañana a las seis para ir a la estación. Confío en que todo estará preparado para entonces.

Me había mirado a mí, sabedor de que la mayor parte de la tarea de empaquetar recaía sobre mí, aunque por una vez, la condesa se estaba tomando un interés personal en la tarea, casi

como si creyera que no había de regresar. Yo incliné la cabeza, pero antes de que pudiera decir nada, la condesa gritó furiosa:

—¿Cómo te atreves a intentar controlarme de ese modo? Serge es mi hijo y debe estar a salvo al lado de su madre.

—Aquí no se trata de su seguridad puesto que en el campo estará perfectamente. Se trata de ti y de mí y de nuestro desastroso matrimonio. Si accediera a concederte el divorcio, lo cual no me siento inclinado a hacer porque no permitiré que me robes a mi hijo, no podremos tomar decisiones mientras continúe la inestabilidad política. Y además no quiero que él esté

con tu amante.

El conde no tenía por costumbre discutir con ella, sino que generalmente optaba por alejarse y evitar el conflicto, pero esa era una de las ocasiones en las que estaba claro que pretendía ser firme. Cuando se volvió para salir, ella saltó sobre él, lo agarró de la manga y le dio una bofetada en la cara con la mano plana. Fue bastante sonora, pero él no mostró ninguna reacción, sino que mantuvo una apariencia imperturbable ante la agresión.

—No te atrevas a marcharte cuando te estoy hablando. Dimitri, mi amante, sería mucho mejor padre de lo que has sido tú nunca.

Él movió la cabeza con tristeza.

—Tal vez no haya sido el mejor padre del mundo, pues tú me has alejado de él con tu carácter posesivo y celoso, pero espero rectificar pasando más tiempo con mi hijo en el futuro. Hemos disfrutado yendo a pescar juntos y, gracias a los esfuerzos de Millie, ha superado su miedo a los caballos. Tengo intención de que practiquemos otros deportes campestres, así como de empezar a enseñarle a dirigir la propiedad. Cuidad bien de Irina, procurad que no le ocurra nada malo. — Levantó la vista, incluyéndome en esa súplica.

—Cuidaremos de ella, milord —le aseguré.

—Gracias, Millie —respondió con

una sonrisa.

—Maldito seas, Vaska. No me has dado fondos suficientes para estas vacaciones, aunque sabes que no estoy bien y necesito cuidados.

Él suspiró con pesadez.

—El dinero siempre ha sido tu dios, Olga. Pero tienes dinero propio de sobra y no necesitas el mío. Prefiero usarlo para ayudar a personas que lo necesitan de verdad.

—Yo lo necesito. Sabes que me queda muy poco.

Él se echó a reír.

—Eso es lo irritante del dinero, ¿verdad? Que cuando lo has gastado, desaparece. Debo advertirte que si acabo por ceder a tus demandas y te

concedo el divorcio, no recibirás mucho dinero. Preferiría repartir todos los rublos y kopeks que poseo a verte derrocharlos en tus cursilerías y tus muchos amantes.

Esa vez se alejó de verdad, sin mirar atrás. La condesa tomó un jarrón de cristal que tenía cerca y se lo arrojó. Pero chocó con la puerta y se rompió en mil pedazos.

Al día siguiente, al amanecer, partimos hacia la estación en el carruaje, seguidas por una hilera de carros que transportaban las muchas posesiones de la condesa. Su madre, la querida *Babushka*, eligió no acompañarnos, pues el viaje era demasiado para la anciana. En su lugar,

decidió irse al campo con su yerno, y, dadas las circunstancias, quizá eso fuera lo mejor para ella. Yo sospechaba que la anciana sabía más del estado de salud de su hija de lo que estaba dispuesta a admitir, pero no deseaba verse obligada a afrontar la realidad. *Nianushki* también se quedó atrás para cuidar de Serge y de ella. Se requirieron asimismo los servicios de Stefan para llevar al conde al campo.

Así que la terrible Olga y yo estábamos solas, aparte de Irina y un puñado de sirvientes. Desde luego, no era una perspectiva que me sedujera mucho, y las semanas siguientes se extendían ante mí como un desierto vacío.



Si los planes futuros de la condesa incluían la esperanza de casarse con su amante, no tardó en llevarse una decepción. Al principio, cuando llegamos a Yalta, todo fue como de costumbre. La condesa salía todos los días a visitar a su amante en el hotel donde este se alojaba y socializar con los amigos que tenían en común. Irina y yo nos ocupábamos con clases o jugando en los jardines y en la playa, aunque todavía hacía demasiado frío para nadar.

Pero después, un día, la condesa llegó a casa de un humor de perros, dando portazos, gritando y golpeando el

suelo con los pies para, finalmente, estallar en lágrimas. Un ataque de histeria más. ¡Qué mujer tan loca! Reprimí un suspiro y fui a buscarle un vaso de vodka, que era lo que solía requerir en aquellos momentos de estrés.

—¿Qué sucede ahora, milady? ¿La ha molestado alguien?

—Se ha ido.

—¿Quién se ha ido?

—Dimitri, ¿quién si no? —gritó ella, llorando, aunque sus lágrimas parecían más de rabia que de genuina tristeza—. Ayer recibí una carta de Vaska, donde vuelve a insistir en que no habrá divorcio. Se la mostré a Dimitri y le expliqué que, aunque mi esposo acabara por darme el divorcio, no habría mucho

dinero.

—Vaya, ¿quizá eso no fuera buena idea?

—Claramente no, porque me ha dejado, ha desaparecido, se ha evaporado como una bocanada de humo en un día nublado.

—¿Y qué va a hacer? ¿Dónde la deja eso?

—Atrapada en un matrimonio horrible. Al parecer no me queda mucha elección, aparte de sacarle el máximo partido a lo que hay y seguir adelante. —Soltó un aullido, se dejó caer sobre la alfombra persa, se tumbó boca arriba y empezó a golpear el suelo con los talones como una niña de dos años en plena pataleta.

La observé un momento, preguntándome por qué estaba tan decidido el conde a aferrarse a una esposa que lo traicionaba de manera regular y lo trataba con manifiesto desprecio. Presumiblemente por el bien de su hijo.

—Entiendo que esto sea duro para usted, milady, pero le guste o no, no tiene otra opción que hablarle a su esposo del bebé.

—¡Jamás! Creía que había dejado claro ese tema. —Se puso de nuevo de pie en un segundo, se alisó la ropa y me ordenó que le llenara la bañera y le llevara su camisón.

Mientras cumplía con esos deberes odiados, volví a sacar el tema.

—Creo que usted no aprecia lo bueno que es su esposo y sigue tratándolo con mucho desprecio.

—¿De qué lado estás tú?

—Del suyo, milady —mentí—. Siempre he sido discreta con sus aventuras, como usted me ha pedido, pero eso no significa que las apruebe.

—¡Dios mío! A ti nunca se te puede acusar de timidez a la hora de expresar una opinión, Dowthwaite. No obstante, deberías saber que Vaska también tuvo una amante una vez.

—Sé que esperaba casarse con una mujer a la que amaba antes de conocerla a usted, pero que eligió cumplir con su deber.

Ella enarcó las cejas, sorprendida.

—¿Eso te lo dijo él?

—Sí.

Eché sales de baño en el agua humeante. Anhelaba meterme en ella para descansar mis fatigadas extremidades, pero los sirvientes estábamos obligados a turnarnos con una bañera de hojalata en el cuarto de lavar la ropa, no teníamos derecho a un hermoso baño como aquel con espejos y azulejos en las paredes. Puse a calentar su toalla mientras la condesa se hundía en la bañera con un suspiro de cansancio.

—Era una mujer que no tenía nada especial —dijo—. Ni belleza ni educación, y muy poco dinero, pero la tonta imaginaba que podría retenerlo por

amor. —La condesa se echó a reír—. ¿Te dijo también que se hicieron amantes después de nuestro matrimonio? Aunque para entonces yo ya le había cerrado la puerta de mi dormitorio y no le quedó más remedio que volver con su amor perdido.

—¿Por qué le cerró su puerta a un hombre tan atractivo? —pregunté, olvidando una vez más cuál era mi sitio. Ella contestó a mi pregunta, quizá por la furia que sentía por la traición de su amante.

—No me excitaba. Y yo no lo había amado nunca, como él tampoco a mí.

—¿Y por qué se casó con él?

—¡Qué inocente eres, Dowthwaite! ¿Por qué no iba a hacerlo? El conde era

un soltero muy codiciado, rico y con un título. No podía permitir que desperdiciara eso con una mujer cualquiera. Supongo que fue una tragedia que ella muriera después en aquel horrible accidente, y muy irritante que el conde cometiera la estupidez de adoptar a Irina, creyendo que era suya.

—¿No lo era?

—Supongo que sí, aunque no tenemos pruebas absolutas. —La condesa se encogió de hombros con indiferencia—. Lo que él no sabía entonces, y sigue sin saber, es que Serge no lo es.

Creo que vio algo en mi expresión escandalizada que la impulsó a defenderse.

—¿Qué elección tenía yo, dadas las

circunstancias? Cuando me enteré de que esperaba a Serge, no me quedó más remedio que casarme enseguida, pues mi amante había desaparecido ya. Vaska era tan confiado e inocente que pensó que yo era virgen. —Rio fuerte, como si acabara de decir algo muy divertido.

Yo seguí doblando la ropa que se había quitado con diligencia, sin decir nada, demasiado atónita para asimilar todas las implicaciones de lo que acababa de revelar. La risa cesó de pronto y su rostro se oscureció con disgusto.

—Aunque nada de eso importaría ya, de no ser por el hecho de que se ha escapado con mi hijo.

—¿Por qué no le dijo nunca la

verdad?

Ella me miró con lástima y desprecio.

—Necesito un divorcio, Dowthwaite, un divorcio que me otorgue un acuerdo económico justo. ¿Cómo iba a hacer eso si se enterara de que Serge no es su hijo?

Cuando la ayudé a salir del baño y empecé a secarla con la toalla, me pellizcó la mejilla con sus uñas afiladas.

—Y no se te ocurra contarle mi secreto o te arrepentirás de haber vuelto a trabajar conmigo.

Yo me apresuré a cambiar de tema, luchando por reprimir mi enojo por sus amenazas.

—¿Y qué piensa hacer con el bebé? —pregunté.

—Oh, tengo planes —murmuró—. Pero como me acaba de fallar otro amante, esos planes no incluirán a Dimitri Korniloff. —Como no dijo nada más, quedó claro que, fueran cuales fueran esos planes, no tenía intención de compartírselos conmigo.

—Voy a preparar té, milady. Después tiene que descansar y empezar a pensar en ese bebé en vez de en sí misma.



La condesa Olga dio a luz a una niña a finales de agosto sin ninguna dificultad. La comadrona de la zona dijo que había sido el parto más fácil al que había asistido en su vida. Pero las dificultades empezaron cuando la niña estuvo bañada

y vestida. La condesa se negó en redondo a tomarla en brazos.

—Vamos, querida —dijo la comadrona con su voz más alentadora—. Esta niña necesita un abrazo, por no mencionar ponerse al pecho.

—En ese caso, más vale que le busque uno, porque no le daré el mío.

La pobre mujer se mostró tan escandalizada que la saqué rápidamente de la habitación antes de que la discusión empeorase.

—Me temo que la condesa no se siente muy maternal en este momento. Además, las nobles rara vez amamantan personalmente. ¿No podría usted recomendarnos una nodriza?

—He conocido a muchas mujeres

como ella y sí, les enviaré una nodriza esta tarde. No podemos permitir que la pequeña sufra por culpa de esa señora egoísta. ¿Es de extrañar que el país esté en el estado en que está? —Y después de ese comentario, la mujer se marchó a toda prisa, dejándome con un bebé que no dejaba de llorar.

Por suerte, la nodriza llegó antes de una hora. Era una mujer cariñosa y muy maternal. Tomó a la niña en brazos y la tuvo succionando en cuestión de segundos. La criatura dejó de llorar al instante.



En aquel momento Abbie no pudo resistirse a interrumpir.

—¿Quieres decir que ese bebé era mi madre, la hija de la condesa? — preguntó maravillada.

—Así es, querida. Abandonada al instante y con su nacimiento convertido en un secreto.

—Durante años.

—Exactamente.

—¡Oh, Dios mío! Pero ¿eso por qué? ¿Por qué no le dijiste la verdad a mamá?

—Por miedo a perderla. No se pueden correr riesgos con una mujer como la condesa.

El corazón de Abbie estaba lleno de comprensión, pues no quería imaginar lo que sentiría ante la perspectiva de perder a su hija. A continuación hizo la pregunta que le había preocupado desde

el comienzo.

—¿Mamá descubrió alguna vez quién era su verdadera madre?

—Sí. Fue una época muy difícil para las dos.

—Me lo imagino. —Siguió un silencio. Abbie ansiaba hacer más preguntas, pero como veía que las lágrimas corrían por las mejillas de su abuela, la rodeó con sus brazos y la estrechó contra sí.

—Creo que es suficiente por el momento. Necesitas descansar.

Millie se secó los ojos con un pañuelo y dio unas palmaditas a su nieta en la mano.

—No, estoy bien. ¿No te gustaría saber cómo llegó a estar a mi cuidado?

No la robé, ¿sabes?

—No he pensado ni por un momento que lo hubieras hecho, pero sí, me gustaría saber cómo ocurrió eso.



Cuando a la mañana siguiente levé la bandeja del desayuno a la condesa, me recompensó con una sonrisa, que yo, en mi inocencia, interpreté como de sincera gratitud.

—Gracias, Millie, eres muy amable —dijo—. He estado pensando en mi pequeño problema y se me ha ocurrido una solución.

—¿Y cuál puede ser, milady? — pregunté cortésmente mientras la ayudaba a sentarse en un sillón para

poder rehacer la cama. Me preguntaba cómo podía calificar de «pequeño problema» el nacimiento de una niña que no era de su esposo.

—Es muy sencillo. Solo tenemos que decir que la niña es tuya.

Me quedé tan sorprendida, que casi tiré la cafetera que sostenía.

—¿Qué está diciendo? No puede hacer eso.

—Puedo hacer lo que quiera, y esa es la solución más obvia a mi dilema. Así Vaska nunca sabrá la verdad. Además, es una solución muy lógica. Eres lo bastante joven para tener un bebé, se sabe que te gusta Stefan y estoy segura de que él podría ser un buen padre en el futuro.

Mi instinto me decía que Stefan no querría ocuparse del hijo de otro hombre. Ningún hombre lo haría.

—Lo siento, milady, pero no puedo acceder a eso. Soy joven, sí, tanto que nunca he tenido... una relación con ningún hombre, así que ¿cómo podría ser mía la niña?

Ella se echó a reír.

—¿Y quién va a saber o a quién le va a importar que seas virgen o no lo seas?

—A mí. Además, no estoy preparada para hacerme responsable de la niña de otra persona ni para mancillar mi carácter con una mentira así. Usted no está pensando con claridad, milady. Sugiero que se tome el desayuno y descanse y luego puede empezar a

pensar cómo explicarle este nuevo nacimiento a su esposo.

Unté su tostada con mantequilla y corté la parte superior del huevo cocido. Le hice una reverencia y me disponía a salir, cuando ella me agarró la muñeca con fuerza.

—Has conocido de primera mano las dificultades de estar desempleada. En todas las semanas que pasaste en aquel hostel no encontraste a nadie dispuesto a acogerte, ¿verdad?

La miré a los ojos y vi por fin el motivo de aquello. Ella había corrido la voz entre sus amistades de que yo era una revolucionaria para asegurarse de que nadie me diera trabajo por muchas puertas a las que llamara o muchas

cartas que escribiera.

En sus ojos apareció un brillo de triunfo cuando supo que había ganado.

—Pues bien, Dowthwaite, la elección es tuya. O cuidas de esta niña, que necesita una madre, o te vuelves a enfrentar al hambre. Dudo que te queden fondos para comprarte un billete a casa. Y esta vez me aseguraré de que el conde te deje pudrirte.

La miré horrorizada. Me di cuenta de que estaba atrapada. Como estaba prácticamente sin dinero después del despido anterior y llevaría tiempo recibir dinero o un billete de mis padres, no tenía otra opción que aceptar si quería conservar mi trabajo y sobrevivir. ¿Estaba en aquella situación

por haber apoyado a un grupo de mujeres hambrientas, o, más probablemente, por haber deseado al hombre con el que esperaba casarme? Cuando me alejaba, sin darle la satisfacción de entrar en una discusión, que ella tanto disfrutaba, me juré en secreto buscar otro puesto en cuanto regresáramos a Petrogrado. De un modo u otro, saldría de aquel lío, que no era obra mía en absoluto.

CAPÍTULO 25

Desgraciadamente, cuando regresamos a la ciudad en octubre, resultó evidente que cualquier oportunidad de encontrar un empleo alternativo se había evaporado, pues la situación había empeorado todavía más. Petrogrado estaba helado, y sobre el río flotaba una niebla fría que nos hacía toser y abrigarnos hasta arriba. Malacostumbrada como estaba por el clima más suave de Yalta, había olvidado el frío terrible que podía hacer en esa época del año.

No tardamos en encontrar dificultades, pues las calles eran un

caos, atestadas de gente. Aquí y allá había enfrentamientos entre civiles y también con soldados. El carruaje que había venido a recogernos a la estación se paró en cuestión de minutos, bloqueado por carretas cargadas con sillas, colchones, alfombras y otras pertenencias de gente que huía, presumiblemente cambiando la ciudad por el campo. Algunas carretas de suministros habían volcado y sus cargas de leña, heno o patatas estaban tiradas por la calle. La gente agarraba lo que podía y huía lo más deprisa posible con los brazos cargados. Las tiendas habían sido saqueadas, y los escaparates aparecían rotos y vacíos. Nosotras observábamos la escena desconcertadas.

Era evidente que el caos del país había ido a más. Petrogrado estaba siendo escenario de más disturbios.

Apreté al bebé contra mí y rodeé a Irina con el brazo, que estaba cada vez más asustada por el alboroto de la multitud. Yo sentía una necesidad instintiva de protegerlas a las dos. Pero casi no podía contener mi impaciencia, desesperada como estaba por volver a ver a Stefan. Mi anhelo por él era casi como una enfermedad, enfermedad que se curaría solo cuando volviera a tomarme en sus brazos. Pero no sabía si estaría en casa o seguiría en el campo con el conde.

—¿Qué ocurre? —preguntó la condesa al cochero.

—No estamos seguros, milady, pues no se están imprimiendo periódicos. Unos dicen que es otra huelga, y se habla mucho de cosacos y matanzas.

Un grupo de soldados polacos pasó delante de nosotros riendo y abucheando mientras cruzaban el mercado. La condesa los llamó.

—Díganme qué ocurre aquí.

Uno de los hombres, quizá capitán o teniente, se volvió hacia ella como sorprendido por la pregunta. No se molestó en saludar ni dio ninguna muestra de respeto, se limitó a alzar las cejas con desdén.

—¿No se ha enterado? Lenin está dando un golpe de estado. Su intención es derrocar al Gobierno Provisional y

reemplazarlo con su partido, los bolcheviques.

Mientras se alejaban tambaleándose a causa de la bebida, el cochero añadió:

—Trotski hizo un intento de proclamar el Congreso de los Sóviets como el poder supremo. Por desgracia, muchas personas no quieren que las gobiernen los sóviets. El resultado, milady, es una guerra civil.

—¡Por el amor de Dios! No estoy dispuesta a pasarme todo el día aquí sentada en este jaleo solo por una estúpida batalla por el poder —replicó la condesa con el tono de voz que usaba cuando la irritaban la vida o la política.

La niña se movió en mi regazo, gimió levemente y Vera, la nodriza, y yo nos

miramos con preocupación.

—Es casi su hora de comer —señaló la nodriza—. ¿La tomo yo?

—Vamos a esperar hasta que se despierte del todo. Estoy segura de que cuando tenga hambre nos lo hará saber —dije yo, y las dos reímos porque la pequeña hacía ya sentir su presencia.

En las pocas semanas que llevaba cuidando de ella había caído por completo bajo su embrujo. Adoraba los mohínes de sus labios, sus uñas perfectamente formadas y el dulce olor de su piel suave. Sus ojos azules de bebé habían cambiado ahora a un marrón suave y me miraban con interés. Habría podido pasarme todo el día mirándola. Y, sin embargo, una parte de

mí se retraía, temerosa de tomarle demasiado cariño, de perderla cuando su madre empezara por fin a prestarle atención.

Aunque de momento no había ninguna señal de que eso fuera a ocurrir. La pequeña Katia tenía ya tres meses y la condesa seguía sin reconocer su existencia. Yo era la única que la cuidaba, con la ayuda de Vera. Me levantaba por la noche cuando lloraba, le cambiaba los pañales, la abrazaba, la besaba, la tranquilizaba y jugaba con ella como si fuera de verdad mi propia hija. Yo le había puesto el nombre y había organizado su bautizo. Alguien tenía que hacerlo y mis repetidos intentos de impulsar a la condesa a

tomar una decisión en ese sentido habían fracasado estrepitosamente.

—Haz lo que te plazca, es tu hija — había sido su único comentario, repetido en distintas versiones cada vez que yo mencionaba el tema. Vera era la única que conocía la verdad del nacimiento de la niña y había jurado guardar el secreto. No obstante, yo tenía toda la intención de decírselo a Stefan. Ni por un momento quería que pensara que lo había traicionado. Pero no dije nada a la condesa de esa decisión. Sería mi secreto.

—Ah, el tráfico se está moviendo — dijo el cochero, y todas suspiramos de alivio cuando logramos completar el trayecto sin más dilaciones.



Cuando por fin llegamos, la casa parecía vacía. El conde, Serge y la mayoría de los sirvientes seguían en el campo. *Babushka* había regresado con *Nianushki*, pues la anciana echaba de menos la vida en la ciudad y a su médico personal, que la ayudaba a lidiar con la artritis. Para alivio mío, resultó que Stefan había acompañado en el tren a las dos mujeres para protegerlas.

Estaba deseando verlo, ansiaba que me abrazara, que me diera la bienvenida a casa con sus besos, y rezaba para que su amor por mí siguiera siendo tan fuerte como siempre. Mi intención era abordar el tema de la niña con tacto y cuidado,

explicándole lo que había ocurrido, que la condesa había dado a luz e inmediatamente había abandonado a la niña. Y que no me había quedado otra opción que hacerle de madre si no quería volver al hostal o, peor aún, acabar pasando hambre en la calle. A ella no le importaba nada mi reputación, solo la suya. Había ensayado en mi cabeza lo que quería decir, pero cuando vi su rostro ceniciento, comprendí que era demasiado tarde. Ella había llegado antes y le había dado su versión de lo sucedido.

—Stefan... —empecé a decir, pero él me hizo callar enseguida.

—Aquí no. —Me tomó del brazo, agarró mi abrigo y me sacó del edificio.

Casi tuve que correr para no quedarme atrás mientras me ponía el abrigo y me abrochaba los botones como podía.

—¿Adónde me llevas?

—A un lugar donde podamos hablar sin miedo a que nos interrumpen.

Me llevó al parque Alexandrovski, a poco más de diez minutos andando de casa, cerca de la Plaza del Palacio, e hicimos el recorrido en silencio. Encontramos un banco al lado de la fuente y nos sentamos dejando cierta distancia entre uno y el otro. Aquel día frío y ventoso no había gente por allí y los únicos sonidos eran los que hacían las ramas desnudas crujiendo al viento, el rumor de las hojas en el suelo y un perro que ladraba en alguna parte.

—Creo que tienes algo que decirme —dijo con los ojos fijos en el agua. La fuente estaba atascada con hojas muertas, descuidada y con barro, y el agua no corría como antes. Había basura por todo nuestro alrededor, prueba de la revolución que estábamos viviendo, donde nadie se molestaba en limpiar.

Tragué saliva y empecé mi explicación tan cuidadosamente ensayada.

—No debería decirte esto porque prometí no hablarlo con nadie, pero he decidido que tienes derecho a saber la verdad. La niña se llama Katia y su llegada fue algo inesperado en la vida de la condesa. Temerosa de perder un

posible acuerdo de divorcio, se niega a reconocer que es suya e insiste en que la haga pasar por mía. Yo me vi obligada a acceder para que no me abandonara en Yalta y me despidiera sin un solo kopek que me protegiera de morir de hambre. Pero quiero que sepas que no es mi hija.

—¿Y de quién es, pues?

—Acabo de decírtelo. Es de la condesa.

—Ella me ha advertido que te declararías inocente y negarías que la niña es tuya.

Solté un gemido.

—No soy yo quien lo niega, es ella. Es la condesa. ¿No has oído ni una palabra de lo que he dicho? Yo no tuve a la niña y lo que te ha dicho es mentira,

algo en lo que es una experta.

—¿Quién es el padre? Dime la verdad —exigió, mirándome de hito en hito. Fue una mirada que me provocó un escalofrío en la columna, pues era más fría que los vientos que bajaban desde Siberia.

—Eso deberías preguntárselo a la condesa Olga, pero yo diría que debe de ser Dimitri Korniloff o el cochero Víktor. A menos que tú sepas de otros hombres en su vida. —Mi mirada era igual de desafiante. Quería que entendiera lo que se sentía cuando dudaban de ti.

—¿Por qué iba a saber yo eso?

—¿No te incluyes a ti mismo como un posible candidato?

—Por supuesto que no. —Parecía escandalizado por la insinuación.

—O sea, que esperas que yo crea en tu inocencia cuando me juras que no tienes una aventura con ella aunque ella ha insinuado muchas veces que así es. Yo he confiado en ti, Stefan, ¿por qué no puedes tú confiar en mí?

Él negó con la cabeza.

—Es difícil creer en tu inocencia cuando he visto la prueba de tu traición con mis propios ojos. —Se levantó del banco y empezó a andar de un lado a otro, dando puntapiés a las piedras con rabia. Al final se colocó frente a mí—. Lo siento, Millie, pero estoy profundamente decepcionado contigo. Creía que tú y yo teníamos algo

especial. Obviamente, me equivocaba. La condesa sospecha que has tenido una aventura con el conde y, desde luego, yo mismo vi la estrecha relación que manteníais las semanas anteriores a tu marcha.

Al oír aquella acusación, solté un grito ahogado.

—¿Estás sugiriendo que tuve una aventura con el conde Vaska? ¿Cómo te atreves?

—No puedes negar que fue su influencia lo que obligó a milady a volver a emplearte.

—¿Y qué si lo fue? Es el conde Belinski, el señor de la casa. Ha sido como un padre para mí. —Me horrorizaba la dirección que había

tomado aquella conversación. Aquella horrible mujer había plantado semillas de duda y amargura en la mente de Stefan y yo no podía hacer nada para que desaparecieran.

—¿Por qué te defendió con tanta vehemencia si no tenía una buena razón?

—Porque es un hombre bueno, ama a sus hijos y quiere que yo cuide de ellos. Te juro, Stefan, que no es hija mía.

Estábamos de pie uno delante del otro, casi gritando.

—La condesa insiste en que lo es y en que esa fue la razón por la que te llevó a Yalta, para proteger tu reputación, y presumiblemente también la del conde.

—Era su reputación la que estaba protegiendo, no la mía.

—Eso lo dices tú, pero he preguntado a la nodriza. Se llama Vera, ¿verdad? Me ha dicho que fuiste tú la que dio a luz y no la condesa.

Suspiré con exasperación.

—Vera solo repite lo que le han ordenado que diga. Además, ella no estuvo presente en el parto, así que no puede decir que fue testigo. Por favor, no me digas que prefieres aceptar su palabra y la de la condesa antes que la mía.

—Para ser sincero, no sé a quién creer, pero ella... esa niña no tiene nada que ver conmigo. —Dio media vuelta y se alejó con rapidez. Su figura no tardó en desaparecer entre los árboles.

Me sentía como si me hubieran

golpeado. ¿Cómo era posible que Stefan pensara eso de mí? Era devastador que la condesa hubiera hablado con él antes que yo y le hubiera contado mentiras. Solo Dios sabía lo que le habría dicho. Pero ¿por qué Stefan elegía creerla a ella antes que a mí, la mujer a la que decía amar? ¿Significaba eso que no me amaba, que me había mentido todo aquel tiempo? ¿Quizá la condesa y él habían tenido de verdad una aventura?

Regresé a casa despacio, sola y muy triste. Saqué a Katia de su cuna, enterré la cara en su chal y derramé lágrimas de angustia en silencio.



Los disparos empezaron cuando

estábamos sentados tomando una cena frugal, pues había pocos suministros en la casa. Todos estábamos aterrorizados, temiendo lo que pudiera pasar a continuación. Las dos doncellas que nos habían acompañado temblaban de miedo y estaban casi llorando, demasiado asustadas para arriesgarse a salir al patio a llenar las cestas de leña. El fuego del salón no tardó en apagarse y todos empezamos a temblar de frío. Ninguno de nosotros se desvestiría esa noche, ni disfrutaría de un sueño largo. Al final juntamos unos cuantos colchones y mantas y pasamos la noche en el sótano. Parecía el lugar más seguro, aunque la condesa se quejó interminablemente de la incomodidad y

el frío. Como no podía dormir, permaneció sentada envuelta en mantas, y dictándonos una larga lista de instrucciones para el día siguiente, que yo escuchaba solo a medias porque adivinaba que sería imposible cumplirlas.

Acerté, pues al día siguiente nos enteramos de que los bolcheviques controlaban la ciudad, protegían los edificios importantes y todos los puentes que entraban en la ciudad. También se habían apoderado de las oficinas de teléfonos y telégrafos, de los bancos, las oficinas de correos y las estaciones de ferrocarril.

Más tarde nos enteramos de que Kerenski, uno de los líderes de la Duma,

se había retirado al Palacio de Invierno con varios ministros más y solo una guardia pequeña como protección. Los demás habían huido de la ciudad o se habían rendido sin luchar y se habían unido al bando contrario.

Pero aunque entonces no sabíamos nada de todo eso, Stefan y yo vimos los barcos de guerra en el muelle cuando nos aventuramos a salir a buscar comida, como nos vimos obligados a hacer a pesar de que apenas nos hablábamos. Más tarde, cuando estábamos cocinando un estofado para cenar, oímos los disparos de cañones, lo que reveló que la derrota era inevitable. Stefan volvió a salir en busca de más noticias mientras *Nianushki* y yo

intentábamos distraer a Irina con una partida de dominó. La condesa descansaba en su habitación. La vieja niñera miró al bebé, que dormía en su cuna a nuestro lado, y se inclinó hacia mí.

—Sé que la niña no es tuya —me susurró—. Además, tú te cuidas mucho y proteges tu reputación.

—Gracias, Klara. Me alegro de que alguien crea en mi inocencia.

Ella alzó las cejas, sorprendida.

—¿Estás diciendo que Stefan no te cree? Pero si hasta un ciego podría ver los sentimientos que hay entre los dos.

Irina me sacudió un poco el brazo para llamar mi atención.

—Vamos, *barishnia*, le toca a usted.

Pospuse la conversación hasta que termináramos la partida. A sus doce años, Irina se estaba convirtiendo rápidamente en una joven encantadora, pero nada le gustaba más que leer y no tardó en acurrucarse a leer su libro. Yo hablaba en susurros para que no oyera lo que no debía. Cuando terminé de narrar la conversación que habíamos tenido Stefan y yo, *Nianushki* estaba roja de rabia.

—Eso es propio de la condesa, sí. Tiene que ganar a cualquier precio. Hace tiempo que resulta evidente que quiere a Stefan para ella. Los hombres jóvenes y atractivos son como pepitas de oro para ella. Tiene que quedárselos para sí.

—Haré todo lo que esté en mi poder para impedirle que Stefan sea suyo.

La anciana me miró con tristeza.

—Comprendo lo que debes sentir, pero no será fácil enfrentarse a ella. He pasado casi toda mi vida laboral con ella y hubo un tiempo, aunque ahora cueste imaginarlo, en el que a mí también me cortejó un joven atractivo. Ella le ofreció un empleo, se acostó con él y, cuando se aburrió, lo despidió. No volví a verlo nunca. Ella posee un encanto que pocos hombres pueden resistir.

—¡Vaya, Klara, qué horrible!

Mi corazón se entristeció por ella. El hecho de que hubiera sufrido la misma experiencia creó de algún modo un

vínculo aún mayor entre nosotras.

—No dejes que gane —me susurró al oído cuando la abracé—. Es una déspota de la peor especie y Stefan es un hombre encantador. Lucha por él, querida.

En aquel momento, el objeto de nuestra conversación entró corriendo en el aula.

—Los barcos están disparando contra el Palacio de Invierno —gritó Stefan—. He visto a Kerenski de uniforme alejándose en su automóvil a toda velocidad. Dudo mucho que volvamos a verlo.

Me puse en pie y corrí hasta él por instinto. Toqué su rostro querido y le revisé manos y brazos.

—¿Estás bien? —pregunté.

La mirada que posó en mí estaba llena de confusión y de preguntas sin responder.

—Estoy bien. Parece que los bolcheviques controlan ya toda la ciudad. Algunos lo llaman la Revolución de Octubre, otros un golpe de estado en el que Lenin se ha hecho con el poder sin apenas derramar una gota de sangre —dijo, y me apartó las manos—. Voy a informar a la condesa.

Me sentí totalmente rechazada y lo vi alejarse hacia ella con el alma en los pies. Dejando de lado cómo quisiéramos describir la situación, todos nos dábamos cuenta de que la vida no volvería a ser la misma. Rusia había perdido un mundo gobernado por el zar,

un mundo con defectos, sí, pero nadie podía adivinar en absoluto lo que íbamos a tener en su lugar.

En cuanto a mí, lloraba la pérdida de la confianza del hombre al que amaba.

CAPÍTULO 26

«La confianza lo es todo», pensó Abbie cuando veía subir el sol por encima de Great Gable, después de haber estado en la tienda desde antes de amanecer. Sentía un gran amor y admiración por la mujer valiente que era su abuela. Con el trauma que debía de haber sufrido y, sin embargo, le había entregado su corazón a la niña a pesar del efecto que eso tendría sobre su reputación. ¿Por qué no había creído Stefan en su inocencia? ¿Por qué había confiado Millie en él? Aunque estaba encantada de saber por fin la verdad sobre el origen de Kate, también estaba ansiosa por conocer la

respuesta a esas preguntas, lo que la llevó a pensar en su propio dilema.

Recordaba que al principio de la relación había confiado en Eduard implícitamente, una sensación que se había ido disipando con los años hasta desaparecer del todo. La aliviaba darse cuenta de que apenas había pensado en él en las últimas semanas, pues estaba demasiado ocupada preparando la fiesta de inauguración, para la que ya faltaban solo unas horas. Hasta la relación con su padre parecía ir cada día a mejor.

Habían invitado al alcalde, a varios amigos y organizaciones del pueblo y al periódico local, por supuesto, así que esperaba que acudiera bastante gente. Por enésima vez esa mañana, revisó una

serie de joyas de cuarzo rosa, jaspe rojo y ágatas, recolocó con cuidado una hilera de brazaletes de cobre y retrocedió para admirar su obra. Con excepción del ámbar, las demás joyas de la muestra guardaban alguna relación con la zona.

El Distrito de los Lagos era famoso por sus minas de cobre, plomo y plata, así como por la cantera de pizarra verde de Honister, por grafito para lápices y varios minerales más, entre ellos barita, cristales de calcita, fluorita y cuarzo. Abbie había obtenido algunas de esas piedras en la zona o en Weardale, más al norte, y había hecho con ellas brazaletes, collares y pendientes. Estaba bastante orgullosa de sus logros y su

única preocupación era si se venderían o no.

—Estoy empezando a ponerme nerviosa —dijo Linda. Se situó detrás de ella y recolocó algunas horquillas para el pelo, aunque estaban bien a la vista.

—Yo también —confesó Abbie—. ¿No es una tontería? Solo tenemos que mostrarnos relajadas y amables. ¿Cuándo llegan los del catering? —preguntó, contradiciéndose a ella misma.

Linda se echó a reír.

—Prometieron que estarían aquí a las nueve para preparar los canapés y abrir el vino y que todo estaría listo para abrir a las diez, así que llegarán en cualquier momento. Vaya, está sonando

el teléfono.

Volvió unos segundos después con expresión sombría.

—Se les ha averiado el vehículo justo cuando llegaban al puente Skelwith. Están atascados entre Coniston y Ambleside, aunque uno de ellos ha conseguido encontrar una cabina telefónica después de caminar unos kilómetros. ¿Qué vamos a hacer ahora? Es culpa mía. Tendría que haber elegido a gente de aquí, pero los elegí a ellos porque eran más baratos.

—No es culpa de nadie, Linda. Estas cosas pasan. Iré hasta allí a ver si puedo encontrarlos.

—Pero te necesitamos aquí, Abbie.

—¿Puedo ayudar en algo? ¿Alguien

necesita que lo recojan?

La voz profunda que acababa de decir aquello sonó a bendición en los oídos de Abbie.

—Oh, sí, por favor —contestó.

Se volvió de repente y sintió que algo se movía en su interior cuando sus ojos se encontraron con los de él. A pesar de la amenaza de él de abrir una tienda al lado de la suya, y los trabajos habían empezado ya, Andrew Baxter, o Drew como lo llamaba ya, estaba resultando ser un hombre difícil de aborrecer. Además de incluir amablemente a su esposo en la invitación a cenar el día que se encontraron en el lago y de comprarle un helado a su hija, desde entonces pasaba por la tienda casi a

diario para ayudar con los preparativos de la inauguración o simplemente para charlar. Ahora se ofrecía a ser su salvador en aquella emergencia. Abbie le explicó en pocas palabras cuál era el problema.

—Bien. ¿Alguien tiene un mapa de la zona?

Linda le dio uno y él se marchó enseguida, después de prometer que volvería con el catering lo antes posible. Abbie y Linda se miraron con nerviosismo.

—No conoce muy bien la zona. Esperemos que los encuentre —comentó Linda.

—La carretera es larga, pero seguro que acabará viéndolos. Entretanto, yo

empezaré a trabajar en el plan de reserva por si no llegan a tiempo y tenemos que acabar recurriendo a café y donuts. —dijo Abbie, y corrió al teléfono.

La hora siguiente pasó volando en una vorágine de actividad, incluida la llegada de una reportera que se presentó como Clarinda Ratcliffe y dijo que quería hacerle una entrevista a Abbie antes de que esta se distrajera con los clientes.

—¿Qué sintió al perder a su madre de un modo tan trágico? —Fue la primera pregunta, que desconcertó a Abbie por completo. Se recobró y respondió diciendo que había sido un shock terrible pero que creía que ya era hora

de seguir adelante.

La periodista, sin embargo, tenía otras cosas en mente.

—He hablado con una de las ancianas a las que visitaba en el paseo y dice que habló con Kate el día antes de su muerte y la encontró ilusionada, ahorrando para un viaje a Rusia, que al parecer era un sueño suyo de hacía tiempo. Eso no encaja con una mujer que estuviera pensando suicidarse, ¿verdad?

Abbie miró a la reportera; la información que acababa de recibir la dejó momentáneamente sin palabras.

—Como con todas las fatalidades de ese tipo, es imposible entender lo que pensaba o sentía. Pero hoy no es el momento de hablar de la muerte de mi

madre, si no le importa.

—¿Cree que le habría gustado que usted se hiciera cargo del negocio?

—Supongo que sí, teniendo en cuenta que me lo dejó en su testamento — comentó Abbie con sequedad. Se esforzó por sonreír. Aquella entrevista no había empezado bien, y hasta el momento era un verdadero desastre—. Por supuesto, soy consciente de lo bien que dirigió ella Sueños Preciosos, y también mi abuela antes que ella, así que estoy encantada de seguir sus pasos.

—Eso es interesante. ¿Cuándo montó este negocio su abuela? —preguntó la periodista, tomando notas en su cuaderno.

—En los años veinte, y estamos

orgullosos de que haya sobrevivido, pues hay pocos negocios familiares que sobrevivan hoy en día —repuso Abbie, que decidió no pensar en las deudas en aquel momento.

—No ha debido de ser fácil, y su familia ha tenido también sus problemas a lo largo de los años, ¿verdad? —preguntó Clarinda Ratcliffe con una sonrisita de curiosidad.

Abbie empezaba a temblar por dentro. ¿Aquella mujer le iba a preguntar por el tema de Eduard? ¿Seguía siendo un crimen tener una hija ilegítima? No sentía ningún deseo de que su vida personal apareciera en la prensa local.

—¿Perdón? —preguntó, fingiendo

ignorancia.

—Tengo entendido que ha regresado hace poco de París, donde ha vivido algún tiempo, ¿es cierto?

—Pues sí, y es un placer estar de vuelta en casa, en el hermoso Distrito de los Lagos —comentó Abbie.

La periodista continuó como si nada.

—Supongo que a su abuela también le gustaba viajar, ya que tengo entendido que fue a Rusia como institutriz. ¿Está por aquí hoy? Me encantaría hablar con ella también.

—Vendrá más tarde. Parece usted muy bien informada.

Clarinda Ratcliffe le dedicó una sonrisa fría y poco sincera.

—Como usted pertenece a una familia

notable de la zona, he investigado un poco antes de venir hoy. Su madre también se fugó una vez para vivir en la Riviera francesa en los años treinta. Parece ser un rasgo de familia. ¿A qué cree usted que se debe?

Abbie parpadeó. Era la primera vez que oía que Kate se hubiera marchado de casa, es más, que se hubiera «fugado para vivir en la Riviera». ¿Por qué había hecho eso y con quién se había fugado? Pero lo más importante en ese momento era que aquella entrevista en principio debía versar sobre el negocio y las joyas, de modo que decidió que no quería continuar con aquella línea de interrogatorio.

—¿Quiere que le enseñe la tienda? —

preguntó—. Tenemos algunas joyas maravillosas, la mayoría con piedras de la zona, aparte de este ámbar precioso de Polonia. —Se lanzó a describir sus propiedades curativas y mencionó que muchos creían que procuraba amor duradero.

—¿Y qué me dice de la tienda de accesorios que van a abrir al lado? —preguntó la periodista mientras Abbie le mostraba el taller. La mujer parecía decidida a centrarse en problemas.

Abbie tampoco quería hablar de aquello. Miró su reloj y pensó si Drew habría conseguido encontrar a la gente del catering. Intentó poner fin a aquella desagradable entrevista.

—Si no le importa, tendrá que

disculparme, señorita Ratcliffe, ya que tengo que volver con mis clientes — dijo, y se alejó con una sonrisa.

La reportera corrió tras ella.

—Pero ¿esa competencia no afectará a su negocio?

Abbie consiguió sonreír con grandes esfuerzos y aseguró a la mujer que no tenía ninguna preocupación en ese sentido.

—Esta será la parte del pueblo a la que vendrá la gente a buscar joyas, bolsos y accesorios. Además, la competencia es algo bueno —comentó.

Momentos después, para gran alivio suyo, Drew apareció en la puerta y le hizo una señal con los pulgares hacia arriba. Los responsables del catering

entraron enseguida y, en cuestión de minutos, la tienda pareció llenarse de personas que conversaban y reían mientras tomaban vino, se divertían y admiraban los artículos que había a la vista.

Abbie suspiró aliviada cuando Clarinda Ratcliffe al fin se marchó, aunque le preocupaba un poco lo que pudiera escribir aquella mujer. Pero independientemente de los fantasmas familiares que pretendiera despertar la prensa local, la fiesta era un gran éxito. Y, a juzgar por el sonido de la caja registradora recién comprada, estaban vendiendo mucho. Confió en que fuera así.



Su abuela y Fay llegaron poco después con los niños para admirar las joyas y disfrutar de la diversión. Carrie dormía contenta en su carrito. Abbie se percató de que su hermano no había ido. Era evidente que había preferido no asistir a pesar de que era sábado y no trabajaba.

—Robert ha tenido que volver a la oficina inesperadamente —explicó Fay a modo de excusa, aunque Abbie no la creyó ni por un momento—. Pero no te preocupes por Aimée. Voy a llevar a los niños a ver Hill Top, la casa de Beatrix Potter, así que estarán contentos y ocupados hasta que llegues a casa.

—Dios te bendiga, Fay. —Abbie abrazó a su cuñada con gratitud y se

volvió para abrazar también a su abuela —. Gracias a las dos por venir. Significa mucho para mí. Agradezco mucho el apoyo prestado.

—Yo también vengo a ofrecértelo.

Abbie se volvió, sorprendida y encantada, y dio un beso a su padre, que había aparecido de pronto a su lado.

—Oh, me conmueve mucho que hayas venido, papi, sabiendo lo preocupado que estás tratando de salvar la casa.

Él la miró con un brillo en los ojos, como la miraba en la época en la que era su niña querida.

—He decidido que debo dejar de preocuparme y limitarme a observar el curso de los acontecimientos. Puede que ocurra algo, o puede que no suceda lo

peor y no nos echen nunca.

—Genial. Pues no nos preocupemos a menos que ocurra.

—Mami, ¿puedo quedarme uno de esos broches de mariposa? —le pidió Aimée, saltando arriba y abajo de la emoción.

—Claro que sí, querida. Déjame que te lo ponga. Ya está, ¿verdad que estás preciosa? Puedes ir a mirarte al espejo.

—¿Cómo ha ido la entrevista? —preguntó Fay cuando se alejó la niña.

Abbie se puso seria.

—Bien, supongo, aunque no tan bien como esperaba. La periodista ha dicho que le gustaría hablar contigo de Rusia, abuela, y parece pensar que a mamá también le gustó viajar y se fue a la

Riviera Francesa en los años treinta, cuando era una chica. ¿Eso es cierto?

Millie tardó un momento en contestar, lo que parecía indicar que ese incidente debía haber tenido lugar en un período difícil y todavía no quería hablar de él.

—Kate pasó algún tiempo en Francia, pero no se quedó mucho. Enséñame los pendientes de ámbar que has hecho — dijo. Y Abbie no tuvo más remedio que dejar el tema por el momento. Pero era algo que pensaba investigar más a fondo.

Más tarde, tras haber disfrutado de la fiesta y haberle deseado lo mejor en su nueva empresa, su familia se marchó para seguir con su día fuera de casa.

—No te preocupes por Robert —le

dijo Fay cuando Abbie le dio un beso de despedida—. Se está ablandando un poco y por fin le han ofrecido ser socio en la empresa, como deseaba. Acabará cediendo. Mira a tu padre, lleno de orgullo por tu éxito, aunque enfadado todavía por lo que hizo tu madre. No deja de preguntar cómo pudo hacerle eso con lo felices que eran juntos. Pero creo que ya empieza a aceptar su muerte un poco mejor, lo cual debe de ser algo bueno.

—Gracias en gran parte a tu influencia, Fay. Estoy segura.

Abbie se sentía reconfortada porque su familia se hubiera tomado la molestia de ir a la fiesta de inauguración a pesar de las diferencias y riñas de los últimos

meses. Pero le preocupaba todavía lo que pudiera desenterrar Clarinda Ratcliffe, teniendo en cuenta su comentario sobre el deseo de su madre de ir a Rusia. Era normal que Kate quisiera ir, considerando que había nacido allí, pero ¿qué había ocurrido para hacerle abandonar aquel sueño?

Miró a la multitud, que disminuía gradualmente, y se sorprendió buscando a Drew. Sentía un anhelo repentino de hablar con aquel hombre comprensivo. Y él apareció de pronto a su lado como si pudiera leerle el pensamiento.

—Esa reportera habló conmigo la semana pasada sobre mis planes para la tienda de al lado y debo decir que fue todo un interrogatorio —dijo—. La

verdad es que no me cayó nada bien.
¿Cómo ha ido tu entrevista?

Abbie suspiró.

—Parecía estar buscando algún tipo de gancho para escribir su historia, algún escándalo sobre mí. Ha sido extraño y no precisamente agradable.

—Así es la prensa, siempre quieren escarbar basura, aunque para serte sincero no puedo ver cómo podría encontrar nada contra ti —repuso él con una sonrisa.

Abbie rio con sorna.

—¿Aparte de mi juventud, de tener una hija ilegítima, una madre que se suicidó por razones desconocidas y un padre y un hermano que me culpan de su muerte y quieren vender esta propiedad

sin mi consentimiento? Ahí no hay ninguna historia, no.

Él frunció el ceño. La tomó por los hombros y la atrajo hacia sí con gentileza para darle un beso en cada mejilla.

—Piensa en positivo. Has hecho un trabajo espléndido. Yo personalmente estoy muy impresionado.

Sus besos fueron tiernos y suaves, de ningún modo apasionados, y en las mejillas, no en los labios. Aun así, a Abbie le provocaron un escalofrío de placer y algo muy parecido al deseo. Lo miró, esforzándose por leer los pensamientos que reflejaban sus misteriosos ojos grises, tan enigmáticos pero tan sensuales. Notó que su

respiración se aceleraba ligeramente, pero no sonrió. Su expresión era de una profunda seriedad.

Ella carraspeó porque de pronto tenía la garganta seca.

—Gracias por tener fe en mí.

—Tú te lo mereces. Tienes mucho talento —dijo él, admirando unos pendientes de ámbar—. ¿De verdad los has hecho tú?

—Sí. —Ella estaba de pie a su lado, sin tocarlo, aunque anhelaba en secreto deslizar su mano en la de él o que volviera a besarla, esa vez como era debido. ¿En qué estaba pensando? ¿Cuánto vino había bebido para haberse fijado tanto en ese hombre? ¿O esas sensaciones llevaban tiempo creciendo

en su interior?

—Todavía tenemos esa cena pendiente —dijo él—. ¿Qué tal esta noche, ya que es un día de celebraciones?

—No sé si es apropiado que los rivales en los negocios socialicen. ¿Y tú? —preguntó ella, con una sonrisa para suavizar sus palabras.

—¿Tenemos que ser rivales? ¿No podemos ser simplemente amigos o al menos colegas en los negocios?

Abbie no lograba decidir si debía pasar la velada con aquel hombre en lo que se podía considerar una cita, así que se alegró cuando los interrumpió una mujer que buscaba ayuda para elegir unos pendientes de madreperla. Eso

también le dio un respiro para controlar sus emociones.

Andrew Baxter debió de aprovechar esa distracción para retirarse, pues cuando ella terminó de envolver los pendientes para regalo y ofreció a la clienta una copa de vino y un trocito de empanada, él ya no estaba. Quizá se había arrepentido de aquel momento inesperado de intimidad.

—Gracias a Dios —murmuró Abbie para sí. Dejó su copa y decidió que no iba a beber ni una gota de vino más. Y, sin embargo, sintió una punzada de decepción porque él se hubiera retirado temprano.

Linda se acercó y le susurró el total de lo que habían vendido. Era una suma

considerable.

—Oh, y Drew dice que te recuerde que la invitación sigue en pie. ¿A qué se refiere exactamente?

Abbie abrazó a su ayudante con los ojos iluminados, contenta por el éxito.

—Eso no importa, pero no la voy a aceptar. Buen trabajo y gracias por tu ayuda. Jamás habría podido hacer esto sin ti, quizá ni siquiera se me habría ocurrido.

—De nada. Yo solo quiero que Sueños Preciosos sobreviva, pues me encanta trabajar aquí contigo.

Justo cuando los últimos clientes del día se disponían a marcharse y estaban cobrando las compras de último minuto, la campanilla de la tienda volvió a sonar

y la puerta, al abrirse, dejó entrar una ráfaga de aire frío.

—*Mon amour*. Al fin te encuentro.

Abbie miró horrorizada hacia donde procedía la voz.

—¡Eduard!

CAPÍTULO 27

—He venido a decir que cometí un gran error. Tengo muchísimos remordimientos por haber dejado que ocurriera esto. Toda la culpa es de mi esposa. Esa boba no me deja marchar y a mí me da lástima. Ahora tiene un niño y ni siquiera sé si es mío. Ella dice que sí, pero no se parece a mí.

—¿Ha tenido un niño? Enhorabuena. ¿Qué te hace pensar que no es tuyo?

Estaban sentados en el Ring of Bells, Eduard bebiendo una copita de coñac y Abbie tomando un café, pues sentía la necesidad de despejar la mente para lidiar con aquella visita inesperada y no

deseada. Había telefoneado a Fay, le había pedido que no dijera todavía a Aimée que estaba allí su padre y le había explicado que llegaría un poco más tarde de lo que había previsto. Su cuñada le había prometido acostar a Aimée y la había alentado a disfrutar de una velada fuera para variar, pues según ella se la merecía después de haber trabajado tanto.

—Tiene el pelo rubio, y mi esposa y yo somos morenos.

—Es un bebé. Seguro que también tiene ojos azules.

—¿Cómo lo sabes?

Abbie se echó a reír.

—Vamos, Eduard, el color de los ojos y del pelo de los bebés cambia a

medida que crecen. ¿Tu esposa dice que es tuyo?

Él se encogió de hombros.

—Por supuesto. Niega haber tenido una aventura.

—Pues, en ese caso, acéptalo y sé un buen padre para el chico, como lo has sido con Aimée. Y todavía puedes serlo, aunque sea a distancia. Mañana puedes venir a casa a verla. Es domingo y estaremos en casa todo el día.

Eduard hizo un mohín malhumorado.

—Gracias. Estoy perdido sin mi encantadora hija. No solo he venido a ver a mi hijita, sino también a llevármela a casa conmigo. Y a ti también. Marie será pronto mi ex mujer. Te lo juro, *mon amour*. Y entonces nos

casaremos.

Abbie no contestó. ¿Acaso no había oído esa historia muchas veces a lo largo de los años? No obstante, mientras tomaba el café, le costaba trabajo no sentir un poco de lástima por la sensación de pérdida de Eduard, en parte por lealtad, por los años que habían pasado juntos, pero sobre todo por su hija. Seguía siendo el padre de Aimée y la quería tanto como la niña a él.

Eduard siguió hablando, describiendo su plan, o mejor dicho, su sueño loco de que podían seguir como antes. Abbie perdió interés y se distrajo por un momento cuando vio a una figura familiar que entraba en el pub y se

sentaba junto a la ventana. Quizá ver a Drew sirvió para recordarle que ahora tenía una nueva vida. Dejó la taza de café en la mesa con un gesto firme.

—Eduard, basta. Eso no va a ocurrir. Ya te he explicado que este no es el momento de llevarse a Aimée, justo cuando se está adaptando al nuevo colegio. Puede ir a pasar unas semanas contigo en verano. Eso le gustaría.

Él desestimó esa propuesta con un resoplido.

—Quiero que mi hijita venga a casa ahora, y tú también. ¿Por qué quieres dejarme? No lo entiendo. ¿Qué daño te he hecho yo?

—Me mentiste.

—No.

—Sí, Eduard. Tus promesas de casarte conmigo nunca se materializaron. Finalmente comprendí que mi padre tenía razón desde el principio. Tú jamás te divorciarías de tu esposa y, por lo tanto, no vi razón para quedarme.

Él pareció perplejo. Frunció el ceño.

—Pero en Francia es muy normal que un esposo tenga una *maîtresse*. ¿No te he querido siempre y he cuidado de ti? ¿Cuál es el problema?

¿Cómo podía hacerle entender que le había hecho mucho daño? Hablar con él era una pérdida de tiempo. Abbie era muy consciente de que Drew alzaba de vez en cuando la vista del periódico que estaba leyendo y los miraba

entrecerrando los ojos. ¿Habría adivinado que aquel era su examante?

—Lo siento, pero se ha terminado —dijo—. No tengo ningún deseo de volver a vivir esa angustia nunca más.

—No me lo creo. ¿Cómo te las arreglarás sin mí? No veo qué es lo que te puede retener aquí.

—A decir verdad, ahora tengo un negocio propio.

Él resopló con incredulidad.

—¿Por qué vas a desperdiciar tu vida llevando una tienda cuando podrías ser mi *maîtresse*? Acabarás vieja y sola sin nadie que te quiera.

—Es horrible que digas eso.

—Es cierto —dijo él, con un encogimiento de hombros típicamente

galo—. ¿Quién se va a casar contigo ahora, con una hija ilegítima? Eres buena como amante, pero ningún hombre querrá tenerte como esposa.

Si Abbie se había sentido herida antes, aquel comentario cruel hizo que se sintiera destrozada. Sintió un fuerte impulso de abofetearlo, pero se contuvo y se puso de pie despacio, aferrándose a su dignidad.

—De hecho, creo que es más probable que seas tú el que acabe viejo y solo cuando tu esposa se canse por fin de tus aventuras y encuentre el valor de echarte a la calle, o cuando no consigas convencer a ninguna otra mujer ingenua de que sea tu próxima *maîtresse*. Pero de momento yo tengo otro compromiso

esta noche, así que adiós.

Tomó su bolso, sintiendo cómo el corazón le latía con fuerza, y cruzó el local con la cabeza muy alta. Cuando llegó donde estaba Drew, lo besó en ambas mejillas y se sentó a su lado.

—He pensado aceptar tu oferta para la cena después de todo, si no te importa.

—Me acabas de alegrar el día —repuso él con una sonrisa—. Permíteme que te pida una copa de vino. Creo que la necesitas.

Abbie ni siquiera levantó la vista cuando Eduard salió como una furia dando un portazo, lo que hizo que se giraran varias cabezas a mirar. Ella siguió sonriendo y mirando a Drew a los

ojos. Él no solo era muy guapo, sino también el hombre más bueno y dulce que había conocido.



Durante la cena, que disfrutaron sin apenas dejar de hablar ni un momento, no se mencionó la conversación de ella con Eduard ni el modo en que había usado a Drew para escapar. Abbie insistió en que pagaran a medias, pues no quería que él considerara aquello como una cita.

—¿Al menos puedo llevarte a casa? Quizá sería lo más conveniente, teniendo en cuenta que hoy quizá hayas bebido más vino que de costumbre —se ofreció Drew con una sonrisa.

—Gracias, te lo agradecería mucho. —Ella se echó a reír—. Puedo dejar mi automóvil al lado de la iglesia y recogerlo mañana.

Por el camino guardaron silencio, con la luna creciente proyectando una luz pálida sobre los bultos negros de las montañas y con los únicos sonidos del chapaleteo del lago al lado de la carretera y el arrullo de alguna paloma torcaz. La proximidad de él le provocaba un efecto extraño. Abbie no podía evitar mirar sus piernas largas o el modo en que tocaba el volante, era casi como si deseara que le hiciera lo mismo a ella.

Cuando Eduard detuvo el automóvil en el camino de entrada a Carreck Place,

se volvió a mirarla con intensidad. Luego, sin decir palabra, la tomó en sus brazos y la besó. Esa vez no fue un beso tierno en las mejillas, sino un beso profundo y apasionado, al que Abbie se rindió por completo. El deseo la inundó como si fuera fuego. Nunca en todos los años que había pasado con Eduard un beso le había parecido tan perfecto, como si llevara esperándolo toda la vida.

—Hace mucho que quería hacerlo — dijo él, cuando al fin se apartó—. Eres bastante irresistible.

Abbie le pasó un dedo por los labios.

—Tú también.

¿En qué estaba pensando? ¿Qué había sido de su decisión de no complicarse

con nadie por el momento? Pero él volvió a besarla, y ella expulsó tales pensamientos de su cabeza y se entregó a la intimidad del momento y a la deliciosa excitación que sentía por dentro.

Cuando él se apartó esa vez, su expresión era curiosamente seria.

—Creo que sabes lo que siento por ti, Abbie. Sé que estás ocupada, pero me gustaría mucho que pasáramos más tiempo juntos para conocernos mejor.

Ella quería decirle que también le gustaría, pero el recuerdo de Eduard y del lío que había hecho con su vida le aconsejaban avanzar con cautela.

—Quizá podríamos hablar de esto en otro momento, Drew. Ahora debo irme,

ya he abusado bastante de mi cuñada por hoy.

—De acuerdo, pero antes de que te vayas, hay algo que llevo un tiempo intentando reunir valor para decirte, algo que quiero que pienses.

—Ah, ¿y de qué se trata?

Él le apartó un mechón de pelo de la mejilla y sonrió, con lo que ella sintió un fuerte impulso de volver a besarlo, pero consideró que debía concentrarse en lo que él quería decir.

—Admiro mucho el modo en que has restaurado y revitalizado Sueños Preciosos en solo unos meses. Has hecho un trabajo espléndido. Veo un gran futuro para tu negocio y te aseguro que no venderé joyas ni intentaré

competir contigo en ningún sentido.

Ella le sonrió entonces y le dio un beso leve en la boca en señal de gratitud.

—Estoy encantada de oír eso.

—No obstante, teniendo en cuenta las semejanzas de nuestras tiendas respectivas, he pensado que quizá te interesaría una sociedad.

Abbie se sobresaltó. Se deshizo de su abrazo y se echó hacia atrás en el asiento. Pero antes de que tuviera tiempo de hablar, Drew levantó la mano.

—Déjame explicártelo antes de que te pongas furiosa conmigo. Tienes bastante espacio sin usar en la parte de atrás, y yo también. ¿Por qué no fusionamos ambas tiendas en una

grande? Podríamos vender también moda, además de joyas, bolsos y accesorios, y quizá incluso zapatos de mujer. Creo que tú y yo podríamos trabajar bien juntos.

Quizá sí que podrían. A ella no le disgustaba la idea. Lo miró a los ojos y no pudo evitar preguntarse si se estaba enamorando de aquel hombre encantador. Desde luego, sus sentimientos por él habían crecido en las últimas semanas.

—¿Lo dices en serio? —preguntó.

—Por supuesto. Obviamente, habría que buscarle una base legal apropiada y estaría dispuesto a pagarte lo que fuera necesario.

—¿Pagarme? —Ella se esforzó por

aclarar sus pensamientos, entre los que se abría paso una sospecha fea—. ¿Estás diciendo que sigues decidido a comprar mi tienda?

—No, no me refiero a eso. Quiero decir que puedo comprar mi parte de la sociedad, puesto que tú eres dueña de la propiedad, no solo de alquiler. —Sacó un trozo de papel del bolsillo, escribió algo y se lo tendió—. ¿Qué te parece?

Abbie miró la cifra, con la que podría pagar el descuberto y ganar todavía una buena suma. Era una oferta muy tentadora, pero se sentía confusa. ¿No se había dicho que no volvería a fiarse de un hombre? Pensó en Stefan y en Eduard, en cómo ninguno de los dos había demostrado ser digno de

confianza. ¿Y si Andrew Baxter huía de deudas en Escocia, o de Hacienda? ¿Y si la historia de que su esposa lo había dejado era tan falsa como la de Eduard, inventada para despertar su compasión?

—Apenas te conozco.

—¿Eso importa?

—No estoy segura.

La oferta había surgido de modo inesperado, y ella tenía la mente embarullada después del beso, por no hablar del vino que había bebido ese día. ¿Por qué había elegido hablar del tema en ese momento, cuando ella no estaba en condiciones de juzgar bien la situación? ¿El beso formaba parte de su plan para clavar sus garras en Sueños Preciosos por cualquier medio? Abbie,

aturdida, movió la cabeza y recogió su bolso.

—Creo que no puedo pensar en esto ahora. Ha sido un día muy largo. El catering ha llegado tarde, he tenido una entrevista horrible y luego se ha presentado Eduard con exigencias. Un día emocionante, rentable, pero extraño en muchos sentidos.

—Pero lo pensarás —dijo él.

Abbie tuvo la impresión de que iba a volver a besarla y levantó las manos para detenerlo.

—Lo siento, pero en vista de lo que me ha ocurrido en el pasado, confieso que no tengo una gran opinión de los hombres que intentan aprovecharse de una chica cuando más vulnerable está.

—¡No, por Dios! Yo nunca haría eso, Abbie. Creía que tú y yo éramos...

Ella no se detuvo a oír más. De pronto la embargó la emoción, así que abrió la puerta y salió corriendo antes de que las lágrimas inundaran sus ojos.



Él llamó a la mañana siguiente a primera hora y Abbie se sintió obligada a contestar para no arriesgarse a que su hermano descubriera la razón por la que llamaba.

—Parece que tengo que empezar a disculparme otra vez —empezó a decir Drew—. No pretendía aprovecharme de tu vulnerabilidad. Entiendo que anoche no enfoqué bien el tema y metí la pata.

Pero quiero que sepas que mis sentimientos por ti son sinceros, que si no te interesa una sociedad, solo tienes que decirlo y respetaré plenamente tu decisión. Pero quiero volver a verte.

Eduard llegó justo en aquel momento y, cuando su hija empezó a dar gritos de alegría, Abbie colgó el teléfono sin contestar. Su confianza en los hombres estaba a un nivel muy bajo, y no estaba dispuesta a aceptar sus disculpas. Esa vez no.

—Hice el tonto al responder tan fácilmente a sus insinuaciones — confesó más tarde a su abuela, cuando ambas estaban sentadas en el invernadero en una de sus charlas habituales. Eduard se había llevado a

Aimée a pasar el día con él, y Abbie se sentía especialmente triste—. Me comporté como una tonta ingenua.

—No seas tan dura contigo misma, querida. A mí me parece una oferta muy razonable.

—¿Qué? ¿Porque me ablandó antes con un beso? Muy profesional no me parece. —Por mucho que Abbie se esforzara por no pensar en el beso, le resultaba difícil no recordar la deliciosa sensación de estar en sus brazos.

—¿A ti te gusta? —preguntó Millie, con una suave luz burlona en los ojos, como si captara la mezcla de emociones que embargaban a su nieta.

—Esa no es la cuestión. Yo quiero concentrarme totalmente en desarrollar

mi propio negocio.

—No todos los hombres son como Eduard. No dejes que una manzana podrida te estropee todo el barril. Ahora eres una mujer madura y sensata, no una adolescente aturdida, ¿por qué no hablas con él como tal y te informas de lo que comportaría esa sociedad?

Abbie se sintió muy tentada por un momento. Era cierto que él había demostrado ser un hombre de ingenio y humor, siempre amable y servicial. ¿O quizá eso también había sido parte de su campaña?

—Creo que no. Jugó con mis sentimientos expresamente para convencerme. Fue casi una seducción y, en mi estado embriagado, yo era un

blanco fácil. —Abbie se avergonzaba de sí misma por haber permitido que ocurriera aquello.

—O quizá simplemente no pudo resistirse a ti porque eres adorable.

Abbie se rio de aquella idea ridícula.

—Soy una madre soltera con responsabilidades y un pasado vergonzoso. Lo siento, pero no me fío de Andrew Baxter y pienso mantenerme alejada de él.

Pero no era fácil. En los días siguientes, a veces lo oía conversar con Linda cuando ella estaba ocupada en el taller decorando cajas con un mosaico de piezas de ámbar. Abbie había dejado muy claro a su ayudante que no deseaba verlo. Sin duda, Linda suponía que lo

hacía por el peligro que representaba su tienda y no sabía que había mucho más que eso. Él nunca imponía su presencia, y una parte de ella casi lamentaba que no lo hiciera, aunque no conseguía decidir si, en caso de verlo, se dedicaría a reñirle o se echaría en sus brazos.

Unos días después de la noche del beso, Linda le llevó una nota y la dejó en su escritorio sin decir ni una palabra. Por la expresión de tristeza de sus ojos, Abbie comprendió enseguida de quién era. La abrió con turbación.

Linda me dice que estás muy ocupada así que no te molestaré, pero esto es solo para decirte que me voy a Escocia porque tengo que

ver a mi esposa. Quizá podamos hablar después. Te llamaré.

Ah, ¿cuántas veces había oído ella esas palabras: «Tengo que ver a mi esposa»? Abbie se sentía mal por dentro, al borde del llanto, algo que no era de esperar en una mujer que se había convencido de que Andrew Baxter no le importaba nada. Y, desde luego, no se fiaba de él. ¿Cómo iba a fiarse si había intentado hacerse con su negocio fingiendo que le gustaba ella? ¿Los hombres nunca decían la verdad? ¿Y por qué ella siempre se fijaba en hombres que afirmaban estar divorciados y en realidad no lo estaban? Enterró la cabeza en las manos y dejó por fin que

cayeran las lágrimas.

CAPÍTULO 28

El invierno entre 1917 y 1918 fue deprimente y frío, y la vida se hacía cada día más difícil. Ninguno de nosotros sabíamos cómo íbamos a superar los meses siguientes. Muchos bancos habían cerrado, las cuentas estaban bloqueadas y muchas propiedades habían sido confiscadas. Seguíamos sin tener noticias del conde, lo cual era una preocupación diaria, aunque la condesa estaba más preocupada por Serge, su valioso hijo.

Esforzarse por sobrevivir en el apartamento sin ellos, y sin la ayuda de Gúsev, Anton, la señora Gempel y los

demás sirvientes, resultaba muy difícil. Y lo más importante, siempre teníamos hambre. Uno de nosotros salía todas las mañanas a intentar comprar comida en una tienda cercana, aunque lo habitual era que no lo consiguiera. La respuesta que oíamos más a menudo era: «Todavía no nos han dado permiso para vender». Nunca preguntábamos quién tenía que concederles aquel permiso, pues estaba muy claro que los bolcheviques ya estaban al mando.

Un día llegó una doncella a casa muy agitada diciendo que había comprado una bolsa de café en el mercado. Pero cuando la abrió, resultó ser un montón de granos rancios y nada de café. Tampoco se podía comer el grano

porque estaba lleno de bichos. Sentimos una gran decepción, y el hambre nos pareció más intensa que nunca.

Nuestra prioridad era conseguir comida suficiente para la condesa, de lo contrario, entraba en una de sus famosas rabietas. Lo que más abundaba en nuestro menú era la sopa de pescado, para decepción de ella, y una noche solo tuvimos dos bolas de col con especias cada uno. *Nianushki* y yo procurábamos que Irina comiera todo lo posible. *Babushka*, que estaba vieja y enferma, confinada casi siempre en su lecho, también tenía prioridad. Lo que quedaba, a veces muy poco, se repartía a partes iguales entre los sirvientes. Yo me aseguraba en secreto de que Stefan

recibiera algún extra, pues era un hombre de gran apetito y también el que más actividad física realizaba. Aunque él no notaba ni parecía apreciar nada de lo que yo hacía por él y me ignoraba por completo.

¡Cómo echaba de menos los paseos en el carro, el modo en que hablábamos antes y la manera en que reíamos y bromeábamos juntos! ¿Por qué no podía valorar que yo hubiera roto la promesa que hiciera a la condesa para decirle la verdad? ¿Qué más podía decir para convencerlo de mi inocencia?

—El problema parece ser que el sistema de ferrocarril no funciona bien —nos dijo una noche en que estábamos sentados con las doncellas y

Nianushki en la cocina, masticando unas cortezas duras de pan mojado en los restos de un estofado de pescado—. Las vías están bloqueadas o dañadas como resultado de las grandes cantidades de tropas y suministros que se han trasladado al frente, y el transporte de comida prácticamente se ha parado.

—¿Y cómo se las arreglará el conde para regresar a Petrogrado si no circulan los trenes? —pregunté yo. A juzgar por la expresión tensa de él, mi pregunta fue un error.

—Me atrevo a decir que tendrá que esperar un poco más para verte. Y tú a él.

—Por favor, Stefan, no empieces otra vez con eso. ¿Cómo puedo convencerte

de que la niña no es mía ni del conde?

Yo la tenía en mi regazo mientras comíamos y, cuando ella me sonrió, mi corazón se contrajo de amor. ¿Y cómo no iba a hacerlo? Era hermosa y vulnerable, la niña más dulce y más adorable del mundo.

—Cuando la miras así, no puedes.

—Eso es muy injusto. También quiero a Irina y a Serge, y esta pequeña no tiene a nadie que la quiera en el mundo aparte de mí.

—¿Y a quién quieres tú? —replicó él. Apartó su silla de la mesa y se alejó rápidamente, antes de que pudiera contestarle.

—Oh, vaya —murmuró *Nianushki* con suavidad—. No va a ser fácil

convencerlo.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté, con la garganta oprimida por las lágrimas.

—Ten paciencia. Los hombres tienen su orgullo. Pero al final se convencerá.

Besé el pelo moreno de Katia y suspiré.

—Me pregunto cuánto tiempo llevará eso. —Quizá una vida entera.



Una noche estaba dando de comer a la niña, pues Vera había regresado ya con su familia y la pequeña Katia se conformaba con un biberón, cuando oí que rompían una ventana. Muy asustada, devolví la niña a la cuna, agarré mi camisón y fui a buscar a Stefan con el

corazón golpeándome con fuerza en el pecho. Desde que empezaran los problemas, todos vivíamos en un estado de gran ansiedad, y aunque Stefan y yo apenas nos hablábamos, él era el único hombre en la casa aparte de un par de muchachos que hacían el trabajo duro. Por suerte, él también había oído el ruido y nos encontramos en el pasillo de los sirvientes. Stefan instantáneamente se llevó un dedo a los labios, pidiéndome silencio, y me tendió un leño de la cesta de los troncos.

—Es solo por si necesitas defenderte —susurró. E hizo un gesto con la cabeza para indicarme que lo siguiera.

Bajamos despacio las escaleras que

llevaban a la cocina, donde vimos que ardía una vela. Entré detrás de él y alcé la estaca que llevaba en la mano, preparada para golpear a alguien en la cabeza con ella de ser necesario.

—Aquí no hay nadie —dijo Stefan mirando a su alrededor sorprendido.

—¿Y quién ha encendido la vela?

—Quizá la ha dejado alguien para que le sirva de señal cuando regrese.

—Lo que significa que están dentro de la casa. ¡Katia! —grité.

—Irina —dijo Stefan en el mismo momento. Cuando nos volvimos para correr, intercambiamos una mirada rápida de miedo compartido. Entonces oímos un grito.

Nos encontramos frente a frente con

los dos ladrones, aunque apenas si veíamos otra cosa que dos siluetas en la oscuridad, y ninguno de los dos vacilamos en lanzarnos sobre ellos con nuestras estacas. Stefan recurrió a los puñetazos cuando le arrancaron la estaca de la mano, y cuando la mía se rompió, yo di patadas en las espinillas del hombre. Temiendo todavía por Irina y Katia, eché a correr hacia los aposentos infantiles. No había avanzado más que unos metros cuando me golpearon por detrás y caí al suelo sin aliento. En cuestión de segundos, el hombre estaba encima de mí, tirando del camisón, que desgarró por el cuello. Yo grité y él me puso una mano en la boca, medio asfixiándome. Su peso resultaba tan

sofocante que yo tenía pocas esperanzas de liberarme.

Hay pocas dudas de lo que habría pasado a pesar de mis furiosos esfuerzos. Por fortuna, me salvaron quitándomelo de encima. Luego Stefan me ayudó a levantarme y me abrazó con fuerza.

—Tranquila, ya estás a salvo. Gracias a Dios —me susurró al oído. Me apoyé en él, sintiendo el calor firme de su adorado cuerpo, inhalando su aroma viril que tanto amaba. Nuestra proximidad era electrizante, y cuando movió la cabeza para observar mi cara, supe que estaba a punto de besarme. ¡Cómo necesitaba yo aquel beso!, aunque aquel no era el momento más

apropiado para tales intimidaciones.

Quizá él también percibió que no era el mejor momento, pues terminó el beso de prisa, con una sonrisita avergonzada.

—Hablaemos luego. No debemos dejar que escape. —Se volvió para perseguir al ladrón y yo agarré mi estaca rota y lo seguí.

Hicimos lo que pudimos, perseguimos a los ladrones por los pasillos oscuros y las escaleras, pero ambos escaparon, dejando un rastro de botín a su paso. A pesar de ello, nos sonreímos mutuamente, complacidos con nuestros esfuerzos, y por primera vez desde que habíamos regresado a Petrogrado y se había enterado de la existencia de la niña, nuestra conexión

pareció tan fuerte como antes.

—Has sido muy valiente —me dijo.

—Gracias por haberme salvado.

Tenía la esperanza de que volviera a besarme, pero él murmuró algo sobre que había que ver a la condesa y se alejó en dirección a su dormitorio, dejándome a mí que recogiera el botín. Aun así, mi corazón cantaba de alegría.



Cuando entré en la habitación de la condesa con los brazos cargados de cosas, la encontré paseando por la estancia con un ataque de furia, el peor que le había visto en mucho tiempo, solo que en esa ocasión su rabia iba dirigida contra Stefan.

—¿Por qué no estabas aquí para protegerme? —Se detuvo para clavarle un dedo en el pecho—. Se han llevado todos los artículos de mi joyero. Faltan las perlas y varias joyas más. He oído ruido y he salido aquí, pensando que serías tú. Y me he encontrado a esa escoria robando mis posesiones más preciadas. ¿Por qué no estabas tú aquí?

Siguió gritando a Stefan mientras que a mí me parecía que sus preguntas cuestionaban algo más que la habilidad de él para protegerla. Daba la impresión de que la condesa lo había estado esperando. ¿Sería así? Miré fijamente a Stefan, pero este se limitó a decir:

—Voy a ver qué más se han llevado. —Y salió corriendo, seguido

por los dos muchachos y las doncellas, que habían acabado despertándose también con el jaleo.

Yo me acerqué a la caja fuerte y suspiré de alivio al ver que seguía cerrada.

—Al menos el ámbar y las joyas más importantes están todavía a salvo, milady. —Pero cuando revisé los artículos que habíamos salvado, principalmente sábanas y mantas, curiosamente no encontré nada de valor —. Desgraciadamente, aquí no hay ni rastro de las perlas. Quizá había otra persona fuera y esos los dos le tiraron cosas por la ventana.

—Es culpa de Stefan. Prometió protegerme.

—Eso no es justo. No puede esperar que esté en todas partes ni que duerma en su puerta como un perro guardián por si entra un ladrón.

Ella frunció los labios en una leve sonrisa.

—En realidad, tenía otro sitio en mente para que durmiera.

Sentí que me ardían las mejillas y un nudo en la garganta, aunque intenté controlar mis emociones. Aquel no era un buen momento para enfadarse con ella por haberme robado a mi hombre ni por las mentiras que había dicho sobre Katia. Quizá nunca fuera un buen momento. ¿Era posible que no hubieran sido amantes antes, pero que, en venganza por lo que percibía como mi

traición, Stefan se hubiera dejado convencer después? No podía soportar pensarlo. Pero ¿no acababa de protegerme y besarme como si su amor fuera tan fuerte como siempre? ¿Por qué, pues, iba a aceptar la palabra de la condesa y no la suya? Pero él se había mostrado ansioso por volver con ella, ¿no? ¡Qué confuso era todo!

—Tengo que ir con las niñas y comprobar que están bien, milady.

—Envíame a Stefan enseguida —ordenó ella. Se dejó caer sobre la cama y estalló en otro ataque de llanto.

Ignoré por una vez su histerismo y no hice lo que me decía. Stefan me esperaba en el rellano y me estrechó en sus brazos.

—Quiero que sepas que nunca me he acostado con ella, que no la he tocado nunca desde el día en que me asaltó con aquel beso. Tienes que creerme, Millie.

—Te creo, amor mío, te creo.

—Gracias a Dios —dijo, y me estrechó contra sí con un suspiro de alivio.

Apoyé la cabeza en el ritmo regular de su corazón y admití que había albergado algunas dudas.

—Se desvanecerán en cuanto la condesa muestre su verdadero carácter con algún otro truco o mentira. A quien no hay que creer es a ella.

Sentí una nueva oleada de amor por él cuando me besó con el rosa suave del amanecer bañándonos en una bruma de

pasión.

—La pregunta que tengo que hacerte —dije cuando nos separamos un momento después— es si tú crees en mí.

—Creo que he sabido desde el principio que no eras la madre de la niña —contestó, con una voz que sonaba avergonzada y llena de culpabilidad—. Pero estaba tan corroído por los celos, tenía tanto miedo de que pudiera ser verdad que habías tenido una aventura con el conde, que no me permitía creer en tu inocencia.

—¿Y ahora?

—Si no podemos confiar el uno en el otro, ¿en quién vamos a confiar?

Sonreí, pero me resistí a más besos. Le di las buenas noches y corrí a ver a

Irina y Katia, que dormían profundamente. Las llevé a la cama conmigo y me tumbé a su lado. ¡Qué alegría eran los niños y qué dulce el amor verdadero!



A la mañana siguiente descubrimos que los ladrones, quienesquiera que fueran, se habían llevado más cosas aparte de las perlas de la condesa, entre ellas mucha de su ropa, algunos jarrones de porcelana y cuadros, además de la mayor parte de la comida de la despensa. Fui a ver a la milicia para poner una denuncia. Aunque eran apenas las nueve y media de la mañana, había una larga cola de personas esperando

para poner denuncias similares, entre ellas un sacerdote que quería denunciar el robo de cálices y recipientes sagrados de una iglesia.

Los guardias que supuestamente tenían que proteger la zona estaban sentados en una oficina jugando a las cartas. Puse los brazos en jarras y los miré con disgusto.

—Parece que hay saqueos por toda la ciudad, a juzgar por la cola de personas que esperan denunciar un robo, ¿qué están haciendo ustedes al respecto?

Me miraron sorprendidos.

—¿Nos está acusando de algún tipo de negligencia?

«Quien se pica...», pensé, recordando el comentario que solía

hacer mi madre cuando reñía a mi padre por haber hecho algo mal. En aquel momento me asaltó una oleada de nostalgia. ¡Oh, cómo echaba de menos a mis queridos padres! ¿Por qué no hacía las maletas y volvía a casa, como muchas de mis amigas de la Capilla Británica y Americana, y huía de los peligros futuros que nos acechaban? La respuesta era sencilla. Stefan. ¿Cómo iba a marcharme, amándolo como lo amaba?

Quizá el que Stefan hubiera recuperado la confianza en mí me hizo mostrarme temeraria, pero fuera lo que fuera, mi lengua se descontroló una vez más.

—Estoy segura de que hay cosas

mejores que podrían hacer con su tiempo que jugar al póquer o a lo que sea que están jugando.

Uno de los hombres se levantó despacio con gesto amenazador.

—¿Quizá quiera llevar su queja al tribunal, señorita? O podemos hacerle un consejo de guerra por hablarnos de ese modo.

Di media vuelta y me alejé corriendo, asustada al darme cuenta de que había cruzado un límite peligroso. En el futuro tendría que ir con más cuidado.



El conde regresó a principios de diciembre, para alegría de todos excepto, por supuesto, de la condesa,

que abrazó a su hijo e ignoró por completo a su esposo. Lo que nos contó el conde no era nada tranquilizador.

—La hacienda ya no está bajo mi control. El comité local nos expulsó a Serge y a mí de nuestra propia casa y nos obligaron a vivir en una de las casitas de la propiedad.

—¿Por qué permitiste que ocurriera eso? —preguntó la condesa, obviamente escandalizada por aquel trato—. ¿No pudiste negarte a irte?

—No con un bolchevique apuntando con una pistola a la cabeza de mi hijo.

Ella palideció al oír aquello. Abrazó a Serge con fuerza y todos guardamos silencio, entendiendo por fin la realidad de la situación.

—Me temo que esto es anarquía más que democracia —dijo el conde—. Pronto nos quedamos sin comida, a pesar de que el sótano de la casa grande estaba bien provisto de patatas y el granero lleno de harina, y tuvimos que sobornar a los campesinos para conseguir una pequeña parte de eso para nosotros. Están cortando los árboles para calentarse. La tierra está sin arar, no se han plantado las cosechas y el ganado lo roban o lo matan para hacer banquetes en la aldea. Todo es un caos.

El conde continuó contando que muchos parientes de los Romanov estaban bajo arresto domiciliario o habían sido desprovistos de sus propiedades igual que ellos, y los

sirvientes arrojados fuera para que proveyeran por sí mismos.

—Unos pocos han escapado o están bien escondidos y otros se han visto obligados a vender lo poco que les quedaba para comprar comida o están pasando hambre y al borde de la muerte.

—¿Y qué hay del zar? —preguntó *Babushka* desde el rincón en el que estaba sentada envuelta en mantas para entrar en calor.

—Nadie sabe dónde están el zar y su familia. Jorge V, primo hermano de Nicolás, le ofreció refugio, pero el pueblo británico y el Gobierno se opusieron, así que nadie sabe lo que ocurrirá. Me temo que los enemigos del zar le harán la vida lo más difícil que

puedan.

—Solo nos queda rezar porque esté a salvo —dijo la anciana, y muchas voces se hicieron eco de ese deseo.

El conde se acercó a mí cuando llevaba a las niñas a la cama.

—¿Puedo hablar un momento contigo, Millie, cuando puedas?

No era una orden, sino una petición, pero no era difícil adivinar el tema. Asentí sin decir nada y, cuando acosté a las niñas, *Nianushki* se ofreció a leerles una historia y yo fui al estudio del conde y llamé a la puerta.

—Ah, Millie, por favor, toma asiento. Sé que estás ocupada, así que no te robaré mucho tiempo.

—Mi tiempo es suyo, milord.

Lamento los problemas que tiene en su hacienda.

—Es una imagen muy triste — contestó él—, en gran medida por los caballos muertos que hay por todas partes.

—¿Caballos muertos? ¿Por qué? — pregunté yo, sorprendida.

—Han traído de vuelta cientos de caballos del ejército, agotados, pero no hay suficiente paja para alimentarlos y mueren.

—Vaya, eso es terrible.

—La gente también está muriendo, Millie. Nunca olvides eso.

—Perdóneme, milord, pero no pretendía mostrarme despiadada. Es solo que tengo el corazón blando en lo

que respecta a los animales.

—Todos lo tenemos —admitió él—. Pero si crees que ahora tenemos dificultades, me temo que esto podría empeorar mucho más. No quiero ni pensar de dónde saldrá la comida el año que viene si no se plantan las cosechas. No obstante, no he pedido hablar contigo por eso. —Su mirada se suavizó—. ¿Hay algo que tengas que decirme, Millie?

La bondad de su sonrisa pretendía alentarme a abrir mi corazón y confesar que había dado a luz a una hija ilegítima. De haber sido ese el caso, estoy segura de que me habría perdonado y habría conservado mi empleo. Pero yo era inocente y, aunque había prometido

guardar el secreto a la condesa, no tenía intención de mentir por ella. Tampoco deseaba vengarme de ella por haber puesto a Stefan en mi contra, pero me parecía que tenía derecho a conservar mi dignidad y reputación. Enderecé la espalda y lo miré a los ojos.

—Si se refiere a la niña, me temo que no puedo decir nada, al menos no sin permiso.

Él guardó silencio un momento. Creo que leyó el desafío en mi mirada, oyó lo que yo no decía y posiblemente adivinó la verdad por mi silencio.

—Supongo que pediste permiso y no te lo dieron.

—Así es, señor.

Él asintió y se puso en pie.

—Gracias, Millie. Puedes retirarte.

Me volví para salir, pero dudé antes de hacerlo.

—Milord, ¿puedo confiar en que no tendrá nada que objetar a que siga cuidando de esa niña? —Me di cuenta de que corría el peligro de decir más de lo que debía—. Quiero decir si puedo quedármela.

Él sonrió.

—Si la pregunta es si insistiré en que la adoptes, te aseguro que eso no sucederá. Una niña no es responsable de lo que hagan sus padres. Tú serás una buena madre, sean cuales sean las circunstancias, y no tengo ninguna objeción a que sigas cuidándola si eso es lo que quieres. Es afortunada de

tenerte.

Cuando volví a los aposentos infantiles, besé en la cabeza a Katia, que dormía.

—Estás bastante segura, querida mía —le dije. Pero en el fondo de mi mente, una voz murmuró: «A menos que la condesa cambie de idea y te reclame, cosa que es muy capaz de hacer simplemente por venganza al ver que Stefan la ha rechazado».

CAPÍTULO 29

La Navidad de aquel año fue triste y pobre, pues todos sentíamos mucha inquietud y miedo por el futuro, no solo por el zar y su familia, sino también por nosotros mismos. La vida se volvía cada día más difícil. Siempre teníamos hambre y la casa estaba muy fría, pues también escaseaba el combustible. A veces teníamos electricidad y a veces no. La poca leña que teníamos la necesitábamos para que Anton cocinara cuando no había electricidad, lo cual sucedía muy a menudo.

Una sensación de derrota se apoderó de todos nosotros. El conde y la condesa

raramente intercambiaban frases civilizadas, mientras que la señora Gempel, Anton y Gúsev se mostraban fieles, aunque protestaban en voz baja por el trabajo extra, al haberse ido muchos otros sirvientes. El instinto natural en esa época precaria era volver a casa con la familia y los amigos íntimos. Yo me preguntaba mil veces al día por qué no hacía lo mismo. La razón por la que me quedaba estaba vinculada a mis sentimientos por Stefan, aunque también tenía que ver con mi creciente cariño por Katia.

La condesa ordenó a la señora Gempel que fuera a una agencia local y buscara sirvientes, cosa que el ama de llaves hizo, a pesar de saber que no

encontraría ninguno. Trabajar para la aristocracia ya no se consideraba apropiado. Al final contrataron a una sobrina de ella para trabajar en la cocina y el cochero, Víctor Litkin, trajo a su hermano Iván para que hiciera de lacayo.

—Las normas se están relajando —se quejaba amargamente la condesa—. No podemos esperar arreglarnos con tan pocos sirvientes. Es ridículo.

—Yo que tú procurarías no decir eso públicamente —le advirtió su esposo—. Dudo que les gustara a los bolcheviques, y podrían privarnos de lo que poco que nos queda.

—Obviamente, tú prefieres guardar silencio y ceder a sus exigencias, puesto

que eres un cobarde.

—Soy un hombre razonable que desea sobrevivir a esta revolución. ¿Qué tiene eso de malo?

Era un gran alivio poder escapar en ocasiones de la atmósfera tensa de la casa para visitar a Ruth, Ivy y otras amigas en la Capilla Británica y Americana. Todas contribuíamos con pan, pastel o algunas galletas que pudiéramos conseguir, aunque el pan estaba racionado a cincuenta gramos al día, en el caso de que encontraras algo en las tiendas. *Nianushki* cuidaba de Katia unas horas, y hasta *Babushka* se sentía feliz de mecer a la niña en sus rodillas, pues las dos creían que yo merecía un respiro de vez en cuando.

Serge e Irina eran bastante mayores para entretenerse solos.

—Hasta ahora no había sabido lo que es pasar hambre de verdad —protestó Ruth un día. Estaba ojerosa y mucho más delgada, más parecida a las mujeres que habían tomado parte en la manifestación en febrero.

—¡Lo que daría por una cena caliente de *roast beef* y pudín de Yorkshire! —exclamó Ivy, lamiéndose los labios.

—Oh, sí, y una tarta de mermelada para terminar —asentí.

—Pero es casi Navidad —nos recordó Ruth—, así que yo elegiría ganso con relleno de castañas, pudín de ciruelas y salsa de brandy.

—Y pastelitos de fruta con nata —

intervino Ivy.

—Basta, por favor, se me hace la boca agua y me duele todavía más la tripa. ¿Alguien quiere una galleta dura? —preguntó Ruth.

Todas hicimos una mueca, pero ninguna la rechazamos. La máxima era comer siempre que pudieras.

—¿Y qué hay de esa niña que supuestamente tuviste en Crimea? —preguntó Ivy, que no solía vacilar a la hora de ir al grano.

Suspiré y me esforcé por encontrar la respuesta correcta. Después de todo, mis amigas no tenían la culpa de que estuviera en aquella situación y era natural que algo así incitara al cotilleo. Decidí acercarme a la verdad tanto

como me atrevía. Solté una risita.

—No deberías hacer caso de los rumores —dije—. La verdad es que no he tenido ninguna niña, pero sí estoy cuidando de una para hacerle un favor a alguien.

—Ah. ¿La conocemos?

—No estoy en posición de contestar a eso.

—Mmm. ¿Y por qué lo haces? ¿Esa madre no tiene a nadie más que cuide de su hija?

—Me lo pidió y accedí a ayudar.

—Fue muy valiente por tu parte, teniendo en cuenta que los cotilleos siempre buscan las peores connotaciones posibles —intervino Ruth—. Si desapareces durante meses y

regresas con un bebé que ninguna otra mujer de la casa Belinski está dispuesta a reconocer como suyo, la gente va a suponer cosas.

—No puedo decir nada más.

—¿Ni siquiera para proteger tu reputación? —preguntó Ivy—. ¿Esa persona es demasiado pobre para mantener a una niña o demasiado rica e importante para reconocer a una hija no deseada?

Esas preguntas se acercaban peligrosamente a la verdad, así que contesté riendo:

—Ivy, tienes mucha imaginación. ¿Por qué no escribes la historia? La leeremos todas.

Eso provocó carcajadas generales y,

por suerte, la conversación viró a otros temas, pero tanto Ivy como Ruth siguieron mirándome con curiosidad toda la tarde. Parecía que mis peores miedos se empezaban a cumplir. ¿Perdería ahora a mis amigas como casi había perdido al hombre que amaba?



Días después, cuando nos disponíamos a tomar el té de la tarde, la condesa Olga recibió la horrible noticia de que su amante había sido arrestado y asesinado.

—Le quitaron todo el dinero y las propiedades y, cuando protestó, le dispararon —sollozó la condesa—. El pobre Dimitri está muerto.

—Tienes mi más sincero pésame —

repuso el conde con una paciencia encomiable, teniendo en cuenta que era la muerte de su examante la que lloraba su esposa.

—¿Por qué ha sucedido algo tan terrible? —Ella empezó a pasear de un lado a otro por la estancia, aunque por su expresión, yo sospechaba que le preocupaba más su propia seguridad que la pérdida de su antiguo amante. Sus siguientes palabras me dieron la razón —. ¿Crees que es seguro que nos quedemos en Petrogrado?

—Solo nos cabe esperar que sí — repuso el conde con rostro sombrío.

—¿Esperar? ¿No estás seguro?

—Nadie lo está. Vivimos tiempos inciertos.

—Deberíamos irnos todos al campo —protestó ella.

—¿Qué sentido tendría eso cuando las cosas están igual de difíciles allí? Y en la casita no hay sitio para los sirvientes.

Ella golpeó el suelo con furia con el pie, como una niña en plena rabieta.

—¿Por qué no te han matado a ti en vez de a mi querido Dimitri?

—Si lo hubieran hecho, probablemente ahora estarías en mayores dificultades.

Yo me concentré en colocar los platillos y las tazas, procurando no escuchar.

—Yo amaba a Dimitri, a ti no te necesito.

—Necesitas mi dinero.

—Que eres demasiado mezquino para compartir —replicó ella.

El conde se echó a reír.

—Tengo la desagradable costumbre de dárselo a los que más lo necesitan en vez de a los más codiciosos, ¿verdad? Pero me sorprende que todavía quieras a Korniloff teniendo en cuenta cómo te abandonó cuando descubrió que no te ibas a divorciar con un buen acuerdo económico. Tendrás que buscarte a un amante rico en lugar de irte con el primero que tengas a mano —comentó con frialdad.

—¿Qué significa eso?

—¿No era Litkin, el nuevo lacayo, el que entraba la otra noche en tu

habitación?

La condesa se sonrojó intensamente, aunque era difícil saber si de furia o de vergüenza.

—Me traía una taza de chocolate caliente.

—¿Y para qué la necesitabas? ¿Él no te da suficiente calor en la cama?

Ella, por una vez, se quedó sin palabras. Barrió de la mesa las tazas de té e incluso el precioso pastel y salió como una tromba de la habitación.

El conde suspiró y se encogió de hombros con pragmatismo.

—¡Qué suerte que la señora Gempel no haya traído todavía la tetera y los niños no hayan llegado aún! Quizá quieras ayudarme a recogerlo todo,

puesto que no podemos permitirnos desperdiciar ni una migaja. —Y los dos empezamos a hacer justamente eso, sin comentar nada sobre el último ataque de furia de la condesa.

Por desgracia para mí, cuando llegó *Nianushki* con los niños, Stefan apareció también en la puerta del salón. El conde y yo estábamos de rodillas sobre la alfombra. Quizá Stefan no llegó a ver que estábamos recogiendo trozos de tazas rotas y pedazos de pastel debajo de la mesa, pues cuando nos vio juntos en el suelo, salió rápidamente, dando un portazo. Yo dejé el pastel donde estaba, preocupada porque, justo cuando pensaba que se habían arreglado las cosas entre nosotros, acabaran de

empeorar en un instante.

Corrí tras él para explicárselo, pero no lo encontré. Desapareció, como había hecho tantas veces en el pasado, y lo vimos muy poco en los días siguientes. Y aunque la Navidad ya había pasado, yo seguía muy ocupada cuidando de los niños en aquellas circunstancias tan difíciles.

En los últimos días de diciembre, la condesa nos sorprendió a todos al anunciar que pensaba dar un baile para celebrar el Año Nuevo.

—He decidido que todos necesitamos alegrarnos. Si no tenemos comida suficiente para dar a la gente, al menos podemos ofrecer música y baile.

Era la decisión más maravillosa que

yo le había oído jamás. Hasta el conde se mostró complacido.

—¿Es posible que empiece a aceptar la realidad por fin? —pregunté a *Nianushki*.

—Esperemos que así sea.

Empezamos a hacer planes con mucha ilusión. Buscar alimentos para todas las personas a las que pensaba invitar no sería fácil, y el vodka había desaparecido de los estantes años atrás, al comienzo de la guerra. Pero la señora Gempel se declaró a la altura del desafío y el conde nos aseguró que todavía tenía varias botellas de champán en el sótano. A los pocos sirvientes que quedábamos se nos permitiría también ver el baile como recompensa por

nuestra lealtad. Hasta los niños podrían trasnochar y tomar parte en la diversión. Había mucha ilusión. Y Stefan había vuelto.



Era una noche hermosa y nevada de invierno, con el resplandor de la luna reflejándose sobre el río helado. Nos sentíamos agradecidos porque por una vez funcionaba la electricidad y brillaban luces en todas las ventanas, aunque habíamos preparado velas por si fallaba en algún momento. A mí se me oprimió la garganta cuando vi a Stefan colocando los candelabros en las mesas del comedor. Estaba muy atractivo y elegante con su uniforme de lacayo y el

cabello castaño liso y peinado en lugar de disparado en todas direcciones como de costumbre, en particular cuando estaba en el campo. Tomó una cesta de troncos vacía y fue a llenarla con la poca leña que quedaba almacenada en el patio interior.

En aquel momento vi a la condesa de pie al final del pasillo de los sirvientes. ¿Qué hacía allí? Entonces advertí que estaba hablando con Litkin, el nuevo lacayo. Los vi alejarse juntos y moví la cabeza con incredulidad. ¿Esa era la causa de su cambio de humor? Las sospechas del conde habían sido acertadas. Ella había salido de las pataletas y los malos humores porque había conseguido un amante nuevo entre

los sirvientes. ¡Santo cielo! Primero el chófer y después su hermano. Aquella mujer era insaciable y ninguno de los hombres a los que se proponía seducir la rechazaba, cualquiera que fuera su rango o su clase. Y yo, en cambio, no podía retener al único hombre que amaba.

Recordé el consejo de *Nianushki* de que debía luchar por Stefan y, en un impulso, lo seguí al patio. Al oír mis pasos, alzó la vista, con el rostro pálido a la luz de la luna. Yo anhelaba tomar sus frías mejillas en mis manos y unir mis labios con los suyos, pero no me atreví. Me abracé a mí misma para asegurarme de que no haría nada inapropiado.

—No deberías salir sin abrigo —me riñó él.

—Quería hablar contigo.

—Yo creo que todo lo que había que decir entre nosotros ya está dicho, ¿no te parece?

—No, no me lo parece. Entiendo que estés confuso por lo que imaginas que viste, pero...

—No soy tonto, Millie. Esa no fue la única vez. Te he visto salir del estudio del conde en más de una ocasión.

—No es lo que tú crees.

Él se volvió.

—Ahora no, Millie. ¿No ves que estoy ocupado? Los invitados llegarán en cualquier momento.

Eso no me detuvo. Di un paso al

frente y le bloqueé el paso para que no pudiera escapar sin empujarme a un lado. Su ropa olía a pino y su rostro parecía cansado, lo que me llevó a pensar que, al igual que yo, no dormía bien. Allí, tan cerca de él, no pude evitar recordar el modo en que me abrazaba antes y cómo se llenaba mi cuerpo de pasión cuando se apretaba contra mí. Añoraba sus besos y aquellos momentos tiernos. Pero temía otro rechazo y no me atreví a tocarlo.

—¿Más tarde, pues, cuando se hayan ido los invitados? —pregunté—. Necesito explicártelo.

Levantó la cesta de leños, esquivó mi mirada y echó a andar hacia la cocina.

—Te amo, Stefan. ¿Tú ya no me

amas?

Se detuvo y se quedó inmóvil de espaldas a mí. Estuvo así unos momentos. Después se acomodó la cesta en la cadera y siguió andando sin decir nada más.

Se me encogió el corazón de dolor. Lo estaba perdiendo, después de todo. ¿Cómo iba a sobrevivir sin él?



Pero esa noche tuve poco tiempo para pensar en el tema, pues enseguida empezaron a llegar carruajes y automóviles. El baile estaba a punto de empezar. La escena me recordaba a Carreck Place, que en aquel momento me parecía muy lejano, perteneciente a

otro mundo ya desaparecido.

En Petrogrado no había doncellas que se pasaran el día fregando cazuelas, ni criados con chalecos de rayas amarillas, ni faroleros que hicieran señas a los carruajes con los faroles, ni criados extra de ningún tipo. Gúsev, el mayordomo, daba instrucciones, aunque había muy pocos criados para obedecerlas. Mientras yo ayudaba a la señora Grepel, a su sobrina y a un par de doncellas a poner las mesas y los lacayos sacaban platos y bandejas, me pregunté si aquel mundo desaparecería del todo.

Tampoco había la misma eficiencia calmada y organizada que tan evidente resultaba en Carreck Place. Allí todos

corríamos de un lado a otro y nos entorpecíamos unos a otros en nuestra desesperación por hacer el trabajo de tres personas. Pero a pesar de todos los problemas, la casa estaba hermosa.

El comedor estaba decorado imitando un jardín, con grupos de palmeras, lilas, flor de azafrán y narcisos, todos traídos especialmente desde el campo. Había incluso una fuente pequeña rodeada de flores de loto.

No sé a quién habían tenido que sobornar Anton y la señora Grempel para ofrecer la excelente comida que dieron, pero tuvo que ser una tarea ingente, que consiguieron cumplir a la perfección. Tal vez no fuera tan espectacular como las cenas de caviar y

langosta que habían dado en el pasado, pero había buenas cantidades de ternera, jamón y pollo, ensalada y espárragos, más una amplia selección de galletas, pasteles y gelatinas. Fue una cena sustanciosa, sin sopa de col a la vista.

El conde estaba resplandeciente en su traje de gala y la condesa más hermosa que nunca, si eso era posible, con un vestido blanco de gasa bordado con lentejuelas brillantes y adornada con diamantes resplandecientes.

El baile se abrió con una polonesa. Un cuarteto de música nos entretenía mientras circulábamos con bandejas llenas de vasos de sidra, vino o champán. Katia dormía en su cuna en la cocina, donde todos podían echarle un

vistazo. Serge estaba con su padre e Irina conmigo.

—Puedo enseñarle unos pasos más tarde, si quiere —le sugerí cuando vi con qué anhelo miraba la pista de baile.

Se estaba convirtiendo en una joven hermosa, y yo había confiado en que su madre la animara a bailar, pero había sido una esperanza vana. A la condesa no le interesaba nadie que no fuera ella misma y, desde luego, no hacía ningún caso de aquella joven tímida.

Irina me sonrió.

—Eso me gustaría, *barishnia*.

Era una chica encantadora.

Más tarde, con el trabajo ya casi hecho y los estómagos llenos por una vez con la abundante cantidad de sobras,

los sirvientes nos reunimos en un rincón del salón de baile. Era maravilloso ver aquella escena: el salón de baile quitaba el aliento con sus paredes de mármol azul pálido intercalado de espejos y decorado con un mosaico de flores blancas y doradas, sus columnas de jaspe, sus jarrones de lapislázuli y sus mesas de malaquita. Su magnificencia se veía resaltada por la belleza de las damas y el atractivo de los caballeros que bailaban en él.

Irina y yo practicamos en un rincón tranquilo unos pasos de polonesa, vals y tango, sin dejar de reír. La temperatura exterior bajaba ya de los cero grados, pero allí dentro estábamos radiantes gracias al calor, la buena comida y el

vino, y aquella reunión de personas que se divertían. Era casi un atisbo de la antigua Rusia, de la que tanto me había hablado *Babushka*, que esa noche, sentada en un extremo del salón, parecía una emperatriz.

La señora Grempel estaba sentada a mi lado en una silla cómoda, disfrutando de un vasito de oporto. Anton empezaba a estar algo mareado del vino tinto, aunque debo decir que se lo merecía después de lo mucho que había trabajado los últimos días para preparar aquel festín. De pronto, me di cuenta de que Iván Litkin, el nuevo lacayo, se alejaba disimuladamente por detrás de las columnas en dirección a una puerta lateral. ¿Qué estaba haciendo? Ví que

miraba el reloj de la pared, cuyas manecillas marcaban justo quince minutos antes de la medianoche.

¿Estaría cansado y querría retirarse pronto? Ningún sirviente tenía derecho a marcharse sin permiso del mayordomo, pues aquellos eventos raramente terminaban hasta altas horas. Y los lacayos, en particular, tenían que ocuparse de las necesidades de los caballeros hasta que se hubieran marchado todos los invitados. Recordé que Liam me había explicado todo aquello la noche en que me había persuadido para que fuera a la casita de verano. Hasta Víktor, el cochero hermano de Litkin, había sido reclutado como lacayo, en vista de la escasez de

personal, aunque ya había salido para organizar los pocos carruajes que se disponían a partir.

¿Adónde iba, pues, el lacayo?

No me costó mucho adivinar la razón de su marcha.

Busqué a la condesa Olga con la vista, pero no la vi ni en la pista de baile ni sentada en ninguno de los sofás, sillas o sillones de todas las formas y tamaños que se alineaban a lo largo de las paredes, donde se sentaban las mujeres mayores a conversar. No era propio de ella que se retirara pronto, pues su carné de baile solía estar lleno toda la velada. ¿Dónde podía estar?

A mí no me cabía duda de que había dado alguna orden a Litkin, y aquello no

era asunto mío.

Pero ¿dónde estaba Stefan? Hacía también un rato que no lo veía. El corazón me dio un vuelco. ¿Era posible que ella estuviera con él y no con el nuevo lacayo? ¿Se había ido Stefan con ella en represalia por los celos que sentía sobre mi supuesta aventura con el conde? No pude resistir el impulso de ir a investigar. ¿Me amaba a mí o a la condesa? Tenía que saberlo de una vez por todas. Si era lo último, no perdería más tiempo con él y empezaría a organizar mi partida en el próximo barco que zarpara para casa.

Encontré a Irina sentada en un rincón, con la espalda apoyada en una columna y vistiendo alegremente a su muñeca

favorita, rodeada por una selección de trajes de baile, zapatos y velos. Seguía siendo una niña por dentro y nada le gustaba más que vestir a la muñeca con elegantes trajes rusos.

—Venga, señorita Irina. Ha tenido suerte, ¿verdad? No recuerdo que haya trasnochado nunca tanto, pero ya es hora de que recojamos a Katia y nos vayamos a la cama. Desde luego, yo sí tengo sueño. —La verdad era que quería acostarlas para después salir a investigar.

Irina hizo una mueca.

—Solo unos minutos más, por favor, *barishnia*. No estoy nada cansada, de verdad.

Reí e intercambié una mirada con

Nianushki. Después de todo, era una ocasión especial y quizá sería mejor que espiara yo antes.

—¿Te importa quedarte unos momentos con la señorita Irina mientras voy a ver a la niña, Klara?

—Claro que no.

Salí por una puerta lateral, con el corazón latiéndome con fuerza, y corrí por el pasillo de atrás hasta la cocina, donde encontré a la sobrina de la señora Grepel cuidando de Katia.

—Muchas gracias por tu ayuda. Ya me la llevo yo. Tú vete a disfrutar del baile.

Mi intención era dejar a la niña en su cuna e ir directamente al dormitorio de la condesa. Como doncella suya,

seguramente estaba en mi derecho. No sabía lo que haría si los encontraba juntos, quizá en la cama de la condesa, porque no podía soportar pensar en ello. Pero incluso en ese caso, al menos sabría cuál era mi posición.

Para no encontrarme con invitados, llegué al vestíbulo por la entrada privada de los sirvientes, con Katia en brazos. Estaba a punto de deslizarme por la puerta que llevaba a los aposentos de la condesa, cuando oí un ruido a mis espaldas. Me detuve a escuchar. ¿Eran ratones? No, más bien el tictac de un reloj y, sin embargo, no había ninguno en el vestíbulo que yo supiera. Miré a mi alrededor para asegurarme, aunque sabía que el reloj de

pie que había comprado la condesa en Inglaterra estaba en la biblioteca. Seguí el sonido y divisé un objeto escondido debajo de una mesa. Parecía algún tipo de caja. Al acercarme, el sonido se hizo más fuerte. Me quedé paralizada por dentro.

—¡Dios santo, no puede ser...!

Pero había leído bastante los periódicos rusos últimamente para correr riesgos.

Volví corriendo al salón de baile tan deprisa como me permitieron mis piernas temblorosas y fui directamente hasta el conde. Pareció sobresaltarse al verme en aquel estado y apretando con fuerza a la niña en mis brazos. Según la etiqueta, yo debería haber pasado la

información a través de Gúsev, el mayordomo, pero no había tiempo. Ni siquiera me molesté en hacer una reverencia ni en pedir disculpas. Agarré al conde del brazo y lo saqué del grupo de invitados con los que conversaba.

—Millie, ¿pero qué...? ¿Le sucede algo a la niña?

—No, milord. Creo que alguien ha puesto una bomba.



Me resulta difícil seguir el orden de lo sucedido después de eso. Recuerdo caos y el hedor del miedo. Sé que di gracias por llevar a la niña en brazos y, cuando corrí a buscar a Irina, la señora Grempel me dijo que *Nianushki* ya se la había

llevado fuera. El edificio entero se evacuó rápidamente, con la gente corriendo presa del pánico, buscando a sus seres queridos, tropezando unos con otros en su ansiedad por escapar. Serge estaba con su padre. A *Babushka* la sacaron dos de los invitados sentada en su sillón. Todavía no había visto a Stefan ni a la condesa. Todo el mundo se congregó en la calle y en los jardines exteriores. Katia se despertó y se puso a gritar como loca, alterada por el ruido y el pánico.

Vi a *Nianushki* hablando con el conde y corrí hasta ellos.

—Estoy buscando a Irina. ¿Dónde está? La señora Grepel me dijo que había salido contigo.

Klara me miró alarmada.

—Le estaba diciendo al conde que estaba aquí conmigo hace un segundo, pero ahora ha desaparecido. No sé adónde ha ido. ¿No está contigo? Ha dicho algo de su muñeca.

—¡Oh, no! No habrá entrado a buscarla, ¿verdad?

Paralizada por el horror, miré el edificio alto, vacío ya de ocupantes, o eso creíamos. Puse a Katia en los brazos de *Nianushki* y eché a correr hacia la casa. Stefan surgió de entre la multitud y me agarró justo cuando llegaba a la puerta.

—¿Adónde demonios vas? Esa bomba puede explotar en cualquier momento.

—Es Irina. Creemos que ha entrado a buscar su muñeca.

El conde apareció a mi lado en aquel momento.

—No debes entrar, Millie. Déjame a mí. Yo la encontraré.

—¿Dónde estaba su muñeca? —preguntó Stefan.

—En el salón de baile. La estaba vistiendo en el rincón del fondo, detrás de las columnas.

—Quédese aquí, yo voy. —Y antes de que el conde o yo pudiéramos protestar, Stefan abrió la puerta y entró corriendo en la casa.

—Oh, Dios querido, por favor, protégelo —murmuré. El conde me agarró el brazo como si temiera que yo

corriera tras él.

—Ven, Millie, tenemos que alejarnos más. —La masa de invitados y sirvientes se retiraba también rápidamente, alejándose lo más posible del edificio. Pero yo todavía forcejeaba para soltarme del conde, queriendo quedarme con Stefan, ir a ayudarlo. En los largos segundos que siguieron mientras todos esperábamos, lo vi en mi imaginación cruzar el vestíbulo, correr por el pasillo hasta el salón de baile donde encontraría a Irina y...

Entonces explotó la bomba.

CAPÍTULO 30

La misa había terminado, las velas del cadáver se habían encendido y comenzaba el entierro, con el sacerdote canturreando las plegarias y la gente arrojando tierra y monedas a la tumba. El ataúd se había hecho lo más cómodo posible, con una almohada rellena de paja y varias pertenencias valiosas colocadas junto al cuerpo de la difunta, incluida la muñeca.

Yo tenía el corazón destrozado y las lágrimas rodaban por mis mejillas. Estaba de pie al lado de la condesa. Sus modales eran fríos e insensibles y no mostraba ni una chispa de dolor por la

pérdida de esa niña. ¿Por qué no habría llevado a Irina conmigo? Si no hubiera estado pensando en lo que estaría haciendo Stefan, lo habría hecho. Mi intención había sido acostar a las dos niñas, pero ¿habrían estado más seguras en los dormitorios, que estaban más lejos de la salida? Probablemente no. Los escombros habían bloqueado aquella zona como resultado de la explosión y el humo del fuego resultante había llenado todo el edificio. Dos de las doncellas que se habían ido a dormir en vez de quedarse a ver el baile se habían asfixiado en la cama. Al final yo había ido a buscar a Irina, luchando contra la masa de invitados tomados por el pánico, y me habían asegurado que

estaba a salvo fuera, y así había sido... hasta que se le había ocurrido volver a buscar a la condenada muñeca.

Me llevé una mano a la boca para reprimir los sollozos y miré al conde. El pobre hombre parecía al borde del desmayo, tenía los hombros hundidos y su rostro apenas resultaba visible debajo del gorro de piel, que llevaba muy calado. Era imposible comprender la profundidad de su angustia. Yo ansiaba ir a consolarlo, pero sabía que no sería apropiado y que solo enojaría a mi señora.

El día pasó despacio, un día teñido por la desgracia. Casi no podía concentrarme en nada que no fuera cuidar de Katia, quien me parecía más

preciosa que nunca.

Fue un alivio cuando por fin se marchó todo el mundo. La parte del ala este que había sufrido los mayores daños de la bomba era poco más que un montón de escombros. Por las ventanas superiores salía todavía humo, y algunas llamas pequeñas habían durado días, hasta que las apagaron con agua del canal. Era imposible saber cuándo volvería a estar habitable el edificio. La condesa ya había empezado a organizar la retirada de sus preciosas pertenencias, entre las que eran prioritarias las joyas y los vestidos.

Nos habían encontrado acomodado en un apartamento cercano, calle abajo. La familia que vivía antes allí había partido

a su propiedad en el campo y la casa llevaba meses vacía. Olía a humedad y a ratones y era pequeña comparada con la de antes. El conde permanecía sentado con la cabeza entre las manos en lo que había sido en otro tiempo la biblioteca pero ahora solo contenía estanterías de libros vacías y presentaba una imagen trágica de un hombre roto. Yo estaba al lado de la puerta, como me habían ordenado, incapaz de quitarme la imagen de Irina de la cabeza.

La condesa paseaba de un lado a otro, tan impaciente como siempre. Stefan estaba delante de ella. Yo asumía que lo habían llamado para darle las gracias por su coraje.

Había salido de entre el humo

llevando a Irina en brazos, creyendo que la había salvado. A primera vista resultó evidente que los dos habían sufrido heridas. Cortes y golpes de los escombros que caían y quemaduras del fuego. Pero lo peor de todo, por lo que respectaba a Irina, había sido la inhalación de humo, de la que no se había recuperado. Los doctores habían hecho todo lo que habían podido, pero fue en vano. El único consuelo que habían podido ofrecer había sido que la bomba había estallado tan de repente que ella no habría sabido lo que ocurría y probablemente la había dejado inconsciente. Tenía ambas piernas y la espalda rotas por la columna que le había caído encima. De haber

sobrevivido, habría sido probable que no hubiera vuelto a caminar.

Salí de mi ensueño sombrío cuando oí que la condesa decía:

—Te hemos enviado a buscar para decirte que sabemos quién es el culpable de esta tragedia.

Su tono era extrañamente condenatorio, con pocas muestras de gratitud o de comprensión. No era para nada lo que yo esperaba. El conde, encerrado en su dolor, ni siquiera escuchaba.

Stefan frunció el ceño. Quizá pensaba lo mismo que yo.

—Sería interesante saber de quién sospecha.

—Pues de ti, por supuesto. ¿De quién

si no?

Yo debí de emitir un sonido sobresaltado de protesta porque él me miró, igualmente atónito.

—Disculpe, milady, creo que la he oído mal. Me ha parecido por un momento que me culpaba a mí.

—No te hagas el inocente. Todos somos conscientes de que eres un revolucionario de corazón y deseas vengarte de la clase aristocrática a la que consideras responsable de la muerte de tu adorado padre.

Yo me adelanté unos pasos al oír aquello.

—Eso es muy injusto, milady. ¿Cómo puede acusar a Stefan cuando él fue el que intentó salvar a Irina?

—Era al conde al que quería asesinar, no a su hija.

—Usted no tiene ninguna prueba para apoyar esa teoría.

Ella me ignoró totalmente y siguió dirigiéndose a Stefan con frialdad.

—Llevas tiempo planeando esto. Puedo adivinar adónde vas cuando desapareces y crees que no me doy cuenta de tu ausencia. Vas a encuentros clandestinos con tus colegas de intrigas. Tú pusiste esa bomba. ¿Quién más podría haberlo hecho?

Él estaba muy pálido, blanco hasta en los labios.

—Se equivoca, milady. Le suplico que me crea. Soy inocente de esa acusación.

—Eso lo dices tú, pero tendrás que probar tu inocencia a la policía, con la que ya he hablado. Te interrogarán mañana a primera hora.

Lo interrogarían y probablemente lo encerrarían en la cárcel. Yo estaba destrozada al pensar en eso. Stefan y yo habíamos tenido nuestros problemas, pero ni por un momento lo creía capaz de hacer una cosa tan terrible. Podía ser más antinobleza que yo, una ferviente defensora de la democracia, y sentir algún resentimiento por la pérdida de su padre, pero estaba segura de que él jamás recurriría a la violencia. Era tan moderado en sus opiniones políticas como el propio conde. Yo los había oído a ambos comentar la situación más

de una vez y solían estar de acuerdo.

La condesa, en cambio, nunca había mostrado reticencias a la hora de vengarse. Podía haber decidido un modo alternativo de librarse de su esposo y, si Stefan había rechazado en verdad sus insinuaciones, como él afirmaba, estaría encantada de echarle la culpa. Eso explicaría su encuentro con Iván Litkin. Seguramente habían estado conspirando juntos, y no en un encuentro amoroso. Yo tenía fuertes sospechas, y mis instintos me decían que acertaba. Pero ¿cómo podía probarlo? Con la inestabilidad que había en el país, cualquiera podría haber puesto aquella bomba. ¿Por qué iban a sospechar de ella? Después de todo, ella era la

condesa Belinski.

Y si había hablado ya con la policía, el factor tiempo era fundamental.



El conde se había retirado, llevándose a Serge consigo, pues el chico estaba, como era de esperar, destrozado. Katia por fin se había dormido y *Nianushki* cabeceaba en una silla a su lado. *Babushka* estaba en la habitación contigua, y ella y yo intercambiamos un abrazo consolador cuando le llevé una taza de café caliente en lugar del chocolate habitual.

—No te culpes —me dijo, pues adivinó sagazmente la culpabilidad que me embargaba.

—Intentaré no hacerlo.

—La culpa es de la persona que puso la bomba.

—Ha sido un día muy largo. Esta noche no leeremos. Tiene que intentar dormir.

Besé su mejilla fina como el papel. No quería explicarle que iban a acusar a Stefan.

Cuando todos se hubieron retirado a pasar la noche, corrí abajo para hablar con él a través de la puerta del cuarto de lavar, donde lo habían encerrado por esa noche.

—¿Te encuentras bien? —pregunté.

—Sobreviviré.

Recé para que así fuera, pues no estaba preparada para considerar la

alternativa.

—Yo no creo ni por un momento que seas culpable.

—Gracias por tu apoyo, Millie.

Su voz sonaba fuera a través de la madera, o quizá por el terror que seguramente sentía. Cuando llegara la policía, o peor, los bolcheviques, lo llevarían directamente a la prisión enfrente de la Fortaleza de San Pedro y San Pablo, un lugar sombrío del que poca gente salía cuerda, si es que tenía la suerte de salir.

—Te amo, Stefan. Y sé que tú también me amas en el fondo, así que, por favor, deja de escuchar las mentiras de la condesa. El conde y yo solo estábamos recogiendo el pastel que ella

había tirado al suelo en una de sus rabieta. No hay nada entre nosotros, aparte de mi gratitud por su apoyo.

—Siento haber sido tan idiota. Tienes razón, Millie, yo te amo con todas mis fuerzas.

Me apreté contra la puerta. Ansiaba ver su rostro, tocarlo, abrazarlo, mostrarle cuánto lo amaba. El anhelo de besarlo era abrumador, pero la puerta permanecía cerrada, formando una barrera de roble sólido entre nosotros. No podía abrazarlo, no podía buscar ayuda, y pronto llegaría la policía y sería demasiado tarde.

Me asaltó una idea.

—Stefan, creo que sé dónde pueden estar las llaves. Espera mientras voy a

buscarlas.

En todas las cocinas había un armario o un estante donde se guardaban las llaves, así que no fue difícil encontrar el gancho con el cartel «Cuarto de lavar». Estaba vacío. Por supuesto, la condesa tendría la llave consigo y yo no tenía ninguna intención de intentar robársela. Pero debía de haber otra en alguna parte, quizá en la despensa del mayordomo. La búsqueda me llevó más tiempo del que creía pero al fin encontré un duplicado en la antigua habitación del ama de llaves. Segundos después de haber metido la llave en la cerradura, estaba en brazos de Stefan.

—Te amo muchísimo —me dijo, después de besarme largamente—. Y te

creo cuando dices que la niña no es tuya sino de la condesa. Ven, querida mía, nos fugaremos juntos ahora mismo. Iremos lo más lejos posible de este lugar.

—Pero necesito mis papeles y recoger a Katia. No puedo dejarla con una mujer a la que no le importa nada.

—Pues date prisa. No debemos retrasarnos ni un segundo más de lo necesario.

Mientras me decía aquello, volvió a besarme como si no pudiera resistirse y yo, desde luego, no tuve nada que objetar. Entonces oímos una carcajada.

—Parece que tengo la costumbre de interrumpir estas demostraciones de amor, o quizá sea por el don de elegir el

peor momento y lugar. ¿Has sido tú la que le ha dejado salir del cuarto de lavar, Dowthwaite?

Me volví hacia la duquesa con toda la dignidad que poseía, desesperada por ocultar los temblores de miedo que recorrían mi cuerpo.

—¿Por qué iba a dejarlo encerrado si sé que es inocente? Su acusación carece de base. Es una tontería. De hecho, no tendría que forzar mucho la imaginación para presentar la misma acusación contra usted, milady. Y puesto que Rusia está en plena revolución contra los autócratas, es posible que los bolcheviques elijan creerme a mí en lugar de a usted.

Ella sonreía. Mis palabras no le

causaban ninguna impresión. Había un rictus extraño en sus labios cuando fijó la vista en algo que había detrás de mí. Me volví a medias y vi a Stefan escalar por la ventana de la cocina y perderse en la noche. Entonces oí los golpes en la puerta principal.



—¿Puedo suponer que ha oído la noticia?

Yo estaba sentada con el conde sobre un muro bajo cerca del puente que cruzaba el canal, con la niña en mis rodillas. Observábamos a los obreros que empezaban a limpiar los escombros delante del apartamento. Enfrente de nosotros, en la orilla opuesta, estaban

las cúpulas en forma de cebolla de una iglesia cercana que brillaban bajo el sol de la tarde, un atisbo de normalidad en un mundo que se había roto.

El conde me miró con ojos inexpresivos, esforzándose por concentrarse en lo que le decía.

—Si te refieres a que Stefan huyó para escapar del arresto, sí —dijo al fin—. Lamenté mucho enterarme de eso.

Asentí.

—La policía llamó a primera hora para interrogarlo y arrestarlo, pero escapó justo a tiempo. Quiero que sepa, milord, que Stefan no fue el responsable de la colocación de la bomba. Él quería a Irina, y a usted también. Era su mayor admirador. Él jamás le habría tocado ni

un pelo de la cabeza. Si alguien dice otra cosa, por favor, no crea ni una palabra.

Él me sonrió entonces.

—Cuando dices «alguien» supongo que te refieres a mi esposa, ¿verdad?

Aunque estaba ansiosa por proteger a Stefan, respondí con cautela.

—Admito que me cuesta mucho entender por qué lo considera culpable.

—La motivación de mi esposa siempre ha sido difícil de comprender, salvo en lo referente a su necesidad de atención y dinero. —Hizo una pausa, con expresión pensativa—. Y venganza. Si Stefan la ha ofendido en algo, esa podría ser la razón.

Si el conde adivinaba que su esposa

había intentado seducir a Stefan y este la había rechazado, muy bien, pero yo no estaba dispuesta a confirmar sus sospechas. Guardamos silencio viendo pasar un barco por el agua helada. A pesar de la luz brillante del sol, la temperatura no había subido mucho. El sonido de una pared que se hundía devolvió nuestra atención a la casa. Miramos la desolación y la nube de polvo que la rodeaba e Irina volvió a aparecer en nuestros pensamientos.

—Ella era mi vida —comentó el conde.

—Lo sé.

—Nunca dejaré de quererla.

La emoción me oprimió la garganta mientras me esforzaba por buscar las

palabras adecuadas, si es que tal cosa existía.

—Ella también lo adoraba, y disfrutó de una buena vida, aunque demasiado corta. Recuerde siempre eso. Y todavía tiene un hijo.

No tenía ninguna intención de mencionar que la condesa me había dicho que estaba embarazada de otro hombre cuando se casó con el conde. Hay secretos que es mejor guardar siempre.

—Serge es un joven estupendo, gracias a tus esfuerzos a la hora de lidiar con sus tontas rebeldías. Mis dos hijos se han beneficiado de tus servicios, y yo también, cuando me alentaste a interesarme más por él. Estoy

muy agradecido, pues parece que eso ha tenido su recompensa. Nuestra relación ha mejorado mucho y seguiré haciendo todo lo que pueda por ser un buen padre para el muchacho.

—Me alegro. Eso es exactamente lo que necesita.

Cuando oí que el conde seguía cantando mis alabanzas, en mi interior empezó a crecer una sensación incómoda, pues casi parecía que se estuviera despidiendo. ¿Pensaba despedirme? Parecía altamente probable, ahora que habíamos perdido a Irina y Serge era un chico de catorce años, casi quince, que ya no necesitaba una institutriz. Sus siguientes palabras parecieron confirmar mis peores

miedos.

—Le diré a mi esposa que puede tener el divorcio y un acuerdo económico, aunque mucho más modesto de lo que a ella le gustaría. Nuestro matrimonio está acabado, lo ha estado desde hace mucho, pero ha llegado el momento de asumirlo. Pienso regresar a mi propiedad del campo. Aunque ahora es un proyecto comunal, allí es donde más feliz soy.

—¿Dónde residirá la condesa? —
Miramos de nuevo a los obreros, que apilaban con cuidado las piedras que podían volver a usarse y cargaban el resto de los escombros en carros para llevárselos.

—Hay otras casitas en la hacienda.

Podría habitar en una de ellas. Si elige permanecer en Petrogrado, el apartamento acabará por ser restaurado y amueblado, y puede quedarse allí hasta que encuentre un lugar propio. Espero llevarme a Serge al campo conmigo, si quiere venir. Parece que le gusta aquello. Su herencia ya no será como antes, pero encontraré el modo de que tenga una buena vida.

—Estoy segura de ello. —Hice una pausa antes de hacerle la pregunta que me daba vueltas en la cabeza—. ¿Y qué me aconseja que haga yo, milord?

Me dedicó una de sus sonrisas más amables.

—Sé la verdad sobre esta pequeña —dijo. Acarició la cabecita de Katia—.

Leí entre líneas la última vez que hablamos de ella. El nacimiento de esta niña es parte de la razón por la que pongo fin a nuestro matrimonio. Olga cruzó una línea ahí. Estoy seguro de que afirmará que tenía todo el derecho del mundo a tener un amante, pero en mi opinión, no tenía ningún derecho a abandonar a la niña. Quizá no sepas esto, Millie, pero Irina no era hija de Olga. Era hija de mi amante Mavra, la mujer de la que te hablé.

—Ya lo había adivinado —comenté, pues no quería mencionar los cotilleos entre los sirvientes.

—Volví a ella cuando resultó muy claro que mi matrimonio no funcionaría. Mavra y yo éramos muy felices juntos, a

pesar de que las circunstancias eran difíciles, pero entonces ella murió en un terrible accidente.

—¿Qué sucedió exactamente?

—Se ahogó cuando nadábamos con un grupo de amigos en el río Neva.

Un escalofrío me recorrió la columna. Recordé que a Irina casi le había ocurrido un accidente parecido en Carreckwater un hermoso día de otoño de muchos años atrás.

—¡Qué tragedia! ¿Se aventuró demasiado lejos? ¿Quién estaba con ella? ¿La condesa estaba presente?

—Sin duda, éramos un grupo grande disfrutando de un día brillante de sol en primavera. No sé qué fue lo que falló. Quizá la baja temperatura del agua le

provocó calambres, pero comenzó a tener dificultades. Nadie se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde. Mi esposa estaba en un bote cerca de donde ella estaba, hizo lo que pudo por ayudar y trajo a Mavra a la orilla. ¿Cómo no iba a adoptar a su hija si la querida Irina había quedado huérfana de un modo tan trágico? También era hija mía, y la quise desde el momento en que nació, si no antes.

No pude encontrar respuesta para esa historia tan triste, aunque mi mente estaba llena de recelo.

—Por desgracia, mi esposa nunca quiso a la niña, lo cual imagino que era de esperar. Así que fue una bendición que vinieras a trabajar para nosotros.

Irina te quería mucho, te adoraba hasta tal punto que quería ser como tú, como suele pasarle a las chicas.

Las lágrimas que llenaban mis ojos me bloqueaban la voz.

—Yo también la quería. Era encantadora.

—Su vida no había conocido el amor de una madre hasta que llegaste tú, pero gracias a tus cuidados, eso cambió y ella fue ganando en seguridad todos los días. Sé lo importante que es para un niño sentirse querido y seguro. Después de haber perdido a Irina, no me gustaría que esta pequeña sufriera como sufrió ella. Puede que la tuviera la condesa, pero ahora es tu niña y serás una madre excelente.

—Gracias por tener fe en mí, milord. —Me embargó una gran oleada de alivio. El miedo muy real de que pudiera perder a Katia por fin empezaba a disiparse.

—No obstante, para ayudarte a lidiar con los gastos inevitables de criar a una niña, y teniendo en cuenta que es hija de mi esposa, por mucho que ella lo quiera negar, he creado un fideicomiso a su nombre para asegurarle el futuro.

—Oh, milord, no sé qué decir ni cómo darle las gracias. —Yo lo miraba admirada. Su generosidad me dejaba sin habla.

—Supongo que deberíamos buscar confirmación legal, adopción y demás. Pero con la situación actual, que puede

durar años, sería mucho mejor que te la llevaras lejos de aquí, a algún lugar seguro, y yo conozco ese lugar. Seguro que recuerdas Carreck Place, donde vivía mi difunto primo.

—¿Quiere decir que lord Rumsley ha muerto? —pregunté.

—Me temo que sí. Un ataque al corazón, creo. Su esposa, su hijo y su hija se trasladaron a América, donde viven felices en Boston.

—¿Han dejado su casa en el Distrito de los Lagos?

Casi no podía creer lo que oía. Quizá había asumido que en Inglaterra no podía pasar nada malo, puesto que parecía que nosotros éramos los únicos que sufríamos, atrapados en una

revolución. Sus siguientes palabras me pillaron por sorpresa.

—Carreck Place nunca fue de lord Rumsley. Es mía. O mejor dicho, yo puse los fondos para que mi primo Charles la comprara. Ese hombre era un idiota, pero de la familia, ¿comprendes? Ahora quiero dártela a ti, o al menos a la hija de mi tonta esposa. —Besó a Katia en la mejilla y le sonrió—. Merece alguna recompensa por haber sido abandonada. La casa será suya de por vida, y también tuya, con un fideicomiso a su nombre para mantenerla. Lo que pase después de eso se decidirá en su momento, dependiendo de quiénes de nosotros sigamos con vida para entonces.

Yo movía la cabeza con incredulidad.

—No puedo aceptar eso.

—Sí puedes. Hazlo por la pequeña Katia.

Yo tenía los ojos llenos de lágrimas. Miré a la niña, que dormía tranquila en mis brazos.

—Haré lo posible por ser una buena madre para ella. Ya la quiero más que a mi vida.

—Pues claro que sí. Esa casa está vacía. Resucítala y conviértela de nuevo en una casa de amor. Busca a Stefan y llévatelo contigo.

El conde sonrió por mi rubor y me dio una palmadita en la mano.

—Supongo que tu destino está unido al suyo. Búscalos, Millie, y márchate con

él. No te quedes en Petrogrado ni un día más de lo necesario. No es seguro. Solo te pido un favor. No le digas a mi esposa nada de esto hasta que estés instalada en Carreckwater. Quizá ni siquiera entonces. El silencio es lo más seguro.

Había un deje de advertencia en su voz y yo asentí. Comprendía muy bien lo que me decía.

—Ahora voy a darle a mi esposa la noticia de que está a punto de convertirse en una mujer libre.

CAPÍTULO 31

Abbie dejó tranquila a su abuela y fue en busca de Aimée. Al no verla de inmediato, se asustó un poco.

—No temas —le dijo Fay—. Está en el lago con tu padre.

—¿De verdad?

—Le sugerí que hiciera algún esfuerzo por conocer a su nueva nieta, que le hiciera algo de caso. Se quedó sorprendido y algo pensativo por mi sugerencia, pero parece que funciona. Ha salido en el barco con Jonathon y con ella para enseñarles a pescar.

—¡Ah, qué bien, eso es maravilloso! —Abbie pensó enseguida

en el conde y en Serge haciendo lo mismo. Recordó cómo se había estrechado su relación gracias a tales actividades, y su corazón se llenó de afecto por su padre y su cuñada.

—Eres muy inteligente.

Fay le guiñó un ojo.

—Todavía no he llegado a ese punto con Robert, pero estoy haciendo progresos.

—En ese caso, sugiero que me aconsejes también a mí cómo lidiar con mi hermano. ¿Me lo explicas mientras tomamos un vaso de vino?

Cuando regresaron los otros de pescar, las dos mujeres estaban sentadas charlando, con Carrie jugando a sus pies. Por el modo en que rio Aimée

cuando su abuelo la sacó del bote en volandas y el modo en que se tomó de la mano de él para acercarse a ella, a Abbie le resultó evidente que habían hecho progresos. Su hija estaba conquistando el corazón de su abuelo.

La mente de Abbie era un remolino de ideas. Sabía ya cómo había llegado su familia a vivir en Carreck Place y pensó que quizá ese era el momento de revelar su secreto.

—Creo que la señora Brixton tiene pasteles y zumo de naranja para los niños en la cocina —dijo.

Los dos niños echaron a correr con gritos de alegría y Abbie miró a su cuñada. Fay captó el mensaje al instante y salió detrás de los niños después de

anunciar que Carrie también quería pastel.

Abbie respiró hondo y miró a su padre.

—Creo que debo decirte que fui a ver al abogado.

—Ah, pensé que lo harías.

—Necesitaba el consejo de John Kirkby sobre cómo ampliar el límite del descubierta, y salió lo demás. —Bajó la voz y procuró adoptar un tono que no sonara acusatorio—. ¿Cuándo pensabas decirme que mamá me había dejado la tienda y el negocio?

Su padre suspiró pesadamente y se sentó a su lado en el banco.

—Es difícil saber por qué lo pospuse. Al principio no podía soportar

hablar de ello. Es verdad que Kate había descuidado mucho el negocio en los últimos años y había acumulado muchas deudas, con un descubierto que no había tenido nunca antes. Pero todavía nos llega dinero del terreno que alquilamos a unos granjeros de la zona, y eso nos ayuda a mantener la casa. Las cosas no están tan mal como dice Robert, aunque desconozco su situación económica personal. Sin embargo, la decisión de tu madre fue una sorpresa, y yo no la aprobaba del todo.

—¿Tú creías que no me lo merecía e intentabas buscar un modo de esquivarla? —preguntó Abbie con suavidad.

—Tal vez. También dudaba que

hubiera hecho ese testamento si hubiera sabido en qué estado llegaría a caer Sueños Preciosos. Pero después comprendí que esa decisión no me correspondía a mí. La tienda era suya, no mía, y tú, como me recuerdas constantemente, ya no eres una adolescente boba. Decidí que debía darte al menos la oportunidad de probar tu valía y, con un poco de suerte, compensar parte del daño que hiciste.

Abbie se encogió por dentro. Quería defenderse, pero antes de que pudiera encontrar las palabras, oyó la voz de Robert.

—Ella jamás podría hacer eso.

Ni su padre ni ella lo habían oído acercarse, pero estaba allí, con las

piernas abiertas y los brazos cruzados sobre el pecho. Fay estaba a su lado. Parecía nerviosa.

—¿He oído bien? ¿Estás diciendo que mamá te dejó a ti la propiedad de Carndale Road?

Abbie respondió a la mirada de rabia de su hermano con una sonrisa de disculpa.

—Eso me han dicho.

—¿Por qué demonios haría algo así cuando tú le fallaste como lo hiciste? No te había perdonado por arruinar tu reputación y la de toda la familia.

Abbie se puso de pie al instante, temblando un poco, como le ocurría siempre que su hermano intentaba intimidarla. Pero sintió en el brazo la

mano de su padre, que tiraba con gentileza para que volviera a sentarse a su lado.

—Ya es suficiente, Robert. Quizá hubiera perdonado a Abigail en el fondo pero no podía admitirlo en voz alta. Cuanto más dura un distanciamiento, más difícil es ponerle fin. Quizá, por lo que respectaba a tu madre, el testamento representara un paso en esa dirección. En cualquier caso, es una decisión que deberíamos respetar.

Siguió un silencio, que interrumpió Abbie.

—Prometo que haré todo lo que pueda para justificar su fe en mí. Pero es mi vida y tengo derecho a tomar mis propias decisiones, así que agradecería

no tener que escuchar más sermones de hermano mayor, por favor.

Fay carraspeó, rodeó la cintura de su esposo con el brazo y optó por intervenir en la riña familiar.

—Creo que tú ya comprendes eso, ¿verdad, querido?

Robert miró primero a los ojos de su esposa y a continuación la expresión interrogante de su padre, pero la mirada que le dirigió finalmente a Abbie no se había suavizado gran cosa.

—Siempre que entiendas que, si fracasas, papá puede perderlo todo.

Se alejó con Fay y Abbie y agradeció el pequeño apretón que le dio su padre en la mano antes de levantarse para seguir a su hijo. Ella se quedó sola, con

el corazón latiéndole con fuerza. Sabía sin lugar a dudas que el fracaso no era una opción.



El jueves siguiente salió el periódico local y, como esperaban, el artículo empezaba por tratar con bastante amplitud el suicidio de Kate, aunque añadía que Abbie todavía lloraba su pérdida. Pero cualquier compasión que eso pudiera provocar quedaba destruida por la frase siguiente.

Como madre soltera, sin un esposo que la mantenga, Abigail Myers está haciendo un esfuerzo valiente por recuperar un negocio que se

descuidó mucho en los últimos años, sin duda debido al estado depresivo de su madre.

—¿Era necesario que mencionara mi soltería o el suicidio de mamá? —gimió Abbie, cuando Linda y ella leían el artículo juntas. Le habría gustado que Drew siguiera por allí, pues sentía un gran impulso de correr a buscar consuelo en él... hasta que recordó que él no sería la persona apropiada para eso.

—No te tomes muy a pecho esos comentarios. No estás sola en eso. Hay muchas otras mujeres solteras con hijos.

El artículo proseguía con un resumen de la historia familiar de Abbie, que

aludía a un ansia de viajar en los miembros femeninos de la familia.

Abuela, madre e hija huyeron a tierras extranjeras en su juventud. Solos nos queda asumir que la razón de esas aventuras fueron asuntos del corazón. El tiempo que la señorita Abigail Myers permanezca en Carreckwater dependerá quizá de qué nuevas tentaciones se crucen en su camino.

—Parece insinuar que podría fugarme con otro hombre en cualquier momento —comentó Abbie con rabia.

El artículo continuaba con una breve descripción de la inauguración oficial

de la tienda y de los miembros de la comunidad que habían asistido a la fiesta y concluía advirtiéndole de la posibilidad de que pronto se abriera una tienda de la competencia en el local de al lado.

—¡Es tan negativo! ¿Por qué pinta una imagen tan negra?

Linda suspiró con tristeza.

—Seguro que lo hace para tener una historia que contar. Apenas menciona la joyería ni toda la información que le diste sobre el ámbar. ¡Qué decepción!

En aquel momento sonó la campana de la tienda y entraron dos mujeres. Linda guardó rápidamente el periódico fuera de la vista y las recibió con su sonrisa acostumbrada.

Más tarde, después de una mañana sorprendentemente ajetreada, Abbie se sentía mucho más relajada.

—Nos ha ido muy bien a pesar de ese artículo horrible. Con razón dicen que no hay publicidad mala.

Linda sonrió con tristeza.

—Bien dicho, aunque el vecino de al lado parezca estar haciendo lo imposible por hacernos la competencia cualquier día.

—Has cambiado de opinión.

—Estoy de tu parte. Nos defenderemos como gatos panza arriba, ¿verdad?

—Por supuesto.



Cuando Abbie fue a recoger a Aimée al colegio, Joan Sanderson, la profesora de la niña, salió a hablar con ella.

—Ah, Abbie, me alegro de verte. He visto el artículo de esta mañana en el periódico y creo que Clarinda Ratcliffe ha sido muy dura contigo. Aunque no me sorprende mucho. No sé todos los detalles, pero Kate y ella no se llevaban bien.

—¿Esa mujer espantosa conocía a mi madre?

—Sí, desde luego.

—No me lo dijo.

—Se enemistaron hace años, por un asunto muy tonto. Kate fue elegida en su lugar como secretaria de las Soroptimistas de la zona. Clarinda no

acepta bien que la ignoren o perder en algo.

—Ni mi madre tampoco. Pero eso hace que me sienta mucho mejor, aunque no cambia el hecho de que utilizó el peor enfoque posible en todo. Sin embargo, aunque resulte increíble, hoy hemos vendido más que nunca.

—¡Genial! Por otra parte, la señorita Quisquillosa, como se la conoce por aquí, no tiene muchas simpatías. —Joan Sanderson se echó a reír y tiró de Abbie a un lado para esquivar la avalancha de niños que salían corriendo a reunirse con sus padres, y de paso para que no las oyera nadie—. Clarinda Ratcliffe es el tipo de chismosa a quien le encanta escarbar lo peor de la gente, además de

ser una coqueta de primera. Creo que lo intentó con tu padre, pero sin resultado.

Abbie frunció el ceño.

—No me sorprende. Para mi padre solo existía una mujer.

—Exactamente, pero eso descartó cualquier esperanza de reconciliación entre tu madre y ella. Si coincidían en la misma función, los comentarios que se dirigían una a otra eran extremadamente hirientes, casi daba vergüenza oírlos. Clarinda odiaba que tu madre tuviera un matrimonio feliz, y Kate creía que su rival había hecho todo lo posible por arruinarlo.

Abbie escuchaba todo aquello con mucho interés.

—Por lo que dices, tú debiste de

conocer muy bien a mi madre.

—Claro, Kate y yo éramos buenas amigas.

—¿Podríamos tomar un café algún día? Me encantaría hablar contigo e intentar descubrir más cosas sobre ella, puesto que perdimos el contacto todos estos años. Por ejemplo, ¿sabes por qué se fue a la Riviera?

La profesora inspiró profundamente y soltó un suspiro.

—Sí, lo sé. Y es una historia bastante triste.

—Me encantaría oírla, y pronto, si es posible. —Abbie miró a su hija, que jugaba alegremente al pillapilla con Jonathon—. Cuando no tenga a Aimée conmigo, claro.

—¿Quizá mañana cuando tu cuñada recoja a los niños y yo haya terminado el trabajo de la semana? ¿Podrías venir a mi casa sobre las cinco?

—Eso sería perfecto.



A la tarde siguiente, Abbie dejó a Linda al cargo de la tienda y partió para lo que esperaba que fuera una visita fructífera. Dio un rodeo y giró a la izquierda por Benthwaite Cross para subir por St. Margaret's Walk y esquivar así las multitudes que se juntaban en la principal zona de compras de Carndale Road. En invierno Carreckwater era un pueblo tranquilo y dormido, donde sus habitantes paseaban saludando con la

cabeza y sonriendo a la gente con la que se cruzaban. Cuando llegaba el verano, apenas había sitio para moverse y costaba encontrarse rostros conocidos, así que Abbie no se preocupó cuando oyó pasos detrás de ella, sino que dio por sentado que sería uno de los muchos turistas que merodeaban por allí. Pero cuando entró en las calles desiertas que llevaban a Hazelwood Crescent, donde vivía Joan, le sorprendió oír todavía el ruido de pasos detrás de ella.

Apretó ligeramente el paso. Los otros pasos hicieron lo mismo. Tras avanzar unos metros, Abbie miró hacia atrás, pero no vio a nadie. Se sintió un poco tonta, pensó que se lo había imaginado todo y apresuró aún más el paso. Joan la

esperaba en su puerta.

—Te he oído llegar. Por aquí no pasan muchos visitantes, gracias a Dios.

Abbie miró hacia atrás con el ceño fruncido y pensó en esas palabras mientras Joan la llevaba por el lateral de la casa hasta donde había una mesa y sillas instaladas en el jardín de atrás. ¿Había sido su imaginación o la seguía alguien?

—He hecho limonada y he pensado que podemos tomarla fuera para disfrutar de este día de sol.

—¡Qué jardín tan hermoso! ¡Oh, y qué vista tan magnífica!

—Nunca me canso de mirarla. Esa cresta es Loughrigg. Desde la cima hay vistas aún más espectaculares de los

Langdale Pikes. Me encanta caminar por allí, o alrededor del lago enclavado entre ellos, sobre todo ahora, a principio de verano, cuando la superficie está inundada de nenúfares. Ese lago era uno de los lugares favoritos de Wordsworth. El poeta lo describió como «claro y brillante como el cielo».

—Puedo creerlo. Yo también espero salir a caminar este otoño, cuando haya menos trabajo en la tienda.

Joan sirvió limonada en dos vasos y añadió hielo de una jarra.

—Me alegro de oír que el negocio va bien, a pesar del artículo de Clarinda. Pero no hablemos de ella. Recordemos mejor a mi querida amiga Kate.

Abbie aceptó un pedazo de tarta de

chocolate y no tardó en olvidarse de su posible perseguidor a medida que se iba dejando atrapar por la historia que contaba Joan.

—Sé que sabes que tu madre fue adoptada y me atrevo a decir que a estas alturas ya has descubierto que su madre biológica era la condesa Olga Belinski.

—Sí, sabía desde hace mucho que había sido adoptada, pero no sabía dónde ni cuándo.

Abbie contó brevemente su visita al orfanato de Stepney y algo de lo que le había dicho su abuela.

—Pues en 1936, cuando Kate acababa de cumplir diecinueve años, la condesa llegó un día inesperadamente a Carreck Place. Al principio Kate se

alegró mucho de verla. Supongo que para ella fue un alivio descubrir por fin quién era su verdadera madre, y le debió de parecer emocionante que resultara ser una condesa. Pero creo que a tu abuela no le gustó nada la visita.

—Eso lo entiendo muy bien. Aparte del miedo de perderla, Millie odia mirar atrás. Me ha costado meses sacarle la historia del tiempo que pasó en Rusia y descubrir lo que quería saber de mi madre. Debo decir que no le he metido prisa porque su historia me resulta completamente fascinante, trágica y conmovedora a la vez. Pero ¿cómo reaccionó Millie a la llegada súbita de la condesa?

Joan movió la cabeza con tristeza.

—Parece ser que hubo muchas discusiones, tanto entre Kate y su madre como entre Millie y la condesa, por el modo en que esta se entrometía en sus vidas. Llamaba continuamente, se negaba a marcharse e incluso acusó a tu abuela de haberle robado a su hija, a la que llamaba Katia. Amenazó con contarle a la policía que Millie también le había robado sus joyas.

—Esa mujer decía tonterías. Millie me contó que en una ocasión había sido acusada de robar las perlas de la condesa.

—En el caso del que te hablo, la condesa se refería a un colgante de ámbar, no a las perlas. Millie insistía en que no recordaba lo que había sido de

él.

—Ah, debe de ser el que encontré entre las cosas de bebé de mamá. Pero sigue. ¿Qué ocurrió después?

—La batalla en realidad era por tener acceso a Kate, y tu abuela intentó explicarle a su hija que eran todo mentiras, que la condesa la había obligado a decir que era su madre y se había negado a reconocer la existencia de la niña. Creo que a Kate le costó aceptar eso, lo que llevó a más peleas. Entonces Olga le ofreció a Kate una casa en la Riviera y ella aceptó ir.

—¡Oh, Dios mío! ¿Y esa fue la razón por la que supuestamente se fugó?

—Me temo que sí, y eso le rompió el corazón a tu abuela.

Abbie guardó silencio unos minutos. Comprendía el golpe cruel que habría sido aquello para Millie.

—No puedo imaginar lo que sentiría si perdiera a mi querida Aimée. Me alegro de que Eduard, mi ex, venga a verla de vez en cuando, pero me destrozaría que intentara llevársela lejos de mí por completo.

Joan asintió.

—Creo que eso fue exactamente lo que sintió tu abuela. Había criado a Kate como si fuera su hija desde que nació y, como no podía tener hijos propios, la quería muchísimo. Kate también la quería a ella, pero estaba en una edad rebelde. No obstante, no tardó en lamentar su decisión de irse con Olga,

pues enseguida se desilusionó de ella. A los pocos meses, se encontró cada vez más controlada y manipulada por la condesa. Kate me dijo que le había escandalizado el estilo de vida decadente de su madre biológica, su larga lista de amantes y su modo de derrochar dinero. Parecer ser que no había aprendido nada de la Revolución rusa. Y cuando Olga intentó obligarla a casarse con un aristócrata rico, Kate regresó a casa. Por fin se dio cuenta de que Millie era la única madre amorosa que había tenido.

Abbie tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Oh, menos mal que fue así, aunque no sé si su relación se recuperó por

completo de ese golpe. Ahora entiendo por qué siempre había cierta incomodidad entre ellas.

—Desde luego. Probablemente las ponía nerviosas revivir las heridas del pasado.

—Agradezco que me hayas contado todo esto. Me ha ayudado muchísimo.

—Puedes venir siempre que quieras hablar. Las hijas de mis amigas también son mis amigas.



Cuando Abbie llegó al patio de la iglesia, le sorprendió ver a Eduard aparcando su automóvil, le sorprendió porque se suponía que él almorzaba con Aimée. ¿Y por qué llevaba a su hija a

casa tan temprano cuando había dicho que quería pasar todo el tiempo posible con ella? La respuesta se le ocurrió cuando se acercaba a él.

—¿Me estás siguiendo? —preguntó.

Eduard parpadeó.

—¿Seguirte adónde? Pensaba que estabas en la tienda, trabajando.

—No me mientas. Antes he ido a visitar a una persona y he oído pasos que me seguían.

Él frunció los labios con desprecio.

—¿Era la misma persona con la que te vi la otra noche? ¿Es tu último amante?

—Él no es mi amante y tampoco era la persona a la que he ido a ver. Pero todo eso no tiene nada que ver con mi

pregunta. ¿Por qué me has seguido?

Eduard extendió las dos manos y se encogió de hombros.

—Solo puedo decir que no, no te he seguido. He llevado a Aimée a dar un paseo en barco y después quería irse a casa porque hace mucho calor, así que la he llevado en el vehículo alquilado. Ahora voy a comprar un billete para el tren de mañana.

—¿Tren? ¿Te vas a casa?

—Aquí no hay nada para mí. Eso lo has dejado muy claro. Me gusta pasar tiempo con mi hijita. Hemos pasado unos días buenos juntos y está deseando venir a verme a mediados de verano. Si tú no puedes llevarla en avión, vendré a buscarla. Pero ahora tengo que ir a ver a

mi hijo.

Abbie reprimió un suspiro de alivio y sonrió.

—Siento que lo nuestro no saliera bien, pero te deseo todo lo mejor. Y por favor, felicita de mi parte a Marie por el nacimiento de su hijo, y dile que le deseo todo lo mejor. ¿Tiene ya nombre?

Él negó con la cabeza.

—No. Está esperando que lo decida yo.

—Por supuesto.

A Eduard siempre le gustaba ser el que tomaba las decisiones. Abbie se dejó besar tres veces en la mejilla al estilo francés y permaneció al lado de su automóvil viendo como se alejaba. Por fin era libre del todo. Pero en lugar de

sentir alegría, la inundó la tristeza, porque parecía haber perdido también a Drew.



El lunes por la mañana, después de un fin de semana extrañamente tranquilo, Abbie estaba sola en la tienda, pues Linda se había tomado un día libre bien merecido. El primer cliente fue un hombre bajito y grueso de unos sesenta años, y Abbie lo recibió con una sonrisa como hacía con todo el mundo, pues los esposos que compraban regalos para sus esposas estaban entre sus mejores clientes. Pero él no sonreía cuando se acercó al mostrador. Su expresión estaba semioculta por una barba áspera

y una gorra que llevaba muy calada en la cabeza. A pesar del calor que hacía, llevaba un chaquetón azul marino con el cuello alzado. De su cara se veía poco aparte de unos penetrantes ojos oscuros.

—¿Tú eres Abigail Myers? He visto la entrevista del periódico en la que dice que te has hecho cargo del negocio de tu madre.

No era fácil entender lo que decía, pues hablaba con fuerte acento extranjero.

—Así es —repuso Abbie, un poco nerviosa.

—Yo era el acompañante de una de las señoras a las que visitaba tu madre.

Abbie recordó lo que le había dicho la periodista.

—Ah, ¿se refiere a la que le habló de una posible visita a Rusia? —preguntó.

El hombre negó con la cabeza.

—No sé nada de una visita a la Madre Patria. —Miró a su alrededor y sus ojos se iluminaron al ver las joyas de ámbar en la vitrina—. ¿Ese es el ámbar robado?

—Pero ¿qué dice? Ese se lo compré a una compañía de Polonia. Todo legal.

—No, lo robó tu abuela. Tiene una gran deuda con mi señora. No solo le robó las joyas, también le robó a su hija.

Abbie se había quedado fría.

—Eso no es cierto en absoluto. Mi abuela no es ninguna ladrona.

Aquel hombre debía de ser un acompañante o un sirviente de la

condesa. Se inclinó sobre el mostrador para acercarse a ella, con una mueca que mostró una hilera de dientes amarillos, varios de ellos rotos, como si hubiera estado en una pelea.

—Yo sé la verdad, toda la historia. Tu abuela incluso se quedó con la casa que debería haber sido de mi señora si su esposo se hubiera portado con ella como debía. En vez de eso, ella murió en la penuria, después de haberlo perdido todo. Ahora yo necesito dinero por haber cuidado de la madre de tu madre todos estos años, y la condesa me dijo dónde y cómo conseguirlo. Si no quieres que tu abuela vaya a la cárcel, págame dinero. Quiero lo mismo que le daba tu madre a mi señora, cien libras

esterlinas a la semana. Cuatrocientas libras al mes, o se lo digo a la policía.

Abbie dio un grito ahogado.

—Eso es chantaje. Aunque yo dispusiera de todo ese dinero, no le pagaría ni un penique.

Él frunció los labios con ojos brillantes.

—Esto es un negocio. Todo lo que tienes debería haber sido de mi señora, y ahora mío. Dile a la vieja que Iván no se ha ido y que haría bien en hacer lo que digo. No se puede esconder eternamente en su hermoso salón de paneles de madera. Volveré dentro de una semana a buscar el dinero. Procura tenerlo preparado.

CAPÍTULO 32

A finales de enero el conde y Serge se habían ido de Petrogrado. *Babushka* decidió quedarse, pues sus amigas vivían allí y la visitaban a veces. *Nianushki* accedió a seguir acompañándola porque el reumatismo de la anciana había empeorado y podía hacer pocas cosas por sí misma.

—La pobre podría morir abandonada si no me quedo con ella —me susurró *Nianushki* en un aparte mientras tenían lugar esas negociaciones.

Hacía casi dos semanas que no sabía nada de Stefan y eso me estaba volviendo loca. Había pasado muchas

horas recorriendo aquella enorme ciudad preguntando a la gente si lo había visto, con la esperanza de averiguar dónde estaba escondido, pero hasta el momento no había tenido éxito. Pasaba a menudo por nuestro café favorito, aunque ya casi nunca tomaba café. Y me perturbaba mucho no saber nada de él.

Pero si a mí me molestaban las cartas que me había repartido el destino, la condesa estaba rabiosa con las suyas. El divorcio estaba resultando ser una alegría a medias. Sin su amante ni el acuerdo económico que esperaba en otro tiempo, ya no resultaba tan interesante. En cierto momento llegó incluso a rechazar la idea del divorcio.

—¿Por qué no podemos seguir como

estamos, al menos hasta que mejore la situación política? —preguntó.

—Porque las cosas podrían empeorar mucho más —respondió el conde con rostro inexpresivo—. Además, ¿por qué iba a querer tenerte por esposa? La infidelidad parece algo innato en ti. Podría nombrarte ahora mismo a algunos de tus muchos amantes, aunque seguro que no a todos.

—¿Tú estarías dispuesto a arruinar mi reputación?

—Creo que eso lo has hecho muy bien tú sola.

Y el hecho de que su precioso hijo decidiera vivir con su padre en lugar de con ella fue un shock terrible para la condesa.

—¡No permitiré que me lo robes! —
le gritó al conde.

—Jamás se me ocurriría hacer eso. La elección es solo suya. Dime, Serge, ¿dónde quieres vivir, aquí en Petrogrado con mamá o en el campo conmigo, tal y como está?

—Contigo, papá.

Ella rogó y suplicó al chico, le riñó y le gritó, pero él no dejó lugar a dudas sobre sus razones para tomar aquella decisión.

—Te quiero, mamá, pero tú nunca estás cuando te necesito. En realidad solo te preocupas por ti misma y te portaste muy mal con mi hermana. ¿Cómo sé que no te aburrirás también de mí un día? Papá y yo somos buenos

amigos, y pronto seré un hombre y quiero estar con él. Tú puedes venir a verme siempre que quieras y quedarte en una de las casitas de la hacienda, así que deja de protestar. Yo estaré bien y tú también.

La discusión terminó allí, pero la rabia de ella siguió aumentando.



Aunque yo había llegado a amar a Rusia, estaba cada vez más ansiosa por regresar a Inglaterra, suponiendo que hubiera un tren o un barco que me llevara, en cuanto consiguiera arreglar los papeles en la Duma. Lo había intentado en numerosas ocasiones, sin éxito. En mi último esfuerzo, el Comité

de Residencia me había pedido pruebas de dónde había vivido los seis últimos años y de quién era el apartamento, cosa que la condesa se negó a proporcionarme por miedo a que fueran a buscar un pago extra o algún impuesto de algún tipo. Lo que debería haber sido un procedimiento muy sencillo se estaba convirtiendo en una pesadilla.

Había escrito a mis padres para decirles que estaba sana y salva, pero como no recibía respuestas, no sabía si habían recibido alguna de mis cartas. Había muchas cosas de Rusia que echaría de menos cuando me marchara, entre ellas a *Nianushki* y a Ruth, pero anhelaba oír voces inglesas, ver rostros sonrientes y felices, y dejar atrás todas

aquellas desgracias. Excepto porque todavía no había encontrado a Stefan. Aunque estaba harta de las dificultades que sufría en Petrogrado, encontrarlo a él era lo más prioritario, ya que esperaba convencerlo de que se viniera conmigo. Desde luego, no tenía intención de irme sin él.

Muchas de mis amigas de la Capilla Británica y Americana se habían marchado ya, pero mi querida Ruth, no. Hablaba a menudo de irse, pero hasta el momento no había fijado la fecha. Me aconsejaba que reuniera algún dinero para preparar mi propia marcha.

—El otro día intenté sacar algunos ahorros —le informé—. No es que me queden muchos, pero me informaron de

que solo se nos permite sacar cien rublos a la semana. No sé cómo conseguiré el dinero que me ha proporcionado el conde.

—¿No te ha dado nada en mano?

Miré a mi alrededor para cerciorarme de que estábamos solas y no nos oía nadie.

—Sí, a decir verdad, sí, y está cosido en un lugar seguro. O eso espero.

Ella alzó los ojos al cielo.

—O sea, que si lo encontraran ahí, tendrías un problema mayor que el de perder el dinero.

Las dos nos reímos como si fuera una broma, cuando en realidad podía convertirse fácilmente en una situación de vida o muerte. Era imposible saber

cuánto dinero costaría hacer el largo viaje hasta Inglaterra. Sabía que necesitaba estar preparada para emergencias, como sobornar a un guardia que me permitiera subir a un tren o persuadir a alguien de que no robara mis valiosas pertenencias. Ese tipo de problemas eran bastante comunes entonces. El soborno parecía ser la nueva moneda.

Suspiré.

—Tengo que volver a solicitar mis papeles. Hasta el momento solo tengo promesas interminables, pero ningún documento. Cómo me gustaría que Stefan estuviera aquí para ayudarme. No quiero irme sin él. ¿Dónde puede estar? ¿Has oído tú algo?

—No lo he visto, no —contestó Ruth. Una sonrisa iluminó su cara y yo me puse en alerta.

—Pero ¿has oído algo?

Mi amiga miró a su alrededor, nerviosa. Bajó la voz.

—Dejó un mensaje para ti en mi libro de himnos.

—Oh, dime dónde está —le pedí—. ¿Por qué no ha contactado conmigo directamente?

—Porque le aterroriza poner en peligro tu vida. Escucha, no está lejos y él también quiere verte a ti.

Me dijo el lugar y la hora, y la abracé con alegría.

—Eres la mejor amiga del mundo. No sé cómo podré pagártelo nunca.

—Ten cuidado. Recuerda que sigue siendo un hombre buscado. Dice que tú te comportes como siempre. Que sigas intentando conseguir tus papeles y hacerlo necesario para marcharte, y que cuando vayas a verlo, des un rodeo y te asegures de que no te siguen. Lo último que necesita es que la condesa descubra dónde está.

—No te preocupes. Me aseguraré de eso.



Fue un alivio y una gran alegría volver a estar en brazos de Stefan, besarlo y estrecharlo contra mí y sentir su corazón latiendo contra el mío. Estar con él después de tantas semanas separados fue

un dolor exquisito. Ninguno de los dos pudo hablar durante un rato mientras nos abrazábamos debajo del refugio de un puente del río, a cierta distancia del centro de la ciudad.

—Enséñame dónde vives —le pedí cuando por fin hicimos una pausa para tomar aliento—. Tengo que saberlo por si sucede algo y tengo que irme sin ti. Necesito saber dónde encontrarte.

—No sucederá nada y nos marcharemos juntos, te lo juro. —Los dos sabíamos que era una promesa que no podía estar seguro de cumplir—. ¿No te han seguido hoy?

Negué con la cabeza. Yo compartía sus miedos.

—No he visto a nadie excepto a una

anciana vendiendo flores. Estás a salvo, amor mío.

Su escondite era poco más que un cobertizo, el cual, como me sorprendió descubrir, era en realidad un estudio de pintor con caballetes, pinturas al óleo y pinceles. Había además una variedad de hermosos cuadros de paisajes de la zona y atardeceres, barcos y edificios, pájaros y otros animales. Los miré admirada.

—¿Esto es obra tuya? —pregunté.

—Sí —me contestó. Casi se había ruborizado.

—¿Y aquí es donde venías cuando desaparecías durante horas? Te tomabas días libres para venir a pintar, no para reunirte con tus amigos revolucionarios,

como pensaba la condesa.

Él sonrió.

—Sí. Tanto en el campo como aquí, en mi escondite secreto.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué guardarlo en secreto?

Él se encogió de hombros. Por primera vez parecía vulnerable, casi tímido.

—Mi pintura es algo íntimo, mi mundo creativo secreto, y me resulta difícil compartirlo. Quizá algún día, cuando esté convencido de que tengo talento.

—Claro que tienes talento. *Nianushki* tenía razón en eso —contesté, recordando una conversación de años atrás, cuando él había ido a preparar el

aula. Miré sonriendo un cuadro del pabellón azul y blanco del Palacio de Catalina y otro de un barco alto en el muelle—. Pero me gustaría que hubieras sido más abierto con esto.

—Quieres decir que, si lo hubiera hecho, quizá no estaría en este lío.

Sonreí con tristeza.

—Quizá. A la condesa le gusta tener secretos, pero no aprueba los de los demás. —Lo abracé—. ¿Puedo decirle que esto es lo que hacías, pintar? Quizá eso ayudaría a convencerla de que retire su acusación.

—¿Y si no lo hace y los bolcheviques descubren dónde vivo?

—Prometo que no revelaré tu escondite ni daré ninguna pista de que sé

dónde vives.

—Es un riesgo demasiado grande, Millie. Podrían preguntarse por qué no lo has mencionado nunca y empezar a preguntarte cómo lo sabes y dónde pinto. La condesa podría hacerte la vida imposible además de arruinar la mía.

Paseamos por la orilla del río compartiendo nuestro calor corporal y sin importarnos la nieve que caía sobre nuestras cabezas mientras nos besábamos. Acordamos aplazar la decisión hasta que tuviera mis papeles en la mano.



A finales de febrero el apartamento estaba lo bastante arreglado y

amueblado para que pudiéramos ocupar una pequeña parte de él. Nadie podía decir que resultara cómodo, pues hacía un frío terrible y teníamos poca leña disponible. Pero como solo quedábamos cuatro mujeres, pues hasta la señora Grempel, Anton, Gúsev y los demás sirvientes se habían marchado ya, nos juntábamos en la biblioteca durante el día. Si teníamos suerte, encontrábamos leña suficiente para un fuego. Los días que no era así, la condesa nos ordenaba romper una silla o una mesa para quemarla. Cualquier cosa con tal de tener algo de calor. Cuando se terminaba la madera y el frío se volvía demasiado intenso, nos íbamos a la cama.

Y siempre teníamos hambre.

Aquel día la cena consistía en sopa de remolacha y nada más. El precio de la comida, cuando podíamos encontrar algún alimento, era exorbitante. Siete rublos por un paquete pequeño de azúcar, ocho por unas pocas patatas y hasta el arroz costaba más de tres rublos por libra. Habíamos conseguido comprar algo de pan las semanas anteriores, aunque solo del que se hacía con harina de centeno o salvado. Esa semana no habían sacado pan. *Nianushki* había intentado hacer uno con harina de patatas y salvado. Estaba horrible y me daba náuseas.

A medida que avanzaba el invierno nuestro miedo se iba volviendo constante, pues los bolcheviques

registraban el apartamento con frecuencia. La primera vez fueron en busca del conde y sus objetos de valor. Su trabajo en el Palacio de Invierno y su conexión con los Romanov no habían pasado desapercibidos. Eso era suficiente para ponerlos en peligro a él y su fortuna.

—Si posee oro en cualquier forma o tamaño, debe dárselo al nuevo Gobierno —dijo el soldado a la condesa Olga.

—Después de la bomba y del fuego que le siguió, nos quedó muy poco —le contestó la condesa con su tono de voz más regio, lo cual no sentó nada bien a los soldados.

Por suerte, el conde se había llevado

consigo sus posesiones más preciadas, salvo su automóvil Russo-Balt negro, pues se habían ido al campo en tren. Víktor, el chófer, seguía de empleado para cuidar de él, y a la condesa todavía le gustaba dar una vuelta en él por la tarde cuando se podía encontrar gasolina para llenar el depósito. No sé si había algo entre los dos o no, pero los paseos terminaron el día que los bolcheviques vieron el automóvil aparcado en la puerta y pidieron la llave. Los soldados se amontonaron en el auto y se alejaron contentos.

—¡Malditos sean todos! —rabió la condesa. Miró a Víktor—. ¿Dónde está el carruaje? ¿Eso sigue seguro?

—Desde luego, está en un lugar

donde jamás se les ocurriría mirar.

—Bien, entonces podemos continuar con nuestros paseos —dijo ella con una sonrisa.

—Me temo que no, milady, pues también se han llevado los caballos.

Como la condesa no estaba dispuesta a contemplar la idea de caminar por placer, desde entonces pasaba las tardes recluida en el apartamento. Víktor, que vivía en la habitación encima del garaje con su hermano Iván, siguió visitándonos de modo regular. *Nianushki* y yo intercambiábamos una mirada cómplice pero no decíamos nada cuando la condesa y él desaparecían alrededor de una hora en los aposentos de ella.

Por orden de la condesa, pasábamos todos los momentos libres escondiendo sus joyas en lugares improbables. Yo guardaba algunas en los ovillos de lana de *Nianushki* o cosía hileras de perlas dentro de corsés largos. En una ocasión permanecimos levantadas la mitad de la noche cosiendo joyas de ámbar, broches de zafiros y diamantes y muchas joyas desmontadas en dobladillos, cuellos, puños y corsés, e incluso en las ropas de la niña. Acolchábamos cada prenda con algodón para que no se nos clavara en la carne y nos hiciera daño cuando la llevábamos puesta. Si alguien descubría ese tesoro y nos delataba, recibiría como recompensa un tercio de su valor, por lo que no podíamos confiar en

nadie.

Justo cuando empezábamos a sentirnos seguras, volvieron los soldados, esa vez a buscar armas de fuego.

—¿Qué derecho tienen a registrar las habitaciones de la condesa? Aquí no tenemos armas.

Quizá no era inteligente enfrentarse a ellos, pero se limitaron a agitarme un papel delante de la cara y después me empujaron a un lado y empezaron a abrir puertas de armarios y cajones en el estudio del conde. Hasta registraron el aula y las cajas de juguetes viejos de los niños, las muñecas de Irina y los soldaditos de plomo de Serge. Como no encontraron nada, volvieron su atención

a las salas de estar.

—¿Tengo aspecto de ser el tipo de mujer que sabe usar una pistola? — preguntó la condesa al capitán con su tono más coqueto. Alzó los brazos y echó atrás los hombros con un gesto que mostraba su escote—. ¿O de que sería capaz de esconderla entre los juguetes viejos de mis hijos?

Vi lujuria en los ojos de él; en efecto, ella seguía siendo una mujer hermosa.

—Podría hacerlo su esposo.

—No está aquí, así que estoy sola y sin protección. —Ella hablaba con voz juguetona y, cuando vi que le sonreía provocadora, se me ocurrió que sí debía de haber un arma de fuego en el apartamento. Si los soldados

encontraban una pistola, podíamos acabar todos en la cárcel—. Es muy perturbador que haya tantos hombres registrando mis pertenencias personales. Si fuera un hombre solo, usted, por ejemplo, señor mío, no tendría nada que objetar. Estaría encantada de mostrarle todo lo que quisiera ver.

El capitán carraspeó y se sonrojó profusamente cuando captó lo que ella quería decir. Era una invitación a la que se habían resistido pocos hombres en el pasado. Por una vez no la condené por ello, más bien sentí admiración por su valor. El capitán se volvió hacia sus hombres, les ordenó que salieran y se dejó llevar por la duquesa a los aposentos de ella. Yo agradecí

profundamente que su madre estuviera dormida en su lecho y no se hallara allí para ver cómo su hija se ofrecía como soborno.

Nianushki y yo permanecemos sentadas en silencio, sin atrevernos ni a intercambiar una mirada mientras vimos como el reloj de encima de la chimenea avanzaba quince minutos, momento en el que regresó el capitán, abrochándose la casaca con un suspiro de satisfacción.

El apartamento entero apestó durante horas después de la marcha de los soldados.

La condesa regresó a la biblioteca sin decir palabra, con rostro inexpresivo. Ese mismo día, cuando empezaba a anochecer, sacó la pistola de su

escondite entre los libros del estante que había detrás de nosotros y, por primera vez en la vida, las dos dimos un paseo juntas y la arrojamos al río Neva.

Una semana más tarde nos animó recibir una carta de Serge dirigida a todas nosotras, no solo a su madre. Hablaba del placer que le producía estar en el campo y de que ayudaba a su padre a trabajar la tierra, cosa que le gustaba hacer.

Ahora tenemos un huerto propio, aunque no queda mucha leña. Los soldados confiscaron la que teníamos y no pagaron por ella. Ahora tenemos que comprársela a los campesinos, que la sacan de los

bosques de papá, pero no tiene sentido protestar. Papá cree que en la primavera puede haber tanta hambre que estallen peleas entre las aldeas, así que trabajamos duro para conseguir estar lo más seguros posible y ser parte de la comunidad. Al menos tenemos las cabras y la leche, y algunas gallinas que ponen huevos...

La carta seguía con más descripciones de sus logros como granjeros. Todas la leímos y releímos, saboreando cada palabra, agradecidas de saber que Serge estaba animado y con buena salud, y bastante feliz a pesar de las dificultades. Vi lágrimas en los

ojos de la condesa y mi corazón se llenó de compasión por ella. Con la pequeña Katia en el regazo, comprendía muy bien el dolor que debía de sentir por la pérdida de su hijo.

—¡Qué muchacho tan valiente! — dije. Y la condesa sonrió, complacida por el cumplido.

—Siempre lo ha sido.

—Aunque de pequeño le gustaba gastar bromas.

—Parece que eso ya se le ha olvidado, gracias a tu influencia, Dowthwaite. Lástima que no tuvieras el mismo buen efecto en Stefan.

—Ahora sé que nunca fue su amante —le dije, porque sentía la necesidad de despejar la atmósfera entre

nosotras, quizá porque ya no me consideraba una sirvienta. Ni siquiera me pagaba ya, con la excusa de que no deseaba llamar la atención sacando mucho dinero.

Su reacción fue echarse a reír.

—Fue muy divertido hacerte creer que lo era. Muy entretenido ver lo preocupada y celosa que estabas.

Moví la cabeza con perplejidad. Tan pronto admiraba a aquella mujer y sentía compasión sincera por ella por perder a su hijo, como al momento siguiente decía algo que me llenaba de furia.

—Lo has visto, ¿verdad? —preguntó.

Me sobresalté de tal modo que sentí que palidecía. En mi estupidez, había estado a punto de traicionarme. Lo

visitaba todos los días, asegurándome siempre de que no me siguieran.

—¡Ojalá pudiera! —exclamé—. Pero no sé dónde está. —Miré a *Nianushki*—. Al fin he decidido presionar más para conseguir mis papeles, pues hace tiempo que debería haberme ido a casa, ahora que ya no me necesitan aquí. ¿Quieres acompañarme esta vez? Obviamente tu ruso es mucho mejor que el mío.

—Estaré encantada de ayudar, aunque no tengo deseos de que te marches, querida Millie. Lamentaré mucho perderte.

Cuando partimos a la mañana siguiente para el consulado, la condesa estaba en la biblioteca con el chófer.

—Viktor llega temprano por una vez —dije. Me envolví la bufanda contra un viento frío.

—He notado que cada vez pasa más tiempo aquí. Dudo que se fuera a casa anoche.

—Ah, pero nosotras seguimos sin notar nada, ¿verdad?

—Yo recomiendo eso, sí —asintió *Nianushki* con una risita.

Estuvimos horas haciendo cola y discutiendo, pero al final tuvimos éxito y volví al apartamento llena de júbilo, con los papeles en la mano.

La condesa estaba reclinada en su sofá, como le gustaba hacer por las tardes. Ni siquiera abrió los ojos para hablar conmigo.

—Dowthwaite, hoy he tenido noticias de la policía sobre Stefan. Parece ser que lo encontraron en un escondite al lado del río. Lo arrestaron y lo metieron en la cárcel, y esta mañana ha sido ejecutado. Han acabado con él.

CAPÍTULO 33

Sentí que no me quedaba nada por lo que vivir. ¿Qué sentido tenía nada si Stefan no estaba a mi lado? Ni siquiera podía empezar a asimilar lo que me había dicho la condesa. ¿Cómo podía estar muerto cuando el día anterior me había abrazado debajo del puente y habíamos hablado una vez más de nuestros planes para un futuro maravilloso juntos? Todo era normal, con la nieve cubriendo todavía nuestro pelo mientras nos besábamos, los barcos deslizándose lentamente por el río Neva y la anciana vendiendo sus flores. Y ahora él se había ido de mi vida para

siempre.

Nunca había conocido tanto dolor, ni físico ni mental. Me oprimía el corazón, el pecho, todo mi cuerpo. La pena me consumía y no podía pensar en otra cosa que en las horas, los días, las semanas y los años que habíamos pasado sufriendo celos estúpidos, instigados por la condesa. ¡Qué terrible desperdicio del corto tiempo que nos había sido dado juntos! Momentos preciosos perdidos para siempre.

—¿Por qué permitimos que nos separara la condesa con sus trucos y mentiras? —sollocé, abrazada a *Nianushki*. Ella no dijo nada, incapaz de encontrar palabras de consuelo. Se limitó a llorar conmigo—. Ahora que

habíamos vencido todas las dudas y la falta de confianza, lo he perdido para siempre.

Y la culpa podía ser solo mía.

Comprendí de pronto que sí me habían seguido, y desde el principio.

—Esa anciana que vendía flores probablemente era la misma condesa. Nos vigilaba a distancia, tomando nota de adónde íbamos.

Nianushki me miró consternada, con sus pálidas mejillas mojadas por las lágrimas.

—Sin duda envió a Víktor a informar a la policía y los llevó en persona hasta el escondite de Stefan.

A medida que asimilaba la realidad de lo ocurrido, eso hacía su muerte aún

más insoportable.

—Quizá no lo habrían encontrado nunca de no ser por mí.

—No te culpes, querida niña. ¿Cómo ibas a saberlo tú?

—Él me lo advirtió una y otra vez. Y sin embargo, nunca sospeché de una anciana que vendía flores.

¿Cómo iba a poder vivir conmigo misma? Aquella noche yací en mi cama, sumergida en un torrente de pena, con el dolor de la pérdida aplastándome el corazón.



Después de un largo y frío invierno, uno de los peores que yo recordaba, llegó por fin el deshielo. Podía volver a ver a

través de la ventana de mi dormitorio y un río de agua bajaba desde el alféizar al suelo a medida que se derretía el hielo. Mi aliento ya no formaba una niebla en el aire y no sentíamos la necesidad de envolvernos todo el día en mantas. Aun así, la condesa no estaba contenta y empezó a hacer planes.

—Odio la incomodidad de este apartamento miserable —anunció un día con calma—. No tenemos comida suficiente ni calor. Aunque los bolcheviques se han llevado el automóvil y muchas de mis pertenencias, podrían seguir molestándonos y llevándose más cosas. No veo motivo para seguir aquí. Deberíamos irnos antes de que empiecen a registrar nuestros

cuerpos en busca de joyas. La tarde que vino el capitán tuvo suerte de que el hombre tuviera tanta prisa por saciar su lujuria que ni siquiera se molestó en desnudarme, pero podría volver en cualquier momento.

Yo estaba de acuerdo con ese argumento. Ninguna de nosotras estaba a salvo de atenciones masculinas indeseadas.

—¿Y adónde iría? —pregunté.

—A Crimea. Ya he hablado con mi madre y con *Nianushki*, pero no quieren acompañarme porque se sienten demasiado mayores y enfermas para viajar. Pero tú puedes venir conmigo, Dowthwaite. Ahora que tienes ya tus papeles, lo único que tienes que hacer es

comprarnos un par de billetes de tren.

—Solo saldrán dos trenes en marzo, así que eso no será tan fácil como parece —empecé a protestar yo. Pero luego perdí interés. ¿Qué más daba adónde fuera si había perdido a Stefan? Crimea era un lugar tan bueno como cualquier otro hasta que pudiera encontrar un barco para Inglaterra.

A finales de mayo conseguimos encontrar un tren que iba en la dirección correcta y comprar los billetes. Partía al día siguiente, y solo teníamos doce horas para prepararnos, aunque había rumores de una disputa entre los bolcheviques y el ferrocarril, así que el viaje se podía anular en el último momento. Confiando en que no fuera así,

me despedí de Ruth, de Ivy y de todas mis amigas de la Capilla Británica y Americana. Me resultó muy difícil despedirme de mi amiga más querida.

—Tú también tienes que irte de Petrogrado —le advertí.

—Espero que llegue pronto un barco —asintió Ruth— o que salga un tren para Francia o Bélgica, cualquier sitio que me saque de Rusia. Tú no piensas quedarte en Crimea, ¿verdad? Tienes que ir a casa.

—Desde luego, lo haré en cuanto encuentre un transporte que me lleve allí. Hasta el momento no he tenido éxito y quizá sea más fácil encontrar comida para Katia en Crimea. Es un lugar tan bueno como cualquier otro por el

momento y más seguro que Petrogrado.

Nos abrazamos y lloramos un poco, sobre todo por la pérdida de Stefan.

—Sé fuerte —me pidió ella—. Él no querría que te rindieras. Vuelve a casa y lleva una vida plena.

Yo no tenía ni la menor idea de por dónde empezar a hacer tal cosa.



Nianushki y yo tardamos casi toda la noche en preparar todo lo que quería llevarse la condesa, pero al fin tuvimos tres baúles preparados para enviar a la estación por la mañana. Mis posesiones se reducían a una bolsa de mano, pues dejaba allí los libros y otros requisitos para el trabajo que había llevado

conmigo tantos años atrás y que ahora ya no parecían importantes. *Nianushki* preparó también una pequeña cesta de pícnic con comida para el viaje, sin duda quitándosela ella. La condesa llevaba una bolsa consigo y yo tenía que cargar también con la niña. Guardé mis papeles y el pasaporte en una bolsa pequeña que me até al cinturón por seguridad.

—No va a ser un viaje fácil —dije, preguntándome cómo nos íbamos a arreglar con tanto peso, aunque, por suerte, nos acompañaba Iván—. Y debemos llevar encima toda la ropa posible, aunque hará calor, por si se pierde algo o nos lo roban.

—No dé a entender que es usted una

condesa —le advirtió Iván—. Ahora es la ciudadana Belinski, no lo olvide. Si los bolcheviques se enteran de quién es en realidad, la arrestarán.

Ella lo miró de hito en hito, ofendida.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio, milady, igual que habrían arrestado al conde si hubiera seguido viviendo en el apartamento cuando vinieron a buscarlo. Y recuerde lo que le ocurrió a su amigo Dimitri Korniloff.

La condesa frunció el ceño y asintió.

—Tienes razón, Iván. Soy la ciudadana Belinski.

Hubo más lágrimas cuando me despedí de *Nianushki*.

—Gracias por ser tan buena amiga y

tan buena profesora. He aprendido mucho de ti.

—Yo también he aprendido mucho de ti, sobre todo cómo controlar a los niños con amor y diversión en lugar de con golpes y castigos.

Lloramos más todavía, recordando a nuestra querida Irina. Pero era hora de irse y seguir adelante.

—Te escribiré. Cuídate mucho y cuida de *Babushka*.

La anciana estaba bañada en lágrimas cuando fui a despedirme y darle las gracias por su amistad y por su apoyo a lo largo de los años.

—Si algo sale mal y me necesitas alguna vez, aquí estaré —me dijo—. No lo olvides.

Cuando llegamos a la barrera de la estación, me puso muy nerviosa ver cómo abrían y registraban todas las bolsas y cómo desdoblaban y examinaban cada prenda de ropa. Yo temía el momento en que nos tocara a nosotras. La condesa, como siempre, ignoraba totalmente mi preocupación y ordenó a Iván que subiera los baúles a bordo.

El tren no ha llegado aún —señaló él—. El portero dice que lleva dos horas de retraso.

—¿Y qué se supone que debemos hacer entretanto? —preguntó la condesa, cortante.

—Sentarse en la sala de espera como todo el mundo.

Ella lanzó una mirada de desprecio a la multitud que se apretujaba dentro y declinó la propuesta. Podían llamarla ciudadana Belinski, pero todavía era una condesa. Permanecimos sentadas en los baúles en el andén de la estación durante casi tres horas y nos lo registraron todo. Ninguno de los baúles contenía ninguna joya, pero la condesa había insistido en empaquetar algunos objetos preciosos, entre ellos un tintero, bandejas, candelabros y aceiteras de plata, además de varias cajas de esmalte incrustadas en oro.

—¿Y si nos registran los guardias o los funcionarios de aduanas y los encuentran? —le había preguntado yo.

—Tendremos que confiar en que no

lo hagan. Me niego en redondo a dejar algo de valor aquí para que se lo lleven los bolcheviques.

Por suerte yo había conseguido esconder muy bien los objetos y el funcionario tenía mucho más equipaje que registrar, así que sus esfuerzos fueron superficiales, e interrumpidos continuamente por preguntas de la condesa. Al final sospecho que se alegró de escapar y dejarnos en paz.

Cuando ya casi habíamos perdido la esperanza, el tren entró en la estación, soltando chispas calientes que volaban del fuego de madera que alimentaba la locomotora. Iván cargó los baúles en el vagón del equipaje y nosotras corrimos por el andén buscando un vagón que

tuviera asientos libres.

—Solo nos permiten unos minutos para subir a bordo, así que vamos arriba y ya buscaremos asientos luego —dije yo, casi empujando a la condesa sobre el escalón. No era fácil, pues los vagones de los trenes rusos son mucho más altos y anchos que los ingleses—. Tendrá que ayudar —le recordé—. Yo llevo a la niña, la cesta de la comida y mi equipaje de mano.

Ella chasqueó la lengua con irritación y por una vez accedió a llevar su bolsa.

—¿Y qué hay de Iván? —preguntó cuando nos encontramos agarradas a una correa apretujadas en el pasillo. Había tanta gente que casi no podíamos respirar.

—No se preocupe. Nos encontrará.

El tren empezó a salir de la estación con una sacudida.

—Bueno, ve a buscar esos asientos que has prometido, Dowthwaite. No pienso ir así todo el viaje.

Reprimí un suspiro y empecé a buscar, agradecida de que al menos estuviéramos en camino.



Fue un viaje largo y agotador, y por alguna razón estuve nerviosa todo el rato a pesar de tener todos los papeles en regla y de que no había nada sospechoso entre mis pertenencias. Y menos mal, porque en todas las estaciones subió gente a registrar. Si veían algo que no

les gustaba o que quizá querían para sí, se lo llevaban. A un hombre le quitaron su gorro de piel y una pobre mujer perdió así su comida. Los guardias del ferrocarril y los soldados intercambiaban palabras furiosas, llamándose unos a otros con el término ya familiar de «camarada», nombre que llegué a odiar porque era evidente que eran cualquier cosa menos eso.

Nos adelantó un tren con vagones abiertos cargados de ataúdes, lo cual me provocó un escalofrío en la espalda. Cuanto más veía de la nueva Rusia, más impaciente estaba por volver a la vieja y aburrida Inglaterra. Crimea sería solo el comienzo de mi nuevo viaje. En cuanto llegáramos allí, empezaría a preguntar

por trenes que fueran hacia el sur.

Al final conseguí encontrarnos un asiento, aunque en el vagón hacía mucho calor. Había soldados tumbados por todo el suelo y el aire hedía a tabaco y cuerpos sucios.

—*Nianushki* ha empaquetado la tetera y té, pero no tenemos agua caliente.

—Dame la tetera —dijo Iván. Regresó minutos después con la tetera llena y pudimos hacer té. No le pregunté de dónde había sacado el agua caliente, pero se la agradecí muchísimo. Después de comer nosotros, di de comer a la niña mientras la condesa conversaba con Iván. Debí de quedarme dormida, porque cuando me desperté estábamos

entrando en otra estación.

—Ya estamos otra vez —dije con un suspiro de cansancio, y besé a la pequeña Katia, que seguía dormida.

Como siempre, varias personas salieron del tren para estirar las piernas o comprar comida a los vendedores que llenaban el andén de todas las estaciones con la esperanza de vender algo.

—Nosotros también nos estamos quedando sin comida —dijo la condesa—. Ve a buscar más, Dowthwaite. Nos quedan horas de viaje.

Aquello me sorprendió.

—¿De verdad? Pensaba que nos quedaba mucha.

Estaba a punto de abrir la cesta de

pícnic para comprobarlo, pero ella me detuvo con aquella impaciencia suya.

—No había suficiente, en particular para Iván, que es un hombre. Deja de discutir y date prisa o no quedará nada para comprar.

Me dio veinte kopeks y un empujón, y yo, como siempre, hice lo que me ordenaba.

Las colas eran largas y Katia se iba poniendo irritable, pero al final conseguí comprar algo de pan y queso. Me gasté en ello los veinte kopeks, pero me consideré afortunada, pues hasta las galletas costaban el doble de lo normal. Cuando me disponía a subir al tren, me detuvo uno de los bolcheviques.

—Un momento —dijo—. Antes

tenemos que registrarte.

Pensé en las joyas cosidas en mi ropa y la de la niña y el corazón me dio un vuelco, aunque intenté sonreír y ser amable.

—Como ves, camarada, no llevo equipaje conmigo, salvo la bolsa de la niña. Solo he salido del tren para comprar comida para la niña y para mí.

No me parecía inteligente mencionar que era sirvienta de una condesa.

—Enséñame tus papeles.

Los saqué de la bolsa atada a mi cinturón y cuando él los leyó, vi que le cambiaba la cara.

—O sea que eres una condesa, ¿verdad?

—¿Qué? No, por supuesto que no —

protesté.

—No me mientas, ciudadana. Tus papeles revelan claramente que eres la condesa Olga Belinski, esposa del conde Vasili Belinski. En cuyo caso, tengo que informarte de que quedas arrestada.



La prisión en la Fortaleza de San Pedro y San Pablo, situada en la isla Zaiachi en Petrogrado, era tan terrible como había temido. Cuando me transportaron en un automóvil sobre el puente Ivanovski, por el patio y desde allí al interior de la fortaleza por la Puerta de San Pedro, estaba aterrorizada, más que por mí por Katia, a la que apretaba

contra mi pecho. Declaré mi inocencia una y otra vez, expliqué que no era una condesa, que todo era un error y yo era inglesa.

Nadie me escuchaba. Desde luego, no el guardia que me quitó casi todas mis posesiones y mis ropas y me encerró en una de las celdas oscuras y húmedas del bastión Troubetzkoi. Intenté hablarle en ruso, francés e inglés, pero sin resultado. Me ignoró por completo.

Curiosamente, no me sorprendió mucho el modo en que me había engañado la condesa. Era típico de la mujer que había llegado a conocer y despreciar. Aunque admiraba su belleza, su coraje y su espíritu animoso, había sido una tonta al confiar en ella. Solo le

importaba ella misma y haría todo lo que considerara necesario para salvar su pellejo. El hecho de que le hubiera servido bien durante casi siete años no contaba para nada. Ni tampoco sentía la más mínima consideración por la niña inocente a la que ya había rechazado una vez.

—Yo no debería estar aquí —grité cuando se cerró la puerta—. No soy quien ustedes creen.

La única respuesta fue la carcajada del guardia cuando se alejó y el sonido de sus botas resonando por el pasillo vacío.

Sabía que la cárcel se usaba para encerrar a ministros de la época del zar y miembros del Gobierno Provisional de

Kerenski. A juzgar por la cantidad de personas que había visto haciendo cola en el patio para ser interrogadas, entre ellas mujeres elegantemente vestidas, la mayoría no tenían ni la menor idea de por qué habían sido encarceladas. Había comerciantes acusados de vender comida sin permiso, soldados que habían violado la ley robando algo y vendiéndolo y personas que simplemente parecían muy sorprendidas, como si no tuvieran ni idea de por qué estaban allí, más o menos como yo. Todas las caras revelaban ansiedad, fatiga y miedo.

El primer problema que encontré fue la falta de comida. Creía que sabía lo que era el hambre cuando vivía en el

apartamento, pero no era nada comparado con el que sufrí en la cárcel. Alimentar a los prisioneros no parecía ser una prioridad, o ni siquiera una consideración. El pan se distribuía mediante cupones, pero consistía en una mezcla de trigo sarraceno, arena, yeso y paja. Era imposible comerlo sin vomitar. Si no tenías amigos o familia que te trajera comida, podías morir de hambre y no le importaría a nadie.

Conseguí persuadir a mi carcelero de que me trajera leche para la niña, pero no me ofreció nada más.

—Necesita algo más que leche. Es una niña y tiene que crecer.

—Ese no es asunto mío.

—Por favor, ¿me puede traer papel y

lápiz para escribir a una amiga pidiendo ayuda?

Él se frotó el índice y el pulgar pidiendo dinero.

—Le daré dinero cuando pueda. — Pensé en el dinero y las joyas que había cosido la condesa dentro de la ropa que me habían quitado. ¿Volvería a verla? Aunque en aquel momento, esa parecía la menor de mis preocupaciones—. Oh, ¿y podrían darme al menos la ropa de la niña, la bolsa con el biberón y los pañales y su chal y su manta? Aquí hace frío.

Me trajo papel, lápiz y todas las pertenencias de Katia, así que debía de tener corazón después de todo. Le di las gracias y escribí enseguida a *Nianushki*.

Pocos días después me llevaron una cesta de comida a la celda, que incluía puré de zanahorias para la niña. Me apresuré a dar de comer a Katia, que había pasado la fase de los gritos y entrado en un estado lastimoso de inactividad que me aterrorizaba.

En aquel momento yo llevaba tres días sin probar bocado y la mera idea de comer algo me producía náuseas, en gran parte debido al hedor a orina y heces y a las ratas y otras alimañas. Pero tenía que comer si quería sobrevivir y seguir protegiendo a Katia. Conseguí tragar algo de pan y agua, mordisqueando un poco cada vez hasta que la sensación de náuseas y los dolores de vientre empezaron a remitir

un poco por fin.

Después de eso llegaba una cesta todos los días. *Nianushki* enviaba lo que podía. Yo le estaba profundamente agradecida a mi vieja amiga, que se veía obligada a conseguir un permiso todos los días y convencer a uno de los guardias de que me entregara la comida, lo cual sin duda le costaba un soborno.



—¿Puedo hablar con la persona al cargo? Tengo que explicarle por qué llevaba los papeles equivocados — pregunté un día a mi carcelero, pensando que, si era lo bastante amable para llevarme la comida, estaría también dispuesto a ayudarme en otros sentidos.

Pero me dejó muy claro que no sentía el menor deseo de mezclarse con los problemas personales de los prisioneros.

Nos permitían recibir cartas, además de comida, pero antes las abrían y las leían. *Nianushki* empezó a escribirme en francés, pues era obvio que los guardias no lo entendían. Yo dudaba que algunos carceleros supieran leer ruso, pero sin duda querían dar la impresión de que sabían. *Nianushki* me escribía constantemente y me aseguraba que estaban haciendo todo lo posible por conseguir que me pusieran en libertad.

Hemos explicado quién eres en realidad, aunque no hemos sabido

nada de la condesa. Ni se ha disculpado ni ha devuelto tus papeles. Pero *Babushka* y yo estamos decididas a no abandonarte ni dejar de luchar por tu libertad. Estamos haciendo todo lo que podemos por conseguir que te suelten.

Yo lloraba de gratitud por su apoyo.

Lo peor de todo era la monotonía, las horas y días interminables que se arrastraban lentamente sin nada en lo que ocupar mi tiempo excepto mis tristes pensamientos, con mi anhelo de Stefan hundiéndome en un foso de desesperación. ¿Desaparecería alguna vez aquella horrible sensación de

pérdida? Empezaba a dudarlo. Lo único que oía eran los lamentos de algún pobre ser al que golpeaban o los gritos de una mujer a la que estaban violando los soldados. Ese era un miedo que me mantenía despierta noche tras noche sobre la tabla dura que pasaba por cama. Quizá tener una niña que lloraba continuamente de hambre espantaba a los soldados, pero fuera lo que fuera, me consideraba afortunada de que no se hubieran metido conmigo.

Una mañana nos despertaron al amanecer y nos ordenaron salir de las celdas. Yo llevaba solo una enagua de franela, pues me habían quitado el resto de la ropa. Seguí a los demás prisioneros descalza, aturdida por el

miedo y sin entender adónde íbamos.

Nos llevaron a la Plaza de la Monnaie, delante de la catedral, donde vimos que habían cavado una trinchera enorme. Cuando vi el montón de cuerpos que había dentro, comprendí lo que era y empecé a temblar de terror. ¿Acaso mis compañeros y yo íbamos a reunirnos con ellos? Oía llantos y sollozos de miedo a mi alrededor. Pero entonces alinearon a tres soldados delante de la tumba, les dispararon uno a uno y cayeron en la trinchera. Cuando terminaron esa tarea, los guardias empezaron a echar tierra sobre la tumba y nos enviaron de vuelta a nuestras celdas.

Querían que supiéramos lo que ocurriría si no nos portábamos bien y no

hacíamos lo que nos decían.

El día que me dijeron que tenía una visita fue el mejor de mi vida. Esperaba que fuera *Nianushki*, que llevaba algún tiempo intentando conseguir permiso para verme. En vez de eso, vi la figura regordeta y acogedora de mi querida amiga. Tenía los ojos llenos de lágrimas cuando entró en la pequeña habitación preparada para ese propósito.

—¡Oh, Ruth! —grité. Y ella nos abrazó con fuerza a Katia y a mí.

—¿Cómo estás? ¿Estás sobreviviendo? ¿Tienes comida suficiente? Cuando me contaron que estabas aquí no podía creerlo. ¿Qué haces aquí?

Contesté brevemente a sus preguntas

y le conté en pocas palabras que la condesa debía de haber cambiado nuestros papeles cuando yo dormía para salvarse ella y después me había engañado para que bajara del tren.

—P e r o *Nianushki* y la querida *Babushka* están haciendo todo lo que pueden por mí y me traen comida. También están intentando que me pongan en libertad, pero no tengo muchas esperanzas. De aquí no sale nadie, ¿verdad?

—Pero tú eres inglesa, y eso debería bastar —protestó ella—. Aunque las cosas han cambiado. Parece ser que hay muchos extranjeros presos. Oye, no tengo mucho tiempo, solo me han dejado cinco minutos. Mañana parto para

Inglaterra en un tren y en Bélgica subiré a un barco. Pero no quería irme sin verte. ¿Qué puedo hacer por ti, Millie? Dímelo y lo haré.

—Llévate a la niña. —Le puse a Katia en los brazos sin un momento de vacilación.

Ruth miró a la niña, sorprendida.

—¡Oh, Dios mío! ¿Estás segura? Yo no sé nada de bebés. —En aquel momento se abrió la puerta y el guardia le hizo señas de que era hora de irse.

—Eso da igual. Tú solo dale de comer y quíerela. Llévala a Inglaterra y haz que esté segura. Yo no puedo hacer nada por ella aquí. Si me dejan salir alguna vez, iré a buscarla. Si no... —Hice una pausa con la garganta oprimida

por las lágrimas—. Si no, procura que sepa que la quise y solo renuncié a ella para que estuviera segura. ¿Harás eso por mí?

—Lo haré, Millie. Me encargaré de que Katia esté segura y bien cuidada, lo prometo.

Las miré alejarse con el corazón destrozado. Katia me tendía sus bracitos como si me suplicara que no la dejara ir. Me devolvieron a mi celda, donde me dejé caer sobre la dura cama y lloré. Había perdido a Stefan y ahora a mi adorada Katia, y todo por las manipulaciones egoístas de una mujer que, por lo que a mí respectaba, había causado mucho más daño en mi vida que la propia revolución.

CAPÍTULO 34

—Mi corazón llora por ti —dijo Abbie—. No puedo imaginar cómo conseguiste lidiar con una pérdida así, por no hablar de los horrores de esa prisión. Y, mientras tanto, la condesa se había fugado con tus papeles y con el tal Iván, que seguramente era su amante —«No solo entonces sino posiblemente el resto de su vida», pensó.

Había llegado a la desagradable conclusión de que no la había seguido Eduard sino el visitante que había ido a chantajearla a la tienda. Le preocupaba bastante cómo lidiar con él. Después de

su marcha se había quedado temblando, en parte de miedo, pero también de furia. Temblaba tanto que había tenido que cerrar la tienda hasta que se hubo preparado café y se hubo tranquilizado. ¡Cómo anhelaba que Drew estuviera en el local de al lado, como había estado toda la semana anterior cuando ella lo había ignorado! Si hubiera estado allí, Abbie no habría dudado en acudir a pedirle ayuda y consejo. Nunca había estado tan asustada.

Llevaba una hora escuchando la historia de su abuela. Toda la familia se había unido a ellas después de acostar a los niños, pues Abbie pensaba que todos debían estar al tanto de lo que ocurría. Fay y Robert parecían algo perplejos,

pero habían accedido a asistir y oír lo que tenía que decir. Abbie, sin embargo, quería ir despacio.

Tomó la mano de su abuela y la apretó con gentileza.

—Abuela, sé que la condesa vino aquí en los años treinta, cuando mi madre era muy joven. He hablado con una vieja amiga suya, Joan Sanderson, y me ha contado que Olga convenció a Kate para que se fuera con ella a la Riviera. Aquello tuvo que ser muy difícil para ti.

—Le contó muchas mentiras que era difícil refutar. Después de todo, solo era su palabra contra la mía, y ella era condesa y la policía probablemente la creería antes a ella que a mí.

—Pues parece que algunas de esas mentiras se siguen contando todavía.

Abbie habló de la visita reciente de Iván y de las amenazas que le había hecho. Eso los sobresaltó a todos y ella vio con preocupación que su abuela palidecía. A la anciana parecía faltarle el aire y se frotó el pecho con la palma de la mano, lo que asustó mucho a Abbie.

—Abuela, ¿qué ocurre? ¿Te sientes mal?

Fay se puso en pie de un salto.

—¿Llamo al doctor? —preguntó.

—No, no, estaré bien en un momento. Es solo el shock de volver a oír ese nombre. Él fue amante de Olga, uno de ellos, el hermano del chófer, que

también había sido amante de ella. Iván fue el que puso la bomba y el que la ayudó a robarme mis papeles. Estoy segura de que ha habido muchos amantes más desde entonces, pero Iván le ha permanecido fiel.

Tom había ido a buscarle un vaso de agua, que Millie aceptó con una sonrisa agradecida. Un momento después continuó tercamente con su historia mientras Robert le sostenía la mano.

—Olga intentó hacerme chantaje cuando vino a vernos antes de la guerra, pero me negué a seguirle el juego y por eso se llevó a mi hija y la volvió contra mí. Por suerte, Kate, que era lo bastante inteligente, acabó por darse cuenta de sus manejos y volvió a casa. Eso dejó

una cierta incomodidad entre nosotras, pues las dos teníamos cuidado de no disgustar a la otra, aunque con el tiempo nos fuimos relajando. Al menos la condesa fracasó en su intento de robármela.

—Pero ¿por qué quería hacerlo, después de haberla abandonado de niña? —preguntó Abbie.

—Por el dinero, el fideicomiso que había establecido el conde generosamente a nombre de Kate. —El tono de Millie era sereno—. El dinero era siempre lo más importante para Olga.

—Si quieres saber mi opinión, abuela, sospecho que la razón de que mamá estuviera casi en bancarrota era

que la condesa la estuvo chantajeando, dejándola sin fondos a los que ella creía tener más derecho. Según el tal Iván, también estaba resentida porque le hubieran dado Carreck Place a Kate.

—Papá, me pregunto si será él quien escribió esa carta insistiendo en que tenía derecho a la casa y se aseguraría de que nos desahuciaran —intervino Robert.

—Ah, sí, recuerdo vagamente que lo mencionaste —dijo Abbie—. Debería haberte prestado más atención.

—Investigué ese asunto —explicó Tom—, pero no conseguí descubrir nada, pues fue entregada en mano y ni siquiera podía leer la firma.

—Mmm, pero resulta muy probable.

Iván, o como se llame, no es un hombre agradable, eso lo puedo asegurar —dijo Abbie. Un escalofrío recorrió su espalda al recordar la amenaza oscura en los ojos del hombre.

Millie asintió.

—Estoy segura de que la condesa ambicionaba la casa, puesto que había derrochado todo su dinero en vivir bien o en pagar a sus amantes. Nunca confié en ella y tenía razón. Pero a pesar de mi cautela, averiguó de algún modo dónde estábamos y vino a vernos para sacarnos todo el dinero que pudiera. Me temo que a mí se me escapó lo del fideicomiso, un grave error por mi parte, ya que eso hizo que estuviera más decidida que nunca a hacer suyo el dinero.

Robert le dio una palmadita en la mano.

—No te eches la culpa, abuela. Todos cometemos errores en la vida. Si perdemos Carreck Place no será por ti.

Abbie lo miró a los ojos y sonrió, reconociendo así el cariño de él por su abuela. Ambos hermanos aceptaron en silencio que por una vez estaban de acuerdo.

—Creo que, después de la muerte de la condesa, el tal Iván siguió exigiéndole dinero a mamá.

Millie cerró los ojos con agonía impotente.

—Oh, Abbie, no voy a decir que lamente la muerte de esa horrible mujer, pero puede que tengas razón. Iván es

malo. Si la condesa de verdad ha muerto, no hay nadie más que pueda reclamar esta casa. El conde jamás me la quitaría, ni Serge tampoco, suponiendo que sigan con vida, lo cual es algo que nunca sabremos.

—Si Abbie tiene razón, deberíamos informar a la policía—intervino Tom—. El chantaje es un delito.

—No solo eso—comentó Abbie—. Además, todo esto aumenta mis sospechas de que mamá no se suicidó. Después de todo, estaba ahorrando para un viaje a Rusia, un sueño que había acariciado desde hacía mucho. ¿Por qué se iba a suicidar? ¿Y cómo sabía Iván que tenemos un «salón con hermosos paneles de madera» a menos que haya

estado en la casa?

Siguió un silencio mientras todos, boquiabiertos, consideraban la horrible posibilidad de por qué había aparecido Kate ahorcada. Fay fue la primera en poder hablar, aunque solo en un susurro.

—¡Oh, Dios mío, Abbie! ¿Estás sugiriendo que ese hombre fue responsable de su muerte?

—Sí. ¿Y si mamá se negó a seguir pagándole y él la mató?

Todos cruzaron miradas en silencio. Al cabo de un momento, Tom descolgó el teléfono y marcó el número de la policía.



Resultó muy fácil tenderle una trampa.

Iván llegó siete días después a la hora fijada exigiendo que le pagara. Abbie, que se había sentido bastante segura mientras planeaban aquello, en aquel momento sentía que la seguridad la abandonaba.

—Espero que esto sea el final —dijo. Alisó los billetes sobre el mostrador, esforzándose por impedir que le temblaran los dedos.

A Iván debió de hacerle gracia el comentario, ya que soltó una risita.

—Eso habrá que verlo, ¿no crees? Y, por supuesto, están también los pagos mensuales, no lo olvides.

—Recuérdeme cuánto pidió. Ese día estaba demasiado sorprendida para asimilar los detalles. —El plan consistía

en hacerle repetir la amenaza, pero a Abbie no le resultaba fácil, pues su instinto la impulsaba a salir corriendo tan rápido como le fuera posible.

Él se inclinó con una mueca en su cara gorda y arrugada y mostró sus horribles dientes amarillos y rotos. Abbie percibió el hedor de su aliento.

—Cuatrocientas libras al mes todos los meses, o quizá sería mejor quinientas. Sí, digamos quinientas, y procura no olvidar nunca un pago.

—¿Y por qué iba a aceptar yo eso? —preguntó Abbie. El corazón le latía con tanta fuerza por el miedo que estaba segura de que él podía oírlo.

—Tendrás que aceptarlo, a menos que quieras acabar como tu madre.

A Abbie le recorrió la espalda un escalofrío.

—¿Cómo podría ocurrir eso? ¿Qué está diciendo?

En los ojos de él surgió un brillo peligroso. Extendió un brazo, la agarró por el pelo y tiró de ella hasta la mitad del mostrador. El dolor hizo que Abbie soltara un grito de alarma, y él le escupió sus siguientes palabras en la cara.

—¿Tú crees que esa perra egoísta tenía valor suficiente para quitarse la vida? Eso no tenía que haber pasado, pero ella se negó a escuchar. Se negó en redondo a cooperar. Decía que estaba casi en la ruina, que la condesa la había dejado ya sin blanca. ¡Qué tontería!

Todavía tenía esa maldita casa, ¿no? Y me lo debía por los años que había pasado buscándola, igual que se lo debía a la condesa por haberle robado lo que era suyo.

—Usted no tiene ningún derecho a nuestra casa. El conde se la dejó a mi madre.

—¿Y cómo piensas detenerme? Lo más seguro es que me entregues la propiedad. Si no lo haces, quizá elija vengarme con tu hija para compensar por la que tu abuela le robó a la condesa.

En aquel momento el mundo entero pareció explotar. Se abrieron las puertas y entraron policías desde todas las direcciones. Por supuesto, lo habían

oído todo, tanto las amenazas como la confesión de Iván. Curiosamente, fue Robert, que estaba escondido con la policía, el primero que tomó a Abbie en sus brazos.

—Muy bien, hermana. Has sido muy valiente.



Después de horas de interrogatorios, la familia Myers recibió la noticia de que Iván Litkin había sido acusado de asesinato. Ahora estaban reunidos en el invernadero, celebrando su victoria mientras cada uno se esforzaba en privado por cerrar viejas heridas que se habían reabierto y asimilar la terrible verdad sobre la muerte de Kate. Los

niños también estaban presentes, así que los demás tenían mucho cuidado con lo que decían. Por suerte, Aimée y Jonathon no prestaban mucha atención a los adultos y reían juntos en un rincón, como siempre, mientras Carrie atacaba un helado y se manchaba de chocolate los mofletes rechonchos.

—Al menos ahora sabemos que no te dejó por voluntad propia, papá — comentó Abbie con suavidad—. Fue feliz contigo hasta el final y estaba planeando unas vacaciones maravillosas para los dos.

Tom asintió con lágrimas en los ojos.

—No es un gran consuelo, pero algo es algo, supongo. Y tenemos que agradecerte a ti el haber descubierto la

verdad.

—He hecho muchas preguntas, sí, al orfanato, a sus amigas y a la pobre abuela, pero lo que acabó al final con ese hombre fueron su propia arrogancia y avaricia. —Abbie no conseguía disfrazar la amargura de su voz.

—Creo que tu hermano quiere decirte algo —intervino Fay. Miró a su esposo con una sonrisa irónica.

Robert carraspeó y murmuró una disculpa.

—Perdona, no te he oído bien.

Él respiró hondo.

—Siento haber sido tan duro contigo culpándote de la muerte de mamá. Estaba un poco destrozado por la pena.

—Todos lo estábamos —asintió

Abbie.

—Estaban también los problemas económicos, y confieso que siempre he estado algo celoso del modo en que te trataba mamá, como si fueras algo especial.

—Pues claro que soy especial. Soy una chica muy sexy.

Abbie rio e intercambió una mirada con su cuñada, que se tapó la boca con la mano para reprimir una risita.

Abbie abrazó a su hermano.

—No te preocupes, yo también me he mostrado un poco prepotente, así que ¿podemos considerarlo un empate y acordar una tregua?

Los dos se estrecharon la mano sonrientes.

Tom movió la cabeza con un suspiro de resignación.

—Es lo mismo que hacían de niños. Pelearse y hacer las paces todo el tiempo. Seguro que la semana que viene vuelven a estar reñidos.

—¿Por qué hacen eso? —quiso saber Aimée, que se había acercado a ver lo que ocurría.

—Porque no son tan inteligentes como tú, tesoro —le contestó su abuelo. La subió a su regazo para darle un beso y un abrazo.

Abbie sonrió. Le enternecía verlos felices juntos.

—Propongo que dejemos todo esto atrás y recordemos a mamá por la vida que llevó y no por la manera en que

murió.

Y cuando todos alzaron su vaso para brindar por el recuerdo de Kate, Abbie, por primera vez en años, se sintió satisfecha de estar donde estaba y de al fin poder formar parte de su familia.

CAPÍTULO 35

El verano estaba en su apogeo, el ferry llevaba pasajeros de una orilla a otra del lago, los niños pescaban truchas y salmones, las familias hacían pícnic en las pequeñas playas de piedrecitas o paseaban en sus lanchas y botes de remos. Todo el mundo disfrutaba del tiempo soleado y se lo pasaba bien.

—Las familias son una parte importante de la vida —comentó Millie, que paseaba del brazo con su nieta—. ¿No te parece?

—Claro que sí. En cuanto pueda, contrataré otra dependienta para poder pasar más tiempo con mi hija, quizá

cuando vuelva de su viaje de dos semanas a Francia. —Abbie hizo una pausa corta—. Tendré que contarle todas estas cosas horribles antes o después, pero espero que cuando sea lo bastante mayor para entenderlas y lidiar con ellas. Pero seré completamente sincera con ella, porque creo que los secretos no son nada bueno —añadió, mirando de soslayo a su abuela.

Millie soltó una risita.

—Puede que tengas razón. Sin embargo, todo depende de las circunstancias. Yo seguí el consejo del conde y opté por guardar silencio para nuestra seguridad. Guardé en secreto la verdad del nacimiento de Kate porque siempre temía que pudiera venir la

condesa a buscarla, como al final hizo. No solo me aterrorizaba perder a mi preciosa hija, sino también lo que pudiera hacerle la condesa. Igual que Kate nunca me dijo que Olga le estaba haciendo chantaje, por miedo a que también se entrometiera en mi vida.

—Ahora comprendo por qué mamá no quería que entrara en el negocio. Intentaba protegerme. —Abbie se quedó pensativa unos minutos mientras consideraba aquel punto de vista diferente y cómo podían haber afectado aquellos miedos a la relación entre ellas —. Me alegro de que ahora lo sepamos todo, aunque es imposible saber si la sinceridad habría salvado a mamá, en caso de que todos hubierais sabido esto

antes.

—Es mejor no pensar en ello.

Abbie apretó con gentileza la mano de su abuela.

—¿Cómo saliste de la prisión? — preguntó.

—Me rescató *Babushka*, por supuesto, pagando una multa enorme, o quizá sea más apropiado llamarlo soborno. *Nianushki* no estaba bien y las dos mujeres pasaban hambre. Pasé a ocuparme de la anciana, después de explicarle que había enviado a Katia a mi casa en Inglaterra para que estuviera segura. Era más fácil dejar que siguieran creyendo que la niña era mía en lugar de disgustarla más contándole la verdad. Ni siquiera sabía si su hija estaba viva o

muerta. En aquella época la gente desaparecía y no se volvía a saber nada de ellos. Y ella ya había sufrido bastante.

Cuando murió, víctima del hambre y la pena, en 1919, decidí intentar escapar cruzando las montañas. *Nianushki* quería reunirse con el conde, que seguía en la hacienda. Pero ella me ayudó, haciendo sacrificios enormes para buscarme comida y conseguirme nuevos papeles, y convenciendo al banco de que me permitiera sacar suficiente dinero del que me había dado el conde para que pudiera partir. Nos despedimos una vez más con cariño, llorando las dos, pues sabíamos que sería improbable que volviéramos a vernos. Volví a tomar un

tren y pagué a un guía para que me ayudara a cruzar las montañas. Caminamos durante días con nieve y frío, y al fin nos refugiamos en una cueva. A pesar de mis esfuerzos por lo contrario, debí de quedarme dormida una noche por puro agotamiento, pues no supe nada más hasta el amanecer, cuando me despertó un sonido extraño. Miré a mi alrededor en busca del guía, pero no lo veía por ninguna parte. El hombre al que había pagado una suma exorbitante, casi todos los kopeks que poseía, me había abandonado y estaba sola.

—¡Oh, abuela, qué horror! Y después de todo lo que habías sufrido ya.

—Me di cuenta de que me había

despertado el ruido de los cascos de un caballo sobre las piedras, lo que indicaba que estaba a punto de tener compañía poco grata. Casi esperaba encontrarme con bandidos y empecé a temblar cuando oí que se acercaban, hasta que una voz dijo:

—¿Qué? ¿Ni siquiera me das un beso de bienvenida?

—Abrí los ojos con incredulidad, y por un momento creí que estaba soñando o me había muerto y había ido al cielo. Pero allí, de pie ante mí, estaba mi querido Stefan.

—¡Oh, abuela, no te creo! ¿Cómo ocurrió eso? Yo creía que estaba muerto.

—Esa fue una más de las mentiras de

la condesa. Tendría que haberlo adivinado. Dudo que dijera la verdad en toda su vida. Stefan había sido arrestado y encarcelado, sí, pero no había sido ejecutado como había dicho la condesa. *Nianushki* había investigado en secreto y había conseguido encontrarlo, se las había arreglado para convencer al guardia de que era inocente del crimen que le imputaban y lo habían sacado también pagando otro soborno. Stefan había quedado en libertad y había seguido el mismo camino que yo, tal y como se lo había descrito *Nianushki*.

—¡Qué buena amiga fue para ti! Un verdadero tesoro.

Millie besó a su nieta en la mejilla.

—Sí que lo fue. Nuestro reencuentro

fue precioso, y muy íntimo, así que no diré nada más a ese respecto, pero la libertad estaba por fin a la vista. Cruzamos las Montañas del Cáucaso y sobornamos a un barquero para que nos cruzara el Mar Negro. Nuestro periplo duró meses, pero nos fuimos acercando poco a poco a Inglaterra.

Abbie parecía preocupada.

—¿Y qué fue de Stefan después de eso?

Ahora el rostro de su abuela estaba radiante.

—Le pareció buena idea cambiarse el nombre por si los bolcheviques venían a buscarlo por la bomba que presuntamente había colocado. Adoptó el nombre de su abuelo materno, Anton

Nabokov.

—Ese es mi abuelo.

Millie rio.

—Claro que sí. Nuestro amor se había visto desgarrado por una mujer que nos había hecho más daño que la propia revolución. Pero al final tuvimos una vida feliz juntos hasta que murió en 1950, con sesenta y dos años. Era solo cuatro años mayor que yo, y deberíamos haber disfrutado de muchos más años juntos, pero había sufrido más que yo en prisión, así que doy gracias por la bendición de los años que pasamos juntos.

Abbie abrazó a su abuela con los ojos llenos de lágrimas.

—Tuviste mucha suerte de tenerlo.

Era un hombre encantador.

Las dos guardaron silencio, hasta que, cuando volvían ya a la casita, Abbie preguntó:

—¿Y qué pasó con tu amiga Ruth? ¿Volviste a verla alguna vez?

Millie negó con la cabeza.

—Por la última carta suya que recibí justo antes de salir de Rusia, sabía que había dejado a Kate en el orfanato de Stepney porque se iba a casar y su futuro esposo no estaba preparado para asumir la responsabilidad de la niña de otras personas. Andaban escasos de dinero, así que fue una decisión razonable.

—Y por eso te fuiste hasta Londres a adoptar una niña.

Millie asintió.

—Fui a buscarla, sí. ¡Y qué alegría cuando la encontré! La tomé en mis brazos y quise salir corriendo con ella allí mismo, pero, por supuesto, teníamos que hacerlo todo legal. Ruth le había puesto la versión inglesa de su nombre para protegerla. Yo no quería que Kate supiera toda la historia, por razones que ya te he explicado. Pero cuando fue lo bastante mayor, empezó a hacer preguntas. Como tú dices, es difícil guardar secretos eternamente.

Cuando llegó a la puerta de su casita, Abbie se detuvo un momento para dejar entrar a su abuela primero.

—Ah, abuela, olvidaba mencionar que tengo una sorpresita para ti. Un secreto mío para variar.

Millie frunció el ceño.

—¿Qué secreto puede ser ese?

—Uno bueno, Millie Dowthwaite, o al menos eso espero.

Millie miró con ojos muy abiertos a la mujer que caminaba hacia ella con lágrimas de alegría corriendo ya por sus mejillas, y se dejó estrechar en uno de los famosos abrazos de Ruth.



—¿Y qué pasa con mi vida amorosa? — se preguntó Abbie a sí misma al día siguiente, cuando estaba sentada en su banco de trabajo tallando un trozo de ámbar.

Estaba practicando con una pieza basta, con la esperanza de aprender lo

suficiente para pasar a trabajar después con piezas más valiosas. Aprender el oficio empezaba a ser una alegría para ella. Colocó lentamente la pieza en una sierra circular con punta de diamante que había montado en el banco de trabajo y empezó a lijarla a mano, con cuidado de no equivocarse, pues el ámbar era blando y se arañaba o se dañaba fácilmente.

¿Había hecho bien en no confiar en Andrew Baxter, o eso revelaba un fallo en su propia naturaleza, nacido de su experiencia con Eduard? Abbie no deseaba pensar en Drew en aquel momento, pero él parecía estar siempre presente en su cabeza.

Seguramente estaría con su exesposa

en aquel momento.

—Deja de atormentarte —se riñó, y empezó a pulir el ámbar en una rueda de lustrar, sujetándolo bien para impedir que la pieza se le cayera de la mano. El trabajo era lo único que la mantenía cuerda en aquel momento—. ¿A quién le importa dónde está o con quién se acuesta?

—¿Hablas conmigo?

La voz le causó tal sobresalto que Abbie soltó el trozo de ámbar y se quedó viéndolo caer consternada. Drew se adelantó rápidamente y lo atrapó antes de que rodara del banco al suelo. Ella miró el rostro sonriente de él, muy consciente de la vulnerabilidad del suyo.

—Drew, creía que estabas en Escocia.

Él fue a sentarse en un taburete a su lado y dejó el ámbar a un lado.

—Pero tú sabías que volvería, y aquí estoy, con el deber cumplido.

—¿Qué deber es ese? —preguntó ella, que no consiguió reprimir un tono mordaz.

Él sonrió.

—Asistir a la boda de mi ex esposa.

—¿Qué?

—¿No mencioné que volvía por eso? Desde luego, pensaba hacerlo, aunque quizá no tuve ocasión porque los dos estábamos muy ocupados en ese momento, tú con todos los encargos resultantes de la inauguración oficial de

Sueños Preciosos y yo trabajando para equipar la tienda de al lado. Pero sí, ahora está casada con otra persona, gracias a Dios. Espero que sea feliz. Y todos los documentos relativos al reparto de propiedades están firmados, así que no tendré que volver nunca más. Ahora puedo concentrarme plenamente en mi nueva vida y mis nuevos amigos. —La miró con ojos brillantes.

A Abbie le galopaba el corazón en el pecho casi tan deprisa como los pensamientos en su cabeza. ¿Qué significaba todo eso? ¿Qué intentaba decirle?

—¿Tienes muchos amigos nuevos aquí? —preguntó con una sonrisa.

—Estoy seguro de que los tendré con

el tiempo. En este momento solo me interesa una. —Sus ojos grises se oscurecieron cuando se acercó a ella, le rozó la mejilla con su aliento y susurró con tristeza—. Por desgracia, es posible que haya arruinado mis posibilidades con ella.

—¿Y eso por qué?

—Cometí la torpeza de hacerle una sugerencia en el momento equivocado, pensando que ya me la había ganado cuando no era así en absoluto. Fui un idiota.

—¿Y cuál fue su reacción a esa torpe sugerencia?

—Me mandó a la porra, e hizo bien. Aconséjame tú. ¿Qué debo hacer ahora? ¿Me disculpo o le digo la verdad, que la

adoro, que la quiero mucho y me contentaría con una unión de cualquier tipo, de negocios o personal, con lo que la haga más feliz a ella? Siempre que sea un compromiso de por vida. ¿Qué me recomiendas tú?

Abbie casi no podía respirar, ni mucho menos contestar a la pregunta, por muy ingeniosamente que la hubiera planteado Drew.

—No sé si ella querrá oír más disculpas —dijo.

—Está bien. Y si la beso, ¿crees que me dará un golpe en la cabeza?

—Quizá deberías probarlo y lo verás —murmuró ella, con la mirada fija en la boca perfecta de él.

Cuando Drew la abrazó y besó en los

labios, a ella se le alegró el corazón. Abbie no habría sabido decir cuánto tiempo permaneció allí, pero no protestó en absoluto cuando los besos de él se hicieron más intensos. Probablemente porque no tenía prisa por soltarse y quería permanecer allí para siempre. Y tal vez así lo hiciera.